



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

Chavismo por argentin@s

Isabel Rauber ■ Miguel Mazzeo ■ Jorgelina Matusевич ■ Martín Mosquera ■ Facundo Nahuel Martín ■ Martín Ogando ■ Claudio Katz ■ Néstor Kohan ■ Hernán Ouviaña ■ Juan Kornbliht ■ Jorge Orovitz Sanmartino ■ Mariano Pacheco ■ Marco Teruggi ■ Claudia Korol ■ Horacio A. López ■ H. Guillermo Cieza ■ Brigada de Solidaridad con Venezuela del Frente Popular Darío Santillán ■ Corriente Nacional



Instituto de Estudios de América Latina
y el Caribe

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Cuestiones Geopolíticas





Chavismo por argentin@s

MINISTERIO

DEL PODER POPULAR
PARA LA CULTURA

MISIÓN
CULTURA
CORAZÓN ADETRON

© Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2016 (digital)
Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Editorial perro rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de portada y diagramación

Jairo Noriega

Edición

Jonathan Rojas

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2016001046
ISBN: 978-980-14-3606-5

La Colección Alfredo Maneiro. Política y sociedad publica obras puntuales, urgentes, necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela integra ese mundo en formación, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, la reflexión, y por ende, de las soluciones surgidas del análisis y la comprensión de nuestra realidad.

Firmes propósitos animan a esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta, y por la otra, difundir ediciones de libros en los cuales se abordan temas medulares de nuestro tiempo.

Cuestiones geopolíticas: esta serie pretende servir de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones norte-sur y sur-sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.



Chavismo por argentin@s

Isabel Rauber ■ Miguel Mazzeo ■ Jorgelina Matusevicius ■ Martín Mosquera y Facundo Nahuel Martín ■ Martín Ogando ■ Claudio Katz ■ Néstor Kohan ■ Hernán Ouviaña ■ Juan Kornbliht ■ Jorge Orovitz Sanmartino ■ Mariano Pacheco ■ Marco Teruggi ■ Claudia Korol ■ Horacio A. López ■ H. Guillermo Cieza ■ Brigada de Solidaridad con Venezuela del Frente Popular Darío Santillán Corriente Nacionalt

COLECCIÓN
alfredo maneiro
Serie
Cuestiones Geopolíticas

NOTA EDITORIAL

La presente compilación de artículos sobre el chavismo por parte de autoras y autores de nacionalidad argentina se publica por primera vez en Venezuela como un esfuerzo conjunto entre el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (Iealc) y la Fundación Editorial El perro y la rana. Nuestra estrategia editorial consiste en seguir impulsando la promoción y difusión democrática de la lectura de forma gratuita. Como una herramienta que le permita al pueblo en general el acceso directo a la información de gran importancia para la construcción del conocimiento colectivo y el ejercicio pleno de nuestros derechos como sujetos políticos que vivimos y hacemos cultura diariamente. Este texto es un aporte al debate sobre las dimensiones de un proyecto geopolítico cuyas características involucran inevitablemente al continente americano. Su forma permite la reedición continua como un ejemplo para seguir incentivando la construcción de identidades y la integración de nuestra región.

Dado que este libro trata de brindar al lector una visión de cómo el pueblo argentino interpreta el chavismo y la Revolución Bolivariana a través de sus intelectuales orgánicos y populares, se respetó su lenguaje y forma expresiva, a pesar de que algunos vocablos son de uso poco frecuente en Venezuela y de que el estilo informal de

algunos de los autores incluidos en esta compilación pueda resultar chocante para algunos lectores.

EL EDITOR

PRESENTACIÓN

Este libro reúne trabajos sobre el chavismo producidos por autoras y autores de Argentina. Vale aclarar que ellos, oportunamente, recibieron una sola pregunta directriz: ¿qué es el chavismo? Lo que tiene el lector en sus manos es un conjunto de ensayos que intentan avanzar en una respuesta inicial y provisoria a esa interrogante.

Todos ellos, con sus coincidencias y sus diferencias, son intelectuales de un perfil muy particular. Más allá de la inserción académica de algunos, se trata de militantes populares, y desde esa condición se aproximan a la Revolución Bolivariana. Aportan sus experiencias y subjetividades, no solo con afanes analíticos, sino buscando desentrañar claves que orienten la praxis popular. Queremos destacar el esfuerzo de cooperación político-intelectual, tan poco usual en nuestro medio, que expresa este libro.

Con la muerte del Comandante, el chavismo perdió su principal sujeto político y su manantial de sentido más importante y prolífico. Ahora se trata de conocer y comprender su legado para producir un sujeto colectivo chavista aún más potente y con capacidad de generar nuevos sentidos emancipadores. Se trata de reproducir esos manantiales de sentido.

La relación de las argentinas y los argentinos con la Venezuela bolivariana tiene una larga historia, incluso tiene una extensa y rica “prehistoria” en la que no cabe detenerse aquí. Podríamos decir que esta relación nace poco después de la rebelión del 4 de febrero de 1992, con la aparición pública del Comandante Hugo Chávez Frías.

Con el correr de los años, el interés de muchas argentinas y muchos argentinos por el proceso histórico venezolano iniciado con el 4-F se fue incrementando. Algunos entraron y salieron, subieron en las primeras estaciones y bajaron en alguna intermedia. Otros quedaron prendados desde el inicio o se sumaron más tarde para seguir todo el recorrido y llegar hasta aquí. No podían faltar los aventureros de la peor catadura, figuras desarraigadas, ideólogos en disponibilidad. Pero esos, por suerte, fueron los menos. La depuradora radicalización del proceso revolucionario los fue corriendo. Los espacios para conspiradores y oportunistas se constriñeron cuando la Revolución Bolivariana asumió el objetivo de superar el capitalismo y construir una democracia socialista sustentada en el poder popular.

Luego, el chavismo fue consolidando su condición de política internacional, de signo antiimperialista y socialista. La principal a nivel mundial en su género y en esta época, realizó el aporte más significativo para cambiar la correlación de fuerzas en la región, más allá de lo que pueda opinarse sobre sus aspectos puntuales. Entonces, la intelectualidad y la militancia popular de Argentina, de Nuestra América, del mundo periférico (y del no periférico también), se vieron inmersas en las coordenadas contenedoras de esa política y tuvieron que dar cuenta de ella.

Se ha dicho que Argentina es un país de revolucionarios sin revolución y que Venezuela es un país de revolución sin revolucionarios. Se ha dicho también, en una jerga empresarial, que en Venezuela el ingreso está por encima de la capacidad gerencial y que en la Argentina suele darse la situación inversa. Emir Sader dijo en el año 2007 que el único “intelectual político” de Venezuela era Hugo Chávez. Todas estas afirmaciones, y otras del mismo tenor,

son absolutamente injustas pero refieren realidades concretas signadas por un grado de desproporción demasiado evidente.

En Argentina, además de militantes populares, hay organizaciones populares, movimientos sociales y lucha de clases. En Venezuela, además de organizaciones populares, movimientos sociales, lucha de clases y un gobierno popular, hay militantes populares e “intelectuales políticos”. Ocurre que las tradiciones políticas y los procesos internos son bien distintos y las tareas que se imponen para las revolucionarias y los revolucionarios son diferentes.

Durante el siglo xx, aún en el contexto neoliberal, Argentina acumuló una masa crítica de intelectuales, profesionales, hombres y mujeres de la cultura muy importante. La contracara de ese proceso fue la consolidación de una clase dominante relativamente coherente y consciente de sus intereses, que según las circunstancias históricas ha sido capaz de contrarrestar las impugnaciones “desde abajo” con un alto grado de centralización de la violencia o desarrollando una inusual capacidad hegemónica.

En Venezuela el horizonte de la construcción del socialismo bolivariano y las iniciativas de un gobierno popular generan déficit de militancia popular. ¿Podría ser de otro modo cuando se trata de construir el poder popular y el socialismo de las comunas? Un proceso de esas características exige la politización del conjunto de la sociedad civil popular.

Durante el siglo xx Venezuela no logró acumular la misma “masa crítica” que Argentina. En contraposición, su clase dominante fue mucho más débil e inconsciente. La burguesía venezolana suele ser definida como una lumpenburguesía. No fue capaz de ejercer un control férreo sobre los aparatos de coerción y jamás desarrolló alguna capacidad hegemónica. El “transformismo” de los intelectuales tiene en Venezuela marcos mucho más acotados que en Argentina.

En ambos casos se producen situaciones desproporcionadas. Allí radica una de las causas de la mutua fascinación. Podríamos mencionar muchas más, pero responden a otras coordenadas de atracción cuya explicación nos exigiría un extenso desarrollo.

Sin dudas, desde hace más de una década, la praxis desplegada por la Revolución Bolivariana hace que Venezuela viva su momento histórico más fulgente, apasionante y creativo. Un momento auténtico. Argentina marcha por otros carriles, más allá del folclore y de una narrativa nacional-popular que resulta excesiva respecto de las realizaciones concretas. Venezuela está ascendiendo por una senda anti-imperialista, anticapitalista, socialista, a la cima de un pico histórico. La realidad es prolífica para las revolucionarias y los revolucionarios. Argentina retoza en la meseta de la gobernabilidad burguesa y en la relativa estabilidad de un modelo neodesarrollista y moderadamente redistributivo. Con un alto grado de aquietamiento de la confrontación social, la realidad para las revolucionarias y los revolucionarios se asemeja a un océano de mercurio. Por ahora.

En Venezuela se desarrolla el experimento político-social más relevante de nuestro tiempo. Un experimento revolucionario o, por lo menos, lo más parecido a eso. Es lógico el interés de la militancia popular revolucionaria de todo el mundo.

Esperamos que estos trabajos contribuyan a una definición del chavismo en clave popular revolucionaria, que aporten a la generación de recursos ideológicos. Confiamos en que puedan ser una buena contribución argentina, crítica y comprometida con la disputa por el sentido del chavismo.

Deseamos también que estos trabajos resulten de interés para la militancia popular argentina, que sirvan para encontrar el camino hacia la construcción de una fuerza social y política con arraigo popular y horizonte socialista.

Asimismo, aspiramos a que el pueblo trabajador de Venezuela encuentre en esta compilación un espejo en el cual reflejarse y redescubrirse como vanguardia de la humanidad.

MIGUEL MAZZEO

Lanús Oeste, ciudad de la provincia de Buenos Aires,
Argentina, abril de 2015.

HUGO CHÁVEZ: RUPTURA EPISTEMOLÓGICA, POLÍTICA Y CULTURAL

ISABEL RAUBER

Hugo Chávez encarna, sintetiza y proyecta a los sujetos populares que lucharon y luchan contra las injusticias, la exclusión y el saqueo neoliberal en estas tierras, construyendo un nuevo horizonte de esperanzas. Con su determinación –enriquecida con el pensamiento y la obra de Simón Bolívar– hizo posible la apertura de un nuevo tiempo político en América Latina.

Imbuido de la fuerza del pueblo, con la bandera de la justicia, inclusión y equidad social, apostando a la participación popular, Hugo Chávez desafió al bipartidismo estéril y se determinó a conquistar el gobierno para convertirlo en una herramienta revolucionaria y promover el cambio raizal de la sociedad. No se planteó nunca hacer “buena letra” con los poderosos. El pensamiento y el ejemplo de la gesta de Bolívar –fundamentalmente– retroalimentaban su propuesta, fortalecida y enriquecida a cada paso por su permanente diálogo con el pueblo, por su atención a todas las experiencias y procesos de luchas populares, por la lectura de toda la literatura revolucionaria que caía en sus manos. Es así como a fines de 1998, su nombre encarna la esperanza y proyecta las luchas de los pueblos por la justicia, la solidaridad y la democracia popular hacia nuevos y cercanos horizontes revolucionarios.

Con su arribo a la Presidencia del gobierno de Venezuela, Hugo Chávez sacudió a gran parte de la izquierda latinoamericana cuyo pensamiento –marcado por los dogmas– se había quedado anudado al siglo xx y sus problemáticas, amén de los sentimientos de derrota y desánimo que la inundaba producto del desplome del socialismo como sistema mundial o del “desmerengamiento” –como definió Fidel– de la Unión Soviética.

Su obra abrió cauces al desarrollo de un nuevo pensamiento crítico revolucionario. Este le permitió –además de fundamentar paso a paso su quehacer sociopolítico y proyectarlo estratégicamente– ir redefiniendo –con los movimientos indígenas, sindicales, barriales, campesinos, de mujeres, entre otros– los horizontes de liberación de los pueblos latinoamericanos en el amanecer del siglo xxi. Esta nueva fusión de pensamiento y práctica revolucionarios hizo que germinaran elementos claves que definieron principios y pasos fundamentales de la acción revolucionaria en la actualidad. Nuevos paradigmas del cambio social anunciaron su presencia, aunque a veces de modo balbuceante, en cada uno de los pasos del gobierno encabezado por Hugo Chávez que, en corto tiempo, fue evidenciándose como un gobierno raizalmente revolucionario.

Creador del socialismo del siglo xxi

Esto implicó –y produjo– un quiebre profundo con prácticas y pensamientos pretéritos, superando estigmas y prejuicios de la cada vez más envejecida y desubicada izquierda. Consciente de las posibilidades de cambio que las luchas de los pueblos abrían en el naciente escenario, Chávez se lanzó a crear, construir y conquistar lo nuevo en aras de la libertad y la plenitud de derechos de los pueblos. Y en el propio proceso fue retroalimentándolo, afinando los perfiles revolucionarios iniciales hacia lo que definió como socialismo del siglo xxi (democrático, participativo, equitativo, feminista, liberador, abierto a los pueblos indígenas, afrodescendientes, mulatos, mestizos).

De conjunto, con sus prácticas y propuestas políticas de cambio, Chávez produjo una ruptura epistemológica, política, cultural. Tenía

muy claro que la política revolucionaria es protagonizada por los pueblos, y que a ese protagonismo hay que abrirle las puertas, capacitarlo, prepararlo y promoverlo, estimulando o potenciando los procesos de empoderamiento colectivo del pueblo.

Lejos de antagonizar los movimientos sociales, él los buscaba. Sabía que el proceso trascendía a las acciones de partidos, liderazgos o intelectuales esclarecidos, que solo el protagonismo del pueblo organizado, aunado al quehacer gubernamental revolucionario que encabezaba, haría posible abrir los latentes y potentes caudales revolucionarios. Esto marcó la ruptura con dogmas y prejuicios de una parte de la izquierda, y con ataduras respecto del “deber ser” o “no ser” de una izquierda academicista que pasaba de lejos por la realidad, observándola críticamente desde su autodefinida altura.

Nuevos paradigmas emancipatorios

Con Hugo Chávez, una nueva estrategia y un nuevo pensamiento revolucionario germinan y florecen. Nuevos paradigmas emancipatorios van tomando cuerpo en el proceso vivo de los cambios. Chávez abre el tiempo de construir y transitar nuevos caminos.

Los paradigmas predominantes en la cultura y los modos de vida nacidos y desarrollados bajo la hegemonía de la civilización capitalista (occidental) están en crisis de inviabilidad, y esto comprende también a los paradigmas emancipatorios socialistas del siglo xx, [en] marcados de un modo u otro por la lógica del capital.¹

La experiencia demostró crudamente que “dar vuelta a la tortilla”, es decir, ser la otra cara de la moneda, puede parecer –al inicio– una vía de cambios sociales, pero a mediano plazo evidencia que los

1 István Mészáros, *Más allá del capital: Hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell Hermanos Editores, 2001.
István Mészáros, *El desafío y la carga del tiempo histórico: El socialismo del siglo XXI*, Fundación Editorial El perro y la rana, 2008.
István Mészáros, *La crisis estructural del capital*, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, 2009.
István Mészáros, *Socialismo o barbarie: La alternativa al orden social del capital*, Desde Abajo, 2009.

cambios quedan atrapados y anulados por lo anterior que se pretendía negar (la misma moneda). Reflexionar crítica y autocríticamente sobre aquellas experiencias emancipatorias simultáneamente con la construcción de las alternativas es también parte central del quehacer actual del pensamiento y la práctica de los movimientos sociopolíticos.

Pero no basta con criticar teóricamente al capitalismo, no basta con reconocer los errores del socialismo, ni con ser crítico y autocrítico. Es indispensable, además de ello, superar las lógicas de funcionamiento del metabolismo social en uno y otro caso, construyendo en las prácticas cotidianas en todos los ámbitos del quehacer sociotransformador, otras lógicas, superadoras y removedoras del caduco metabolismo social del capital y sus interrelaciones humanas, gestando un nuevo tipo de metabolismo social convergente con el mundo que se desea construir y que se va construyendo desde el presente.

Comprender esto y buscar nuevos caminos para hacerlo realidad es parte de los fundamentos de la nueva civilización, capaz de ir más allá del capitalismo y construirse en código de vida, es decir, respetando, promoviendo y cuidando la armonía sociedad-naturaleza. Y ello fue lo que comprendió Hugo Chávez, lo proyectó y lo hizo realidad en obra y pensamiento.

El gobierno como herramienta para el cambio revolucionario. Elecciones como camino

Hugo Chávez supo percibir que en el tiempo posterior a la caída del muro de Berlín, las resistencias y luchas de los pueblos que buscaban poner fin al apocalipsis neoliberal crearon las condiciones para participar en las disputas electorales, ganar las elecciones y, desde el gobierno nacional, promover procesos de cambios revolucionarios. Con el triunfo de Hugo Chávez se abría un nuevo camino democrático para impulsar y fortalecer los procesos de construcción, acumulación y crecimiento de poder popular, con consciencia, propuestas y organización política propia, en simultáneo proceso de (auto) constitución de los actores sociales y políticos del campo popular en sujeto político colectivo del cambio.

Esta posibilidad fue clara a partir del triunfo de Hugo Chávez en 1998, cuando replanteó su gobierno como una herramienta política para construir con el pueblo el sujeto político colectivo capaz de buscar nuevos caminos revolucionarios y construirlos. Desde entonces, y con el impulso que significó para los pueblos del continente –pocos años después– el triunfo de los movimientos sociales encabezados por Evo Morales en Bolivia, se afianza cada vez más la hipótesis política de que la disputa electoral puede abrir caminos para la realización de transformaciones revolucionarias ancladas en la participación popular que construye poder propio “desde abajo”, tanto en los territorios como en las instituciones gubernamentales y estatales.

En esta perspectiva, lo que podría entenderse como vía electoral para realizar las transformaciones sociales, volvió a situarse en el escenario político revolucionario como una posibilidad real.

Latinoamérica había construido otro tiempo político. Nuevos actores sociales y políticos fortalecieron las capacidades ofensivas del campo popular; la correlación de fuerzas dio un vuelco marcando a los movimientos sociales como protagonistas políticos. El siglo del golpismo militar iba quedando atrás y el fantasma del golpe a Salvador Allende, que suponía la inviabilidad del camino democrático para los cambios revolucionarios, fueron superados en la propuesta política de Hugo Chávez.

Con la fuerza de Bolívar, de Simón Rodríguez y de Ezequiel Zamora, Chávez emprendió el camino. Tenía claro que son los pueblos los que definen la historia y a ellos convocó y abrió los canales institucionales para construir la Venezuela bolivariana, revolucionaria, socialista. Pero esta afirmación no solucionaba *per se* los desafíos a enfrentar. Era vital transformar las relaciones hegemónicas pre-existentes y construir la hegemonía popular revolucionaria.

Chávez mostró que el camino electoral no es un truco para llegar al gobierno y dar el manotazo, que no se trata de una vía electoral para tomar el poder, sino que se trata de otro modo de concebir (y realizar) la transformación social, que da cuerpo a las revoluciones sociales-democráticas-culturales construidas “desde abajo” a partir de la participación protagónica de los actores populares.

Con esto, Chávez marcó una disyuntiva política clara para quienes se deciden a participar en procesos electorales desde posiciones progresistas o de izquierda. Una vez ganadas las elecciones, convierten a sus gobiernos en herramientas políticas para impulsar procesos populares revolucionarios de cambios raizales, o se limitan a hacer un buen gobierno conservador, reciclador del sistema.

Un gobierno revolucionario no puede limitarse a hacer una buena administración

La llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela es un parte aguas en el quehacer político latinoamericano que marca, de hecho, nuevos caminos revolucionarios. Ni reformista socialdemócrata, ni tecnócrata acomodado. Él dejó claro que los revolucionarios pueden conquistar el gobierno para tener una herramienta política e impulsar los cambios. Por ello, con su práctica gubernamental dejó claro que gobernar para el cambio implica no limitarse a estar en el gobierno.

La izquierda no puede pensar en participar en las elecciones para acceder a espacios/fracciones del poder existente y limitarse a ejercerlo ocupando los espacios parlamentarios o gubernamentales –nacionales o locales–. El objetivo político no pasa por “hacer buena letra” para “quedar bien” con los detentores tradicionales del poder establecido.

Un gobernante revolucionario no se define como tal solo por ser honrado y bueno en comparación con los gobernantes del sistema. Aunque estas cualidades se requieren elementalmente, su proyección va más allá: se relaciona directamente con su capacidad para poner los espacios de poder en función de la transformación revolucionaria, abriendo las puertas del gobierno al pueblo, construyendo un nuevo tipo de institucionalidad, de legalidad y legitimidad democrática basada en la participación del pueblo en la toma de decisiones políticas. En tal sentido, el desafío reside en que el protagonismo popular se desarrolle como base política (auto) constituyente del sujeto político colectivo.

Chávez demostró que impulsar revoluciones desde los gobiernos pasa por hacer de estos una herramienta política revolucionaria: abrir la gestión a la participación de los movimientos indígenas, de los movimientos sociales y sindicales, de los sectores populares, construyendo mecanismos colectivos y estableciendo roles y responsabilidades diferenciados para cogobernar el país.

La Revolución Bolivariana encarnada e impulsada por Chávez no se propuso mejorar el capitalismo ni aliviar sus conflictos. Propone reformas sí, pero estas son parte de un camino orientado a la superación del capitalismo. Y esto marca una diferencia fundamental respecto a la propuesta socialdemócrata y del viejo reformismo. Por ello, para Chávez fue clave, desde el primer momento, anclar las transformaciones a la participación popular.

Se trata de abrir las puertas del gobierno y el Estado a la participación de las mayorías en la toma de decisiones, en la ejecución y en el control de los resultados, en la medida que la construcción política y la transformación de las bases jurídicas de las instituciones estatales y gubernamentales lo posibiliten. De ahí el papel central que Hugo Chávez le otorgó a la realización de la Asamblea Constituyente.

Sin embargo, vale reiterarlo, no hay métodos que garanticen resultados. La transformación social es un caminar abierto, lleno de incertidumbres y obstáculos, que tiene una trinchera de posibilidades para avanzar en aras de la nueva civilización: la (auto) construcción del sujeto político revolucionario colectivo.

Realizar la Asamblea Constituyente: un momento de inflexión revolucionaria

Con la llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela la realización de una Asamblea Constituyente se evidenció como indispensable para los procesos de cambio social. De ella emanaría –como emanó– el sustrato jurídico, político y social para abrir el quehacer institucional a la participación popular y ampliar la democracia, su contenido y su sentido político-social hacia un horizonte revolucionario de justicia y liberación.

Obviamente, las asambleas constituyentes no son el motor del cambio. Los pueblos han de prepararse para plasmar en ellas sus puntos de vista, proponiendo y defendiendo contenidos acordes con sus intereses y su proyección estratégica. Pero en esto, como en todo, es importante comprender que el cambio de sociedad es procesal: lo más probable es que no se alcancen todos los objetivos en la primera Asamblea Constituyente. Habrá que hacer tantas asambleas constituyentes como lo vaya reclamando y posibilitando la profundización y radicalización del proceso. Las constituciones no son eternas; se pueden ir incorporando las reformas que se consideren necesarias e incluso una nueva constitución, si el avance del proceso revolucionario así lo requiere.

Transformar el Estado abriéndolo a la participación popular

La modificación de las bases jurídico-institucionales de una nación es también parte del proceso de creación y construcción cotidiana, sistemática y permanente de la nueva sociedad por parte de los pueblos. Esto supone una modificación del lugar y el papel del Estado en los procesos sociales de cambio, tanto en su interrelación con la llamada sociedad civil: con movimientos y organizaciones sociales, partidos políticos, organizaciones comunitarias, religiosas, etc., como en su interrelación con los gobiernos estatales, provinciales, departamentales, etc., en lo jurídico-institucional y en lo democrático-participativo.

¿Las revoluciones las hacen las instituciones, los Estados, los gobiernos, o los pueblos y sus organizaciones? Indudablemente, en este tiempo histórico posneoliberal, el Estado constituye una herramienta de primer orden para desplegar políticas inclusivas y equitativas para el cumplimiento efectivo de derechos, pero no por ello el Estado se constituye en actor central; lo revolucionario no emana de una medida administrativa o decisiones burocráticas.

Es vital en el proceso de transformación democrática revolucionaria abrir el Estado a la participación popular, en la definición de las políticas públicas, en su realización y en el control de lo que se realiza. Y hay que construir los canales institucionales y

no institucionales para ello, la Asamblea Constituyente es un paso habilitante hacia ello, pero no resuelve los caminos para su concreción. En este terreno, la propuesta de construcción de poder popular “desde abajo”, tiende a la conjugación de espacios institucionales y no institucionales, como también a la construcción de nuevas institucionalidades.

Impulsar la construcción de comunas

Hugo Chávez fue promotor de lo que definió como democracia protagónica revolucionaria: “Consiste en que el pueblo tenga el poder y vaya progresivamente asumiéndolo y construyendo el nuevo poder popular”². Por ello, para Chávez la construcción de comunas en los territorios era clave: abrir el proceso integral de transformación revolucionaria de la sociedad orientándolo hacia la construcción de lo que un día será el Estado comunal o comunitario, en la perspectiva de lo que hoy podríamos identificar con el socialismo comunitario como parte del ideario del socialismo del siglo XXI.

Es el poder popular que emerge y se construye desde la raíz, palmo a palmo, por el pueblo protagonista de la creación y la construcción de su futuro. Las comunas no pueden generarse mediante un decreto del Estado ni a partir de una ley de la Asamblea Legislativa; resultan de un proceso de creación-construcción de los pueblos en cada lugar donde habitan, conjugando sus identidades, sus intereses, sus saberes y sus expectativas con las condiciones (políticas, sociales, económicas, culturales) concretas del territorio. Ahora bien, lo que estaba claro para Chávez y así lo efectivizó, es que el Estado revolucionario sí puede contribuir a crear las condiciones para ello, apoyar y facilitar los procesos, pero sin sustituir a los actores sociales.

Lo nuevo, que en tanto tal es inédito, es parte de un proceso de creación-aprendizaje colectivo, tanto de aquellos que desempeñan

2 Hugo Chávez Frías, *El Socialismo del Siglo XXI*, Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, 2011, pp. 26-27, de <http://www.portalalba.org/biblioteca/CHAVEZ%20HUGO.%20Socialismo%20del%20Siglo%20XXI.pdf>.

sus labores en el ámbito institucional como de aquellos que construyen los consejos comunales y las comunas en cada territorio urbano y rural, desempeño que constituye indudablemente uno de los mayores desafíos del proceso de construcción del socialismo del siglo XXI.

En esto, como en todas sus acciones, Chávez entró en contradicción con los viejos paradigmas de la izquierda que –manteniendo sus viejas lecturas y anteojeras– sostenían que el Estado podía construir el socialismo a partir de sí mismo (con sus funcionarios), sustituyendo con decretos y ordenanzas el quehacer colectivo de los pueblos. Para Chávez era claro: hacer del Estado una herramienta para impulsar y contribuir al empoderamiento de los pueblos, no para sustituirlo.

Como acotó García Linera:

El Estado revolucionario puede crear condiciones, potenciar capacidades interunificantes entre los integrantes de las comunidades, en lo productivo, en la gestión de la tierra, en la gestión de la producción, en la gestión del agua, pero esta es una obra de la propia sociedad, de las propias comunidades que asumen el control de sus destinos. Así estoy entendiendo la construcción “desde abajo”. La vitalidad viene desde las propias organizaciones sociales, que pueden ocupar el Estado, transformarlo y construirlo, pero no resumen ni concluyen toda su fuerza en el Estado; van por encima del Estado, por debajo del Estado y más allá del Estado, pero utilizando el Estado...³

Es precisamente por ello que un proceso revolucionario raizal como el que tiene lugar en Venezuela está profundamente articulado con el desarrollo de transformaciones (práctica-educativas) que buscan y construyen nuevas bases civilizatorias en lo económico, cultural y político encaminadas a la superación de la civilización construida y regida por el capital.

3 Isabel Rauber, *Revoluciones desde abajo*, Buenos Aires, Ediciones Continente Peña Lillo, 2012, p.11.

En este empeño, lo económico, orientado a cambiar el sistema productivo, el modo de producción y las relaciones sociales que de allí emanen resultan pilares claves del cambio. De ahí la importancia que Chávez otorgó a las tareas encaminadas a la superación del rentismo petrolero y al desarrollo de nuevas y variadas áreas productivas, y también al logro de la soberanía alimentaria. Todo ello articulado raizalmente al desarrollo de planes en educación y atención de salud, al desarrollo de vivienda y hábitat en los sectores populares históricamente excluidos del sistema social, dando forma a una revolución que, articulando las herramientas políticas y administrativas estatales y gubernamentales, se construye “desde abajo”. Esto resulta, a su vez, un proceso constituyente del sujeto político revolucionario que va materializándose en la participación protagónica creciente del pueblo y sus actores sociopolíticos, en el proceso de transformación en el que, al mismo tiempo, van transformándose a sí mismos.

Lo que en otro tiempo aparecía como propuesta teórica, con la Revolución Bolivariana impulsada por Hugo Chávez es realidad. Toman cuerpo allí hipótesis y sueños, se construyen caminos alternativos “desde abajo” que son fuente de enseñanzas para los pueblos del continente y del mundo.

Las misiones, los consejos comunales, las comunas, el control obrero de la producción, la articulación continental y el ALBA, se orientan a potenciar y fortalecer la perspectiva de los pueblos a partir de su protagonismo, abriendo cauces hasta hace poco insospechados a la revolución popular democrático-cultural que día a día construye el socialismo del siglo XXI.

Construir una amplia fuerza social de liberación

Esto significó para Chávez la búsqueda de canales diversos para revolucionar la democracia, es decir, transformar la democracia, profundizarla, abriéndola a la participación de la ciudadanía popular, así como rescatar modalidades democráticas preexistentes en los pueblos (por ejemplo, los pueblos originarios y sus prácticas comunitarias) o construir nuevas modalidades. Todo ello requería ser parte de una nueva legalidad y jurisprudencia (y viceversa),

respaldo y sostén de los procesos sociotransformadores colectivos, constructores –en lo político– de una nueva cultura de poder basada en la participación colectiva creciente en el proceso de toma de decisiones y en la ejecución de las resoluciones y el control de los resultados y la gestión gubernamental.

Chávez sabía y buscaba vías para efectivizar e impulsar –en esto, como en las demás áreas y ámbitos– el empoderamiento creciente y liberador del pueblo. Por todo ello estaba determinado a fortalecer el proceso de constitución de los actores sociales y políticos en una poderosa fuerza sociopolítica de liberación con capacidad para traccionar e impulsar el proceso de cambio, radicalizándolo.

Coincidiendo con István Mészáros antes de conocerlo, Chávez identificó entre los desafíos políticos neurálgicos para la transformación de la sociedad “desde abajo” hacia la superación del capitalismo, la construcción de “un amplio movimiento sociopolítico articulador de las fuerzas parlamentarias y extraparlamentarias de los trabajadores y el pueblo”, en oposición y disputa con las fuerzas de dominación parlamentaria y extraparlamentaria del capital (local-global).

Esto es parte de las tareas centrales del socialismo del siglo XXI, bolivariano, chavista, martiano y latinoamericano.

La conformación del sujeto político es parte del proceso político revolucionario interarticulado e interconstituyente de poder popular, proyecto revolucionario y sujetos políticos. Es decir, que no existe un ser ni un deber ser definidos *a priori*, que no hay sujetos ni caminos ni tareas ni rumbos y resultados preestablecidos ni situaciones irreversibles; todo está en juego permanentemente. Los actuales procesos democrático-revolucionarios que se desarrollan en el continente en disputa frontal con la hegemonía del poder colonial-capitalista, reclaman el creciente y renovado protagonismo de los movimientos indígenas, sociales, campesinos, de mujeres, de trabajadores, de ecologistas, pensadores populares, etc.

Nuevo pensamiento y nuevo tipo de intelectual orgánico

Como reafirmó Rauber en su libro *Revoluciones desde abajo*⁴ recordando a Lenin: “Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario”. Esto supone también que sin movimiento revolucionario no hay teoría revolucionaria; son ambos a la vez o no son. Esta es la nueva filosofía que Marx y Engels comenzaron a construir, comprometida con la vida social y, a partir de ello, con los intereses del polo del trabajo en la relación trabajo-capital.

Su legado teórico-metodológico y su proyección emancipadora resultan imprescindibles precisamente para quienes, como el Comandante Hugo Chávez –sosteniendo posiciones no dogmáticas– se nutren hoy de las prácticas liberadoras de los pueblos para, sobre esa base, construir un pensamiento emancipador y emancipatorio intercultural, descolonizado y revolucionario, recuperando en él las cosmovisiones, las identidades y las experiencias de resistencia y lucha de los pueblos empobrecidos de nuestras tierras, en primer lugar de los pueblos indígenas.

La construcción del nuevo pensamiento emancipatorio es parte del proceso de búsqueda y creación de la nueva civilización. Resulta, por tanto, raizalmente articulada a los procesos de construcción-acumulación de conciencia y organización que llevan adelante los actores populares en el continente, a sus luchas, propuestas y construcciones cotidianas, aportando con ello a la maduración del proyecto alternativo creado y construido colectivamente.

Una matriz de pensamiento indo-afro-latinoamericano

Se trata de un pensamiento de emancipación nacido y desarrollado conjuntamente con las resistencias, las luchas y las construcciones de los pueblos indígenas, los afrodescendientes, los trabajadores de la ciudad y del campo, las mujeres, los jóvenes, los discapacitados, los adultos mayores, los movimientos de *gais*, lesbianas, travestis y transexuales, los ecologistas, etc. Se trata de un

4 *Ibid.*

pensamiento intercultural que se construye entrelazando saberes diversos correspondientes a la diversidad de actores sociopolíticos que pueblan el campo popular y que se desarrolla en las prácticas políticas de los pueblos. Es un pensamiento orientado a fortalecer la construcción actual del proyecto social, político, económico, cultural y ético de transformación social en función de la liberación. Desarrolla, por tanto, en función de ella, su epistemología.

Esto resumiría un primer aspecto de su carácter descolonizador. Un segundo elemento, correlativo con lo anterior, radica en su apuesta a los sujetos concretos del acontecer socio-histórico, a sus luchas, sus construcciones y propuestas, para desde ahí construir saberes prácticos y teóricos de y para su emancipación. Se trata, en tercer lugar, de un pensamiento que no solo reconoce las diferencias, sino que se nutre de ellas para ampliar sus horizontes, enriquecer sus contenidos y proyectarse activamente aportando su mirada intercultural, fortaleciendo los actuales procesos descolonizadores que embanderan los pueblos en este continente, particularmente los pueblos indígenas originarios.

Intelectual orgánico-intelectual colectivo

En esta perspectiva resulta claro que la construcción de pensamiento emancipador no es una tarea reservada a intelectuales aislados. Se trata de una obra colectiva que supone la interacción de intelectuales con los procesos de resistencias, luchas y construcciones de los pueblos. Cada actor sociopolítico colectivo e individual aporta y crea en sus prácticas diversas, apelando a sus tradiciones de luchas o ensayando otras nuevas: sus experiencias, propuestas y reflexiones movilizan y definen los contenidos clave del nuevo pensamiento sociotransformador construido en interacción dialéctica con los intelectuales orgánicos, en proceso colectivo de producción de nuevos saberes.

Esto supone articular las diversas dimensiones del pensamiento reflexivo crítico, es decir, el saber que es elaborado en su dimensión estrictamente teórica, con el saber que emerge de abajo y que mayormente queda contenido (inmerso) en las prácticas –de ahí, entre otras

razones, la importancia de rescatarlas, sistematizarlas y conceptualizarlas-. La articulación de estas dimensiones diversas posibilita la integración e interrelación y construcción dialéctico-revolucionaria del diálogo horizontal entre los saberes científico y popular, elaborando “desde abajo” un pensamiento colectivo (pensamiento sobre pensamiento), indispensable para la producción de un nuevo pensamiento estratégico sociotransformador indo-afro-latinoamericano.

El intelectual orgánico no es el que sabe y orienta, sino el que construye conocimiento, saberes y conciencia revolucionaria junto con los actores-sujetos populares concretos, partiendo de sus realidades, compartiendo prácticas, búsquedas, ideales y horizontes estratégicos. La organicidad de los intelectuales comprometidos se define entonces, no por su pertenencia partidaria (“la orga”), sino por su capacidad de trabajar coherente y colectivamente siendo parte del proceso sociotransformador protagonizado por el pueblo desde sus territorios, en diálogo constante con sus experiencias revolucionarias. Debe ser comprometido para ser creíble, y crítico para ser útil y así contribuir al avance del conocimiento y la conciencia colectiva.

La creación de una nueva civilización, capaz de contener en pie de igualdad a las múltiples civilizaciones existentes y sus cosmovisiones, interarticulándolas en interculturalidad, abriendo paso a un mundo en el que quepan todos los mundos, es tarea de multitudes, no de élites iluminadas.

Disputar la subjetividad

Construir otro imaginario social y un “sentido común” diferente al del capital

La construcción de una sociedad (y un mundo) sin relaciones discriminatorias y discriminantes, sin desamparados o excluidos, sobre la base de la igualdad de oportunidades, la equidad, la justicia social, etc., reclama cambiar los imaginarios sociales, apostando fuertemente al desarrollo de prácticas interrelacionales que vayan germinando nuevos imaginarios, basados en valores de solidaridad social e individual, de respeto, cuidado y convivencia armónica

con la naturaleza, tomando conciencia de que somos parte de ella y que nuestra sobrevivencia está anudada a la de la naturaleza.

Disputar el sentido común de los oprimidos (las mayorías atomizadas y reducidas a minorías), significa instalar, en primer lugar, el deseo de vivir de un modo diferente, como parte del sentir, del pensar y del hacer cotidiano de los pueblos. Es lo que late en Venezuela hoy, en cada barrio, en cada comuna, en las misiones.

En la disputa político-ideológica y cultural con el capital, cada día resulta más importante hacer visible y palpable el contenido irracional, antihumanista y propagador de muerte que encierran las fórmulas y recetas supuestamente brillantes y salvadoras del capital. Rebatir sus argumentos uno por uno, exige nuevos y sólidos argumentos y fundamentos, exponerlos con claridad en cada construcción cotidiana, en cada territorio, en el quehacer de las organizaciones populares y en los diversos territorios es parte del camino que contribuirá a ir ganando la batalla. Porque es ideológica la lucha, pero no ideologista.

Es importante construir hegemonía popular también en lo conceptual, demostrando –a partir de las prácticas de construcción de lo nuevo que llevan adelante los pueblos– que existen otros modos de lograr la eficacia económico-social, conjugados armónicamente con la sobrevivencia de la humanidad y la naturaleza. Y esto es parte de la batalla político-cultural. Construir alternativas viables y realizables pasa también por hacer de este debate con el capital una realidad cotidiana y omnipresente en todos los medios posibles (en los medios de comunicación, en la batalla por la información, en la formación y en nuestras labores político-reivindicativas diarias), disputando en todos los ámbitos el sentido común de las personas; instalando en él nuevos valores y alternativas de vida anclados en la solidaridad, la equidad y la justicia social, en el derecho efectivo al trabajo, en la equidad de género, etnias e inclinación sexual, en el respeto a la naturaleza.

Disputarle los sueños y la fantasía al capital

En su quehacer socio-transformador-material los pueblos van construyendo simultáneamente sus mundos espirituales, sus ideales, a la par que van definiendo elementos programáticos y principios ético-sociales de la utopía. Con ello confeccionan verdaderos escudos de ideas y fantasías, que resultan brújula orientadora de los pueblos en su larga marcha individual y colectiva hacia la nueva civilización. En ella cobran sentido liberador las prácticas cotidianas, a la vez que descubren los avances hacia el nuevo mundo. Y esto hace a la felicidad.

La lucha por la felicidad no pertenece ni al mundo de las telenovelas ni al de los ricos y poderosos; es inherente a la humanidad. Y es importante reconocerla como parte de las luchas, resistencias y creaciones de los pueblos, no solo porque ellos buscan la felicidad futura, sino porque el proceso de transformación y búsquedas es, en sí mismo, parte de esa felicidad. Las luchas por la felicidad del mañana son el fundamento de la felicidad del presente. Ellas integran los sueños, las fantasías, las pasiones, las angustias, los deseos y las búsquedas de una sociedad de justicia y paz y, de conjunto, fortalece la voluntad colectiva de los pueblos.

Construir poder popular “desde abajo”

A partir de Chávez fue patente que es posible otra Latinoamérica, otra política, otro protagonismo político: el del pueblo, el de los movimientos sociales articulados al quehacer del gobierno y de las instituciones del Estado, orientados a diseñar y construir mancomunadamente “desde abajo”, es decir, desde la raíz, el poder popular, raizalmente democrático, participativo e inclusivo y, en tanto, liberador y de liberación.

En su práctica política como gobernante revolucionario Chávez definió y articuló los perfiles de una nueva estrategia revolucionaria, de cuestionamiento e interpelación al poder instituido y, simultáneamente, de construcción del poder popular constituyente: la construcción de poder popular “desde abajo” como camino para un proceso revolucionario social integral de construcción de un nuevo

poder: en lo político, económico, social, cultural. Es decir, abocarse a la transformación cultural, política, ideológica y económica del modo de vida implantado por el capital, construyendo un nuevo modo de vida, anclado en la reunificación con la naturaleza, en la solidaridad y la complementariedad, orientado a cimentar una nueva civilización humana superadora del capitalismo, que permita lograr la suprema felicidad social, según expresión de Bolívar, recuperada por Chávez.

Esta nueva civilización se inscribe en la perspectiva socialista dado que implica una ruptura radical con la lógica del capital. Pero se trata de un socialismo construido por los pueblos, raizalmente democrático, asentado y fortalecido por una lógica de metabolismo social-horizontal. De ahí que la sociedad horizontal constituya el núcleo lógico-organizador y reproductivo de lo que será un nuevo socialismo, abierto al crecimiento cultural y político de las generaciones venideras. Ello anuncia que se trata de un proceso global de transformaciones profundamente imbricado con una lucha cultural, ideológica, económica y política acerca del ser humano y su existencia, su libertad y sus obligaciones para consigo mismo, con sus hermanos y con la naturaleza. La nueva civilización implica a la vez una nueva cosmovisión: que abra cauce –en paridad horizontal– a la pluralidad de identidades, cosmovisiones, creencias, tradiciones y deseos, haciendo realidad la construcción de un mundo donde quepan todos los mundos, dando pie a lo que será un mundo horizontal.

Precisamente por ello, y teniendo particularmente en cuenta la diversidad étnico-cultural que da cuerpo a lo popular en nuestras latitudes, este proceso de creación-construcción del nuevo mundo es, a la vez que plural, intercultural. Es decir, está atravesado por procesos de descolonización y despatriarcalización protagonizados por los pueblos y sus actores sociopolíticos, en proceso permanente de autoconstitución en sujeto político colectivo. Esto es vital para salir de la órbita hegemónica de sometimiento del capital y sus tentáculos, para cambiar de raíz la sociedad basada en la injusticia, el individualismo, la exclusión social, el saqueo y la multiplicación de la muerte en todos los órdenes, entre los seres humanos y en la naturaleza.

Precisiones del concepto

El concepto “desde abajo” alude, en primer lugar, a un posicionamiento político-social que ubica dónde surge el poder (los poderes) y define desde dónde debe partir la disputa y la construcción de poder propio orientado a la transformación de la sociedad, en el que ocupa un lugar central, protagónico, la participación de “los de abajo”. Así lo emplearon en su tiempo, por ejemplo, Marx, Engels y Lenin.

Con el desarrollo de las luchas sociales y políticas de “los de abajo” este concepto ha ampliado su significación. Por un lado, algunos sectores sociales y pensadores lo han reinterpretado y enarbolado como contraposición al poder que se ejerce “desde arriba”, rechazando todo tipo de dirección centralizada y, por extensión, toda forma de organización social y política. En la práctica, esto se ha traducido en posiciones basistas, espontaneístas y en la divulgación de un tergiversado anarquismo. Digo “tergiversado” puesto que el anarquismo nunca renunció ni rechazó la organización, muy por el contrario, la disputa fundamental estuvo marcada por los debates en torno al Estado y sus formas de desaparición: ¿se extingue o debe abolirse? Esto se articula, consiguientemente, al rechazo al papel activo del Estado en los procesos de transformación, en el tiempo de transición y construcción de las bases de la nueva sociedad. Pero, además de esto, el anarquismo desarrolló otros aspectos que contribuyen a pensar lo nuevo: la defensa de las posiciones libertarias, participativas, el apego a la horizontalidad y la valorización de lo autogestionario como motor de la libertad y el protagonismo individual y colectivo.

Por otro lado, el concepto “desde abajo” plantea una nueva lógica de pensamiento, acción y concepción de las relaciones sociales y políticas: parte del problema o situación concreta al que se le busca respuesta, propuesta o solución, y de los actores sociales concretos involucrados en ello. Esta lógica se diferencia raizalmente de aquella que piensa y ejecuta “desde afuera” de los procesos y de sus actores concretos, a partir de las superestructuras de los aparatos gubernamentales y partidarios, alimentando una metodología “desde arriba” propia de las minorías autoritarias, las élites iluminadas y las viejas vanguardias.

Construir “desde abajo” significa construir desde la raíz, desde el ámbito de lo propio, y desde el interior de lo que se quiere cambiar, la hegemonía política, ideológica y cultural de la nueva sociedad que se desea, a la vez que se la va creando, diseñando y construyendo desde el presente, en cada espacio, en cada organización, en la comunidad, en el ámbito familiar, en las interrelaciones humanas. Pretender que la superación de la enajenación humana y los cambios necesarios para lograrla ocurrirán después de la toma del poder o de los cambios sociales, aleja la posibilidad de liberación en vez de contribuir a ella.

Construir poder “desde abajo” resume entonces una lógica diferente a la tradicional acerca de cómo construir el poder popular encaminado a la creación y fundación de un mundo nuevo. Responde a los interrogantes: desde dónde y quiénes lo harán, partiendo siempre del protagonismo consciente de los pueblos y, simultáneamente –recuperando la significación que Marx otorgaba a lo radical–, de la raíz de los problemas o fenómenos; sujeto colectivo protagonista y transformación raizal de la sociedad constituyen el punto de partida y llegada del proceso sociotransformador. Apostar a la construcción de poder “desde abajo” para transformar la sociedad implica decidirse a protagonizar colectivamente con el pueblo interarticulado un proceso revolucionario radical, es decir, que se construye y crece desde la raíz, en las prácticas sociotransformadoras desde el presente.

Poner fin a la lógica del capital

Se trata de poner fin al poder del capital, a su lógica de funcionamiento, y a sus mecanismos de hegemonía y dominación; crear y construir una nueva civilización, un mundo donde quepan todos los mundos.

El poder popular es más que un “contrapoder”

El poder popular no puede pensarse entonces solo como un “contrapoder”. Es mucho más que eso; es un camino integral de transformación del modo de vida de la humanidad articulado con la gestación de nuevos valores y relaciones y, en tal sentido, liberador.

Solo por un camino integral será posible avanzar (de un modo integral) hacia una sociedad liberadora, desalienadora –que solo puede ser tal si es autodesalienadora– y, en ese sentido, formadora de nuevos hombres y nuevas mujeres, diseñadores y constructores de la utopía anhelada. De ahí el lugar central y permanente que la batalla político-cultural ocupa en este proceso de creación-transformación permanente. No hay etapas separadas entre sí que luego de transcurridas –en sucesión temporal– den como resultado la nueva sociedad. En lo social, el todo no es la suma de las partes, salvo dialécticamente hablando, es decir, interconectadamente, lo que habla de intercondicionamiento, interdependencia e interdefinición entre todas y cada una de ellas.

Este posicionamiento respecto al poder y a la revolución social implica un cambio radical en la concepción de las luchas sociales, en la construcción de la conciencia política, de la organización política, del poder popular, del proyecto alternativo y, también, del sujeto social y político de las transformaciones, su constitución y su papel en la historia. Estos aspectos son, resumidamente, los que marcan la ruptura más nítida y radical de esta concepción de la transformación de la sociedad, respecto de las concepciones vigentes en el siglo xx. Ya venía germinando en el continente en las resistencias y luchas de los pueblos y sus movimientos sociales, pero tomó fuerza y se desarrolló con la llegada a la Presidencia del Gobierno de Venezuela del Comandante Hugo Chávez, desde los primeros momentos. Con él se despejan y fortalecen algunos puntos neurálgicos:

- Independientemente del ámbito en que se esté situado: en la superestructura política o en un barrio urbano, en una zona rural o en una comunidad, se puede construir poder “desde abajo”.
- El papel que se desempeñe en el proceso de transformación puede estar vinculado o no a lo institucional, puede estar ubicado “arriba”, “abajo” o “en el medio” de los escalafones jerárquicos establecidos en las estructuras estatales

o gubernamentales; eso no es determinante. Se puede estar “abajo” y tener una mirada y una práctica superestructurales y vanguardistas, y a la inversa. Chávez lo puso en evidencia, haciendo de su gobierno una herramienta política de los pueblos, promoviendo su participación, la creación de las comunas, el traspaso a los obreros del control de los procesos productivos.

- Construir “desde abajo” implica –en todo momento, ámbito y relación– un posicionamiento y una práctica político-metodológica clave: partir del problema concreto y convocar a los actores en él involucrados para pensar colectivamente las alternativas superadoras, definir las, diseñarlas y realizarlas. Supone siempre, por ello, una organización, capacidad y una voluntad colectiva.

En síntesis, construir poder popular “desde abajo” reclama, por tanto, un cambio cultural y político práctico indispensable para el análisis y la práctica política actual de los movimientos sociales y políticos de este continente en tiempo de revoluciones “desde abajo”. En síntesis, este posicionamiento entiende que:

- La superación de la enajenación humana, la liberación individual y colectiva es el sentido primero y último de la transformación social.
- El poder no está concentrado en las instituciones estatales. Es una relación social (hegemónica, dominante) resultante de la interrelación del conjunto de relaciones sociales, culturales, económicas, políticas, erigidas sobre los intereses sectoriales y de clase, y reguladas por las interrelaciones entre estas, constituyendo y expresando sobre esa base una determinada relación de fuerzas, con predominio de una, que se constituye en fuerza hegemónica (económica, cultural, política e ideológica), cuya situación, fortaleza o debilidad es puesta permanentemente en jaque en las interrelaciones de

clases, y marca la dinámica del movimiento social y político en cada momento histórico concreto.

- Tener poder propio implica para el campo popular ser capaz de contrarrestar el poder hegemónico al punto de excluirlo como tal del campo de la determinación de las relaciones sociales y, a la vez, construir su propia hegemonía en las relaciones sociales mediante la construcción de otro tipo de interrelaciones sociales, culturales, económicas y políticas. Supone articular la resistencia, lucha y construcción popular en todos los ámbitos: desde el supuestamente más ínfimo y cotidiano, hasta las instituciones superestructurales, sobre la base de una lógica propia, radicalmente diferente de la del poder que se pretende superar o se quedará prisionero de su hegemonía y poder por más que se logre desplazar del aparato institucional (lo que ocurrió con el socialismo en el siglo xx).
- La transformación de la sociedad se desarrolla en un proceso complejo (proceso de procesos) que anuda simultáneamente participación, construcción, apropiación y empoderamiento colectivos, a partir de promover el protagonismo de todos y cada uno de los actores sociales y, consiguientemente, su conciencia y organización.
- Se propone desarrollar la horizontalidad como base para una nueva cultura solidaria y equitativa (en la práctica, en el pensamiento, en la organización y en el poder). Rechaza la lógica, la organización, el pensamiento y las prácticas jerárquicas y verticalistas, discriminatorias y excluyentes. En tal sentido, repele también la supervivencia de la cultura patriarcal machista en la construcción del nuevo poder popular, es decir, de nuevas relaciones sociales, entre ellas, las de género.
- La participación democrática es una característica *sine qua non* del proceso de transformación (y de la nueva sociedad). Su núcleo articula la participación “desde abajo” del pueblo consciente y organizado, con el pluralismo (aceptación y

convivencia con las diferencias y los diferentes) y la interrelación horizontal.

- El sujeto (social, político, histórico) del cambio es plural. Se expresa como actor colectivo, y se autoconstituye como tal en el proceso mismo de resistencia, lucha y transformación social. No hay sujetos *a priori* de las prácticas de lucha en los momentos histórico-concretos. La diversidad de identidades, miradas, cosmovisiones, culturas, modos de vida, saberes y sabidurías presentes entre los actores sociopolíticos abre paso a la interculturalidad y, al mismo tiempo, a la descolonización; se presuponen e interdefinen.
- Supone un reposicionamiento, redimensionamiento y resignificación de la política, lo político y el poder por parte del conjunto de actores sociales, políticos y del pueblo.
- Profundiza la dimensión sociocultural de la democracia, integrando a esta la necesaria búsqueda de equidad de géneros, sexos, razas, etnias, capacidades, y –sobre esta base– radicaliza la crítica al poder hegemónico dominante, contribuyendo a su deconstrucción social, histórica y cultural, y a la construcción de nuevos rumbos democráticos participativos.
- La construcción de lo nuevo se basa en una lógica diferente de articulación de las luchas sociales y de sus actores, de los caminos de maduración de la conciencia política, de la definición y organización del instrumento político, y del proceso de construcción-acumulación de (su) poder popular.
- Se propone superar la sociedad capitalista, transformándola desde su interior en la misma medida en que los actores/sujetos van construyendo en sus prácticas cotidianamente los avances de lo que algún día será –en integralidad– la nueva sociedad anhelada. En ese proceso, van (auto) constituyéndose también los sujetos que la diseñan y luchan por hacerla realidad.
- El proyecto alternativo que sintetiza y define el rumbo estratégico es creado y decidido por los sujetos socio-políticos

en su accionar. Resulta, a la vez, el eslabón articulador que imprime –mediante la articulación de los actores socio-políticos– un sentido revolucionario cuestionador-transformador a las resistencias sociales, a las luchas sectoriales y a las propuestas reivindicativas, cohesionándolas y proyectándolas hacia la construcción de lo que un día será una nueva civilización humana.

- Los procesos y caminos de construcción del proyecto, del poder propio, y de la (auto)constitución de actores sociales en actor colectivo (sujeto) de la transformación, resultan estructuralmente interdependientes e interconstituyentes. El eje vital radica en los actores-sujetos, en su capacidad para desarrollarse y (auto) conformarse en actor colectivo del cambio (sujeto popular) y, por tanto, en su capacidad para diseñar y definir el proyecto, construir su poder y, a la vez, dotarse de las formas orgánicas que el proceso de transformación vaya reclamando.
- Las revoluciones “desde abajo” buscan construir una nueva civilización humana, esto implica crear y construir un nuevo modo de vida. Esto es desarrollar de modo yuxtapuesto, simultáneo y articulado, procesos de transformación de la sociedad, anclados a los procesos de cambio-sustitución de sus modos de producción y reproducción, y a los procesos de transformación-autotransformación de los hombres y las mujeres que realizan esos cambios y sus interrelaciones sociales (públicas y privadas).

¿Chavismo? Algunas claves políticas

La ruptura epistemológica realizada por Hugo Chávez ha sido a la vez el despliegue o la validación de nuevos paradigmas emancipatorios. Entre ellos puede destacarse un grupo de claves políticas continuadoras de la práctica socio-transformadora de Hugo Chávez que hoy se condensan e identifican como chavismo. En ellas se sintetizan elementos estratégicos constitutivos de la nueva

propuesta revolucionaria democrática cultural, abierta, encarnada en las prácticas de resistencia, lucha y creación de los pueblos del continente, empeñados en construir otro poder, propio, emancipador, “desde abajo”.

Destacaría como modos sobresalientes:

- Participar en elecciones es parte del camino de transformación revolucionaria.
- El gobierno es una herramienta política para el cambio revolucionario, en manos del pueblo y sus representantes legítimos.
- Refundación de la política anclándola en el protagonismo popular.
- Clara diferenciación entre Estado y poder.
- Construcción del poder popular “desde abajo”.
- Asamblea Constituyente para transformar las bases jurídicas del Estado y sus instituciones, y para cambiar la relación Estado-sociedad abriendo el Estado a la participación popular.
- Alianza cívico-militar anclada en valores y gesta de los grandes independentistas: Bolívar, San Martín, Martí, Simón Rodríguez, Ezequiel Zamora, Mariátegui.
- Profundización de la democracia: participación popular; referendo revocatorio; inclusión; redistribución de la renta nacional.
- Construcción de comunas para encaminarse hacia un Estado comunal.
- Fortalecer los procesos de constitución del sujeto revolucionario: mujeres, indígenas, mulatos, pueblo todo articulado.
- Nuevas lógicas de unidad, con diversidad, reconociendo los diferentes y sus identidades, culturas, cosmovisiones.
- Defensa de la revolución (“pacífica, pero no desarmada”, como aclaró Chávez).
- Impulsar la superación del modo de producción capitalista a partir del control obrero de la producción y las empresas.

- Cambiar la relación utilitaria con la naturaleza, reencontrándonos con ella.
- Antiimperialismo.
- Un nuevo tipo de organización política (socio-política).
- El crecimiento cultural, la educación general y la educación política como estandartes.
- Recuperación de nuestras raíces históricas y culturales; del pensamiento y la gesta independentista de nuestros próceres, de las resistencias de los caciques, guerreros y pueblos indígenas originarios.
- Descolonización intercultural, política, económica, ideológica y social.
- Despatriarcalización.
- Irreverencia al poder establecido del capital y sus personeros.
- Desarrollar la comunicación popular y todas las dimensiones de la comunicación.
- La integración regional y continental como camino para la independencia y liberación: creador de Petrocaribe; ALBA-TCP; Celac.
- Integración con otros bloques existentes: Mercosur, Unasur.
- Solidaridad, complementariedad, cooperación y ética revolucionarias como banderas.

Gobernando para el cambio social revolucionario Hugo Chávez demostró que:

- No hay fronteras al protagonismo de los pueblos como no sean las que ellos mismos coloquen a su quehacer. Cuando se es capaz de constituir un gobierno propio hay que asumir también la responsabilidad de gobernar, que es la de cogobernar “desde abajo” compartiendo cada vez más decisiones y responsabilidades. Concepto que hoy se recupera y proyecta en la propuesta del pueblo-presidente.
- El carácter constituyente del proceso sociotransformador abarca e interdefine los sentidos, las dimensiones y

acciones del proceso de cambios, es decir, a los sujetos mismos. Se trata en realidad de un proceso interconstituyente de poder, proyecto y sujetos. Y como todo ello se va definiendo concatenado por la participación (integral) de los actores sujetos, resulta, a la vez, un proceso autoconstituyente, es decir, consciente y abierto. No hay definiciones ni garantías preconcebidas, todo está en juego permanentemente.

- La condición de sujeto está raizalmente articulada a la acción de los actores en el entramado de contradicciones del conflicto sociopolítico, a su capacidad para definirlo en sentido favorable a sus intereses, necesidades y aspiraciones en cada momento histórico concreto. El actor colectivo conformado para las tareas de ayer tiene que revalidarse reconstituyéndose como actor político colectivo en los conflictos del presente, acorde con las nuevas condiciones, tareas y desafíos.
- La continuidad de la lógica de producción y acumulación del capital amenaza a toda la humanidad. Y esta amenaza se resume y expresa en la contradicción antagónica vida-muerte. Esta caracteriza el problema fundamental del tiempo actual, a la vez que resume y articula nuevas contradicciones sociales. Es indispensable, entonces, asumir como eje articulador de las luchas y pensamientos la lucha por la vida.
- En este sentido, un gran empeño de Chávez ha sido insistir, pese a las dificultades objetivo-subjetivas, en impulsar la transformación del modo de producción capitalista, como parte del camino de superación del metabolismo social, avanzando en la construcción de un nuevo modo productivo, el modelo productivo socialista⁵ que se desarrolle en armonía con la naturaleza y la defensa integral de la vida en el planeta. Para ello es indispensable que el nuevo modo de producción y reproducción de la vida social lo sea también

5 Hugo Chávez Frías, *El Socialismo del Siglo XXI...*, op.cit., p. 27.

para la vida de la naturaleza. Humanidad y planeta corremos la misma suerte, somos uno. Esta es una propuesta medular, ya que remueve desde la raíz, “desde abajo”, la organización, concepción y cosmovisión del mundo diseñadas y regidas por el capital y, consiguientemente, resignifica y amplía las características, las tareas y los caminos del cambio social emancipatorio, sus perspectivas y objetivos a alcanzar.

- Nuevos paradigmas civilizatorios están en construcción en los procesos vivos de cambios sociales. La experiencia de la Revolución Bolivariana y chavista, creadora y sostén del socialismo del siglo **xxi**, es un ejemplo vivo y desafiante de ello día a día. Por ello escapa a las binarizaciones reduccionistas, antitéticas y excluyentes del socialismo predominante en el siglo **xx**. Se fundamenta y enriquece en la diversidad de prácticas de transformación del pueblo bolivariano y chavista, en su quehacer cotidiano revolucionario, creando y construyendo las comunas en los ámbitos urbano, rural.
- El ideal social se construye a partir de la cotidianidad. Es en las comunas o comunidades donde se va creando y construyendo el nuevo mundo, abriendo cauces a un nuevo modo de vida superador del dominio del capital, perspectiva histórica que Chávez identificó como socialismo del siglo **xxi**, y que los pueblos indígenas originarios definen como vivir bien, buen vivir, Sumak Kawsay, Ñande Reko, autogestión, etc. La construcción de un nuevo tipo de poder, el poder popular, emana directamente del pueblo. Este va gestando “desde abajo”, en cada lugar, en cada comuna, en cada barrio, formas más humanas, equitativas y justas de organización de la sociedad y de las interrelaciones entre los hombres y las mujeres que le dan vida. Esto, a su vez, contribuye a la democratización y ampliación de la participación política y social del pueblo en las decisiones políticas. Es una modalidad nueva de participación democrática directa: la democracia comunal.

- En este caminar, las propuestas de descolonización en interculturalidad y despatriarcalización resultan centrales. A ellas se anclan principios tales como: reconocimiento y respeto de las diferencias, solidaridad, ética, equilibrio, paridad, horizontalidad, espiritualidad, democracia popular intercultural, revalorización de lo nuestro, lo propio, lo popular, en todas sus dimensiones. El rescate de la historia de los pueblos, de las seculares luchas feministas, del legado de nuestros próceres independentistas, de las luchas de los pueblos indígenas originarios, sus líderes y lideresas, constituye fuentes vitales de inspiración, sabiduría y fortaleza para las generaciones del presente.
- La principal convocatoria descolonizadora y despatriarcalizadora intercultural puede resumirse en el llamado a crear y construir una nueva civilización. En tal sentido, las experiencias de los gobiernos populares revolucionarios en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, El Salvador y Cuba constituyen laboratorios del nuevo mundo. Aprender permanentemente de ellas enriquecerá nuestros saberes político-culturales. Estas experiencias, raizalmente democráticas y revolucionariamente democratizadoras, constituyen, a la vez, por ello, fuentes de inspiración para defender la vida.
- Una nueva lógica de Unidad Popular que reconozca las diferencias para construir colectivamente desde ellas los puentes hacia la unidad con diversidad y pluralidad. Se trata de una unidad que no aspira a la uniformidad y unicidad del pensamiento, ni de las propuestas, ni de las organizaciones. No se basa en la creencia de la existencia de una verdad única y válida para todos, sino que reconoce la verdad como una resultante histórico-social (cambiante) de verdades parciales que existen (están presentes) y se expresan fragmentada y entremezcladamente en los pensamientos, en las prácticas y realidades de los distintos actores sociales.

- En las experiencias revolucionarias colectivas de los pueblos en proceso revolucionario germina y se desarrolla, en modo práctico, un nuevo pensamiento revolucionario. Es clave entonces, recuperarlas, sistematizarlas, conceptualizarlas y también crear nuevos conceptos a partir de ellas. La concepción de la educación popular, de la Investigación Acción Participativa (IAP), resulta en ello un pilar teórico-práctico fundamental.
- Hoy emerge un nuevo tipo de intelectual orgánico, crítico y comprometido con el proceso colectivo de revolución social, consciente de que la actualización de la teoría revolucionaria es una labor permanente que se nutre, en primer término, del estudio y la recuperación crítica de las experiencias cotidianas de lucha y creación de los pueblos. Se trata de intelectuales que, sin renunciar a su labor de reflexión y creación intelectual individual, se dispongan a conjugarla con el quehacer de los pueblos, en aras de contribuir a la creación-construcción del intelectual revolucionario colectivo.
- Un nuevo tipo de militante. Una nueva concepción de la política y la acción política demanda también de un nuevo tipo de militante, que modifique de raíz lo que hasta ahora suponía que era su modo de ser y actuar: llevar las ideas y propuestas del partido hacia la población. Se trata de un militante (socio) político que orienta su labor militante a concertar la voluntad popular diversa y dispersa, a abrir los espacios de decisiones al protagonismo de las mayorías populares, promoviendo su formación y organización para que puedan desenvolverse, expresarse y proyectarse autónomamente. Con Chávez surge el anticuadro, aquel que coloca en el centro de su quehacer militante promover el protagonismo de las mayorías populares.
- La izquierda latinoamericana va mucho más allá del núcleo humano que constituye la izquierda político-partidaria, comprende a los movimientos sociales populares, a

intelectuales y profesionales de avanzada, a personalidades del mundo de la cultura, de las artes, de las comunicaciones, en resumen, a todos los que se oponen al sistema neoliberal capitalista y luchan a favor de una transformación radical de la sociedad en aras de hacerla humanamente más justa y solidaria: las organizaciones de derechos humanos, de mujeres, los sindicatos combativos, la base trabajadora de los mismos, el movimiento obrero, los desocupados, los sin techo, los sin tierra, el campesinado pobre, las amas de casa, los pueblos indígenas y sus organizaciones, etc.

Vivimos un tiempo excepcional, marcado por la recuperación colectiva de la confianza en que es posible un mundo diferente, que las salidas existen si somos capaces de ver su insinuación en la realidad, en las nuevas prácticas sociales que se van construyendo y si, con imaginación, deseo y voluntad nos empeñamos en desarrollarlas, conscientes de que el futuro no se agota en nosotros, que las salidas son diversas y están abiertas al desarrollo de la humanidad. Esta siempre se propondrá nuevas metas, explorará nuevos caminos para cambiar el mundo y ampliar su libertad.

La obra y el pensamiento de Hugo Chávez, el chavismo, vive y renace cotidianamente en el accionar-pensar-construir-reflexionar de las comuneras y los comuneros, de los pobladores de las periferias urbanas, de los movimientos indígenas, de campesinas y campesinos, de los trabajadores, de mujeres, de ecologistas en Venezuela y en el continente.

Como Chávez lo hizo y demostró: se puede ganar elecciones, conquistar el gobierno de un país y dirigir el Estado, pero el nudo de las potencialidades y posibilidades revolucionarias está en el pueblo. Con su accionar gubernamental político-social él puso fin a la contraposición antagónica de dos estrategias para el cambio social: la que impulsaba los cambios “desde arriba”, protagonizados por uno o varios partidos políticos que, desde el Estado se proponían realizar los cambios y conservar el poder; y la que “desde abajo”, principalmente impulsada por movimientos sociales junto

a sectores populares no organizados, que apostaba a realizar transformaciones en la arena social no institucional construyendo poder propio: fuerza social con conciencia, organización y una agenda propia del cambio.

Chávez dejó claro que el poder popular se construye “arriba y abajo” en lo institucional estatal-gubernamental articulando la participación popular y viceversa. La conjugación de ambas estrategias y sus diversos actores sociopolíticos, indudablemente generó, genera y generará contradicciones en el proceso de cambios, entre las propuestas y plazos de realización y entre sus protagonistas; ello es parte de la búsqueda de nuevos caminos de creación y construcción popular colectiva de lo nuevo. Y como lo demuestran los pueblos en terca búsqueda de justicia, equidad y paz, hay que atreverse a correr el riesgo. No hay garantías de éxito, pero está claro que la esperanza anida y se multiplica en ello.

En las prácticas de lucha de los actores sociales y políticos y en sus empeños por construir cotidianamente, “desde abajo”, un nuevo modo de vida, en la medida que lo van creando y ensayando en los barrios populares de las grandes ciudades, en las comunas y comunidades urbanas y rurales, laten las posibilidades de salir del círculo de muerte del capital y hacer realidad el anhelado y posible nuevo mundo mejor, rehumanizado. De ahí la fuerza política revolucionaria de la Asamblea Constituyente, la redistribución equitativa de las riquezas, la alfabetización, educación y salud para todos, la construcción de las comunas, las misiones.

El concepto “desde abajo” sintetiza una lógica de transformación que se desarrolla –“abajo y arriba”–, partiendo desde la raíz de los problemas o realidades y anclada en la participación protagónica de los actores populares. No alude por tanto a una supuesta ubicación en la sociedad (“arriba” o “abajo”).

En las comunas se crea y se ensaya cotidianamente el futuro anhelado. En ellas está anclado el proyecto ideológico-político, cultural y económico del cambio. Tareas indispensables como, por ejemplo, la soberanía alimentaria del pueblo, comienzan a materializarse en cada territorio en el empeño sostenido de las comuneras

y los comuneros. Y lo mismo ocurre con la búsqueda de sistemas productivos alternativos, con la preservación y recuperación de la naturaleza y su diversidad. Desde cada territorio los sujetos van dando cuenta, con sus relaciones solidarias, en sus creaciones colectivas, que se puede vivir de otra manera y convocan día tras día a apostar a ello. Es allí en donde cobra vida, se produce y reproduce la ética revolucionaria. De ahí que Chávez –como el Che, como Fidel– además de practicarla, la concibiera un factor constitutivo raizal del socialismo del siglo *xxi*, del nuevo mundo en gestación.⁶

Ser chavista en este nuevo tiempo político revolucionario demanda alzarse sobre prejuicios y dogmas del “deber ser” para dar cuenta de la realidad sociopolítica concreta y de los actores populares revolucionarios de cada momento, construyendo, junto con las propuestas, el protagonismo colectivo capaz de impulsar y construir el proceso de cambio “desde abajo”, anclado en la toma de decisiones participativamente, empeñándonos permanentemente en la construcción de la fuerza sociopolítica de liberación. Desdoblada y rearticulada en su quehacer parlamentario y extraparlamentario, ella podrá constituirse en conducción política colectiva del proceso revolucionario capaz de situarse en los escenarios de conflictos locales o globales con capacidad ofensiva, es decir, con capacidad para crear y construir el rumbo de sus vidas con sentido liberador, superador del dominio sociocultural del capital, estando siempre abiertos a los cambios, es decir, revalidando en cada momento la condición de sujetos políticos revolucionarios.

El debate estratégico está abierto. Los desafíos a enfrentar son muchos, pero los frutos están a la vista y son parte del aliento para perseverar en el camino logrado, profundizándolo colectivamente.

Surgido de las raíces de su pueblo, Chávez añadió a su capacidad para entender las claves del cambio revolucionario en el siglo *xxi*, la de saberlas comunicar a todos. Escuchar a Chávez era identificarse con él. Inteligente, sencillo, directo, abierto, apasionado,

6 *Ibid.*, pp. 39-48.

desprendido y entregado por completo a su edificante misión, logró establecer canales de afecto y comunicación que han dejado en todos nosotros, además de una inagotable fuente de sabiduría revolucionaria, un recuerdo indeleble de originalidad y amor.

El chavismo, entendido como legado y no como doctrina, hereda de la vida y obra del inolvidable Comandante de la Revolución Bolivariana, los principios, los fundamentos, las ideas, la entereza, el dinamismo y la creatividad que él prodigara.

Referencias

- Chávez Frías, Hugo. (2011). *El Socialismo del Siglo XXI*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información. Recuperado de <http://www.portalalba.org/biblioteca/CHAVEZ%20HUGO.%20Socialismo%20del%20siglo%20XXI.pdf>.
- Mészáros, István. (2001). *Más allá del capital: Hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Mészáros, István. (2008). *El desafío y la carga del tiempo histórico: El Socialismo del siglo XXI*. Fundación Editorial El perro y la rana.
- Mészáros, István. (2009). *La crisis estructural del capital*. Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Mészáros, István. (2009). *Socialismo o barbarie: La alternativa al orden social del capital*. Desde Abajo.
- Rauber, Isabel. (1994). *Construyendo poder desde abajo*. Santo Domingo: Cipros.
- Rauber, Isabel. (2000). *La construcción de poder desde abajo. Claves para una nueva estrategia*. Santo Domingo: Cipros.
- Rauber, Isabel. (2005). *Sujetos políticos*. Bogotá: Desde Abajo.
- Rauber, Isabel. (2012). *Revoluciones desde abajo*. Buenos Aires: Ediciones Continente Peña Lillo.

EL ESPÍRITU DE LA COMUNA Y LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO. REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

MIGUEL MAZZEO

“Comuna o nada”. El poder comunal como la expresión consumada del poder popular y como eje central de la praxis chavista

En marzo del año 2009 el Gobierno Bolivariano crea el Ministerio del Poder Popular para las Comunas. En diciembre del año 2010 se dictan un conjunto de leyes que configuran un inédito marco jurídico-político propicio para las experiencias de poder popular¹. En la que fue su última participación en una reunión del Consejo de Ministros, el 20 de octubre del año 2012, el Comandante Hugo Chávez Frías propuso el *Golpe de Timón* y lanzó la que sería su consigna póstuma: “Comuna o nada”. Chávez le asignó a la comuna la condición de alma del proceso revolucionario venezolano y le encomendó a Nicolás Maduro ese proyecto como su vida misma.

1 Entre otros materiales, véase: 1) Ley que autoriza al presidente de la República para dictar decretos con rango, valor y fuerza de ley en las materias que se delegan (habilitante); 2) *Ley Orgánica de Contraloría Social*; 3) *Ley Orgánica del Poder Popular*; 4) *Ley Orgánica de la Planificación Pública y Popular*; 5) *Ley Orgánica de las Comunas*; 6) *Ley Orgánica del Sistema Económico Comunal*; 7) Reglamento parcial de la *Ley Orgánica del Sistema Económico Comunal*.

Esa consigna expresa el punto más alto de las definiciones ideológicas y políticas del chavismo, su grado máximo de radicalidad. Se trata de una nueva tarima que, una vez alcanzada, le permitirá al chavismo dar un nuevo salto. En ella se agitan los contenidos capaces de superar las tareas de la vieja izquierda y el nacionalismo populista. La consigna invita a pensar la política con un fundamento societario y/o comunal. Convoca a la tarea de incorporar definitivamente la utopía a la historia. Vincula al chavismo con las mejores tradiciones del marxismo. No olvidemos que Marx estaba comprometido con un proyecto que, básicamente, consistía en: "... hacer de cada comuna el centro y el núcleo de los agrupamientos obreros, donde la posición y los intereses del proletariado serían discutidos en forma independiente de las influencias burguesas...".²

La comuna remite a un conjunto de territorialidades y praxis³. Es tanto organización política como relación social basada en la autonomía, la autogestión y el autogobierno (el ejercicio directo del poder por parte del pueblo trabajador). La comuna implica la propiedad social (o colectiva) de los medios de producción, el desarrollo de redes societarias poscapitalistas basadas en la cooperación, en la solidaridad y en las formas políticas del tipo "mandar obedeciendo". La *Ley Orgánica del Poder Popular* establece en su Capítulo IV, Artículo 24: "Todos los órganos, entes e instancias del Poder Público guiarán sus actuaciones por el principio de gobernar obedeciendo"⁴. El poder popular, la propiedad colectiva de los medios de producción y el Estado comunal constituyen una trilogía

2 Karl Marx y Friedrich Engels, *Mensaje del comité central a la liga de los comunistas*, 1850, p. 4, recuperado el 21 de julio de 2015, de <http://pensaryhacer.files.wordpress.com>.

3 Esas territorialidades y praxis son articuladas en un sistema de integración establecido por la *Ley Orgánica de las Comunas* (Artículo 60). Dicho sistema de integración abarca: los consejos comunales; la comuna como instancia de articulación de las comunidades que existen en un territorio determinado y que comparten una memoria histórica; la ciudad comunal; la federación comunal y la confederación comunal.

4 Véase: *Ley Orgánica del Poder Popular*, Capítulo IV, Artículo 24, en *Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela*, N° 6011, extraordinario del 21 de diciembre de 2010.

indivisible. Consideramos que esta trilogía funda un arte de gobernar específicamente socialista, una razón gubernamental comunal que difiere de los mecanismos y las regulaciones burguesas convencionales.

Por un lado, la comuna se relaciona con la planificación participativa. Rompe con las lógicas reproductivas del capital y promueve el desarrollo de las lógicas reproductivas del trabajo y la naturaleza basadas en la autosustentabilidad; la superación de la división del trabajo, de la escisión entre campo y ciudad, de la explotación y la alienación. ¿Cuál es el principal valor estratégico de la comuna de cara a la construcción del socialismo? La comuna es un espacio donde los productos, los intercambios y la participación en la renta social tienen lugar en condiciones que se determinan democráticamente. La comuna es un espacio que hace posible trascender simultáneamente la propiedad privada, el trabajo asalariado y el Estado burgués.

Por otro lado, la comuna se relaciona con la independencia popular respecto de los poderes constituidos. Se corresponde con las formas de la democracia directa, con el desarrollo de los medios de comunicación populares y alternativos y, claro está, con una ética socialista. La comuna también remite al desarrollo de la fuerza del pueblo trabajador por fuera de la institucionalidad burguesa. Chávez decía que las comunas y el poder popular no salían de un Palacio de Gobierno, ni de la sede de un Ministerio. La comuna, en su definición más clásica, supone la reabsorción en el seno de la sociedad civil popular de las funciones que aparecen separadas y concentradas en el Estado. La comuna es el fantasma del pueblo autónomo y autogobernado.

La comuna también es la vivencia de una comunión trascendental, de una experiencia religiosa profunda que, como bien saben los teólogos más lúcidos, solo puede tener lugar por fuera del dominio de un demiurgo creador, llámese Dios o Estado. La comuna es el ambiente concreto que hace posible el despliegue de las cualidades humanas. La comuna hace posible el arraigo social profundo de una revolución. La comuna es el *locus* donde la burguesía no puede fabricar sujetos.

Para el chavismo, las comunas socialistas constituyen espacios sociales y territorios prefigurativos donde se ejerce el poder popular y donde el socialismo se torna concreto, son la plataforma más adecuada para la proyección de este poder al conjunto de la sociedad civil popular, para la conformación de una densa trama que cubra cada rincón de la nación, de Nuestra América y del mundo. Asimismo componen el *locus* privilegiado de la transición al socialismo.

El poder comunal se nos presenta entonces como la expresión consumada del poder popular y un eje central para la praxis chavista. Sin el poder comunal sería imposible desarrollar una economía y una sociedad poscapitalistas. Sin el poder comunal la Revolución Bolivariana no podrá superar un capitalismo de Estado moderadamente redistributivo. Sin el poder comunal será imposible la diversificación de la economía, la superación de la monoproducción petrolera. Sin el poder comunal será difícil la superación definitiva de un modelo que –en los términos de Arturo Uslar Pietri– cambia petróleo por dinero o por burocracia. ¿Puede haber soberanía alimentaria sin poder comunal? Sin el poder comunal los esfuerzos militantes pueden dilapidarse en el contexto de una lucha facciosa ajena a todo proyecto socialista.

El poder comunal/poder popular no solo debería asociarse a las tareas defensivas, a lo que, en una jerga militar pero sobre todo gramsciana, podemos denominar la guerra de posiciones. También corresponde reconocerle al poder comunal-poder popular su capacidad para el contraataque. La orientación general de una política popular sigue siendo la defensa estratégica y la ofensiva táctica.

La Revolución Bolivariana muestra que con entramados comunales bien sólidos, con el desarrollo de institucionalidades alternativas propias del pueblo trabajador, con una dialéctica de consolidación-proyección del poder popular, las fuerzas revolucionarias ya no giran en torno de significantes imaginarios.

“Facilitar el poder popular y no secuestrarlo”

La consigna del poder comunal también puede decodificarse como la conciencia alcanzada por Chávez, por el pueblo venezolano y, en alguna medida, por el pueblo de Nuestra América, respecto de las limitaciones de un gobierno popular y vanguardista en el marco de una transición al socialismo. El chavismo nos sugiere que las mejores iniciativas de un gobierno de esa naturaleza y condición son fundamentales, pero insuficientes para superar la institucionalidad burguesa y capitalista heredada. Entonces, no hay más alternativa que ir a fondo en el desarrollo de una institucionalidad paralela.

De algún modo, con esta consigna, Chávez reafirmó la conciencia de las limitaciones de lo que se denominó hiperliderazgo y viró a posturas más cercanas a una praxis de poder obediencial, al mandar obedeciendo zapatista. Chávez supo eludir la tentación bonapartista y apostó al predominio de los formatos de gobierno colectivos y de base. La certeza de su desaparición física inminente pudo haber acelerado ese proceso de autoconciencia, pero no tenemos dudas de que esas posturas respecto del mando y del liderazgo estaban presentes desde el comienzo de su itinerario militante⁵. Las mismas limitaciones pueden hacerse extensivas a la función de los partidos políticos, concretamente al Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV). Aquí cabe el interrogante: ¿los partidos políticos, son acaso el único ámbito en donde germinan los liderazgos revolucionarios y las subjetividades contrahegemónicas? ¿Solo los partidos políticos (de izquierda) pueden cohesionar y preservar a la clase que vive de su trabajo fuera del momento de la rebelión? La experiencia del movimiento social bolivariano demuestra que existen otros ámbitos, igual o más propicios.

5 Aunque el tema amerita un desarrollo más extenso, no podemos dejar de señalar que el hiperliderazgo de Chávez presentó una dialéctica muy peculiar. La concentración de poder en su figura, en última instancia, contribuyó a la desautorización del Estado y facilitó el proceso de empoderamiento de las bases (descentralización de mando estatal).

Hoy, el poder comunal, la multiplicación de los liderazgos plebeyos y los liderazgos colectivos aparecen como el principal reaseguro del devenir revolucionario en Venezuela. Configuran las instancias más capaces, no solo de enfrentarse a los sabotajes y a la conspiración de la derecha y del imperio, sino también de profundizar el proceso y garantizar la transición al socialismo.

En el programa Aló Presidente del 11 de junio de 2009, Chávez planteó que

La comuna debe ser el espacio sobre el cual vamos a parir el socialismo. El socialismo desde donde tiene que surgir es desde las bases, no se decreta esto; hay que crearlo. Es una creación popular, de las masas, de la nación; es una "creación heroica", decía Mariátegui. Es un parto histórico, no es desde la Presidencia de la República. La comuna es el espacio donde vamos a engendrar y a parir el socialismo desde lo pequeño. Grano a grano. Piedra a piedra se va haciendo la montaña. El tema de la comuna tiene que ser transversal, llama a todos los ámbitos.⁶

Para el chavismo, el poder comunal/poder popular es el socialismo "desde abajo". El socialismo bolivariano es el socialismo "desde abajo". El socialismo construido desde la comuna. Y la función del arriba, del gobierno popular, es aportar al desarrollo de una sociedad civil socialista atravesada por el espíritu de la comuna y crear las condiciones para la construcción de un nuevo Estado con otra escala de valores y otras funciones. El arriba siempre debe impulsar, nunca sustituir. Tal vez deba prohijar en alguna circunstancia. A la hora de coordinar con la institucionalidad comunal es el que debe hacer todas las concesiones.

Ciertamente existe el riesgo de caer en una especie de "foquismo comunal". Los avances en la construcción comunitaria no deberían convertirse en argumentos que justifiquen su aislamiento de un

6 Hugo Chávez Frías, "Aló Presidente", programa de televisión, Caracas, Venezolana de Televisión, 2009.

entorno de calidad sociopolítica inferior. Eso sí sería caer en el reformismo. La comunidad no sirve como islote incontaminado, aislado y puro en un océano capitalista. La comunidad vale en tanto se proyecta al conjunto de la sociedad civil popular.

¿Tanta importancia tienen las comunas para el chavismo? Chávez solo manifestó padecer la frustrante sensación de “clamar en el desierto” o de “arar en el mar” frente a algunas complicaciones acarreadas por el desarrollo comunal, por el insuficiente arraigo del espíritu de la comuna y ante las dificultades derivadas de la implementación de la *Ley de Comunas*.

Las comunas son la vanguardia espontánea del chavismo. En ellas se combinan democracia de base, masividad, capacidad de acción directa, praxis anticapitalista. ¿Han desarrollado las organizaciones políticas convencionales (los partidos) la aptitud de potenciar orgánicamente esta vanguardia social? ¿Han logrado funcionar como cuerpos adecuados para ese sujeto pleno? ¿Han sabido reconocerlas como mediaciones políticas válidas, como ámbitos generadores de subjetividad revolucionaria y como poder alternativo en el plano nacional?

Itinerarios chavistas para la transición al socialismo

El chavismo es el proyecto de transición al socialismo (o si se prefiere: el paradigma anticapitalista) de esta época en Nuestra América. Un proyecto que puede permitirle a la izquierda radical del mundo entero salir de su meseta política y teórica. Por un lado, salir del reformismo y del populismo y, por el otro, trascender la caricatura de las orientaciones generales propuestas por Karl Marx y Friedrich Engels en *El manifiesto comunista*, por Marx en la *Crítica al programa de Gotha*, o las mociones de V.I. Lenin en *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*. Dicho de modo más directo: se trata de repensar la ley del cambio revolucionario en una clave no determinista y no lineal. En concreto: pensarla en clave dialéctica, aceptando el principio de complementariedad y cuestionando el tan occidental y eurocéntrico principio de

no-contradicción, sin horrorizarse ante la posibilidad de que las cosas sean y no sean al mismo tiempo. La clave dialéctica es fecunda, sus procedimientos son múltiples. No conviene confundir la dialéctica con las meras oposiciones de elementos diferentes (blanco/negro).

Se trata de considerar estrategias diferentes a la que está contenida en la fórmula de la dictadura del proletariado en su versión canonizada por la vieja izquierda, es decir, circunscripta a una forma de gobierno atemporal y universal; una versión estatal y vanguardista. Se trata de repensar en la clave de Marx que mencionamos páginas atrás y en la clave del mejor Engels que, partiendo como el primero de la experiencia de la Comuna de París, la relacionaba con la forma comuna; o en la clave de Rosa Luxemburgo, que la concebía como el gobierno de una clase entera y no de una elite. Y esto no tiene nada que ver con el democratismo burgués. Repensar la fórmula consabida no implica negar la necesidad de restringir (hasta eliminar por completo) la libertad de explotar y oprimir de las clases dominantes. Pero, posiblemente, ese ejercicio destructivo, para ser eficaz (y para no crear un nuevo aparato de opresión) tenga que ser puesto en marcha masivamente, “desde abajo” y de forma descentrada.

El dilema que nos impone la Venezuela bolivariana no es Estado-revolución, sino Estado-comunidad (o comunismo, si se prefiere). El segundo es un dilema muchísimo más complicado que el primero porque plantea un antagonismo profundo. La comuna es un no-Estado. Entonces, no se trata, simplemente, de capitalizar una insurrección victoriosa, actual o futura. En el resto de Nuestra América (por lo menos en buena parte) se nos plantean situaciones similares.

Se trata de reconocer la posibilidad de una transición al socialismo lejos del dogma que establece que el único episodio que la puede iniciar es la toma del poder. ¿Qué significa tomar el poder en la actualidad en Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Perú, etc.? A partir de esta, se imponen otras interrogantes: ¿cómo tomar el poder sin avanzar en un proceso de transición que altere la correlación de fuerzas, que modifique sustancialmente la base y la superestructura? ¿El poder estatal podría ser concebido como la

consecuencia del propio proceso de transición, como un episodio de la transición, como un salto cualitativo? En sentido estricto, una transición al socialismo debería comenzar mucho antes y terminar mucho después de la toma del poder del Estado. No hay que olvidarse de que el Estado no es la única relación de poder de una sociedad capitalista. También puede orientarnos políticamente el planteo de Nicos Poulantzas quien decía que el Estado expresaba una condensación material de las relaciones de fuerza de una sociedad. Un gobierno popular puede ser un instrumento de la transición al socialismo pero nunca su único factótum, nunca podrá resumirla.

El socialismo no se puede construir de un día para otro. Mucho menos desde el viejo Estado co-constitutivo del capitalismo periférico y parasitario, un Estado burocrático, ineficaz y corrupto, que de ninguna manera es un instrumento y mucho menos neutral. Del mismo modo, el nuevo Estado tampoco se puede construir de un día para otro, incluso contando con una relación de fuerzas favorable a las clases subalternas y oprimidas. El socialismo no se puede construir de un día para otro pero –sí o sí– hay que construirlo desde el primer día.

La transición al socialismo exige el desarrollo de un conjunto de praxis capaces de desarticular la dominación, la opresión y la explotación. Por lo tanto, requiere de la conformación de una o varias instancias capaces de centralización táctica de los macro y micro poderes populares. ¿Es posible que una revolución pueda partir de un lugar que no sea la sociedad y el Estado existentes con sus sistemas de regulación, sus representaciones, su ética social? ¿Se puede cambiar la sociedad y un Estado imbuidos por la lógica y el espíritu del capital con una acción fundante y rotunda en países como Venezuela, Argentina, Brasil, Uruguay, Chile, Perú, etc.? ¿El objetivo estratégico general se puede consumir con una única acción? La idea del acto único nos parece tan inviable como las transiciones mansas y serenas, tan imposible como el gradualismo sin zozobra. El capitalismo no se va a caer solo, por el peso de sus contradicciones. Tampoco se va a caer de un solo golpe. Además, agonizará, es decir, luchará y resistirá. Desarrollará al máximo sus costados más

oscuros y depredadores. Al capitalismo hay que desestructurarlo, derribarlo y reemplazarlo en la maraña de un proceso de transformación ininterrumpido y descentralizado.

Inspirados en el formidable experimento venezolano podemos afirmar que la transición al socialismo remite a un periodo signado por la contradicción y la convivencia provisoria de formas incompatibles y en pugna, en la sociedad y en el Estado. La transición al socialismo no es conciliable con los acuerdos o con las coexistencias pacíficas con el capital. Por cierto, la transición puede asumir el carácter de una guerra civil larvada que, en determinadas coyunturas, puede tornarse abierta. Una guerra en la que las clases subalternas y oprimidas, sus organizaciones y los movimientos sociales revolucionarios, pueden contar con el aval de un gobierno popular y tener ascendente sobre una parte de los aparatos del viejo Estado. Pero nunca lograrán consolidarse sin desbaratar al capital y la burguesía en todos los planos: el material, el social, el político, el ideológico, el cultural y el axiológico.

La transición al socialismo pide miles de transiciones. No se trata de un parto único del cual emerge la criatura caminando y hablando, sino de un parto largo con muchos partos intermedios. No hablamos de etapas, por lo menos no de etapas preestablecidas y en los términos del credo etapista del reformismo. Estamos pensando en los momentos de una secuencia estratégica que asume la actualidad del socialismo. Tal vez las etapas puedan identificarse *ex-post*. Pero eso es otro asunto.

De este modo, la transición al socialismo parece estar mucho más cerca de los procesos de reformas no reformistas⁷ que de la idea que plantea un único y gran cataclismo. Estamos hablando de procesos impulsados por fuerzas revolucionarias enraizadas en las organizaciones populares y en los movimientos sociales; fuerzas

7 El término "reformas no reformistas" fue acuñado por André Gorz en la década de los sesenta. Véase: André Gorz, *Strategy for Labor: a Radical Proposal*, Boston, Beacon Press, 1967. Citado por Theda Skocpol, *Los Estados y las revoluciones sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 451.

radicalmente democratizadoras de la economía, la política, la cultura, etc., fuerzas que avanzan sobre las instituciones reproductoras de las ventajas de las clases dominantes y las desventajas de las clases subalternas y oprimidas.

La transición al socialismo es subversión, clivaje, trasgresión y transformación. Es la constante modificación de las relaciones de fuerza a favor del pueblo trabajador. Es el devenir en donde cada reforma se convierte en preludeo de otra. Es el incremento permanente del poder popular. Es el trabajo de reversión de la asimetría del poder en desmedro de las fuerzas constituidas y a favor de las fuerzas constituyentes. Es el establecimiento de trincheras en los planos mencionados más arriba. Es la gestación de territorios en los que la reproducción del régimen del capital se torne inviable.

En este contexto adquiere lógica el planteo de Chávez de "hacer irreversible el tránsito al socialismo y traspasar las barreras del no retorno". Tiene mucho sentido este planteo a pesar de la fuerte carga desiderativa que contiene. Sin dudas, la construcción del socialismo exige la consolidación de bastiones prefigurativos: materiales, sociales, políticos, ideológicos, culturales y axiológicos, incluyendo los organizativos e institucionales, que otorguen solidez y proyección al proceso de transición.

Finalmente, debemos señalar que la idea de transición inscripta en el chavismo nos exige atender a lo que aún no es pero que puede crear las condiciones para que sea. Esto es, por un lado, reconocer la importancia de las praxis que, sin consumir el proyecto, siembran sus condiciones de posibilidad; por el otro, estar atentas y atentos a todo aquello que no produce un quiebre inmediato y total de una condición capitalista y burguesa pero la pone en cuestión. Las contradicciones de la transición no solo remiten a los antagonismos irreconciliables, también pueden estar relacionadas con los espacios indefinidos, con el dualismo jurídico y los terrenos ambiguos. Por eso hay que estar dispuestas y dispuestos a la posibilidad de que, por obra de la lucha de clases y/o los hechos de vanguardia, esas instancias devengan radicales o, simplemente, punto de partida o bandera de una lucha en un plano más alto.

Transición y “desquicio” (Parte I)

En Venezuela, la economía de cierta forma está desquiciada. Esto es así porque una buena parte de las actividades económicas sigue sometida a las leyes del capital y del mercado mundial. Más allá de los avances revolucionarios de los últimos años, la formación económico-social que prevalece en Venezuela sigue siendo capitalista y rentista. El capital multinacional sigue teniendo una presencia tenaz en la formación social venezolana. Sabemos que no es solo “inversión directa abstracta” sino una fuerza social con incidencia en el país. Las nacionalizaciones representan hitos importantes, pero no necesaria y automáticamente favorecen la transición al socialismo. Ahora bien, en el seno de esa matriz económica tradicional se está generando otra nueva, otro modo de producción.

En la formación económico-social venezolana cohabitan tres economías, tres sistemas, tres sectores: una economía privada, una economía estatal y una economía social-popular. Solo el sector de la economía social-popular tiene posibilidades de proyección pos-capitalista; por la base material-relacional desarrollada, por el tipo de sujeto social que engendra, pero sobre todo por la conciencia revolucionaria y unitaria que produce. En este sector confluyen las fábricas bajo control obrero, las cooperativas, los emprendimientos productivos de las comunas, los campesinos que controlan millones de hectáreas (muchas de ellas expropiadas a los terratenientes), etc. Aquí predominan: a) las formas colectivas-comunales de propiedad; b) la producción de valores de uso; c) la reinversión social de los excedentes; d) el interés puesto en la satisfacción de las necesidades colectivas; e) el poder social sobre los medios de producción; f) la planificación estratégica, democrática y participativa; g) el desarrollo de una cultura del trabajo y h) la crítica práctica a la división del trabajo capitalista. Estas lógicas de la economía social-popular son susceptibles de trasladarse al sector estatal y, a través de la generación de vínculos, relaciones de intercambio y complementariedad, construir una base material mucho más sólida para el desarrollo del socialismo. Eso lo tienen muy claro los capitalistas

extranjeros y los vernáculos. De no tornarse dominantes estas lógicas del sector social-popular, todos los espacios conquistados podrán ser funcionalizados para reproducir las relaciones sociales capitalistas y para reproducir la formación social dominante.

La transición al socialismo reclama el pasaje de los medios de producción a manos de los trabajadores libres asociados en comunas (el reemplazo de la propiedad privada individual por la propiedad social comunal y su extensión en las cadenas productivas), la socialización de las fuerzas productivas, la expropiación de los expropiadores, la extensión del control obrero a sectores de la economía que aún permanecen en manos del sector privado o estatal. Asimismo, requiere de relaciones de producción (relaciones sociales) basadas en el poder popular, esto es fundadas en una radical democratización del poder económico, en el desarrollo de mecanismos de autogestión y planificación democrática y en el respeto a la Madre Tierra (modelos agroecológicos).

No podemos soslayar el rol de la clase obrera industrial a la hora de hacer avanzar el poder popular en los lugares de trabajo. En la Venezuela bolivariana existen muchas tareas pendientes del sindicalismo combativo, clasista y antiburocrático. Posiblemente se trate de un actor llamado a jugar papeles más significativos en los años venideros.

Uno de los grandes desafíos de la Revolución Bolivariana es eliminar todo campo de connivencia entre el capitalismo privado/estatal y las lógicas corporativas y burocráticas que, desde su interior (y practicando un chavismo “desde arriba”) se aferran a un camino basado en las formas de acumulación de capital parasitarias y a un modelo que poco tiene que ver con el socialismo comunal. El chavismo exige trascender esas lógicas que son los pilares del congelamiento, la centralización estatista y la derechización del proceso revolucionario.

Si los capitalistas, o una burocracia que asuma las funciones de una burguesía, conservan en sus manos la propiedad, la gestión y la dirección de las empresas mientras que las clases subalternas y oprimidas siguen relegadas a las tareas de ejecución, esa

preeminencia del capital se expresará, inevitablemente, en la política. El poder popular no será otra cosa que una fórmula hueca, sin fundamentos materiales y sociales.

Transición y “desquicio” (Parte II)

En Venezuela el Estado, de cierta forma, también está desquiciado. El viejo Estado –instrumento de la hegemonía burguesa y aparato al servicio de la reproducción del capital y las desigualdades– no se muere del todo y el nuevo Estado, con otras determinaciones sociales, no termina de nacer. Parcelas enteras se comportan como un “Estado anómalo”, delegando poder hacia abajo. Funcionarios igual de anómalos interpretan cabalmente esta orientación general antiburocrática y contribuyen decididamente al desarrollo de institucionalidades alternativas basadas en el poder comunal y en el poder popular. Se trata de funcionarios conscientes, políticos críticos, auténticos intelectuales orgánicos que entienden que la independencia política del pueblo trabajador no solo no se contradice con la defensa del gobierno popular y del devenir revolucionario, sino que constituye su principal reaseguro. Es el gobierno ejecutando los proyectos del pueblo, generando el marco jurídico-político para el avance del pueblo trabajador, para la consolidación de las comunas. Y lo más valioso: desplegando, desde parcelas del Estado, una praxis tendiente a que el Estado no sea el instrumento para adecuar la sociedad civil a las estructuras económicas del capital, para que no anule la fuerza subjetiva antagonica.

Una praxis para que el Estado vaya más allá del rol facilitador y ensaye la autotransformación, consubstanciándose con aquellas fuerzas que introducen fisuras en la misma trama estatal, para que sea posible la sinergia entre lo instituido y lo instituyente.

Las Fuerzas Armadas de Venezuela, la institución en la que Chávez se formó política e ideológicamente, constituyen otra anomalía venezolana. No cabe detenerse aquí en las particularidades históricas de esta institución y en los rasgos que las diferencian de las Fuerzas Armadas del resto de las naciones del continente. A

modo de escueta síntesis podemos mencionar algunos pocos elementos significativos: los perfiles plebeyos de su oficialidad, la falta de vínculos orgánicos con las clases dominantes, la ausencia de sólidas tradiciones contrainsurgentes y propentagonales, una inusual tolerancia interna respecto de las ideologías emancipatorias, etc. Lo más importante es que el pueblo trabajador, en las ciudades y en los campos, no tiene que enfrentarse a un aparato militar-estatal dispuesto a desbaratar y reprimir las iniciativas tendientes a incrementar su poder social. Es más, se trata de una fuerza que en los últimos años ha reforzado, con las armas, ese poder social.

Por todo lo dicho, queda claro que, para nosotros, la vanguardia del chavismo, el sujeto chavista de la transformación revolucionaria, anida en las comunas: en los consejos comunales, en los territorios comunales, en las salas de batalla social, pero también en una parte de la militancia del PSUV, en sectores de las Fuerzas Armadas Bolivarianas, y de otras organizaciones políticas chavistas.

Esa vanguardia es consciente de la necesidad (y las dificultades) de desmontar los ubicuos órganos del Estado burgués. Sabe que el Estado burgués no está hecho para cobijar al poder popular. Sabe de sus tendencias a la jerarquía y a la profesionalización burocrática, al control administrativo y político de las clases subalternas y oprimidas. Sabe que las revoluciones del siglo xx crearon Estados del mismo signo opresivo en nombre de los ideales más igualitarios. Sabe que la comuna no se puede decretar. Sabe que el poder popular genuino jamás está organizado por una comisión política o un comité central y que es irreductible al mando unitario y jerárquico.

Otras parcelas del Estado, aun siendo autónomas del control directo de las clases dominantes, presionan para la institucionalización de las comunas (y las desvirtúan), se niegan a abandonar el rol de mediaciones burocráticas; las mediaciones instituidas que promueven las prácticas verticales: paternalismo, asistencialismo, clientelismo, dirigismo, entre otras. No abjuran de esas funciones absorbentes y anuladoras de la potencia plebeya, por intereses inconfesables o porque un déficit de la conciencia los subsumió en los efectos rutinizadores de la vieja maquinaria estatal. Este déficit

de la conciencia y estos efectos rutinizadores, junto a la correspondiente carencia de sentido crítico y autocrítico, los arrastra hacia modalidades proclives a la estatización de las instancias de poder comunal y poder popular.

Nosotros creemos que toda tendencia a estatizar el poder comunal y el poder popular, conspira contra el sentido emancipatorio más profundo del chavismo. El chavismo no debería confundirse con una política de estatización del movimiento popular y de integración subordinada de los organismos de clase de los trabajadores de la ciudad y del campo.

En líneas generales, estas mediaciones burocráticas, proclives a las prácticas liberales, signadas por la racionalidad burguesa y por visiones oportunistas, cortoplacistas y desarraigadas, están inmersas en las luchas de aparatos y alimentan el posibilismo, la derechización gradual y el modelo de capitalismo rentista y burocrático de Estado. En ellas anida el hipotético "Thermidor".

Vemos entonces cómo la transición nos plantea una convivencia temporal entre un gobierno popular y revolucionario que actúa en el marco de un Estado burgués que intenta transformar para que, de mínima, deje de ser burgués y, de máxima, deje de ser Estado. Es una situación provisional que no puede soslayar el momento de la resolución: o el gobierno popular y revolucionario transforma al Estado burgués, o a la inversa. El gobierno popular y revolucionario, para transformar al Estado, tiene que repartir el poder en la base social y crear una institucionalidad alternativa. Tiene que contribuir decididamente a la creación de un campo de poder favorable al pueblo trabajador y generar oportunidades para la praxis popular autónoma.

Lo mejor de la Revolución Bolivariana está en la base y en un fragmento de la cúspide más elevada. Lo peor está en una parte de las mediaciones. Cuando sus niveles de conciencia son bajos, cuando comparten los mismos valores de las clases dominantes, cuando anteponen sus intereses individuales a los intereses del pueblo trabajador, las mediaciones interfieren negativamente en la transición. Pero ¿cuánto aportan a un devenir revolucionario las mediaciones lúcidas

y comprometidas! Esas mediaciones que pueden articular la claridad, la capacidad de conducción y la centralidad en los momentos necesarios, con la democracia radical. Pensamos en las mediaciones y en los liderazgos que fomentan la vocación de poder del pueblo, que se desempeñan como agentes de la movilización popular democrática y no como agentes de control. Por suerte, existe en Venezuela una capa de intelectuales, de dirigentes políticos y sociales que responde a este perfil. Confiamos en que estos ejemplos coagulen como elementos constitutivos del chavismo.

A modo de cierre de este apartado corresponde señalar que si no hacemos un esfuerzo por abarcar la totalidad del proceso de transición, los desajustes particulares pueden adquirir una dimensión exagerada y favorecer una visión distorsionada de la Revolución Bolivariana.

Conclusiones provisionarias

En función de lo dicho podemos ensayar una definición: *el chavismo puede ser concebido como la perspectiva ideal de reformas democráticas ininterrumpidas y saltos regulares en la conciencia popular, en el marco de una revolución ininterrumpida encaminada hacia el socialismo*. Esas reformas y esos saltos, las transiciones de la transición, están estrechamente relacionadas con:

- La unidad política de las fuerzas anticapitalistas y antiimperialistas comprometidas en la construcción del socialismo comunal, reflejada en una perspectiva programática clara que fije metas y objetivos puntuales y generales.
- El desarrollo de formas de autogobierno, autogestión, autonomía y poder popular, esto es un proceso popular constituyente ininterrumpido basado en las comunas y en la construcción de una institucionalidad alternativa. Existen signos de que los consejos comunales pueden convertirse en pilares de la nueva institucionalidad y asumir las

responsabilidades que hasta ahora estaban concentradas en el Estado.

- El desarrollo de una economía social-popular, que tienda a la supresión de la lógica del capital, que anule los mecanismos de la explotación y dominación y supere la división social capitalista del trabajo. En un contexto mundial de fuertes tendencias a la mercantilización y a la extranjerización de los recursos naturales (imposición de modelos extractivistas), va de suyo que esta economía debe poner el énfasis en la nacionalización y otorgar preeminencia a las matrices socio-ambientales y a la protección de los ecosistemas estratégicos.
- La transformación integral del Estado. En relación con este aspecto crucial, creemos que la Revolución Bolivariana presenta un desfase entre las transformaciones en las relaciones sociales, las identidades y los valores de las clases subalternas y oprimidas y las transformaciones estructurales en el Estado.
- Una autocrítica permanente que evite la jerarquización vertical, la burocratización y las derivas tecnocráticas que conducen indefectiblemente al vaciamiento ideológico, político, ético y místico de la revolución.
- Una política exterior soberana y solidaria con los pueblos que luchan por su emancipación y contra todas las formas del colonialismo, las convencionales y las no convencionales. Unas relaciones internacionales regidas por principios de complementariedad, cooperación, diálogo intercultural y respeto por la autodeterminación de los pueblos. Una práctica internacionalista capaz de proyectar, en el plano regional y mundial, un horizonte de construcción de la hegemonía de las clases subalternas, de poder comunal y poder popular (en la sociedad civil y en el Estado) bajo los auspicios de un gobierno popular.
- Una experiencia y un aprendizaje político de clase y el desarrollo de la conciencia del potencial liberador de la praxis popular revolucionaria. Al decir de León Trotsky, la

única fase que no puede saltarse una revolución socialista es la fase proletaria, se trata de una fase de avances organizativos y subjetivos. En su única derrota electoral, Chávez dijo: “Nos pusimos a arar antes que los bueyes”.

- El desarrollo del pensamiento crítico y descolonizador capaz de revalorizar y asimilar los saberes populares y los aportes de la cultura comunal; por ejemplo, la rica tradición de democracia comunal de muchos pueblos originarios de Nuestra América.
- Una ruptura con los valores y la cultura de la banalidad de las clases dominantes y la sociedad de consumo. El desarrollo de una concepción del mundo y de la vida propia de las clases subalternas y oprimidas y de una ética vinculante basada en la responsabilidad. Lo mismo cabe respecto de los cánones estéticos. Para ello resulta fundamental una tarea de desmitificación que ponga en evidencia todo lo que la ideología burguesa hegemónica oculta: la explotación, el dominio, la destrucción cultural, el ecodidio, etc.
- La educación comunitaria para el desarrollo de la conciencia chavista de los funcionarios públicos y del conjunto de la militancia popular. La socialización comunitaria de los instrumentos políticos. Dada la condición material vulnerable de las clases subalternas y oprimidas, el nivel de conciencia de los funcionarios y del pueblo es clave para encarar con éxito las batallas que vendrán.
- La adopción de una estrategia de defensa integral y de guerra asimétrica no convencional en el plano internacional junto con la ratificación y el perfeccionamiento de una doctrina patriótica para las Fuerzas Armadas, basada en la defensa de la soberanía nacional y popular. Esto es, una doctrina cuyo fundamento sea la articulación de seguridad y poder popular.

El poder comunal, como una de las expresiones más consumadas del poder popular, es el motor principal de esas reformas no

reformistas y al mismo tiempo va conformando el soporte para el avance de la línea de trincheras. Esperemos que, más temprano que tarde, puedan adquirir mayor protagonismo las instancias de poder obrero.

Las reformas y los saltos también se relacionan con la lucha sin cuartel contra las posiciones que las clases dominantes y el capital aún sustentan en el Estado y en la sociedad. La transición concebida como reformas democráticas radicales ininterrumpidas y saltos regulares en la conciencia popular en el marco de una revolución ininterrumpida encaminada al socialismo nada tiene que ver con las situaciones apacibles. Como ya se ha señalado, la lucha de clases se intensifica a medida que el proceso de reforma-revolución avanza y se depura de burguesía. El devenir chavista no puede dejar de ser un devenir clasista. El horizonte socialista es indeclinable porque en el marco del capitalismo las reformas son efímeras y reversibles.

Vale aclarar que la perspectiva de reformas democráticas ininterrumpidas y saltos regulares en la conciencia popular en el marco de una revolución ininterrumpida encaminada al socialismo no tiene absolutamente nada que ver con las reformas en pos de la paz social necesaria para que funcionen los negocios. No es lo mismo que la inclusión social. Esta perspectiva no se plantea la lenta transformación (evolución) del capitalismo en socialismo por medio de reformas preconizadas por el revisionismo marxista. No admite el colaboracionismo social, sino que promueve la lucha de clases. No pretende construir el socialismo a través de las instituciones existentes, sino que opta por una institucionalidad alternativa. Esta perspectiva expulsa burgueses endógenos y burócratas y exige acelerar el declive de las clases dominantes a través de una sociedad civil popular empoderada y de un Estado anómalo que asuma las funciones económicas y políticas que eran exclusivas de esas clases. Se trata de una revolución permanente, bien distinta a un proceso de centralización del poder revestido de retórica social. ¿Le cabe a esta perspectiva el rótulo de reformista?

Es evidente que consideramos el chavismo como un devenir revolucionario. Es importante aclarar que ese devenir está inconcluso, y que recién ha dado sus primeros pasos. Lo cierto es que un proceso revolucionario no puede detenerse. Postular puntos de detención es antirrevolucionario. No se puede desafiar al capital y aspirar a una estabilización o a un equilibrio. El gobierno popular no puede perder la iniciativa. Detenerse es fenecer. La burguesía (local, transnacional, poco importa la distinción) ha perdido buena parte de su poder político pero conserva su poder material. El avance del proceso revolucionario exige una ofensiva contra esas posiciones, lisa y llanamente: una ofensiva del trabajo contra el capital, de la propiedad colectiva contra la propiedad privada individual y el fin de las jerarquías sociales.

Queda por recorrer un largo trecho para que se consume la subsunción total de la vieja institucionalidad a las estructuras comunales. Cuando eso ocurra, podremos comenzar a hablar de la realización efectiva del chavismo como referente antiimperialista, democrático y anticapitalista de y para los pueblos del mundo entero.

Referencias

- Almeyra, Guillermo. (2014). Venezuela: avanzar o retroceder hacia el abismo. Recuperado el 6 de abril de 2015, de www.jornada.com.
- Boron, Atilio. (2014). Venezuela, una batalla decisiva. Recuperado el 24 de abril de 2015, de www.albatv.org.
- Carcione, Carlos. (2014). Las contrarreformas en el proceso bolivariano. Recuperado el 19 de marzo de 2015, de www.rebellion.org.
- Chávez Frías, Hugo. (2007). *El libro azul*. Caracas: Ministerio del Popular para la Comunicación.
- Cieza, Guillermo. (2014). Capacidad y necesidad en el proceso bolivariano. Recuperado el 15 de agosto de 2015, de www.lahaine.org.
- Denis, Roland. (2011). *Las tres repúblicas. Retrato de una transición desde otra política*. Caracas: Ediciones Nuestramérica Rebelde.

- Engels, Friedrich. (1965). Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas. En: AA.VV. *La Primera Internacional y el triunfo del marxismo leninismo*. Buenos Aires: Editorial Porvenir.
- Engels, Friedrich. (2004). *Introducción a la lucha de clases en Francia (1895)*. Buenos Aires: Papel Negro Editores.
- Escuela de Formación Integral de la Asamblea Nacional-Eficem. (2013). *Colección Hugo Chávez (1999-2012). La construcción del socialismo del siglo XXI. Discursos del Comandante supremo ante la Asamblea Nacional (Tomos I, II, III y IV)*. Caracas: Fondo Editorial William Lara-Eficem.
- Figueroa S., Amílcar J. (2013). *Chávez: la permanente búsqueda creadora*. Caracas: Trinchera.
- Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela. *Ley Orgánica de los Consejos Comunales*. (Gaceta Oficial N° 38.633 del 27 de febrero de 2007, N° 38.863 del 1 de febrero de 2008, N° 38.878 del 26 de febrero de 2008, N° 39.335 del 28 de diciembre de 2009, N° 39.337 del 2 de marzo de 2010, N° 39.435 del 31 de mayo de 2010, N° 6.079 extraordinario del 15 de junio de 2012).
- Gaceta Oficial de la República Bolivariana de Venezuela. *Nuevo compendio de leyes publicadas desde el 17 de diciembre de 2010 hasta el 21 de diciembre de 2010*. (Gaceta Oficial N° 6.009 extraordinario del 17 de diciembre de 2010, N° 6.011 extraordinario del 21 de diciembre de 2010, N° 39.956 del 2 de febrero de 2012).
- Gramsci, Antonio. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guerrero, Modesto Emilio. (2014). El chavismo después del congreso del PSUV. Recuperado el 11 de agosto de 2015, de www.aporrea.org.
- Guerrero, Modesto Emilio. (2009). *Venezuela. 10 años después. Dilemas de la Revolución Bolivariana*. Buenos Aires: Herramienta.
- Guerrero, Modesto Emilio. (2013). *Chavismo sin Chávez. La lucha por el poder en tiempos de la transición*. Buenos Aires: Ediciones B.
- Iturriza López, Reinaldo. (2012). *27 de febrero de 1989: interpretaciones y estrategias*. Caracas: Comisión presidencial para la conmemoración del vigésimo aniversario de la rebelión cívico militar del 4-F de 1992.

- Iturriza López, Reinaldo. (2014). Entrevista, de www.contrahegemoniaweb.com.
- Katz, Claudio. (2013). ¿Brotará socialismo del chavismo? Recuperado el 22 de abril de 2015, de www.rebelión.org.
- Katz, Claudio. (2013). Nuestro Chávez. *Cubainformación*. 25. La Habana: Primavera.
- Lenin, V.I. (1963). *El Estado y la revolución. La doctrina marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución*. Buenos Aires: Anteo.
- López Castellanos, Nayar. (2012). *Perspectivas del socialismo latinoamericano en el siglo XXI*. México: Ocean Sur.
- Löwy, Michel. (2014). *Revolución permanente en América Latina. Ensayos inéditos y entrevistas*. La Plata: La Caldera Ediciones.
- Luxemburgo, Rosa. (1976). *Obras escogidas*. (Tomos I y II). Buenos Aires: Ediciones Pluma.
- Mandel, Ernst. (1974). *Control obrero, consejos obreros y autogestión* (Antología). México D.F.: Ediciones Era.
- Mariátegui, José Carlos. (1978). *Ideología y política*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marx, Karl. (1965). Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los Trabajadores. En: AA.VV. *La primera internacional y el triunfo del marxismo leninismo*. Buenos Aires: Editorial Porvenir.
- Marx, Karl. (1968). *La Guerra Civil en Francia*. Barcelona: Ediciones de Cultura Popular.
- Marx, Karl. (1973). *Crítica al programa de Gotha*. Buenos Aires: Anteo.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1985). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Pueblos Unidos.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1850). *Mensaje del comité central a la liga de los comunistas*. Recuperado el 21 de julio de 2015, de <http://pensaryhacer.files.wordpress.com>.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1986). *El manifiesto comunista*. Buenos Aires: Ediciones el Libro Popular.
- Mazzeo, Miguel. (2014). *Introducción al poder popular. El sueño de una cosa*. Santiago de Chile: Tiempo Robado Editoras.
- Mészáros, István. (1999). *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.

- Miliband, Ralph. (1990). Análisis de clases. En: Giddens, Anthony, Turner, Jonathan, et ál. *La teoría social hoy*. México: Alianza Editorial.
- Nicanoff, Sergio. (2014). Reflexiones sobre la revolución bolivariana. De www.contrahegemoniaweb.com.ar.
- Ojeda, Fabricio. (2013). *¡Luchar hasta vencer! La guerra del pueblo y otros documentos*. Caracas: Fondo Editorial William Lara.
- Oramas León, Orlando y Legañoa Alonso, Jorge (compiladores). (2012). *Cuentos del arañero. Hugo Chávez Frías*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.
- Orovitz Sanmartino, Jorge. (2014). Algunos debates en la izquierda radical. Estado, poder y socialismo en Venezuela. Recuperado el 1 de abril de 2015, de www.rebellion.org.
- Poulantzas, Nicos. (1997). *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*. México: Siglo XXI.
- PSUV. (2014). III Congreso del Partido Socialista Unido de Venezuela. De www.psuv.org.ve.
- Red Nacional de Comuneros. (2014). *La toparquía comunera. Concreción de la utopía*. Barquisimeto: Red Nacional de Comuneros y Escuela Literaria del Sur.
- Rodríguez Araque, Alí. (2012). *Antes de que se me olvide. Conversación con Rosa Miriam Elizalde*. La Habana: Editorial Política.
- Schümtrumpf, Jörn (editor). (2011). *Rosa Luxemburgo o el precio de la libertad*. Quito: Editorial Karl Dietz Berlin.
- Skocpol, Theda. (1984). *Los Estados y las revoluciones sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Trotsky, León. (1988). *La revolución permanente*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Vega Cantor, Renán. (2014). Extractivismo, encalves y destrucción ambiental. En: *CEPA. Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo*. Año IX. Número 19.
- Wexell Severo, Luciano. (2009). *Economía venezolana (1899-2008). La lucha por el petróleo y la emancipación*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Zuñiga, Simón Andrés. (2013). Venezuela: lo económico como campo de batalla. Recuperado el 8 de abril de 2015, de www.aporrea.org.

**ALGUNOS APORTES DEL PROCESO ABIERTO EN VENEZUELA
PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA ESTRATEGIA
ANTICAPITALISTA EN AMÉRICA LATINA**

JORGELINA MATUSEVICIUS

*Bueno, la comuna, el poder popular, no es desde Miraflores
ni es desde la sede del ministerio tal o cual
que vamos a solucionar los problemas.*

HUGO CHÁVEZ FRÍAS
GOLPE DE TIMÓN

Escribir sobre el proceso bolivariano nos enfrenta al desafío de contribuir de manera rigurosa al pertrechamiento teórico en tiempos sumamente adversos para la lucha por el derrocamiento del sistema capitalista. Las organizaciones sociales y políticas que nos consideramos parte del sueño de una sociedad emancipada, socialista, donde hombres y mujeres rijan su propio destino, somos más débiles si no reconocemos las verdaderas potencialidades y, al mismo tiempo, los límites de los procesos de cambio que impulsamos.

Es por esto que se vuelve necesario enfrentarnos sin dogmatismos y sin mistificaciones ideológicas a los procesos y proyectos emancipatorios que la clase trabajadora va forjando en su praxis política para, de este modo, convertir la acción histórica en experiencia,

acumularla y contribuir a la necesaria lucha teórico-política, la lucha por la orientación de los procesos en un verdadero camino de cambio revolucionario.

Es importante identificar esos momentos en que la improvisación, lo nuevo, lo desconocido –elaborado por las masas o tal vez por la situación global de las fuerzas en juego– preceden y fundamentan la formulación rigurosa y racional de la acción. En tales ocasiones la acción precede a la conciencia. Tal vez es prematura pero seguramente resultará profética. Se hace más de lo que se sabe y menos de lo necesario para triunfar.¹

El debate en torno al proceso abierto en Venezuela a partir del gobierno de Hugo Chávez ha obligado a una nueva exploración, reelaboración y a un enriquecimiento de la estrategia socialista. En parte porque el mismo Gobierno Bolivariano se ha identificado a sí mismo como de transición revolucionaria y ha definido su carácter como socialista. Un socialismo nuevo propio de este siglo, un socialismo a construir, que no se decreta sino que será el resultado de un largo tránsito, en el que la apuesta central está ligada, según el propio discurso chavista, a la construcción de una nueva hegemonía democrática. Ha construido su identidad ligada principalmente al antiimperialismo y a la denuncia del modo capitalista de producción, con apuestas, todavía incipientes y en tensión, al desarrollo de órganos de poder popular y ha avanzado parcialmente en nacionalizaciones y algunos ensayos de control obrero de la producción.

No es la intención de este trabajo explicitar si esta identidad pretendida se verifica en los hechos realizando una caracterización precisa del proceso. Nos proponemos más bien explorar algunos puntos que entendemos necesarios para la reflexión estratégica, tomando algunos aspectos de la experiencia reciente de la lucha de clases en Venezuela.

Sin duda alguna los caminos de exploración del pueblo venezolano han puesto sobre la mesa el debate sobre el Estado capitalista,

1 Roberto Jacoby, *El asalto al cielo*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 1986, p.11.

los procesos de construcción de hegemonía y el poder autónomo/autoactivo de una fuerza social revolucionaria. Gran parte de las discusiones en la izquierda se ubican en torno a si existe o no una etapa de transición hacia una sociedad socialista y en ese sentido cuáles deberían ser las medidas transicionales.

Venimos con el tema de la democracia, el socialismo y su esencia absolutamente democrática, mientras que el capitalismo tiene en su esencia lo antidemocrático, lo excluyente, la imposición del capital y de las élites capitalistas. El socialismo no, el socialismo libera; el socialismo es democracia y la democracia es socialismo en lo político, en lo social, en lo económico.²

Nos proponemos aquí explorar algunas hipótesis que surgen de dicha experiencia. En particular nos interesa acercarnos a brindar algunas pistas respecto de la estrategia de acceso al poder que, además de la insurrección, movilización de masas y acción político-militar, incluye un momento de disputa político-electoral y el establecimiento de un gobierno todavía no socialista pero que no puede considerarse como típicamente de hegemonía burguesa aunque gestione un Estado capitalista. Es la pregunta por el carácter del Estado y la posibilidad o no de su transformación en un Estado socialista en una larga transición. Esto nos obliga a preguntarnos respecto de los organismos que se constituyen como espacios de gestión de la vida social en paralelo a la administración estatal y el papel que juegan en la estrategia de una fuerza social revolucionaria. Se trata de reconocer en ellos la fuente de constitución de otro Estado, atravesado por otra lógica de construcción, circulación y acumulación de poder, que reemplace el viejo aparato estatal, forma política que deriva de la lógica de valorización del capital y del intercambio. Surge entonces la necesidad de enfrentarse con el problema de la burocracia como fenómeno intrínseco al aparato estatal en el marco de relaciones capitalistas de producción y de

2 Hugo Chávez Frías, *Golpe de Timón*, Caracas, Colección Claves, 2012, p. 10.

reproducción de la vida humana. La insuficiente reflexión en torno al problema de los procesos de burocratización y su aceptación en función de una defensa acrítica del proceso podrían abrir la puerta a un retroceso en la acumulación para una salida revolucionaria.

Si la hegemonía de la burguesía en el capitalismo implica la presentación de los intereses de la clase dominante como intereses del conjunto social, perpetuando la desigualdad política y económica, la explotación de una clase sobre otra, se trata de construir una hegemonía que expresando los intereses de las mayorías explotadas y oprimidas exprese el interés del conjunto social en términos de superación de las relaciones de sometimiento de una clase por otra. Tamaña tarea no puede ser de un equipo de dirección política, debe involucrar al conjunto de los trabajadores y del pueblo, debe penetrar y construirse allí en cada intersticio de la sociedad civil. De allí que la apuesta al poder popular no puede convertirse en mera retórica, ni en la simple gestión de recursos públicos.

Asimismo, un cambio radical implica un proyecto moral intelectual opuesto por la raíz al actual, centrado en el individualismo, el éxito económico, el consumismo y la acumulación, por lo tanto, la conformación de una nueva subjetividad. En ese sentido es necesario pensar en la dimensión ética de dicho proyecto. El socialismo como proyecto no es necesario simplemente porque el capitalismo implica una traba al desarrollo de las fuerzas productivas al entrar en contradicción con las relaciones sociales de producción y reproducción de la vida, es necesario porque es la posibilidad de eliminar el sufrimiento humano, el padecimiento que surge de las carencias materiales y espirituales para la gran mayoría de los seres humanos. En este sentido es necesario reconocer esta ética humanista del proyecto socialista, y poner sobre la mesa el debate acerca de los valores y las opciones morales que esto conlleva, al mismo tiempo que plantear la no disociación medios-fines. Las razones de Estado por lo tanto no pueden convertirse en justificaciones para aplicar medios absolutamente contradictorios con los fines perseguidos. En este sentido, la necesaria reflexión crítica sobre el stalinismo nutre o debería nutrir los procesos de cambio ensayados por la

clase trabajadora y demás sectores oprimidos y entendemos que, en el proceso analizado, esto se encuentra presente como debate, como tensión interna, como parte del carácter abierto de su conclusión revolucionaria.

Debido a su naturaleza colectivista y corresponsable, la construcción del NMP (nuevo modelo productivo) necesita la difusión y adopción de los valores de solidaridad, cooperación, organización, complementación, reciprocidad, equidad y sustentabilidad, reconociendo que los valores individualistas y egoístas de la sociedad capitalista aún tienen mucha influencia en el mapa mental de la sociedad venezolana. Por ello, su éxito requiere de la profundización en la lucha ideológica y contra el burocratismo, la corrupción y la ineficiencia en la gestión pública (...) Se opone al individualismo, a la acumulación de capital, a la fragmentación del trabajo y a las relaciones sociales de producción jerarquizadas, propias del modelo capitalista.³

Si el proyecto socialista contiene este aspecto humanista, esta dimensión ético-política, contiene también al mismo tiempo un vasto aprendizaje respecto de la necesidad de la construcción de una fuerza material para imponerse, lo que nos remite al momento político militar de la confrontación de clases. Para el caso de Venezuela la reacción del imperialismo ante el proceso abierto ha cobrado la forma de una variada gama de instrumentos de guerra. Desde los intentos de golpes de Estado, intentos de generar desgaste a través de la manipulación de la opinión pública, la ofensiva internacional, hasta los golpes económicos o de mercado. Esto nos lleva a pensar en términos del carácter no pacífico de la ruptura revolucionaria y a retomar el debate acerca de la oportunidad y los modos de acceso a ese momento.

3 Víctor Álvarez, *Venezuela: ¿hacia dónde va el modelo productivo?*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2009, p. 176.

Finalmente nos interesa debatir respecto de la construcción de modelos o, mejor dicho, de la tendencia a la reducción del debate estratégico al debate en torno a modelos. Las conquistas y avances de procesos como el bolivariano se tienden a erigir rápidamente en ejemplos, a imitar sin reconocer las particularidades y los contextos de surgimiento específicos de dichas experiencias. Sin dejar de reconocer los aprendizajes que nos brindan experiencias en curso y admitiendo los puntos en común que pueden tener los procesos de lucha en países de características similares en cuanto al carácter dependiente de sus economías y teniendo en cuenta que el capitalismo es un sistema mundial y por lo tanto tiende a una homogeneización de los factores objetivos; nos parece importante no menospreciar las particularidades que otorgan una configuración específica a la conformación de la fuerza social revolucionaria en cada país y al carácter de su conducción.

Ganar las elecciones y ganar el poder. Estado, hegemonía y poder popular

Crear ya desde ahora una verdadera y propia democracia obrera en contraposición eficiente y activa con el Estado burgués, preparada ya desde ahora para sustituir al Estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional.

GRAMSCI

DEMOCRACIA OBRERA

El acceso al manejo del aparato estatal por parte del chavismo fue fruto de una experiencia de lucha previa, confrontaciones que fueron acumulándose en una fuerza social de carácter principalmente popular, con un fuerte rechazo al curso de apertura neoliberal y privatista de la década de los ochenta. El manejo de la renta petrolera asociado a los intereses de las multinacionales provocó

una gran crisis social que encontró en El Caracazo (1989), un punto de rechazo a través de una impresionante rebelión popular.

La crisis de dominación del régimen buscó ser aprovechada por dos sectores distintos. Por un lado sectores antiimperialistas de las fuerzas armadas intentaron la vía de los golpes de estado. Por otro lado hubo una gran variedad de tendencias populares que confluyeron en la construcción de una experiencia electoral participativa, que fue obteniendo puestos legislativos y ejecutivos. Sin embargo, esta vía se mostró defectuosa ante el fraude de la elección presidencial de 1993, priorizando conservar los puestos que habían obtenido hasta ese momento en vez de confrontar seriamente con el régimen. Ese es el punto de inflexión que va a ir volcando las tendencias populares a una confluencia con los militares antiimperialistas encabezados por Chávez.

Es en estas condiciones que se conquista, por medio de elecciones, el Poder Ejecutivo y Legislativo en 1998, procediendo de inmediato a una reforma constituyente en 1999 que le permitió al chavismo reformar estructuralmente el Estado, impidiendo por ejemplo que la burguesía trabara el proceso mediante otras áreas del Estado, como el Poder Judicial. De todos modos la burguesía fue reaccionando, al principio más espontáneamente, y luego con acciones más planificadas, como el golpe del 2002, el *lock out* patronal del 2003 y finalmente el proceso de revocatoria. Es nodal atender al hecho de la creciente autoorganización popular para dar respuestas cada vez más radicalizadas a la ofensiva de la burguesía, tanto como al hecho de que este proceso fue desarrollándose en el tiempo y el espacio que Chávez fue dando al neutralizar a los sectores del chavismo que querían ceder a la reacción de la burguesía.

Hacemos referencia a este proceso previo para introducirnos al debate en torno al Estado, comprendiendo que su configuración y las medidas adoptadas desde el gobierno no pueden pensarse por fuera de esta dinámica de lucha de clases que, a su vez, remite al momento que atraviesa la acumulación de capital.

Es en este sentido que cobra vigencia el debate acerca de las formas de acceso al poder político, el carácter del Estado y su destrucción o

modificación por una nueva institucionalidad basada en el control directo de los productores libremente asociados.

Experiencias como la del chavismo pueden presentarse como un ejemplo de acceso electoral a la conquista del poder político sobrevalorando el carácter de relativa autonomía del aparato estatal y subestimando la acción de los procesos de autoorganización popular y el carácter todavía capitalista (de representante político del capital total de la sociedad) del Estado en transición. Nos interesa aquí debatir con estos planteos que parcializan la experiencia y toman algunos aspectos en apariencia determinante. Sin desconocer la importancia de la conducción del proceso político en marcha, nos interesa en todo caso poder establecer la relación íntima, orgánica, entre esa conducción con los procesos por abajo y en todo caso pensar de manera compleja y como constituyéndose mutuamente, la orientación del proceso y la ampliación y profundización de los organismos de poder popular.

Son muchas las voces que señalan el carácter incompleto de las medidas adoptadas y la necesidad de afectar de manera radical la base de sustentación del modelo productivo. Se ha avanzado parcialmente en la nacionalización de algunas empresas, tierras y sectores estratégicos (como en el caso de Sidor), así como en el control efectivo por parte del gobierno sobre Pdvs (antes bajo control de una fracción burguesa proimperialista enquistada en la gerencia) e incrementando la parte estatal sobre la renta petrolera que obtienen las multinacionales del sector. Estos avances gubernamentales son sin duda más fuertes que los avances en el control y la gestión de los trabajadores sobre las empresas productivas, sean privadas o estatales. También existen avances, parciales y limitados, en el control popular sobre los recursos y la gestión del Estado, con los consejos comunales y las comunas.

Aunque esto ya causa la reacción de sectores de la burguesía local y provoca los intentos de sanciones en los circuitos diplomáticos, se muestra insuficiente para hacer frente a la crisis que deviene de los ataques económicos y de la propia estructura productiva todavía dependiente de la redistribución de la renta petrolera.

Por otro lado, si bien se ve como necesario avanzar en experiencias de control obrero, las experiencias son dispersas y no logran entroncar con el proceso de control planificado de la economía. El caso de Industrias Diana puede ilustrar las dificultades que enfrentan estas experiencias.⁴

Tal vez es en la constitución de los consejos comunales donde se puede indagar el carácter más potente del proceso. La necesidad de generar instancias de protagonismo directo, de expresión de un poder popular al lado y compitiendo con el poder del viejo aparato estatal en lo local, ha sido promovida y dotada de recursos y reconocimiento institucional.

Sin embargo, los límites reaparecen, hay un reconocimiento de que no se puede decretar el poder popular, de que no se resuelve con legislación, porque de algún modo esta dinámica no se rige por la misma lógica que tiene el manejo del aparato del viejo Estado.

Esta dinámica es necesariamente contradictoria dado que por un lado el Estado se sirve de estos organismos como base de apoyo para frenar los intentos golpistas que amenazan el control del aparato estatal; pero por otro se genera una vanguardia obrera y popular que, en el marco del apoyo al gobierno, al mismo tiempo va desarrollando estos espacios de autoorganización y empujando hacia una radicalización del proceso.

Para pensar este problema, proponemos hacer un ejercicio de abstracción y volver sobre ciertos supuestos de la teoría marxista del Estado y con ello explorar el debate entre el énfasis en su autonomía relativa y el énfasis en su carácter de forma política derivada de la lógica del capital y su valorización⁵. Si partimos de entender el Estado en términos amplios como aparato estatal y sociedad civil, para a partir de allí reconocer los procesos de generación de

4 Para conocer pormenores del debate de los trabajadores en defensa del control obrero ver página de www.aporrea.org "Trabajadores de Industrias Diana continúan en lucha para que se respete el control obrero".

5 Seguimos aquí los desarrollos de Adrián Piva en dos artículos: uno, "Hegemonía, lucha de clases y Estado" de la *Revista Nuevo Topo* n.º 6 (octubre, 2009); y el otro, "Burocracia y teoría marxista del Estado" de la *Revista Intersticios*, Volumen 6, (2012).

hegemonía, es necesario explorar qué mecanismos hacen de la estructura estatal un complejo andamiaje de reproducción de las relaciones sociales capitalistas. No nos referimos aquí, solamente, a aquellos mecanismos de reproducción de la ideología dominante (indispensables para justificar o legitimar dichas relaciones sociales de explotación), sino al conjunto de prácticas hegemónicas o acciones a través de las cuales se reproduce la gestión política de lo social.

La posibilidad de presentar el interés de clase como interés general exige el desarrollo de mecanismos institucionales e ideológicos de canalización de las contradicciones sociales, en una sucesión de equilibrios inestables.⁶

El Estado presentándose como separado de la dominación de una clase, por encima de los intereses contradictorios entre las clases, tiene su origen en la propia constitución de las relaciones de producción como relaciones capitalistas. La reproducción de la vida humana en este sistema social se da a través de relaciones indirectas mediadas por el intercambio en las que los sujetos se encuentran como propietarios privados e intercambian equivalentes. Se relacionan a través de relaciones contractuales y en tanto ciudadanos. Es la presentación de la desigualdad real como igualdad formal en la compra-venta del mercado la que vuelve posible y necesaria la abstracción de la coerción, inherente a toda sociedad basada en la explotación, en la forma particularizada del Estado⁷. Lo económico y lo político son dos formas de la misma relación social.

La forma de relación mercantil entre obreros y capitalistas y las figuras del hombre y el ciudadano con sus derechos abstractos tienen efectos necesarios sobre la estructura del aparato de Estado, es decir, sobre la institucionalización de la forma política del capital.

6 *Ibid.*, "Hegemonía, lucha...", p. 130.

7 *Ibid.*, p. 128.

La estructura del Estado debe reproducir el carácter abstracto e impersonal de estas relaciones.⁸

La coerción debe cobrar una forma abstracta e impersonal, una rutinización de las acciones en las que el poder real de quien las ejecuta se encuentra subordinado a ese dominio impersonal, por lo tanto sus propias acciones le son en un punto ajenas. Es así como se constituye una subjetividad alienada, ritualista, alejada del involucramiento en la toma de decisiones. Esto constituye, da forma y regula las acciones y el ejercicio del poder en el marco de los aparatos del viejo Estado.

Podemos pensar que para romper esto, en Venezuela se hace necesario armar un poder comunal por fuera y al lado del viejo poder municipal estatal. Dotar de reconocimiento a esa otra forma en gestación de otra lógica de regulación de lo público.

La conformación de organismos que expresan la necesidad de poner en el centro la vida humana y no la valorización del capital, debe desarrollar su potencia y experimentar de modo prefigurativo otras formas de ejercicio del poder, debe intentar romper ese dominio de la norma impersonal. Esto implica que la participación activa y la democracia de base hagan surgir a la clase para sí, que a través de su praxis revolucionaria reconozca las acciones posibles que permitan traspasar las trabas que impone el capitalismo como modo de existencia humana y que, para eso, asuma la conciencia del proceso social en su conjunto.

En este sentido es desde los órganos de poder popular donde deben surgir y desarrollarse prácticas contrahegemónicas, aportando a su vez junto a las organizaciones político revolucionarias de clase, la elaboración de un proyecto alternativo en un sentido anticapitalista, necesario para que no se retroceda al anterior esquema de dominio estable de la burguesía. De lo contrario se corre el riesgo de que en los momentos de crisis económica profunda un proceso como el venezolano que se mueva dentro de los marcos del capitalismo, termine prolongando aun en contra de su voluntad una

8 *Ibid.*, "Burocracia...", p. 34.

disolución social, una imposibilidad de garantizar la reproducción de la vida humana, que en los marcos del capitalismo se reproduce en tanto se reproduzca el capital. De allí la necesidad de la articulación consciente de una alternativa anticapitalista que logre romper con dichas trabas.

La disputa contrahegemónica implica, necesariamente, consolidar una fuerza social revolucionaria que pase del ejercicio del poder formal, de su representación en tanto ciudadano-propietario, al poder en su calidad de hacedor del mundo, poder del trabajo, real y efectivo, que logre trastocar el régimen de propiedad de los medios de producción y ensaye formas de control directo de la producción y de la reproducción de la vida por parte de los trabajadores. Retomando la frase de Gramsci: "El Estado socialista existe ya potencialmente en las instituciones de vida social características de la clase obrera explotada". Es necesario relacionar esos institutos entre ellos, coordinarlos y subordinarlos en una jerarquía de competencias y de poderes, concentrarlos intensamente, aun respetando las necesarias autonomías y articulaciones.

Si de esta forma el Estado no puede provenir la nueva institucionalidad, la sustitución por otra forma de Estado, otra forma de lo político (en el sentido de su progresiva reabsorción en lo social), estará ligada tanto al control del poder popular en lo territorial, al poder local, como al control y gestión obrera de la producción, en ese sentido la necesidad de coordinarlos y concentrarlos. Es preciso reconocer que esta coordinación difícilmente surja de modo espontáneo como necesidad inmediata de los poderes locales. De allí que cobra relevancia el carácter de la conducción política, la coordinación en un proyecto para todo el territorio y su interacción con los poderes "por abajo", en un vínculo que debe implicar una mutua constitución y una mutua integración. Se vuelve necesario asumir esta mirada político-general en lo local y, del mismo modo, asumir los problemas de la gestión política de lo local por parte de los organismos de poder popular en el plano político-general.

Resta analizar qué sucede si se abre un proceso de transición al socialismo en la interacción entre estas dos lógicas del ejercicio del

poder político. Es necesario reconocer que esta dinámica de organización popular tensiona el propio aparato estatal y su lógica, en la medida en que la forma política derivada de la lógica de valorización del capital se encuentra mediada por la lucha de clases. Reconociendo la posibilidad de que exista un gobierno que se proponga dicha transición, cobra relevancia la comprensión de la importancia que tiene el curso que adopte en la conducción del viejo aparato estatal y las medidas transicionales que aplique.

En este sentido el acceso al aparato del Estado a través de las elecciones debe ser evaluado en el marco del proceso de conjunto y con las determinaciones concretas de cada situación particular. En ciertas circunstancias, por ejemplo en el caso venezolano, puede ser una alternativa válida para desarrollar una estrategia de cambio revolucionario en la medida que reconozca esta necesidad de desarrollar el poder popular en el camino de la consolidación de un doble poder, capaz de reemplazar al viejo Estado. El acceso al gobierno puede brindar la fuerza para impulsar los cambios que se orienten en una transición hacia un nuevo modelo de producción, a una economía planificada socialista y desarrollar los instrumentos de gestión de lo público vinculado a los organismos de poder popular, pero esto implica reconocer, al mismo tiempo, que el sujeto de esos cambios no es el propio gobierno, sino el conjunto que se articula en torno a una fuerza social revolucionaria.

Burocracia estatal y procesos de burocratización

Si el Estado capitalista no puede ser transformado “desde dentro” es en parte porque se encuentra con el límite de la organización burocrática, con ese dominio impersonal estructurado con mecanismos que reponen la separación entre dirigentes y dirigidos, organizadores y organizados, que generan además un funcionamiento con intereses propios. Según Deutscher:

El fetichismo del Estado y la mercancía está “incrustado” en el propio mecanismo de funcionamiento del Estado y del mercado. La

sociedad se siente enajenada del Estado, a la vez que inseparable de él. El Estado es la carga que oprime a la sociedad y, también, es el ángel protector de la sociedad sin el cual no puede vivir.⁹

Sin embargo, el fenómeno de la burocracia no tendió a extinguirse con la toma del poder político por parte de las organizaciones de la clase trabajadora, como lo demostró, en gran medida, el caso de la Revolución rusa.

Entonces, ¿en qué medida esta lógica expropiatoria del ejercicio del poder directo, del control directo de las decisiones, no tiende a reproducirse en las propias organizaciones de la clase trabajadora?

Si ubicamos el problema como originado en la forma mercantil de las relaciones capitalistas, podríamos decir que la tendencia a la burocratización es constitutiva del modo de producción y por lo tanto no podrá ser erradicada plenamente en tanto el socialismo no se erija como sistema hegemónico mundial, pero ¿cómo evitar en la transición al socialismo el fenómeno de la burocratización?

Para el caso de Venezuela varias son las preocupaciones en este sentido que presenta el proceso bolivariano, se expresan en los mismos documentos del PSUV:

... los resultados (de las últimas elecciones parlamentarias) pusieron en evidencia algunas fallas en el funcionamiento del PSUV y su vinculación con la base social de apoyo a la revolución.

Entre las posibles causas de esta situación, podemos verificar algunas actitudes o desviaciones características de los partidos tradicionales, tales como el burocratismo, el oportunismo, el sectarismo, el nepotismo y el gradual alejamiento de la base social bolivariana, resultantes de la persistencia de la cultura capitalista en el seno de la sociedad. Esta cultura es reproducida a lo interno del partido y se expresa en que algunos sectores lo conciben como un medio para el ascenso social de los y las militantes con responsabilidades

9 Isaac Deutscher, *Las raíces de la burocracia*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1970, p. 5.

de dirección a distintos niveles. Algunos camaradas se consideran líderes absolutos e indiscutibles en sus espacios, y asumen la discrecionalidad de excluir del partido y hasta de la revolución a quienes se atrevan a diferir o a disentir de ellos y ellas.¹⁰

Asimismo, más allá de los problemas internos de burocratización se señala cómo esto afecta también a la estructura estatal:

... es innegable que a la larga el Estado burocratizado, infiltrado, rentista petrolero, paternalista (...) ha resurgido con nuevos actores preeminentes y ha vuelto a ser usado por algunas facciones de su alta burocracia como fuente de acumulación de riquezas con fines personales y de grupos (la llamada "boliburguesía"); mientras la oligarquía y la partidocracia tradicionales –desplazadas de los resortes del poder estatal, parcialmente debilitada por algunas expropiaciones y desconexiones claves y, sobre todo, privada significativamente de un gran botín después de su desplazamiento de Pdvsa– conservan todavía mucha base financiera, comercial, productiva y cultural y saben camuflar de rojo-rojito a algunos de sus componentes, para confluir (desde intereses distintos) con la súper-burocracia hegemónica en el interés común de bloquear la socialización de los medios de producción, de distribución, de comunicación y de generación de ideología.¹¹

La posibilidad cierta de que un proceso de burocratización atente contra el objetivo pretendido de trastrocamiento profundo del sistema social, requiere tener presentes los necesarios anticuerpos y reaseguros antiburocráticos para evitar la vuelta atrás y el estancamiento del proceso revolucionario.

Para ello es preciso plantearse el problema con profundidad y sinceridad. En este sentido los espacios de autoorganización y

10 Partido Socialista Unido de Venezuela, *Líneas estratégicas de acción política*, Caracas, 2011, p. 3.

11 Narciso Isa Conde, "Venezuela: Estado burocratizado e infiltrado erosiona la revolución", recuperado de www.aporrea.org.

control directo de la producción y la posibilidad de participación en los asuntos públicos por parte del conjunto de los trabajadores (utilizando la vieja idea del cocinero de Lenin), además de ser los espacios de germen del futuro Estado, se constituyen en la gran estrategia de resguardo antiburocrático, espacios de aprendizaje y de conformación de la nueva subjetividad, de hombres y mujeres nuevos. El debilitamiento de la capacidad de ejercicio directo del poder en los organismos de masas, las dificultades para el ejercicio de una democracia real más allá de lo meramente formal establecido por la legislación, constituye un problema a ser encarado. Esto no quita la necesidad de establecer ensayos de nueva institucionalidad, pero en tanto eso no se contradiga con el carácter instituyente, vivo y revolucionario de los mismos.

Mandel señala que el factor subjetivo es decisivo.

Si la vanguardia revolucionaria es consciente del peligro de burocratización, de luchar en todos los niveles en la organización política del Estado, multiplicará las formas de democracia obrera y de intervención directa de los trabajadores en la administración del Estado. En el terreno económico, desarrollará la autogestión por los trabajadores y el fortalecimiento cuantitativo y cualitativo de la clase obrera. En el terreno internacional, ayudará a la expansión de la revolución para romper el aislamiento de la revolución proletaria y por lo tanto para luchar contra el proceso de burocratización de la manera más eficaz.¹²

Si la burocracia es la forma de dominio de la norma impersonal y en consecuencia tributaria de la alienación, un aspecto central de la construcción antiburocrática implica el reconocimiento por parte de cada uno de los miembros de las organizaciones que integran el proyecto anticapitalista, del proceso del cual forma parte. Para que se superen las distancias entre dirigentes y dirigidos se vuelve indispensable tender a un proceso de politización popular

12 Ernest Mandel, *La burocracia*, 1969, recuperado de www.marxist.org.

efectiva, que entronque con mecanismos democráticos de toma de decisiones, pero también con mecanismos que permitan acceder a la información y a los elementos de análisis necesarios para poder definir con criterio propio. La subjetividad se trastoca en la medida en que cada uno se implica en las decisiones, se asume como coconstructor del proceso y se establecen las condiciones para que la delegación del poder, siempre necesaria, se realice con la correspondiente observancia del respeto a las decisiones colectivas. Esto podría servir indistintamente para los diferentes niveles de los que habla Mandel.

La magnitud de un proceso en marcha en el que se definen los destinos de un país requiere, a su vez, de mecanismos de consulta y de participación democrática no directa que se puedan combinar con la ejercida en los órganos de poder popular.

Se trata de consolidar una democracia real y radical con protagonismo de los trabajadores y el pueblo que avance hacia una progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil. Proceso de carácter complejo y que no concluye con la ruptura revolucionaria.

Burocratización y cultura política capitalista, como lo denomina el material del PSUV, son parte de un mismo problema. De allí que las preocupaciones en torno a esto crezcan al interior de la fuerza que conduce el proceso bolivariano.

Es necesario reconocer que el proyecto revolucionario como sueño emancipatorio está conectado con la voluntad de su realización, con su vinculación con la práctica, con toda una serie de actos efectivos que constituyen esa práctica política. Dicha práctica involucra a sujetos concretos que se orientan por decisiones racionales fundadas en juicios prácticos y valorativos.

Ahora, ¿cuál es la motivación para esa práctica política, para el involucramiento activo y permanente en un camino plagado de obstáculos, insatisfacciones y privaciones? ¿Existe lugar entonces para la reflexión del factor moral en dicha motivación? Según Sánchez Vázquez la participación de individuos y grupos en los actos colectivos correspondientes puede estar motivada legítimamente

por el cálculo de las ventajas o beneficios que dicha participación puede acarrear, sobre todo cuando se trata de obtener mejores condiciones de vida. Esta motivación ha inspirado –y sigue inspirando– las luchas sindicales en la sociedad capitalista. Ahora bien, cuando se trata de luchas políticas destinadas a transformar el sistema social mismo, ya no basta el cálculo de los beneficios –especialmente los inmediatos– que estas pueden aportar, sino que dichas luchas entrañan riesgos que, en situaciones límite, pueden significar el sacrificio de la libertad e incluso de la vida misma. En estos casos solo una motivación moral, o sea, no solo la conciencia de la necesidad de realizar ciertos fines o valores, sino el deber de contribuir a realizarlos, puede impulsar a actuar, sin esperar ventajas o beneficios, corriendo riesgos y sacrificios, en algunas situaciones extremas.¹³

El debate sobre los aspectos éticos del proyecto socialista impone una reflexión acerca de las motivaciones para la acción política y de los valores que se encuentran por detrás de dicho proyecto. Asumir esto implica revisar la cultura política y las prácticas militantes que la reproducen. El rechazo a la burocratización, a la práctica del debate democrático, a la construcción en unidad ante la diversidad, requiere asentarse no solo en la necesidad y en la viabilidad del proyecto emancipatorio, sino en un horizonte deseable en función de los valores que lo orientan. Estos aspectos forman parte del necesario pertrechamiento de la fuerza social como fuerza moral.

Si se asume que no tenemos manera de alcanzar ninguna certeza respecto al futuro, entonces no hay más remedio que argumentar en estos dos planos a la vez: en favor de la factibilidad de nuestras opciones, y en defensa de los valores que las orientan.¹⁴

13 Adolfo Sánchez Vázquez, “Ética y marxismo”, en: Atilio Borón et ál., *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, Buenos Aires, Clacso Libros, 2006, p. 305.

14 Ariel Petrucelli, “Ética y marxismo”, *Contratiempo* (Buenos Aires), n.º 1, (2013), p. 191, de <http://www.democraciasocialista.org/wp-content/uploads/2015/05/Contra-Tiempos-correcta-1.pdf>.

La reflexión sobre este aspecto no tiene que llevar a la conclusión de que la solución a los problemas que se presentan pasa por una mejor educación en valores o por un cambio de actitud subjetiva exclusivamente, sino que debe permitir hacer consciente esta dimensión e integrarla en la construcción política.

El problema de la violencia y la ruptura revolucionaria

La otra nota distintiva del proceso es su carácter de disputa abierta y la asunción del momento político militar del enfrentamiento. Desde el año 2002, con el golpe de Estado hasta las guarimbas de principios de 2014, está claro que existe una ofensiva que toma la forma de disputa abierta entre dos fuerzas sociales. Si algo nos muestran estas reacciones de la derecha venezolana y el imperialismo norteamericano, es que la vieja clase dominante no está dispuesta a resignarse y a aceptar pacíficamente el nuevo estado de cosas, el respeto a la voluntad popular.

Sin embargo, es necesario ir un paso antes y revisar qué entendemos por paz social y por enfrentamiento o guerra. La sociedad capitalista intenta mostrarse como distinta a la violencia, al caos, al desorden. Es por eso que en los momentos de convulsión social, de reclamos de los sectores subalternos, de disputa abierta, se atribuye el carácter violento a dichos actores ocultando la guerra cotidiana que se libra para mantener el dominio del capital. Es necesario quitar el ropaje de armonía y paz social que envuelve a la dominación capitalista, reconocer su intención legitimadora de relaciones sociales profundamente injustas, opresivas y violentas. Aun en los momentos de dominación estable de la burguesía estamos ante un ordenamiento de las relaciones sociales que se encuentra atravesado por la violencia, la imposición, la coerción, lo antidemocrático. La dominación de la burguesía se abrió paso a sangre y fuego en el mundo y en América Latina. Genocidios, crímenes y torturas perpetrados en nombre de la civilización, del orden y del progreso. Pero si la violencia fue significativa en el proceso de acumulación originaria, siguió siendo necesaria para reproducir el sistema

social. Como se escribió hace más de cincuenta años, se trata de una guerra civil más o menos oculta desarrollándose en el seno de la sociedad, más allá de que los sujetos de esa disputa lo asuman conscientemente.¹⁵ En general las clases dominantes tienen claridad en este punto. La imposición de las relaciones de explotación supone que el cuerpo colectivo de los oprimidos sea derrotado, y esa derrota debe reactualizarse.

Entonces, asumir que la transformación de las relaciones sociales debe revestir un carácter de enfrentamiento directo no es otra cosa que asumir el escenario de enfrentamiento cotidiano que ya de hecho presenta la sociedad capitalista.

En este sentido retomamos el planteo de Claudio Katz de que la expectativa socialdemócrata en la permeabilidad del capitalismo impide comprender que la dominación capitalista será erosionada por medio de la acción directa, traspasando los límites del constitucionalismo¹⁶. Esta dimensión obliga a asumir desde un comienzo que el cambio revolucionario implica el enfrentamiento abierto y efectivo de fuerzas sociales en disputa, pertrechadas moral y materialmente y, en consecuencia, incorporarlo en la estrategia política.

Argentina y Venezuela. Ni calco ni copia

Intentaremos señalar aquí, a partir del recorrido realizado en párrafos anteriores, algunos elementos que consideramos pueden ser entendidos como aportes que brinda el proceso de lucha llevado a cabo por el pueblo venezolano. Un primer aspecto a destacar es que, en el marco de sociedades con capitalismo dependiente pero con formas desarrolladas de Estado hegemónico, con relativo dominio estable de la burguesía, las estrategias de lucha deben contemplar un nivel de disputa en el marco de las reglas de juego de los aparatos de dominación. Esto no implica trazarse el objetivo

15 Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto Comunista*, Barcelona, Edicomunicación, 1998, p. 111.

16 Claudio Katz, "Hipótesis revolucionarias", recuperado en junio de 2013, de www.katz.lahaine.org.

de emprender una etapa de reformas y de acumulación previa para plantear en un momento posterior una perspectiva anticapitalista. Por el contrario, en la medida en que luego de una crisis de hegemonía y debido a la acumulación organizativa de la clase trabajadora se pudiera acceder al gobierno, la necesidad de desarrollar tareas socialistas y avanzar hacia una ruptura revolucionaria se vuelve inmediata. Por un lado, porque la reacción que sobreviene apunta a asfixiar las salidas de compromiso, de conciliación de clases sostenidas por un sector de la burguesía. Los intereses de los sectores que reaccionan están indisolublemente ligados a los del imperialismo y tienden a utilizar todas las estrategias económicas y extraeconómicas para impedir el proceso de ascenso de masas. Es por eso que la perspectiva anticapitalista del carácter de la revolución socialista se plantea como necesaria desde un comienzo. Se trata de reactualizar la perspectiva de la revolución permanente de la que habla Marx y retoma luego Trotsky.

El carácter socialista de un proceso, como bien reconoce el mismo Chávez, no se decreta ni tiene ese carácter porque se lo enuncie como tal. Implica medidas y esfuerzos concretos que lejos están de agotarse en la necesidad de articular frentes electorales para la disputa gubernamental y tampoco se resuelven con el acceso al aparato del Estado de una fuerza con un carácter puramente anticapitalista inmunizada de cualquier desviación reformista. El desarrollo del poder popular y los organismos de autoactividad son la condición de posibilidad de la apertura de procesos de transición, sin ellos los gobiernos se revelarían impotentes y sin los anticuerpos para evitar la burocratización. Al mismo tiempo, tampoco se trata de pensar linealmente en una larga etapa de acumulación de fuerzas por abajo que tarde demasiado en presentarse como opción hegemónica. Es necesario reconocer la mutua determinación entre el proyecto político general y su desarrollo y expresión con arraigo de masas en los diferentes territorios, en esos poderes locales. El proyecto político debe avanzar en el trastocamiento de las relaciones de propiedad, avanzar hacia la centralización del capital y la economía planificada en base a necesidades humanas con mecanismos

de poder popular y gestión obrera directa de la producción. Las fórmulas redistributivas son necesarias porque dados los altos niveles de pobreza e indigencia en nuestros países, son condición de posibilidad para la lucha. Pero si el cambio se agota allí, reaparecen allí reaparecen los límites de la estructura productiva dependiente y atrasada de nuestras economías.

Más allá de estos trazos gruesos que surgen de una reflexión crítica de los procesos concretos en los que se desarrolla la lucha de clases, la lectura de los mismos debe estar atravesada por una caracterización adecuada de las condiciones particulares en la que se desarrollan. El proceso político abierto en Venezuela expresa una determinada experiencia histórica concreta, con sus particularidades en términos de constitución de una fuerza social surgida de lo específico de la estructura social de ese país. Contra la idea de una aplicación mecánica del modelo venezolano para nuestro país, se nos impone la necesidad de ser rigurosos en el análisis de la propia estructura socioeconómica y del particular modo que adopta la confrontación de clases en Argentina. Reconocer aquellos elementos que se distancian con aquel proceso, y los que pueden ser útiles para desarrollar un camino de emancipación que empalme con los procesos más avanzados de América Latina. Sin querer hacer aquí un análisis exhaustivo de estos elementos, nos parece útil al menos mencionarlos para, así, sugerir la improcedencia de la aplicación de un modelo venezolano en nuestro país. Sin duda este breve y seguramente incompleto repaso debe ser explorado con mayor profundidad.

Por un lado podemos mencionar las profundas diferencias en cuanto al carácter y composición del ejército en la Argentina, su papel en nuestra historia, la inexistencia de algún componente antiimperialista en su interior y su responsabilidad en el terrorismo de Estado que impuso la transformación de la estructura productiva, la caída del salario real, la pérdida de conquistas de los derechos de los trabajadores.

Otro elemento a considerar son las distancias entre el chavismo y el peronismo. Este último, como expresión de una fuerza social de

conciliación de clases que permite un particular modo de equilibrio hegemónico de la burguesía, con una apuesta fuerte a la integración del movimiento obrero a través del control y fragmentación del aparato sindical, a la cooptación y desmovilización del componente autoactivo de la fuerza social y la búsqueda de garantizar el mayor rendimiento para el capital en el marco de un capitalismo serio.

Por su parte, el rol y la historia de lucha del movimiento obrero en nuestro país presenta grandes diferencias con otros países de Latinoamérica. Su desarrollo, ligado a una industrialización dependiente, lo ha configurado como un actor insoslayable en cualquier proceso de transformación revolucionaria.

Por último, es necesario reconocer que la estructura productiva de nuestro país se sostiene en base a la compensación que brinda, por un lado, la venta de la fuerza de trabajo por debajo de su valor y, por otro, la apropiación de una parte de la renta de la tierra. Reconocer la importancia del papel de la renta agraria como base de sustentación del capitalismo argentino exige explorar su estructura de propiedad en manos del gran capital y establecer la diferencia con la dependencia de la renta petrolera en propiedad del Estado venezolano.

Una virtud del proceso abierto en Venezuela es que nos exige pensar en los problemas concretos con los que debe lidiar la lucha de un pueblo. Bienvenidos, entonces, estos problemas que nos enfrentan a un desarrollo histórico real, nos exigen poner toda nuestra capacidad crítica y práctica militante al servicio de hacer crecer y desarrollar las experiencias más avanzadas de lucha por la superación del capitalismo.

Referencias

- Álvarez, Víctor. (2009). *Venezuela: ¿hacia dónde va el modelo productivo?* Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Chávez Frías, Hugo. (2012). *Golpe de Timón*. Caracas: Colección Claves.
- Deutscher, Isaac. (1970). *Las raíces de la burocracia*. Barcelona: Editorial Anagrama.

- Gramsci, Antonio. (2012). Democracia obrera. En: *Hegemonía*. La Plata: La Caldera Ediciones.
- Isa Conde, Narciso. Venezuela: Estado burocratizado e infiltrado erosiona la revolución. Recuperado de www.aporrea.org.
- Jacoby, Roberto. (1986). *El asalto al cielo*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales-UBA.
- Katz, Claudio. (2013). Hipótesis revolucionarias. Recuperado en junio de 2013, de www.katz.lahaine.org.
- Mandel, Ernest. (1969). La burocracia. Recuperado de www.marxist.org.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich. (1998). *Manifiesto comunista*. Barcelona: Edicomunicación.
- PSUV. (2011). *Líneas estratégicas de acción política*. Caracas.
- Petrucci, Ariel. (2013). Ética y marxismo. Contratiempo n.º 1, Buenos Aires. Recuperado de <http://www.democraciasocialista.org/wp-content/uploads/2015/05/Contra-Tiempos-corregida-1.pdf>.
- Piva, Adrián. (2009). Hegemonía, lucha de clases y Estado. *Revista Nuevo Topo*, n.º 6, Buenos Aires.
- Piva, Adrián. (2012). Burocracia y teoría marxista del Estado. *Revista Intersticios*, 6, Madrid: recuperado de <http://www.intersticios.es/article/view/10299/7316>.
- Sánchez Vázquez, Adolfo. (2006). Ética y marxismo. En: *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Clacso Libros.

EL PROCESO BOLIVARIANO: TRAS LAS HUELLAS DE LA ESTRATEGIA SOCIALISTA

MARTÍN MOSQUERA Y FACUNDO NAHUEL MARTÍN

Introducción

Las mejores expresiones de la cultura socialista siempre han sido sensibles al carácter necesariamente original, irreductible a todo esquema preconcebido de los procesos de cambio histórico. Antonio Gramsci sostenía, en esta línea, que la insurrección bolchevique había sido “la revolución contra *El Capital*” (de Marx), en la medida en que no respetaba sus previsiones teóricas. Por su lado, el mismo Lenin, fiel a su estilo tajante, afirmaba: “Aquellos que esperan ver una revolución social “pura” nunca vivirán para verla. Esas personas prestan un flaco servicio a la revolución al no comprender qué es una revolución”.

La sensibilidad frente a lo novedoso y lo imprevisto no es más que una sensatez epistemológica elemental: la elaboración teórica y el análisis deben estar dispuestos a revisar sus certezas de acuerdo a los emergentes de la experiencia social e histórica. Este reconocimiento es la afirmación primera del materialismo epistemológico que descrea de las pretensiones de acceso conceptual a lo absoluto, propias del idealismo. La ciencia empírica tiene esto claro desde hace tiempo: las hipótesis teóricas no son verificables

empíricamente sino, en el mejor de los casos, apenas falsables. Esta crítica al dogmatismo o al apriorismo teórico no justifica, sin embargo, ceder al vicio simétrico del pragmatismo de quienes alegan que “el árbol de la vida es más rico que la gris teoría”, para emancipar a la práctica de todo escrutinio crítico, perdiéndose en marchas y contramarchas oportunistas.

Creemos que es sobre estas bases metodológicas que debe abordarse el análisis del proceso bolivariano. Es decir, reconociendo los vasos comunicantes con los debates y las experiencias pasadas, pero evitando que “la tradición de las generaciones muertas oprima como una pesadilla el cerebro de los vivos”. Es decir, intentando impedir que “subirse a hombros de gigantes” (Engels, Trotsky, Gramsci, en nuestro caso) signifique perderse en el análisis histórico o teórico marxista, sin percibir las particularidades propias de una situación nueva que nunca puede ser analizada enteramente en función de sus antecedentes históricos.

Actualmente, el proceso bolivariano se ha instalado como referencia central para toda una generación militante, al menos en nuestra región latinoamericana. Esta centralidad, podemos decir, se debe al rol que ha ocupado este proceso en un ciclo amplio de reorganización estratégica y programática de la izquierda anticapitalista. Desde una perspectiva internacionalista y socialista es preciso leer al chavismo como un jalón de importancia en el proceso de aprendizaje histórico de las clases populares y sus vanguardias a nivel mundial. Tras décadas de un fuerte consenso capitalista global, el proyecto emancipatorio parecía condenado a un prolongado horizonte de resistencia sin proyecto estratégico, esto es, resistencia al dominio burgués en ausencia de un proyecto de poder y transformación social de y para las clases populares. La emergencia del proceso bolivariano, desde el seno de la resistencia latinoamericana contra el neoliberalismo, volvió a plantear la cuestión gubernamental y el tema de las vías hacia el poder del Estado, en un periodo donde la resistencia social parecía el horizonte insuperable de nuestra época.

El proceso de rearme estratégico de la izquierda revolucionaria todavía está abierto y no podrá, de momento, saldarse con la institución de un programa preclaro que sintetice coordenadas seguras para el rearme de una política de emancipación. Transitamos todavía una etapa germinal de la reconstrucción política y estratégica del movimiento socialista y adolecemos, aún, de experiencias históricas fundacionales de la lucha de clases que iluminen las coordenadas de la lucha social y política para el periodo en curso. Sin embargo, habida cuenta de un marco de relativa incertidumbre que atravesará las elaboraciones programáticas durante un ciclo todavía largo, es posible delinear algunas hipótesis estratégicas aproximadas, que busquen proyectar los caminos por donde es posible avanzar en la construcción de un proyecto anticapitalista a la altura de su tiempo, manteniéndonos dispuestos a revisar las hipótesis formuladas ante cambios históricos que lo ameriten. Hablamos de hipótesis estratégicas para evitar el dogmatismo rígido, pero también contra el oportunismo de los pragmáticos que, sin visión de horizonte, se acomodan ante cada vaivén de coyuntura o se venden al mejor postor de la política oportunista. Las hipótesis políticas son revisables, pueden ser reemplazadas, pero a la vez proyectan la mirada un poco más allá de lo inmediato, tratando de trazar el estado de las fuerzas sociales y políticas en un periodo histórico, para aventurar propuestas sobre los ámbitos donde deben disponerse las energías militantes para forzar modificaciones en el mundo.

Tanteos estratégicos hacia el cambio de siglo

Si el siglo xx, como dice Hobsbawm, fue “el siglo de la revolución”, es preciso aceptar que el saldo del siglo pasado es una importante derrota histórica de la clase trabajadora y del proyecto socialista como tal. La salida de esa situación de retroceso histórico del proyecto emancipatorio solo será posible desde un proceso de largo aliento que sintetice nuevos avances concretos en la lucha de clases, con las necesarias formulaciones programáticas y estratégicas que permitan delinear una estrategia emancipatoria solvente

para el siglo **xxi**. Esta reelaboración tiene la tarea de informar a los nuevos escenarios de la lucha social y política con proyecciones de la teoría y la práctica marxistas, basadas en un balance autocrítico serio de las dificultades e *impasses* atravesados por el proyecto revolucionario en el siglo **xx**.

El punto de inflexión central que nos pone en la búsqueda de nuevas estrategias para la construcción socialista se desprende del duro balance del siglo pasado: la mayoría de las experiencias históricas erigidas bajo el nombre del socialismo acabaron en una profunda degeneración burocrática y totalitaria. Podemos aventurar que la caída de la URSS acarrió algo más terrible que solo la derrota del proyecto emancipador: mucho más profundamente, nos expuso ante el problema de su fracaso intrínseco, producto de la propia incapacidad para construir una alternativa civilizatoria viable, solvente y liberadora frente al capitalismo. Las expresiones temporalmente victoriosas de socialismo no pudieron conformar una alternativa deseable en términos emancipatorios, conduciendo a nuevas relaciones de dominación. Los marxistas y socialistas enfrentamos el cambio de siglo desde un horizonte que combina derrota y fracaso: derrota por la avasalladora victoria de la clase dominante bajo el periodo neoliberal, pero fracaso por la incapacidad para dar lugar a una alternativa genuinamente emancipatoria que llevara el nombre de socialismo.

Las razones de la degeneración totalitaria pueden atribuirse a varios elementos, como el aislamiento internacional (no puede haber socialismo en un solo país), la tendencia a la burocratización de las sociedades modernas, la escasez y el atraso. Sin embargo, la deformación burocrática del poder soviético, por caso, no puede solamente explicarse por las penurias de la guerra civil. Es necesario analizar críticamente algunos errores estratégicos de los bolcheviques, la asfixia de la vida democrática real luego de la prohibición de las fracciones en el partido, el bloqueo a la autonomía del movimiento de masas. No pretendemos un análisis exhaustivo de las experiencias revolucionarias del siglo pasado. sino, más modestamente, discutir con seriedad una lección teórica del siglo

precedente: la cuestión democrática, y por ende las cuestiones organizativas, son uno de los fundamentos centrales de toda política de emancipación. Sin caer en miradas horizontalistas, reduccionistas e ingenuas, como las que atribuyen a la forma partido las responsabilidades por la deriva burocrática, hay una serie de problemas en las formas con que la izquierda del siglo xx pensó el camino a la emancipación. De la mano de una mala lectura de Lenin, que enfatiza todos los rasgos de exterioridad dirigista y sustituita del partido con respecto a las clases populares, la vieja izquierda tiende a formatos organizativos rígidos, verticales y burocratizados. Puede decirse que en la burocratización interna de las organizaciones revolucionarias está en parte la semilla de la deriva burocrática de las experiencias socialistas. Pretender reproducir "una Revolución rusa menos Stalin"¹ queda corto para un balance serio que permita la reinvencción del proyecto emancipador.

La búsqueda de nuevos formatos organizativos, a distancia de las matrices autoritarias, monolíticas y verticales de la concepción heredada del partido, ha constituido una de las principales búsquedas organizativas de la izquierda latinoamericana en los últimos años. Esto no constituye una novedad en la tradición anticapitalista, sino que se remonta a una larga lista de planteos, como los anarquistas, socialistas-libertarios, consejistas, entre otros. Hacia el cambio de siglo asistimos a la recuperación de importantes corrientes marxistas y anticapitalistas que se centran en la autoactividad popular como camino a la emancipación, en la senda de la Comuna de París, el espontaneísmo de Rosa Luxemburgo y otras expresiones libertarias. La construcción de poder popular y el cultivo de formas de democracia interna se conectan con la idea de que solo el protagonismo directo de las clases populares en la conducción de los procesos de cambio puede evitar la deriva totalitaria de las experiencias organizativas y propulsar su radicalización. La creación de poder popular como lineamiento estratégico-programático

1 Omar Acha, "Izquierda tradicional y nueva izquierda", Herramienta, n.º 15, (2014), recuperado de <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-15>.

remite a la organización autónoma de los desposeídos en órganos basados en la participación directa.

Estas fueron las tendencias predominantes en los movimientos sociales y las nuevas radicalidades emergentes en el último periodo, tanto en Latinoamérica como en Europa, y llevaron a muchas organizaciones a darse un carácter movimientista y de base, orientado más a la resistencia social que a la lucha política (los piqueteros argentinos, los indignados españoles, las revueltas antiliberales en la Francia del ciclo 1995-2005, el movimiento antiglobalización).

Límites y posibilidades de la resistencia

Los principales desafíos que enfrentan las izquierdas latinoamericanas y mundiales en el plano estratégico se relacionan con la necesidad de repensar la relación con el Estado, evitando tanto las derivas autoritarias del socialismo de Estado del siglo xx, como la micropolítica sectaria y aislacionista que surgió como su reacción. No hay estrategia revolucionaria solvente que no clarifique una comprensión del Estado capitalista y de las tareas de los revolucionarios con respecto a este. Se trata de tomar el poder, de ganar las elecciones, de no relacionarse con la estatalidad en ningún momento o de cualquier otra vía, la clarificación de la relación entre prefiguración del socialismo, construcción de poder popular y tareas de cara al Estado es probablemente el mayor punto de inflexión en todo proceso de clarificación programática.

El primer ciclo del proceso de rearme estratégico de la izquierda anticapitalista en Latinoamérica estuvo signado, como dijimos, por lo que podríamos llamar el “movimientismo de base”. La izquierda debió reinventarse a sí misma en el horizonte árido de los años noventa, con el recuerdo fresco de la caída del Muro de Berlín y el imperio generalizado de las políticas neoliberales. El alzamiento chiapaneco de 1994 relampagueó como un rayo en medio de la noche serena neoliberal, para ser sucedido por las protestas de Seattle contra la OMC y otros procesos de movilización de masas, entre las cuales tuvo un rol importante el ciclo piquetero en Argentina.

Podemos delimitar a este ciclo “movimientista de base” entre la Primera Declaración de la Selva Lacandona y la restitución popular de Chávez en el gobierno de Venezuela, en el año 2002. Estos dos hitos marcan, podemos decir, los puntos extremos de la reelaboración estratégica de la nueva izquierda latinoamericana que se mueve lentamente desde un antiestatalismo estricto (la autonomía de las comunidades zapatistas) hasta la elaboración y experimentación de formas novedosas de articulación entre disputa representativa estatal y procesos de empoderamiento popular “desde abajo” (como los que se gestarían posteriormente en Venezuela).

Actualmente, los movimientos populares y las corrientes de izquierda encontraron, en su gran mayoría, diversas vías para trascender los marcos del “movimientismo de base”, para avanzar hacia nuevas definiciones programáticas que precisen una estrategia socialista en relación novedosa con la estatalidad. Esto no significa que deban contrarrestarse las pasadas desviaciones antiestatalistas, con una desviación simétricamente opuesta, que reponga los vicios estatistas de buena parte de la izquierda en el siglo xx (como, por ejemplo, puede apreciarse en la dirección de Podemos en el Estado español). Significa que debemos hacer un balance del inventario ideológico de lo experimentado y avanzado en los últimos lustros, para clarificar los nuevos desafíos.

Podemos entender el “movimientismo de base” como una reacción táctica ante el marco neoliberal, pero también como una respuesta fetichizada ante las debacles burocráticas del siglo xx. Con las dolorosas marcas de la deriva burocrática primero y caída de la URSS después, los movimientos sociales tendieron a afirmar un antiestatalismo ingenuo. Este antiestatalismo se relaciona, en parte, con la necesidad de garantías para no equivocarse de nuevo con los caminos, ora del reformismo sistémico (en sus variantes, también, populistas), ora del autoritarismo jacobino. En efecto, el antiestatalismo ofrece esa clase de resguardos que pretenden ponernos a salvo de antemano contra las desviaciones de la integración estatal-reformista y la deriva autoritaria de la revolución.

Sin embargo, hoy un balance histórico, aun uno elemental, nos exige repensar el rol del Estado en la construcción del socialismo, por varias razones. Un primer ciclo de luchas contra el neoliberalismo bajo el signo de, en palabras de Daniel Bensaïd, la “ilusión social” (es decir, la creencia en la autosuficiencia de los movimientos sociales, rechazando toda lucha política) fue inevitable. El ciclo de luchas que comenzó a fines de los años noventa se abrió paso conservando las cicatrices del periodo precedente (la derrota histórica, el escepticismo frente a toda perspectiva anticapitalista, el desarme organizativo de las izquierdas). Este proceso más anclado en la lucha social y las nuevas radicalidades cumplió el rol de lo que Gramsci denomina “reforma moral e intelectual”, es decir, una tentativa orientada, desde lo más elemental, a reconstruir un *habitus* y una cultura de solidaridad, organización y combatividad en el seno de las clases populares.

Los movimientos que hicieron, de los aciertos tácticos o coyunturales en la resistencia al neoliberalismo, marcas identitarias o dogmas programáticos antiestatalistas o autonomistas, se mostraron no solo incapaces para formular una alternativa de poder independiente de los sectores subalternos, sino, en general, incapaces de afrontar pequeñas alternaciones en la coyuntura social y política (como el relanzamiento económico o un gobierno de compromiso de clases en reemplazo del neoliberalismo precedente). Las izquierdas latinoamericanas y mundiales necesitan trascender las hipótesis estratégicas desarrolladas en la resistencia al neoliberalismo, todas ellas demasiado influenciadas por la referencia zapatista, y que se mostraron escasamente capaces ya no de construir el socialismo, sino de continuar resistiendo con relativa solvencia los gobiernos de compromiso de clases emergentes en Latinoamérica (Brasil, Argentina, Uruguay).

A lo anterior se suma, como contrapartida positiva, la vigencia de interesantes exploraciones de disputa estatal en todo el mundo. Procesos como el MAS boliviano, Syriza en Grecia, Podemos en España o, el más importante, el proceso bolivariano en Venezuela, con sus diferentes grados de radicalidad, se caracterizan todos por

una constante: la articulación compleja entre procesos de movilización y organización popular por abajo y el avance (en distintos grados) en la disputa estatal y electoral. En estos casos, nos encontramos con frentes antimperialistas o antiliberales que, sin lograr una ruptura total con el capitalismo, propulsan rupturas parciales y acumulan fuerzas tanto en el Estado como en la sociedad civil popular. Ninguno de estos procesos puede elevarse a modelo, dado el cúmulo de incertidumbres que los recorren. Sin embargo, estos procesos mixtos de acumulación de fuerzas y rupturas parciales, donde se articulan de modo complejo la construcción de poder popular y el avance de posiciones en el seno del Estado, parecen estar marcando el terreno exploratorio para el rearme estratégico en el momento actual.

La necesidad de ese rearme estratégico se relaciona con la imposibilidad de seguir manteniendo las hipótesis estratégicas del siglo xx, que pensaban ya en la construcción de un contra-Estado que derrocaria al Estado burgués desde una posición puramente exterior, ya en el avance progresivo y pacífico hacia el socialismo a través de reformas parlamentarias. La necesidad de una interpenetración de la disputa electoral y estatal con la construcción de poder popular no se reduce a un capítulo táctico, vinculado a la denuncia y a la propaganda, sino que adquiere un valor estratégico. Si bien no podemos descartar *a priori* el desarrollo de confrontaciones revolucionarias según parámetros más clásicos (insurreccionales o guerrilleros), los procesos de radicalización social y política del último periodo parecen indicar que “los golpes revolucionarios y contrarrevolucionarios se suceden anudados a los mismos procesos electorales, que son también capítulos de esa lucha de clases trabada fuera y dentro de las instituciones”². Este peso de la lucha electoral en estos procesos no tiene nada que ver con ninguna vía pacífica: las conquistas electorales preceden a confrontaciones violentas o insurreccionales, sobre todo como respuesta a las tentativas contrarrevolucionarias, como

2 Jorge Sanmartino, “Estado, poder y socialismo en Venezuela: Algunos debates en la izquierda radical”, 2014, recuperado de <http://www.democraciasocialista.org/?p=2832>.

fueron el golpe de Estado a Chávez en 2002, los intentos independentistas de la burguesía santacruceña en Bolivia o, en su momento, la reacción fascista contra el gobierno de la UP de Allende. Escenarios complejos como el de la Venezuela bolivariana nos exigen mantener una completa articulación entre independencia organizativa (y de clase) y posibilidad de apoyo y articulación con gobiernos populares o antiimperialistas que, sin lograr una ruptura radical con la burguesía, favorezcan procesos de radicalización social y política. Entendemos que esos gobiernos pueden coadyuvar a la larga acumulación de fuerzas de las clases populares en las tareas preparatorias de la ruptura revolucionaria, aun cuando su sentido histórico está abierto y no hay garantías de éxito al respecto. Ello nos exige hilar fino a la hora de distinguir los reformismos burgueses (como el kirchnerismo), con los que no vemos posibilidad de articulación de procesos o reformismos radicales (como en Venezuela o Bolivia), con los que vemos la necesidad de mantener una delimitación compleja, sin sectarismos ni seguidismos.

En síntesis, pasado el ciclo de resistencia al neoliberalismo, la izquierda latinoamericana enfrenta la necesidad de precisar sus hipótesis estratégicas y trascender el previo horizonte de resistencia para elaborar proyectos de articulación entre la lucha social, la proyección político-estratégica y la disputa en el seno del Estado. Esta necesidad se impone tanto en los casos en que la reestructuración postneoliberal del Estado es progresiva desde el punto de vista de la lucha de clases (como ocurre en Venezuela), como en los casos (Argentina, Brasil) donde surgen Estados de compromiso de clase orientados a garantizar la dominación social y desmovilizar a las masas.

Caracterizaciones del proceso bolivariano

Durante los últimos años, el proceso venezolano ha estado en el centro de numerosos debates al interior de la izquierda y del campo cultural. Podemos, entonces, intentar perfilar una tipología esquemática de las interpretaciones más habituales que se han

formulado al respecto. En primer lugar, puede encontrarse con facilidad, entre numerosos sectores intelectuales y políticos, una reivindicación acrítica que idealiza románticamente el proceso y a su dirección. Esta caracterización interpreta el proceso venezolano como la continuación directa de la tradición revolucionaria del siglo xx, en la que el chavismo representaría las particularidades de un largo proceso de transición al socialismo en las condiciones sociales y políticas actuales.

Una posición inversamente simétrica a la idealización se expresa en los sectores hegemónicos de la izquierda tradicional argentina, representados en los principales agrupamientos del FIT (PO, PTS, IS). Su caracterización actualiza sin mayores sutilezas la caracterización de estos procesos como nacionalismos de contenido burgués. Recuperando la categoría marxista de bonapartismo, estas corrientes consideran que gobiernos como el venezolano o el boliviano tienen un sentido regresivo en el largo plazo, en la medida en que –a base de ciertas concesiones sociales– integran a las clases subalternas al Estado y al régimen social. El supuesto implícito es que las masas están dispuestas a ir más lejos en sus reivindicaciones, pero se encuentran transitoriamente bloqueadas por sus direcciones. El correlato práctico de esta posición consiste en embestir frontalmente contra el gobierno, tratando de emular, en condiciones muy diferentes, la posición de los bolcheviques frente al Gobierno de Kerensky (“ninguna concesión al Gobierno Provisional”). El ejemplo representativo de esta posición en Venezuela es el PSL (Partido Socialismo y Libertad) encabezado por el dirigente sindical Orlando Chirinos. Esta política condujo a que un representante dirigente sindical (que en sus inicios encabezó un partido marxista con peso social, el Partido Revolución y Socialismo, con posiciones de independencia política y apoyo crítico al proceso) se vuelque hacia un profundo aislamiento sectario.

Las referencias indiscriminadas a nacionalismos burgueses y bonapartismos cometen el error decisivo de descansar sobre una definición solamente sociológica de un proceso o gobierno,

definiendo *a priori* su carácter de clase³. En estos casos, la categoría de bonapartismo intenta cubrir las lagunas empíricas inevitables de una concepción sociológica, y se convierte así en un término “atrapa-todo”. Se tiende, entonces, a definir como bonapartista, sin mayores adjetivaciones o precisiones, todo lo que no sea o bien un gobierno revolucionario de características socialistas revolucionarias (lo que se evalúa según la medida de lo sucedido en la Rusia soviética entre 1917 y 1923) o bien un gobierno derechista burgués clásico. De esta forma, la categoría de bonapartismo fue utilizada para caracterizar procesos de muy diferentes características: desde el nazismo/fascismo al castrismo cubano, del peronismo y los populismos latinoamericanos a los movimientos de liberación nacional en Asia y África.

El análisis de Marx sobre Bonaparte tiene una potencialidad teórica real, pero restringida. Se refiere a procesos donde un empate social o una aguda crisis política da lugar a la emergencia de un liderazgo fuerte que, basado en un ejercicio personal del poder, pareciera ubicarse por encima de las clases pero a los fines de conservar el régimen social a mediano plazo. Trotsky desarrolla esta categoría en sus textos tardíos, escritos en su exilio mexicano, cuando intenta caracterizar el particular nacionalismo del gobierno de Cárdenas. Allí percibe una dinámica progresiva en un gobierno que, aunque no tenía características socialistas, se apoyaba en el movimiento de masas para sostener algunos enfrentamientos parciales con el imperialismo. Trotsky denominó “bonapartismo sui géneris” a este tipo de procesos. Así entendida, la categoría de bonapartismo preserva la concepción sociológica, pero de forma mediada. Supone un avance teórico respecto a una concepción meramente apriorística, en la medida en que incorpora un elemento de dinámica política en la naturaleza misma de los fenómenos bonapartistas, pero bloquea su potencialidad teórica en la medida en que queda estrictamente subordinada a una determinación sociológica en última instancia. Lo que está en el centro del debate contra la aplicación indiscriminada

3 *Ibid.*

de esta categoría es la posibilidad de definir el carácter de clase de un gobierno haciendo abstracción de la experiencia que el movimiento de masas hace con él, de la dinámica política que suscita y de cómo impacta en las clases subalternas y en sus procesos organizativos.

Contra lo que piensan sectarios de distinto tipo, entre la lucha extraparlamentaria y el avance electoral no hay, necesariamente, una relación de suma-cero (donde uno bloquea al otro, la delegación al protagonismo directo, el reformismo gubernamental al radicalismo espontáneo de las masas). En muchas circunstancias se genera una interferencia virtuosa, donde una y otra cosa se retroalimentan en el seno de una relación conflictiva. Pudimos ver recientemente, por ejemplo, a los extrabajadores estatales de la televisión pública griega queriendo entrar al edificio del que fueron despedidos, ni bien tuvieron noticia de la victoria electoral de Syriza en Grecia.

La presunción a la base de estas concepciones sectarias es que una concepción democrática de la emancipación, inspirada en el lema que Marx grabó en el texto inaugural de la primera internacional (“la emancipación de los trabajadores será obra de ellos mismos o no será”), es incompatible con cualquier apoyo parcial a un gobierno que no haya roto definitivamente con el Estado burgués. Entre la autoactividad de las masas y la política gubernamental se establece, necesariamente, una relación de suma-cero. En última instancia, esta presunción suele estar fundada en una particular concepción del Estado. La clase burguesa, el gobierno y el Estado tienden a pensarse como una unidad monolítica, solo sometida a tensiones internas parciales entre las clases dominantes. Por eso, todo gobierno que no haya roto definitivamente con la burguesía es considerado, de un modo u otro, como un gobierno burgués (“gobiernos capitalistas anormales” es el término que utiliza una corriente trotskista sectaria de Argentina para referirse a los gobiernos de Venezuela y Bolivia)⁴. En estos casos se llega a limitaciones teóricas groseras para caracterizar gobiernos

4 Es el caso del “Nuevo MAS” José Luis Rojo, “Tras las huellas del socialismo nacional”, *Revista Socialismo o Barbarie*, n.º 21 (2007).

como el de la UP de Allende en Chile o el de Chávez en Venezuela: el conflicto del gobierno de la UP y la reacción derechista, que concluye en el golpe fascista, ¿se trataba de un conflicto interburgués? Siguiendo estas concepciones se llega a paradojas, como gobiernos burgueses / pequeño burgueses que rompen con la burguesía (como fue el caso cubano).

Con todo, no ceder a las caracterizaciones sectarias frente al proceso bolivariano, no requiere exagerar lecturas en torno a las perspectivas de la transición al socialismo en el país caribeño. A nivel de sus políticas públicas y del modelo productivo promovido, resulta evidente que no se han superado los límites de un capitalismo de Estado, con fuerte dependencia de la renta petrolera aunque con inusuales niveles redistributivos. En paralelo, sí se han desarrollado algunas experiencias (como los consejos comunales y el control obrero de algunas empresas y ramas de la industria) que contienen elementos abiertamente disruptivos respecto a toda normalidad capitalista y que podrían ser embriones de una nueva institucionalidad en una tentativa radicalización socialista y democrática del proceso. En cualquier caso, el valor de esta experiencia no radica, por el momento, en su presunta transición hacia el socialismo sino en la capacidad demostrada para promover una enorme acumulación de fuerzas para las clases subalternas. Esta es la tercera interpretación posible del proceso en curso, y que tiene expresión militante en la propia Venezuela, tal como representa, entre otros, el grupo Marea Socialista, corriente marxista revolucionaria integrada genuinamente en los procesos de masas bolivarianos.

Hacia una hipótesis anticapitalista para una nueva época

Más allá del análisis estricto de la coyuntura venezolana, este proceso podría estar planteando una hipótesis estratégica revolucionaria, adecuada a la actual etapa de democracias parlamentarias consolidadas y Estados hegemónicos. Los complejos escenarios del cambio social en la etapa actual parecieran exigir una articulación entre independencia programática y organizativa y la posibilidad

de apoyos parciales a gobiernos de orientación antiimperialista que, sin lograr una ruptura total con la burguesía, favorezcan procesos de radicalización social y política.

Estas experiencias abonan la tesis de que posiblemente una transición hacia el socialismo en las condiciones actuales pase por una etapa transicional en la que un auge de masas sea capitalizado por una dirección reformista que se imponga en un contexto de crisis de hegemonía. Esta situación puede dar lugar a un escenario donde la institucionalidad democrático-burguesa se vuelva el marco inestable donde se manifieste la radicalización política de las masas y los ascendentes enfrentamientos de clase. Estas experiencias relativizan la tesis clásica de que los gobiernos bonapartistas tienen indefectiblemente un rol histórico regresivo al verticalizar y neutralizar el movimiento de masas. En procesos de esta naturaleza se hace evidente la improcedencia del vanguardismo sectario que arremete directamente contra los gobiernos reformistas, desprendiéndose del desarrollo subjetivo de los sectores populares. Se torna prioritario allí acompañar la experiencia política de las masas, participar de instancias de frentes únicos antiimperialistas, oponerse a los embates golpistas de las derechas y apuntalar cualquier tendencia que permita radicalizar el proceso político.

Esta hipótesis estratégica tiene antecedentes dentro de la teoría y la práctica de la tradición socialista revolucionaria. En primer lugar, estas posiciones pueden remontarse a los últimos textos de Engels, como el prólogo a *La lucha de clases en Francia* (que fue mutilado por la socialdemocracia alemana para presentarlo como una justificación del parlamentarismo). Allí Engels muestra una sutil inteligencia política, percibiendo que los avances que conquistaban los socialistas a partir de la generalización de los medios legales y parlamentarios empieza a obligar a que sea la burguesía la que baje a las barricadas, la que tome medidas insurreccionales contra la legalidad instituida⁵. Contra lo que le quisieron hacer decir los líderes de la Segunda Internacional, para Engels, en estos casos, la

5 Jorge Sanmartino, "Estado, poder y...", *op.cit.*

conquista electoral no anula, sino que precede, a la confrontación callejera, insurreccional, violenta.

Un segundo antecedente lo podemos encontrar en los debates de los últimos congresos de la Internacional Comunista, antes de la estalinización, donde la generación revolucionaria de Octubre se enfrentó al fracaso de la revolución europea. En aquellos debates (tal vez el punto más alto del debate estratégico del siglo xx) empiezan a surgir, aunque marcados de empirismo, elementos políticoestratégicos nuevos, requeridos por las condiciones sociales e institucionales de Occidente e irreductibles a todo putchismo “clase contra clase”: las consignas transicionales, el frente único, la hegemonía, el gobierno obrero. De estas reflexiones se va a inspirar y desarrollar el pensamiento de Gramsci, desde las cárceles fascistas. La estalinización del movimiento comunista internacional, aunque también el catastrofismo de Trotsky en el *Programa de transición* que lo compelió a mantenerse en una concepción fuertemente soviética de la revolución, abortaron la posibilidad de profundizar esta interrogación estratégica. En aquellos debates, los revolucionarios de la Internacional evaluaron, entre otras cuestiones, la táctica que denominaron gobierno obrero, es decir, la participación de los partidos comunistas en gobiernos dirigidos por fracciones obreras reformistas en circunstancias de fuerte crisis social y política, pero donde todavía no había condiciones para una insurrección que quebrara el Estado capitalista. Estos gobiernos representaban, para los revolucionarios de la IC, fenómenos intermedios entre la dictadura del proletariado y las condiciones de dominio normal de las instituciones burguesas que podían cumplir un rol progresivo en las tareas de desarmar la resistencia burguesa y preparar las condiciones para la insurrección.

Posiblemente el precedente histórico más reciente para pensar procesos de estas características sea la experiencia de la UP chilena y la política que desarrolló el MIR ante esa coyuntura. El MIR entendía que era necesario mantener una relación compleja con la vacilante dirección allendista, en la medida en que esta podía augurar un proceso de acumulación de fuerzas en sentido socialista, o bien estancarse en sus ambigüedades y dar lugar a una brutal

contra-ofensiva de la burguesía. Frente a esta situación, la organización mantuvo una delimitación programática y organizativa con el gobierno de Allende, que no excluyó el apoyo (poniendo su incipiente aparato militar a disposición de la seguridad del presidente). Al mismo tiempo, apostó con toda su fuerza a la organización independiente y “desde abajo” de la clase trabajadora y los sectores populares en los cordones industriales y los comandos comunales. El curso que tomaron los acontecimientos en Chile no desmiente la hipótesis mirista, en la medida en que esta no veía al gobierno de la UP como garante de la transición socialista, sino únicamente como el posibilitador de un escenario abierto, cuyo desenlace dependía de la lucha de clases.

Podríamos hacer paralelismos entre la estrategia del MIR y las de muchos movimientos sociales y políticos que militan en el seno del proceso bolivariano, apoyando al gobierno en la medida en que cumple un rol progresivo de cara a la radicalización, politización socialista y autoorganización de las masas, pero a la vez delimitándose de él desde una posición de independencia de clase.

Esta caracterización no se centra en la diferencia simplista entre los procesos “por arriba” (los partidos políticos, la lucha en el seno del Estado) y “por abajo” (los movimientos sociales y el sindicalismo combativo). Tampoco podemos descartar de plano que direcciones políticas en principio no socialistas terminen yendo más lejos de lo que quisieran (como decía Trotsky en el *Programa de transición*), empujadas por las circunstancias o por el “látigo de la contrarrevolución”. Esto es lo que sucedió, claramente, en el caso cubano, donde la dirección castrista conquistó el poder del Estado con un programa vagamente antimperialista, pero terminó rompiendo con la burguesía y aplicando medidas de transición socialista por la presión de las circunstancias y de sectores internos que promovían una radicalización del proceso.

En estos casos, se trata de escenarios en los que se da una fuerte lucha política en el seno del frente antiimperialista, antineoliberal o antiausteridad, tanto en el interior de los partidos de gobierno como entre el Estado y el poder popular independiente (mientras

escribimos estas líneas, la disputa de la Plataforma de Izquierda de Syriza con el círculo de Tsipras es ejemplo de esto). La dialéctica entre poder popular y Estado se entrelaza, pues, con la dura lucha intestina en el seno de los procesos abiertos, en torno a su orientación y definición global.

Esta hipótesis de conflicto puede remitirse, a la vez, a trabajos como los de Nicos Poulantzas, quien defendió la posibilidad de articular la lucha en el seno del aparato de Estado con la lucha de clases sostenida desde los órganos de poder popular, en cuyo seno la clase trabajadora se autoorganiza de manera independiente. En estos casos, se trata de articular:

Una lucha interna dentro del Estado, no simplemente en el sentido de una lucha encerrada en el espacio físico del Estado, sino de una lucha situada en el terreno del campo estratégico que es el Estado, lucha que no trata de sustituir el Estado burgués por el Estado obrero a base de acumular reformas, de tomar uno a uno los aparatos del Estado burgués y conquistar así el poder, sino una lucha que es, si quieres, una lucha de resistencia, una lucha de acentuación de las contradicciones internas del Estado, de transformación profunda del Estado; y al mismo tiempo, una lucha paralela, una lucha fuera de los aparatos y las instituciones, engendrando toda una serie de dispositivos, de redes, de poderes populares de base, de estructuras de democracia directa de base, lucha que, aquí también, no puede estar dirigida a la centralización de un contra-Estado del tipo de doble poder, sino que debe articularse con la primera.⁶

Este reconocimiento fundamental del Estado como campo estratégico de disputa no debe confundirse con una desestimación de las tareas de ruptura o de la apuesta a los choques insurreccionales. Aunque ameritaría una evaluación crítica que excede este trabajo,

6 Henri Weber, "El Estado y la transición al socialismo. Entrevista a Nicos Poulantzas por Henri Weber", originalmente en *Critique Communiste* (revista de la *Ligue Communiste Revolutionnaire*) recuperado el 23 de julio de 2015, de http://vientosur.info/IMG/pdf/Entrevista_Weber-Poulantzas.pdf.

podemos señalar que este relajamiento de las tareas insurreccionales puede objetársele a algunos planteos del mismo Poulantzas, tal vez impresionado por el avance del eurocomunismo en los años setenta.

En resumen, la combinación de fenómenos de autoorganización popular junto a la ocupación de posiciones en el marco de la democracia burguesa (y la inevitable confrontación consiguiente con la contrarrevolución), pueden ser coordinadas posibles para un proceso revolucionario en las actuales condiciones sociales y políticas. En procesos de estas características es inevitable la relación tirante y compleja entre las direcciones políticas y gubernamentales, nacionalistas o reformistas, y los sectores revolucionarios que se proponen una ruptura decisiva con el Estado burgués. Una estrategia socialista, para ser tal, debe desarrollarse evitando un doble peligro: por un lado, el vanguardismo sectario que se desprende del desarrollo subjetivo y organizativo de los sectores populares; por el otro, la adaptación populista a la dirección de estos procesos. El rol irrenunciable de la izquierda anticapitalista en estas coyunturas políticas es, como decía el viejo Trotsky, prepararse para “ir hasta el final”, para la ruptura y los enfrentamientos con la burguesía, pero también con el reformismo, poniendo el centro de gravedad en la movilización popular independiente. Como dijimos, debemos evitar caer en cualquier adormecimiento en las tareas relativas a la construcción de poder popular independiente y de ruptura con la burguesía y reducirse a una perspectiva de disputa de baja intensidad con el reformismo gubernamental. Pero, y esto es tan decisivo como lo anterior, este enfrentamiento debe llevarse a cabo midiendo paciente e inteligentemente los ritmos y los tiempos, evitando todo vanguardismo sectario, teniendo una amplia disposición a colaborar y a mantener acciones comunes con los sectores centristas y la dirección cuando fuera posible y necesario, sabiendo valorar los momentos defensivos y las posiciones conquistadas, escrutando escrupulosamente tendencias progresivas dentro de los sectores vacilantes y apoyando toda medida progresiva del gobierno, en la perspectiva global de radicalizar el proceso hasta al

final. El “espíritu de escisión”, del que hablaba Gramsci, solo tiene condiciones virtuosas de aplicación sobre el fondo de la más amplia política unitaria, de frente único. Como decía el viejo *Manifiesto*, los comunistas somos el ala más radical del movimiento pero también la más decididamente unitaria, la que lucha hasta el final para garantizar la unidad de la clase obrera.

Toda concepción democrática de la emancipación debe pensarse como un proceso que es producto de la conquista de una mayoría social. En formaciones sociales e institucionales donde la democracia electoral ha penetrado en el tejido social y parece volverse un horizonte insuperable, estamos obligados a pensar en las diferentes traducciones y refracciones de una radicalización social y política en combinaciones gubernamentales, sobre todo cuando las perspectiva de insurrecciones de masas que aprovechen una crisis de desfondamiento general del Estado, junto a la aparición de organismos de tipo soviético, todavía parece por encima de la línea del horizonte. Como ya dijimos, esto no descarta la tarea, de orden estratégico, de promover las condiciones para crisis revolucionarias y para la emergencia del doble poder, de instituciones propias de las clases populares que se enfrenten a las actualmente hegemónicas, que asumirán formas particulares, muy diferentes al clásico consejo o soviet del ciclo revolucionario de 1917-1921.

Conclusiones

En Caracas y La Paz, en Madrid y Atenas, posiblemente estemos afrontando los primeros combates de lucha política emancipatoria del siglo XXI. Esto requiere poner en el centro el debate sobre las cuestiones estratégicas, superando el resistencialismo sin proyecto estratégico de los años noventa pero también evitando un retorno dogmático a los modelos estratégicos del siglo XX. Si efectivamente, como sostienen los historiadores, con la caída del campo socialista se cerró todo un periodo histórico, el corto siglo XX que comenzó con la gran guerra y la Revolución de octubre, los revolucionarios debemos reconocer que la mayoría de las formulaciones estratégicas de

las que todavía somos herederos se formularon en la etapa germinal de un proceso histórico que se ha cerrado.

Las nuevas experiencias históricas, las alteraciones en la morfología del Estado y la sociedad civil, los aprendizajes de las clases dominantes, las actuales relaciones de fuerza, exigen una experimentación teórico-práctica en el terreno estratégico, que solo podrá avanzar de la mano de nuevas experiencias sociales. En las páginas precedentes, intentamos valorar la experiencia bolivariana como un jalón fundamental de este proceso histórico de rearme teórico-político, evitando tanto las idealizaciones como las lecturas reduccionistas. Intentamos delinear los contornos de un espacio estratégico que articule el avance en la disputa en el seno del Estado con la construcción de poder popular independiente. Son apenas bosquejos, tenemos todavía mucho trabajo por delante.

Referencias

- Acha, Omar. (2014). Izquierda tradicional y nueva izquierda. En: *Herramienta*, n.º 15, recuperado en junio 2014, de <http://www.herramienta.com.ar/revista-web/herramienta-web-15>.
- Piva, Adrián. (2009). Hegemonía, lucha de clases y estado. En: *Revista Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, (6), Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Rojo, José Luis. (2007). Tras las huellas del socialismo nacional. *Revista Socialismo o Barbarie*, (21).
- Sanmartino, Jorge. (2014). Estado, poder y socialismo en Venezuela: Algunos debates en la izquierda radical, recuperado de <http://www.democraciasocialista.org/?p=2832>.
- Weber, Henri. (1977). El estado y la transición al socialismo. Entrevista a Nicos Poulantzas por Henri Weber, originalmente en la *Revista de la Ligue Communiste Revolutionnaire*, (16), traducción de Adrián Sánchez, junio de 1977 (versión castellana publicada en *Viento Sur*), recuperado el 23 de julio de 2015, de http://vientosur.info/IMG/pdf/Entrevista_Weber-Poulantzas.pdf.

DEL ESTADO CAPITALISTA AL ESTADO COMUNAL. UNA APROXIMACIÓN AL PAPEL DE LOS CONSEJOS COMUNALES Y LAS COMUNAS EN LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA

MARTÍN OGANDO

Preludio de combate

Sentarse a escribir sobre la Revolución Bolivariana hoy es hacerlo con los ecos belicistas del imperio retumbando en la cabeza. Es escribir en caliente, es asumir como propia la defensa de la dignidad de un pueblo que se echó a andar y que en su andar arremete profundamente contra el status quo de los poderosos. Desde la partida física de Hugo Chávez Frías y el triunfo electoral de Nicolás Maduro, hasta el momento de esbozar estas líneas, EE.UU. y la derecha reaccionaria local han desarrollado una ofensiva contra la Revolución Bolivariana que, por su escala, persistencia y violencia, tiene pocos precedentes en la historia cercana de Nuestra América. Y esto no es casualidad. La potencia imperial pocas veces se equivoca respecto de sus enemigos. La contraofensiva imperialista que triunfó en Honduras y Paraguay, que fue repelida en Ecuador y Bolivia, está en estos momentos golpeando insistentemente las puertas de Venezuela. Su último episodio ha sido la orden ejecutiva dictada por Barack Obama, en la cual insólitamente afirma que Venezuela supone una amenaza para la seguridad norteamericana.

En su momento y con sus características, Cuba, Nicaragua y Chile, para solo mencionar los ejemplos más paradigmáticos de nuestro continente, sufrieron ese tratamiento. Y esta necesidad de guerra sin cuartel responde fundamentalmente a lo que estas experiencias políticas representan para los pueblos del mundo, a la índole del desafío que suponen para el poder del dinero. Cuba o Venezuela, de distintas maneras por supuesto, son fantasmas de revolución y ese es el problema. Son el ejemplo de pueblos que han desafiado los dictados del imperialismo y el poder económico concentrado y que han tomado el destino en sus manos. Han comenzado por reivindicar su soberanía para decidir sin injerencia externa alguna, han construido fuertes procesos de movilización popular de los que, por diversas vías, han surgido gobiernos de carácter democráticos y populares, y han iniciado el camino de cuestionar el capitalismo como la única forma de organizar la producción y distribuir la riqueza social. El nivel de beligerancia del imperialismo y la derecha latinoamericana contra la Revolución Bolivariana es un indicador de primer orden para evaluar el significado histórico de este proceso. En este marco, es imposible entender o disculpar cualquier actitud “neutral” por parte de fuerzas democráticas o de izquierdas en la defensa de este pueblo y su proyecto. Estas reflexiones son escritas entonces desde la defensa plena y clara de la Revolución Bolivariana y su liderazgo político.

Por supuesto que la cuestión no se agota en esto, y que nada debe oscurecer la posibilidad de un análisis crítico y descarnado de las contradicciones y problemas que la revolución venezolana afronta. Más bien todo lo contrario. En las líneas que siguen, serán el compromiso apasionado con la Revolución Bolivariana, el reconocimiento de la enorme labor que un pueblo heroico está llevando adelante y la gratitud generacional hacia un liderazgo político de enorme significado como el de Hugo Chávez, los motivos centrales que nos impulsen a intentar la mayor seriedad en el análisis crítico y la honestidad intelectual para dar opinión. Como sostenía Antonio Gramsci, no es la supuesta y falaz neutralidad científica sino, por el contrario, el más descarnado compromiso político, el que nos demanda la mayor rigurosidad en la construcción de conocimiento.

Una ubicación del proceso venezolano

La Revolución Bolivariana es, sin lugar a dudas, uno de los procesos sociales y políticos más influyentes del nuevo siglo. Su desarrollo ha conmovido las coordenadas del debate político, al mismo tiempo que impulsado la curiosidad académica y sacudido el avispero de la geopolítica continental. La figura de Hugo Rafael Chávez Frías concentró durante estos años la atención de millones de personas en todo el mundo, a una escala inédita para cualquier presidente venezolano en la historia. Pero, si la personalidad de Hugo Chávez ha sido una de las grandes marcas de la Revolución Bolivariana, la otra ha sido la emergencia de un proceso de politización social extraordinariamente extendido, con fuertes elementos de polarización clasista y altos grados de movilización y participación de las clases subalternas. Dentro de este complejo y variopinto proceso de participación popular los consejos comunales y las comunas constituyen una de las experiencias más relevantes y dignas de indagación.

Todo proceso social de alguna envergadura genera nuevas formas organizativas de las clases subalternas o potencia, renueva y metamorfosea estructuras existentes. Al mismo tiempo, todo proceso de movilización popular de alta densidad organizacional y alguna persistencia en el tiempo, produce modificaciones en la estructura de dominación privilegiada de la sociedad capitalista moderna: el Estado. Ya sea porque se ve obligado a actualizar las condiciones para el ejercicio de la hegemonía, es decir, a integrar de manera subordinada a clases o fracciones de clases antes excluidas, porque produce concesiones que buscan desmovilizar y fragmentar al emergente popular, o porque su propia estructura interna y mando político son sacudidos en el transcurso del proceso, el Estado nunca atraviesa indemne estas conmociones. Por lo tanto, la dinámica que se abre en las relaciones entre Estado y clases populares movilizadas, es siempre motivo de atención, debate y controversia, tanto en el terreno político como en el académico.

En el caso de Venezuela esta dinámica asume ciertas particularidades, no necesariamente excepcionales pero sí dignas de ser señaladas:

a) El intento de aplicación de las llamadas políticas neoliberales y la correlativa respuesta popular, provocaron en Venezuela una crisis del Estado, que asumió las características de una crisis orgánica o crisis del Estado en su conjunto¹. La resultante fue una modificación en la correlación de fuerzas a favor de un bloque hegemónico alternativo, liderado por sectores progresistas de la oficialidad militar y fragmentos de la vieja izquierda radical venezolana, y con un fuerte sustento en los sectores más empobrecidos de la clase trabajadora, el campesinado y el entramado popular-plebeyo de las periferias urbanas. La irrupción popular de El Caracazo² no fue la única causa de la descomposición del Pacto de Punto Fijo³, pero constituye un acontecimiento fundamental para poder entenderlo. Sin embargo, las demandas de las clases populares –a veces inconexas, atomizadas y espontáneas– no se articularon de manera inmediata a partir de sus organizaciones autónomas (tradicionales o nuevas), sino que fue la emergencia de un liderazgo externo, vinculado a sectores de la oficialidad radical y patriótica de las fuerzas armadas, lo que funcionó como catalizador de exigencias, anhelos y frustraciones. Es la saga Caracazo; emergencia o reforzamiento de nuevos colectivos populares, barriales, estudiantiles, muchos en ruptura con la vieja izquierda reformista e intento

-
- 1 Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Editorial Nueva Visión, Buenos Aires, 2000.
 - 2 Se denominó El Caracazo a una serie de fuertes protestas y disturbios durante el gobierno de Carlos Andrés Pérez, que comenzó el 27 de febrero y terminó el 8 de marzo de 1989 en Caracas y Guarenas-Guatire fundamentalmente. La masacre ocurrió el día 28 de febrero cuando fuerzas de seguridad de la Policía Metropolitana (PM), Fuerzas Armadas del Ejército y de la Guardia Nacional (GN) salieron a las calles a controlar la situación. Aunque las cifras oficiales reportan 276 muertos y numerosos heridos, algunos reportes extraoficiales hablan de más de 3.000 personas fallecidas y 2.000 desaparecidas.
 - 3 El Pacto de Punto Fijo fue un acuerdo entre los partidos políticos venezolanos Acción Democrática, Copei y URD, firmado el 31 de octubre de 1958, pocos meses después del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez y antes de las elecciones de diciembre de ese mismo año. Se lo considera el sustento del régimen de alternancia bipartidista que en Venezuela dura hasta la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez (1989-1993).

insurreccional encabezado por Hugo Chávez en 1992, la que hay que analizar detenidamente para entender la conformación de una nueva voluntad nacional-popular con potencialidad hegemónica frente al derrumbe del viejo sistema de partidos.

b) Una vez en el gobierno ese movimiento político, liderado por Hugo Chávez, no buscó reconstituir la hegemonía preexistente, reencauzando la movilización popular en una dinámica de lo que suele denominarse revolución pasiva⁴, sino que avanzó en la democratización de la renta petrolera y en el impulso a una nueva institucionalidad política popular, incluyendo la convocatoria a una Asamblea Constituyente⁵. Esto marca un primer momento del proceso revolucionario en Venezuela que, remitiendo a categorías clásicas, puede ser definido como popular, nacional y democrático.

c) Esta situación abrió una nueva dinámica de confrontación social en la que destacan dos grandes nudos contradictorios, uno que definimos como antagónico y otro como no antagónico. La contradicción antagónica es la que se da entre la mayoría de las masas trabajadoras urbanas y rurales, bajo el liderazgo de un gobierno revolucionario, por un lado, y el imperialismo y sus intereses regionales (sobre todo EE.UU.), la enorme mayoría de los capitalistas locales y los partidos sistémicos que propugnan una reconstitución de la forma estatal precedente, por el otro. La contradicción no antagónica, a la que suponemos como contradicción dentro del proceso de cambio, es la que se da entre el gobierno, que gestiona un Estado esencialmente capitalista, y las clases subalternas movilizadas que asumen creciente vocación de protagonismo en la nueva etapa. Por no ser antagónica, partimos del supuesto de que esta contradicción puede ser procesada como tensiones creativas al

4 Antonio Gramsci, *Notas sobre...*, *op. cit.*

5 El 2 de febrero de 1999 el Juramento de Asunción de Hugo Chávez salió de protocolo, conmocionó a la clase política venezolana y pasó a la historia: "Juro ante Dios, ante la patria y ante mi pueblo, sobre esta moribunda Constitución, que haré cumplir e impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta Magna adecuada a los tiempos".

interior del proceso, tal como describió el vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera.⁶

d) Nuestra hipótesis es que los consejos comunales y las comunas son uno de los espacios privilegiados para el desarrollo de esas tensiones y conflictos entre “lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que no termina de nacer”, o en otras palabras, entre un Estado capitalista que es necesario desestructurar y la potencial emergencia de un nuevo tipo de organización estatal-comunal radicalmente democrática. Con una particularidad: estos organismos son parte del Estado venezolano, están reglados por leyes de la Asamblea Nacional, tienen la apoyatura de un ministerio específico, y son parte de la estructura de gobierno, tienen prerrogativas de gestión y financiamiento público.

Finalmente, para terminar de ubicar en contexto la experiencia comunal en Venezuela, se hace imprescindible una periodización, aunque sea en extremo sintética y esquemática, del proceso de la Revolución Bolivariana. Tomaremos como punto de partida la irrupción popular conocida como El Caracazo, violentamente reprimida en febrero de 1989, y no el triunfo electoral de Chávez casi una década después, lo cual supone una decisión política y metodológica de importancia. En una primera aproximación podemos afirmar la existencia entonces de al menos seis etapas hasta la actualidad:

1989-1992. De El Caracazo al 4F

Es la etapa marcada por la irrupción aún ciega, sorda y muda de la crisis política y social en Venezuela. El detonante es el plan económico neoliberal de Carlos Andrés Pérez. No hay organización nacional o regional visible que oriente el accionar de las masas, prima la espontaneidad y la feroz represión parece garantizar la continuidad del régimen. Sin embargo, el descontento social crece, y subterráneamente se están generando las condiciones de una crisis hegemónica.

6 Álvaro García Linera, *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio*, La Paz, Vicepresidencia del Estado, 2011.

1992-1999. De la cárcel a Miraflores

Esta etapa está signada por el intento de insurrección cívico-militar que el, por entonces, teniente coronel Hugo Chávez llevó a cabo el 4-F de 1992. El joven oficial y sus camaradas de armas hacen las veces de develadores de la crisis orgánica en curso. La voz mestiza de Chávez antes de marchar detenido se multiplica en las barriadas populares. La crisis del puntofijismo ya está en pleno desarrollo y Rafael Caldera, un copeyano⁷ devenido independiente, llega a la Presidencia. Chávez, indultado, comienza a recorrer el país en campaña electoral.

1999-2002. La reforma constitucional y la frustrada convivencia

El 2 de febrero de 1999 Chávez asume la presidencia. Se compromete de manera inmediata con la reforma de la Constitución y antes de fin de año un 71% de las venezolanas y los venezolanos habían aprobado una nueva carta magna. Si bien la ruptura discursiva y simbólica con los partidos tradicionales es radical, el primer gabinete de gobierno expresa la búsqueda de puentes con sectores del empresariado y la izquierda socialdemócrata. Los contornos ideológicos del proyecto chavista son aún indefinidos y fuertemente eclécticos, no faltando las referencias a la tercera vía de Tony Blair.

2002-2006. Del golpe a la radicalización

Este año es indudablemente el punto de inflexión en cuanto a la radicalización del proceso político venezolano. Las tentativas de concertación y los acuerdos de gobernabilidad fracasan cuando la burguesía venezolana, la llamada “meritocracia” de Pdvsa⁸ y un sector de las fuerzas armadas y de seguridad, con fuerte apoyo exterior, provocan la agudización de la lucha de clases y proponen un momento de

7 Referido a miembro de Copei (Comité de Organización Política Electoral Independiente) de orientación socialcristiana.

8 El chavismo denominó así la burocracia gerencial y a parte del personal técnico cualificado que administraba la petrolera, formalmente estatal, pero que según Chávez se había convertido en un “Estado dentro del Estado”.

confrontación político-militar. El intento de golpe de febrero de 2002 y el *lock out* de Pdvsa a finales de ese año y principios de 2003 son las dos grandes acciones de fuerza en que se embarca la burguesía, siendo derrotada por la movilización popular y una mayoría de las FF. AA. leales al gobierno. Aprovechando el impulso, y el hecho de haber tomado ahora sí el control efectivo de Pdvsa, Chávez lanza una contraofensiva mediante la expansión de las misiones, las llamadas leyes habilitantes y una radicalización del discurso antiimperialista. En 2004 gana el referéndum revocatorio con casi el 60% de los sufragios.

2006-2012. Del socialismo del siglo XXI a la partida física de Chávez

A principios de 2005 el presidente venezolano habla por primera vez ante el gran público de su vocación socialista, en el Foro Social Mundial de Porto Alegre. En la campaña presidencial de 2006 Chávez produce un hecho excepcional: vuelve a colocar como un debate de masas la necesidad del socialismo, por primera vez en Nuestra América desde el Chile de 1970-1973. Son años de una intensa confrontación política, y bajo el estilo hiperactivo y arrollador del presidente, múltiples iniciativas destinadas a recorrer el camino al socialismo serán desplegadas: primera *Ley de Consejos Comunales* (2006); expropiación de Electricidad de Caracas (2007); nacionalización de toda la industria cementera, de Sidor y del Banco de Venezuela-Banco Santander (2008); fundación del PSUV (2008); el lanzamiento de los llamados "5 motores constituyentes-rumbo al socialismo" (2008-2009); nueva *Ley de Consejos Comunales* (2009); *Ley de Comunas* (2010); Plan de la Patria (2012). En este periodo Chávez sufre su único revés electoral, al perder el plebiscito por una nueva Constitución que introducía reformas eminentemente socialistas en el año 2007.

2013-2015. La Revolución Bolivariana sin Chávez

La muerte de Chávez y el ajustado triunfo electoral de Nicolás Maduro en abril de 2013, colocan en nuevas circunstancias el despliegue del poder popular. Por un lado enfrenta mayores

dificultades, por el otro parece más necesario que nunca. A pesar de que el chavismo triunfa con comodidad en las elecciones de gobernadores y alcaldes, la oposición busca instalar un fuerte clima de confrontación y violencia, buscando generar inestabilidad política. El intento de generar una movilización de masas, para de esta manera forzar un derrocamiento del gobierno democrático es derrotado, fundamentalmente por la incapacidad de la oposición de arrastrar a sectores populares disconformes con el gobierno. Sin embargo, el accionar persistente de paramilitares colombianos y del sicariato, denota que las fuerzas reaccionarias han cambiado de táctica pero no de objetivo. Hacia principios de 2015 la guerra económica se vuelve a intensificar, y una conspiración golpista con apoyo norteamericano y participación de oficiales de la FANB es desarticulada y sus impulsores detenidos. A esto se suma la irresolución de problemas económicos y sociales como el desabastecimiento, la inflación y la inseguridad que impactan en la propia base social del chavismo. En este contexto no se ha constatado un retroceso de la organización comunal, sino que parecería estar ocurriendo lo contrario.

Una relación inédita entre poder popular y legislación estatal. Las leyes del poder popular en Venezuela

No está de más remarcar el carácter original que revisten los organismos comunales en Venezuela. No hay demasiados antecedentes de procesos en los cuales los organismos de participación popular y ejercicio de la democracia directa estén reglados legalmente, es decir, incorporados a la institucionalidad vigente, a la vez que considerados como elementos privilegiados de la transición hacia otra forma de estatalidad. En principio se podrían pensar dos formas antagónicas en las que esta relación se ha presentado. Por un lado, en una serie de procesos históricos los organismos consejistas han aparecido en oposición directa al gobierno y al Estado, es decir, en una dinámica de doble poder, en la cual el poder obrero o popular emergente rivaliza con el viejo Estado capitalista buscando

arrebatarle el poder en un acto de fuerza, esto es, resolver en favor de los explotados esta dualidad. Por otro lado, en un sentido opuesto, aparece la promoción de instancias de democracia participativa y protagónica, como elementos subordinados a la dinámica política de un Estado democrático-burgués en uso de sus facultades constitucionales y sin que se encuentre presente crisis de hegemonía alguna. Dentro de esta última variante pueden agruparse todas las formas de presupuestos participativos, consejos consultivos, juntas comunales, muchas veces vinculados a procesos de descentralización administrativa. En este caso no aparece planteada la discusión del poder ni como doble poder ni como cogobierno ni como transición de ningún tipo. La hegemonía de un determinado bloque histórico no está puesta en cuestión.

Por supuesto que hay algunas experiencias históricas, particularmente Chile entre 1970 y 1973, que pueden ser comparables a la Venezuela actual, en el sentido del vínculo entre la clase trabajadora y la organización popular autónoma, por un lado, y un gobierno popular surgido de elecciones, por otro lado. Una de las particularidades del caso venezolano es, sin embargo, la proliferación de un cuerpo legal específico referido al desarrollo del poder comunal. Sin entrar en detalles, debemos decir que es la propia Constitución reformada en 1999 la que incorpora los primeros elementos legales que habilitan el desarrollo de una democracia protagónica y participativa:

La soberanía reside intransferiblemente en el pueblo, quien la ejerce directamente en la forma prevista en esta Constitución y en la ley, e indirectamente, mediante el sufragio, por los órganos que ejercen el Poder Público.⁹

Es también en el texto constitucional donde se menciona por primera vez la creación de los consejos locales de planificación pública, el antecedente directo de los consejos comunales. En la Constitución de 1999, sin embargo, no figuran de manera explícita las palabras poder popular, comuna o consejo comunal. Tan es así que Chávez buscó introducir estas nociones en el cuerpo

9 *Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*, 1999. Art. 5.

constitucional con la reforma de 2007, cuyo plebiscito perdió por estrecho margen. A partir de esa derrota las leyes orgánicas fueron la vía elegida para avanzar en una arquitectura legal para el poder popular.

En julio de 2005 se crea el Ministerio del Poder Popular para la Participación y Protección Social¹⁰ y desde 2006 se inicia el proceso de crecimiento de los consejos comunales y la legislación relativa a los mismos. De esa fecha a la actualidad el corpus legal relativo a la organización y la economía comunal ha crecido de manera acelerada: *Ley Orgánica de los Consejos Comunales* (2006-2009); *Ley Orgánica de las Comunas* (2010); *Ley Orgánica del Poder Popular* (2010); *Ley Orgánica del Sistema Económico Comunal* (2010); *Ley Orgánica de la Contraloría Social* (2010); *Ley Orgánica del Consejo Federal de Gobierno* (2010); *Ley Orgánica de la Planificación Pública y Popular* (2010); *Ley Orgánica para la Gestión Comunitaria* (2012); entre otras. Aquí nos centraremos en las dos primeras, que hacen alusión a la definición de objetivos y funciones de los consejos y las comunas.

Ley Orgánica de los Consejos Comunales

Como ya señalamos, la primera *Ley de los Consejos Comunales* data del año 2006. Sin embargo, la misma fue reformada en 2009 otorgando a los consejos más atribuciones, sobre todo en términos financieros. En la misma se define a los consejos comunales como

... instancias de participación, articulación e integración entre los ciudadanos, ciudadanas y las diversas organizaciones comunitarias, movimientos sociales y populares, que permiten al pueblo organizado ejercer el gobierno comunitario y la gestión directa de las políticas públicas y proyectos orientados a (...) la construcción del nuevo modelo de sociedad socialista de igualdad, equidad y justicia social.¹¹

10 Es el antecedente del actual Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales.

11 *Ley Orgánica de los Consejos Comunales*, 2009, Art. 2.

Los principios y valores sobre los que deberían basarse son:

Participación, corresponsabilidad, democracia, identidad nacional, libre debate de las ideas, celeridad, coordinación, cooperación, solidaridad, transparencia, rendición de cuentas, honestidad, bien común, humanismo, territorialidad, colectivismo, eficacia, eficiencia, ética, responsabilidad social, control social, libertad, equidad, justicia, trabajo voluntario, igualdad social y de género, con el fin de establecer la base sociopolítica del socialismo que consolide un nuevo modelo político, social, cultural y económico.¹²

La base poblacional de los consejos comunales está entre 150 y 400 familias en las áreas urbanas y a partir de 15 familias en las áreas rurales. Para que el Ministerio reconozca oficialmente un consejo comunal, el mismo debe haberse constituido en una asamblea de ciudadanos y ciudadanas que contemple al menos al 10% de los habitantes de la comunidad, mayores de 15 años.

En términos de su estructura orgánica el consejo comunal cuenta con:

1. Una Asamblea de Ciudadanos y Ciudadanas que es su máxima instancia de decisión vinculante.

2-a. La Unidad Ejecutiva, encargada de promover y articular la participación organizada de los habitantes de la comunidad y los movimientos sociales en los diferentes comités de trabajo. Ejecuta las resoluciones de la Asamblea.

b. La Unidad Administrativa y Financiera. Es la instancia que funciona como ente de administración, ejecución, inversión y ahorro de los recursos, de acuerdo a las decisiones de la Asamblea de Ciudadanos y Ciudadanas.

c. La Unidad de Contraloría Social. Es la instancia que realiza la evaluación de la gestión comunitaria y la vigilancia de la administración de los fondos.

3. El Colectivo de Coordinación Comunitaria. Es la articulación de las tres Unidades.

¹² *Ibid.*, Art. 3.

4. Una Comisión Electoral Permanente. Es la instancia encargada de organizar y conducir de forma permanente los procesos de elección o revocatoria de los voceros o las voceras del consejo comunal y las consultas sobre aspectos relevantes de la vida comunitaria.

5. Voceros. Cada unidad del consejo comunal elige un/a vocero/a. La elección es uninominal y duran dos años en sus funciones y pueden ser reelectos. Es una función de carácter voluntario y es requisito al menos un año de residencia en la comunidad. El pedido de revocatoria del mandato se puede realizar a partir del 10% del padrón de mayores de 15 años de la comunidad o por parte de la Unidad de Contraloría Social del Consejo Comunal.

Los consejos comunales asumen funciones de gestión y planificación en los marcos del territorio específico de su comunidad, en coresponsabilidad con diversas entidades del poder público como los ministerios, gobernaciones, alcaldías o con programas y misiones sociales. El Plan Comunitario de Desarrollo Integral es la herramienta periódica para la proyección, aprobación, ejecución y evaluación de diversos proyectos comunitarios¹³. Los consejos comunales cuentan con diversas vías para la obtención de recursos financieros y no financieros, entre los que la ley contempla los que sean transferidos por la República, los estados y los municipios, bajo diversas modalidades; los que provengan de la administración de los servicios públicos que les sean transferidos por el Estado; los generados por su actividad propia.¹⁴

Los consejos comunales tienen la potestad de agruparse en un agregado territorial más amplio denominado comuna y que también se encuentra legislado.

Ley Orgánica de las Comunas

La comuna es básicamente un agregado de consejos comunales, y otras organizaciones socioproductivas. Es definida en la *Ley Orgánica de las Comunas* como

13 *Ibid.*, Art. 23.

14 *Ibid.*, Art. 47.

... un espacio socialista que, como entidad local, es definida por la integración de comunidades vecinas con una memoria histórica compartida, rasgos culturales, usos y costumbres que se reconocen en el territorio que ocupan y en las actividades productivas que le sirven de sustento, y sobre el cual ejercen los principios de soberanía y participación protagónica como expresión del poder popular, en concordancia con un régimen de producción social y el modelo de desarrollo endógeno y sustentable, contemplado en el Plan de Desarrollo Económico y Social de la Nación.¹⁵

En esta ley se desarrolla por primera vez, de manera amplia y nítida, la perspectiva estratégica en la cual se enmarca la comuna como agente privilegiado de la transición al Estado comunal y al socialismo. Así podemos leer que se plantea el objetivo de

... desarrollar y fortalecer el poder popular, estableciendo las normas que regulan la constitución, conformación, organización y funcionamiento de la comuna, como entidad local donde los ciudadanos y ciudadanas en el ejercicio del poder popular, ejercen el pleno derecho de la soberanía y desarrollan la participación protagónica mediante formas de autogobierno para la edificación del Estado comunal, en el marco del Estado democrático y social de derecho y de justicia.¹⁶

En los propósitos de la Comuna se termina de desarrollar esta perspectiva:

La comuna tiene como propósito fundamental la edificación del Estado comunal, mediante la promoción, impulso y desarrollo de la participación protagónica y corresponsable de los ciudadanos y ciudadanas en la gestión de las políticas públicas, en la conformación y ejercicio del autogobierno por parte de las comunidades organizadas (...) así como la construcción de un sistema

15 *Ley Orgánica de las Comunas*, 2010, Art. 5.

16 *Ibid.*, Art. 1.

de producción, distribución, intercambio y consumo de propiedad social, y la disposición de medios alternativos de justicia para la convivencia y la paz comunal, como tránsito hacia la sociedad socialista, democrática, de equidad y justicia social.¹⁷

La comuna tiene la siguiente estructura orgánica:

1. Parlamento Comunal. Es la máxima instancia del autogobierno. Aprueba el plan de Desarrollo Comunal, trata los proyectos que sean sometidos a su consideración por el Consejo Ejecutivo, los proyectos de solicitudes a los entes político-territoriales del Poder Público de transferencias de competencias y servicios a la comuna, y considera los asuntos de interés general para la comuna, propuestos por al menos el equivalente al sesenta por ciento (60%) de los consejos comunales, de la comuna, etc.¹⁸

2. Consejo Ejecutivo. Es la instancia de ejecución de las decisiones y está integrado por voceros/as electos en el Parlamento Comunal y un vocero/a electo/a por las organizaciones socioproductivas de la comuna.¹⁹

3. Comités de Gestión. Son los encargados de articular con las organizaciones sociales de la comuna de su respectiva área de trabajo. Los comités de gestión se conformarán para atender áreas como salud, economía, producción comunal, educación y cultura, entre otras.²⁰

4. Consejo de Planificación Comunal. Cada comuna elabora un Plan Comunal de Desarrollo, bajo la coordinación del Consejo de Planificación Comunal, en el cual se establecerán los proyectos, objetivos, metas, acciones y recursos dirigidos a darle concreción.²¹

17 *Ibid.*, Art. 6.

18 *Ibid.*, Art. 22.

19 *Ibid.*, Art. 27.

20 *Ibid.*, Art. 31.

21 *Ibid.*, Art. 33.

5. Consejo de la Economía Comunal. Es la instancia encargada de la promoción del desarrollo económico de la comuna, conformada por voceros/as electos/as entre los integrantes de los comités de economía comunal, de los consejos comunales, de la comuna.²²

6. Banco de la Comuna. Tiene como objeto garantizar la gestión y administración de los recursos financieros y no financieros que le sean asignados, así como los generados o captados mediante sus operaciones. El Banco de la Comuna está exceptuado de la regulación prevista en materia de bancos y otras instituciones financieras.²³

7. Consejo de Contraloría Comunal. Es la instancia encargada de la vigilancia, supervisión, evaluación y control social, sobre los proyectos, planes y actividades de interés colectivo en el ámbito territorial de la comuna.²⁴

Hasta aquí la síntesis del ordenamiento jurídico básico de los consejos comunales y las comunas. Si bien la legislación vinculada al tema es mucho más extensa, entendemos que la síntesis de las dos leyes reseñadas permiten una adecuada aproximación preliminar al tema. Está claro que el marco jurídico es apenas un aspecto, y seguramente no el más relevante, para el estudio del poder popular en Venezuela. Sin embargo, una breve descripción de este aspecto se nos aparecía como necesaria a la hora de encarar una indagación más profunda.

Algunas reflexiones preliminares sobre el Golpe de Timón y los problemas de la transición

El lugar que el Gobierno Bolivariano y la conducción del PSUV otorga a los consejos comunales y a las comunas está formulado de manera clara: son los agentes privilegiados de la transición desde un Estado democrático-representativo, de matriz capitalista, a un Estado comunal de matriz socialista. Son señalados en

22 *Ibid.*, Art. 37.

23 *Ibid.*, Art. 40.

24 *Ibid.*, Art. 45.

todos los discursos y en la legislación vigente como instancias de autogobierno popular y autogestión comunal, destinadas a asumir cada vez más funciones y prerrogativas concretas. La distancia entre estas formulaciones y la realidad efectiva deberá ser saldada en la lucha y construcción social viva y dinámica de los distintos protagonistas. Esta centralidad de lo comunal fue remarcada especialmente por Hugo Chávez, sobre todo desde que asume públicamente una perspectiva socialista en 2005, expresándose de manera abierta en las elecciones del año 2006. En los últimos años de su vida, y al calor del sinnúmero de dificultades que tuvo que atravesar la Revolución Bolivariana, Chávez acentuó notablemente la importancia de las comunas como la tarea central del gobierno y de los movimientos sociales. Los dos últimos legados públicos del líder bolivariano atestiguan la centralidad otorgada a las comunas en la transición al socialismo del siglo xxi: en el conocido Plan de la Patria, que es la plataforma de gobierno que presenta Chávez para las elecciones de 2012, el desarrollo del poder popular mediante los consejos comunales ocupa un lugar destacado; en tanto que, en su última reunión del consejo de ministros, que pasó a la posteridad con el nombre de *Golpe de Timón* (2012), Chávez hace eje en la necesidad de una democracia comunal, y lanza la célebre frase dirigida a Nicolás Maduro: “Te encargo las comunas como si fueran mi vida”. Estos documentos, usados aquí solo para ejemplificar, ameritan un análisis detallado como aportes sustanciales para desentrañar la fisonomía concreta que Chávez asignaba a la, por momentos difusa, idea del socialismo del siglo xxi. Nicolás Maduro retomó y le dio continuidad a esta exhortación para la construcción de un Estado comunal, tanto en su discurso de asunción como en posteriores alocuciones.

Por supuesto que entre el terreno del discurso, los programas políticos y la realidad efectiva de la lucha social encontramos mediaciones de todo tipo. En el caso de Venezuela la proliferación de un cuerpo legal específico y la existencia de un ministerio respectivo, así como la permanente presencia de las comunas en el discurso político público, provoca que la brecha entre ambos terrenos

se exprese a veces de manera muy descarnada. Y cuidado, no estamos subestimando la productividad política y la capacidad de crítica social que el discurso en sí mismo puede tener ni su efecto politizador y movilizador de vastos sectores sociales. Asumimos que, en términos generales, cualquier proceso político conlleva esas brechas, esas distancias, esas tensiones que a veces son contradicciones abiertas, entre sus formulaciones programáticas y discursivas y la realidad efectiva de la lucha de clases. Y asumimos la necesidad de explorar cuáles son las características específicas de esas tensiones, desacoples y potenciales rupturas en el proceso revolucionario abierto en Venezuela. ¿Cuáles son las vías, tortuosas seguramente, para que el proyecto de Estado comunal se haga realidad efectiva, y cuales sus posibles encrucijadas y caminos sin salida?

Como una primera reflexión podemos señalar que, en realidad, esta tensión se expresa de manera multiforme en los más variados terrenos y momentos. El más evidente de ellos es la ya señalada tensión entre una organización popular impulsada en parte “desde arriba” –desde el Estado realmente existente– e incluso incorporada de manera orgánica a la estructura del mismo, y las iniciativas “desde abajo”, que también han sido constitutivas de las comunas y del conjunto del proceso revolucionario. ¿Cuál es la forma concreta que asume esta tensión? ¿En términos generales, no es acaso la tensión existente en todo proceso de transición a partir del momento en que el movimiento revolucionario asume el gobierno? ¿Una maquinaria de centralización y jerarquización –como lo es siempre el Estado– puede aportar, contradictoriamente, a su propia dilución, a su descentramiento como instancia privilegiada de concentración de poder? Es difícil saberlo con certeza. Sin embargo, ningún eventual proceso de transición poscapitalista podrá sacarle el cuerpo a esa experiencia práctica, a sus contradicciones y conflictos.

Este desgarramiento se expresa también en el carácter dual que consejos comunales y comunas asumen por definición. Desde sus inicios se les ha asignado a estos organismos dos tipos de funciones: la resolución y gestión de los problemas de la comunidad y, sobre todo desde el 2007, un rol protagónico en el marco de la profundización de

la Revolución Bolivariana en el camino al socialismo. Estas dos funciones también suponen niveles de conflicto y tensión, con el solapamiento de dinámicas que tienden al autogobierno y a la politización de las comunidades, con otras, reproductivas de lógicas clientelares muy arraigadas en la historia del Estado rentista venezolano.

Estas tensiones se expresan también en otro plano, estrechamente vinculado al anterior de manera compleja. Los consejos comunales y comunas son, a un tiempo, instancias de decisión política y órganos de autogestión económica local. Es decir, se insertan en dos procesos que van en paralelo pero formando parte de un todo orgánico: el proceso de socialización de la riqueza y el proceso de socialización del poder político. Como tales, ora entran en tensión o en contradicción abierta, ora se complementan, con la gestión privada y la estatal de la economía por un lado, y con las organizaciones políticas y sociales preexistentes y el propio aparato estatal por el otro. Ahora bien, los consejos comunales y comunas hacen parte de estos procesos en el plano estrictamente local, en tanto que las decisiones de conducción estratégica a nivel nacional, tanto en lo económico como en lo político, siguen siendo tomadas dentro de la estructura estatal preexistente (Presidencia, Ministerios, en menor medida Asamblea Nacional). Aquí reside uno de los grandes problemas de la transición, no resuelto en el caso de Venezuela, pero tampoco saldado históricamente por los movimientos obreros y socialistas del siglo XXI: si un Estado comunal debe relocalizar el poder efectivamente en las comunidades, en la democracia directa, ¿cómo generar mecanismos de centralización y definición de políticas globales? ¿Qué lugar ocupa en este proceso la democracia representativa y el sufragio universal? La contradicción tal vez esté presente en la propia fórmula de Estado comunal que supone toma de decisiones nacionales sobre la base de un poder popular de base territorial-local. Contradicción que tal vez deba ser cabalgada históricamente en el proceso abierto de la lucha de clases, tal como señaló lucidamente Álvaro García Linera haciendo referencia al "gobierno de los movimientos sociales" en Bolivia (2010). ¿Es esto posible? ¿Qué combinaciones entre

el protagonismo comunal y otras formas de representación política demanda, en el siglo XXI, la ruptura con la lógica estatal capitalista? Y lo que vale para las decisiones políticas vale, y tal vez más, para los potenciales y reales, desacoples y tensiones entre la auto-gestión productiva comunal y la planificación nacional, e incluso regional, de economías de gran escala.

Nicolás Maduro impulsa, desde el año 2014, el Consejo Presidencial de Gobierno Popular con las Comunas²⁵, en el que se reúnen representantes comunales con el presidente y su gabinete de ministros, como intento de vincular la estructura estatal existente y las comunas, bajo la premisa de la corresponsabilidad. La iniciativa contempla la creación de bloques estadales y regionales que se proponen la misma dinámica de vinculación y síntesis entre ambas formas de ejercicio de la soberanía popular. Este organismo ha tenido un funcionamiento regular, y ha sido convocado por el presidente –junto a los otros consejos presidenciales– a asumir fuerte protagonismo en la lucha contra el golpismo y la guerra económica. La iniciativa es novedosa y expresa una valiosa voluntad de transformación de la estructura estatal, por parte del actual liderazgo revolucionario. Sin embargo, está claro que las estructuras organizativas pueden expresar de manera más efectiva las contradicciones políticas y los conflictos sociales en curso, pero de ninguna manera resolverlos. El futuro de la comuna en Venezuela dependerá seguramente de la fuerza vital que pueda inyectarle la organización de las clases trabajadoras, campesinas y populares.

Palabras finales

En un balance preliminar es posible afirmar que la organización comunal en Venezuela es un fenómeno relativamente extendido y

25 Esto forma parte de una iniciativa de mayor alcance que incluye la constitución de consejos presidenciales del gobierno popular también con la juventud y los estudiantes, las mujeres, los adultos mayores, la cultura, los pueblos indígenas, la clase obrera, los campesinos, los pescadores y los artesanos.

enraizado. Al momento de terminar este escrito son ya 1.052 las comunas inscritas y reconocidas por el Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales, con un crecimiento acelerado desde 2013 a la fecha. Por supuesto que la expresión cuantitativa es insuficiente para analizar un proceso, máxime cuando el desafío es la revolución. Sin embargo, independientemente de los hechos por venir, el desarrollo del poder comunal es un aporte extraordinario que el proceso bolivariano ya ha realizado a los pueblos de Nuestra América y sus luchas. Un ejemplo, una esperanza, una bandera, pero sobre todo un laboratorio político anticapitalista. Su despliegue en la última década, bajo el doble impacto del proceso de movilización popular iniciado con El Caracazo y la iniciativa estatal es uno de los elementos distintivos del proceso bolivariano y no puede ser ocultado bajo el superficial recurso al bonapartismo o el hiperpresidencialismo chavista. Hay dos planos en los cuales los consejos comunales y las comunas han resultado fundamentales:

a) Como espacios de politización, movilización y organización en el que millones de venezolanos y venezolanas llevan adelante un ejercicio de democracia protagónica, de debate y de formación política. Los consejos comunales fueron (y son), junto a la pedagogía de masas desarrollada por Chávez en sus discursos, una puerta de entrada al mundo de lo político.

b) Como organismos fundamentales para la formulación y ejecución de proyectos productivos, de infraestructura, de vivienda, de educación, de servicios, etc., a escala local, mediante la gestión de fondos públicos asignados de manera directa por alguna de las instancias estatales. Junto al desarrollo de las misiones sociales, la organización comunal ha sido uno de los canales privilegiados para la redistribución-democratización de la renta petrolera por parte del Estado. Para poner solo un ejemplo: para el año 2014, de las 630.000 viviendas construidas por la Gran Misión Vivienda Venezuela en poco más de tres años, 100.000 (16%) fueron construidas de manera

directa por los consejos comunales y comunas, en tanto que otras 123.000 se encuentran en ejecución bajo la misma modalidad.²⁶

No hay antecedente, al menos en términos cuantitativos, de mayor extensión y desarrollo de organismos similares en procesos latinoamericanos precedentes. El poder popular cuenta hoy en Venezuela, y a algunos puede resultarle paradójico, con un cuerpo legal que lo defiende, lo promueve y lo proyecta hacia el futuro como germen de nueva institucionalidad. Sin embargo, la realidad efectiva de la praxis comunal parece discurrir aún lejos de la ambiciosa formulación de los textos legales y de las orientaciones expresadas públicamente por el presidente Nicolás Maduro. Las aristas más subversivas de la comuna, las potencialidades que Chávez remarcaba en su *Golpe de Timón*, las que se proclaman a viva voz desde el propio gobierno, siguen siendo hoy parte de un futuro posible, más que de una realidad efectiva. El poder popular navega, en el marco de un proceso vivo, en un mar plagado de incertidumbres respecto de sus capacidades futuras. Es instancia de autogobierno local, momento de ejercicio de la democracia directa en un territorio acotado y, como tal, fuente de profunda democratización del Estado, sin por eso suponer aún la superación radical de la forma estatal capitalista que conocemos. Esto solo supone un importante aporte que ya se ha materializado en la realidad venezolana. Pero la comuna es también, desde la propia dinámica del proceso bolivariano y las fuerzas sociales en conflicto, eventual soporte de otra estatalidad, potencial germen de un nuevo tipo de estado popular, democrático, comunal. Paradójicamente, o no, es desde el propio gobierno popular de un Estado aún capitalista que se propugna como programa esta última alternativa. En este plano, el futuro del proyecto, su potencia, está en juego en los combates que la Revolución Bolivariana da y seguirá dando, y en los que los socialistas de Nuestra América no podemos más que reclamar nuestro puesto de lucha.

26 Ministerio del Poder Popular para las Comunas y Movimientos Sociales, 2014, recuperado de <http://www.mpcmunas.gob.ve/100-mil-viviendas-han-sido-construidas-por-el-pueblo>.

Entretanto, es nuestra obligación aprender *de* y reflexionar *con* un proceso vivo del cual es posible extraer extraordinarias herramientas para el desarrollo de una teoría crítica y emancipatoria del siglo XXI. Y, por supuesto, desear, desear con convicción, desear junto a los pueblos de Nuestra América, que se haga realidad el sueño de Hugo Chávez:

De la batalla que libren los consejos comunales dependerá que dejemos atrás los vicios de la falsa democracia y acabemos con las élites de la democracia representativa y vayamos construyendo la democracia revolucionaria, participativa, protagónica, rumbo al socialismo.²⁷

Referencias

- Biardeau, Javier. (2009). ¿El proceso de transición hacia el nuevo socialismo del siglo XXI? Un debate que apenas comienza. En: M. Ayala y P. Quinteros (compiladores). *Diez años de revolución en Venezuela. Historia, balance y perspectivas (1999-2009)*.
- Chávez Frías, Hugo. (2012). *Golpe de Timón. Primer consejo de ministros del nuevo ciclo de la Revolución Bolivariana*. Caracas: Correo del Orinoco.
- Chávez Frías, Hugo. (2012). *Propuesta del candidato de la patria, comandante Hugo Chávez, para la gestión bolivariana socialista 2013-2019*. Caracas: Comando de Campaña Carabobo.
- Chávez Frías, Hugo. (2008). *El poder popular. Selección de discursos*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Constitución de la República Bolivariana de Venezuela*. (1999). Caracas: Asamblea Nacional.

27 Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información, 2008, p. 31.

- García Linera, Álvaro. (2011). *Las tensiones creativas de la revolución. La quinta fase del proceso de cambio*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.
- García Linera, Álvaro. (2010). *Conferencia magistral: La construcción del Estado*. Buenos Aires: Secretaría de Integración Latinoamericana de la FUBA.
- Gramsci, Antonio. (2000). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- Iturriza, Reinaldo. (2014). *Las comunas son un nuevo estadio de la democracia bolivariana*. Recuperado de <http://www.mpcomunas.gob.ve/reinaldo-iturriza-las-comunas-son-un-nuevo-estadio-de-la-democracia-bolivariana/>.
- Maduro, Nicolás. (2014). *Memoria y cuenta, balance de la gestión 2013*. Recuperado de http://www.asambleanacional.gob.ve/uploads/documentos/doc_5d7e238cb9429f6004947adbd2712c1550afc446.pdf.
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales. (2014). 100 mil viviendas han sido construidas por el pueblo. Recuperado de <http://www.mpcomunas.gob.ve/100-mil-viviendas-han-sido-construidas-por-el-pueblo/>.
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales. (2013). *Plan político estratégico Comuna o Nada. Hugo Chávez. Primera fase*. Caracas: Autor.
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales. (2013). Resultados del Censo Comunal 2013. Recuperado el 14 de septiembre de 2013, de www.mpcomunas.gob.ve.
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales. (2011). *Compendio de leyes del poder popular*. Caracas: Autor.

LAS BATALLAS DE VENEZUELA

CLAUDIO KATZ

Golpes, sabotajes y presiones

Todos los problemas estratégicos discutidos en la izquierda durante la última centuria han recobrado actualidad en Venezuela. En ese país se desenvuelve un proceso de transformación política que proclama metas antiimperialistas e idearios socialistas. El camino para alcanzar estos objetivos vuelve a debatirse con la misma pasión que en el pasado.

Venezuela soporta desde hace catorce años el asedio de la derecha. Durante el 2014 esa agresión incluyó una guarimba, que comenzó en febrero y fue doblegada en junio, con un saldo de 43 muertos, centenares de heridos y la detención del cabecilla fascista.¹

Las organizaciones ultraderechistas recurrieron a todas las técnicas de la guerra de baja intensidad. Arremetieron con asesinatos, destrozos, amenazas y contaron con el asesoramiento directo de los paramilitares colombianos.

1 Guarimba es la denominación utilizada para retratar la violencia destituyente de la derecha.

Esa provocación incluyó un intenso sabotaje económico con acaparamiento de mercancías, especulación de divisas y contrabando, para desgastar al Gobierno y desmoralizar a la sociedad.

Estados Unidos incentivó estas acciones, aportando un novedoso manual de sugerencias golpistas. Sus voceros financieros difundieron diagnósticos de colapso económico, mientras el Departamento de Estado promovía la inestabilidad política y el aislamiento internacional.²

Pero el levantamiento derechista no logró trascender los barrios de la clase media-alta y la violencia extrema terminó socavando la propia base social de la asonada. El opositor Capriles tomó distancia del alzamiento y los militares se mantuvieron en la vereda opuesta, con la excepción de un pequeño grupo de conspiradores que fue apresado. Los conservadores perdieron otra partida de su larga escalada destituyente, pero el asesinato del joven diputado Robert Serra ilustra la persistencia del plan desestabilizador.

La derecha intentó en la mesa de negociaciones lo que no consiguió en las calles. Los empresarios resumieron sus exigencias en un paquete de 12 puntos avalados por 47 economistas de la oposición. Demandaron la liberación del dólar, un nuevo ciclo de endeudamiento internacional, contrarreformas sociales, la anulación del actual sistema de precios y la devolución de las plantas estatizadas. Reclamaron un lugar en el gabinete para garantizar la devaluación y la derogación de las leyes laborales.

Como esas exigencias fueron desoídas, el *lobby* capitalista ha redoblado la presión. Busca recuperar pedazos de la renta petrolera socavando el control estatal de ese excedente. Esta erosión se consume con los dólares que obtienen a precios preferenciales para el manejo de las importaciones. Suelen desviar esos recursos hacia la especulación cambiaria.

2 La agencia *Fitch* describió desmoronamientos financieros, *Moody's* habló de colapso económico, *The Economist* presagió el "fin de la fiesta" y *Merrill Lynch* anticipó una "primavera venezolana". Luego el vicepresidente Biden y el secretario de Estado Kerry amenazaron con sanciones económicas. Alfredo Serrano Mancilla, "Estados Unidos contra Venezuela", recuperado el 16 de marzo de 2014, de www.pagina12.com.ar.

Esta tensión con la burguesía ha caracterizado todo el proceso bolivariano. Chávez respondía abriendo espacios de diálogo con los empresarios, mientras movilizaba al pueblo para marcar el tono de la discusión. Mantuvo esa conducta frente al golpe del año 2002, luego de la victoria del referéndum del 2004 y en varias oportunidades desde el 2006. Introdujo la modalidad de transformar cada elección en una multitudinaria prueba de fuerza contra los capitalistas y sus partidos.³

Maduro intenta retomar esta misma dinámica, lidiando con el enorme vacío que ha dejado la muerte de Chávez y el gran malestar que genera el deterioro económico. En estas condiciones logró una importantísima victoria frente a los fascistas.⁴

Venezuela volvió a contar con la red de alianzas internacionales que exige la batalla contra las conspiraciones imperialistas. Durante años, estos acuerdos contribuyeron a contrarrestar los golpes apañados por el gobierno estadounidense, la OEA y la corona española. Pero los diplomáticos de la burguesía también volvieron a ensayar presiones para disuadir la radicalización del proceso bolivariano. Estas exigencias apuntaron durante las guarimbas a la formación de un gobierno de coalición con la oposición derechista. Maduro resistió esta sugerencia y aprovechó el sostén de Unasur, sin aceptar la inmolación de su gobierno.⁵

3 Analizamos estos antecedentes en Claudio Katz, "¿Brotará socialismo del chavismo?", *Hugo Chávez y la Revolución Bolivariana*, Buenos Aires, Editorial Metrópolis, 2014.

4 Distintos balances de su reacción contra el golpismo en: Atilio Boron, "Venezuela, una batalla decisiva", recuperado el 24 de abril de 2014, de www.albatv.org; Guillermo Almeyra, "Venezuela: avanzar o retroceder hacia el abismo", recuperado el 6 de abril de 2014, de www.jornada; Gonzalo Gómez, "Todavía estamos a tiempo", recuperado el 1 de mayo de 2014, de www.aporrea.org; y Carlos Carcione, "Las contrarreformas en el proceso bolivariano", recuperado el 19 de marzo de 2014, de www.rebellion.org.

5 *El Clarín*, "Lula pide un gobierno de coalición", recuperado el 9 de abril de 2015, de www.clarin.com.

La pulseada petrolera

Al concluir el año, Estados Unidos utiliza la caída del precio internacional del petróleo como un nuevo instrumento de desestabilización. La cotización del combustible declinó un 30% en el último semestre, afectando seriamente a una economía que obtiene el 95% de sus divisas de la exportación de crudo. No es lo mismo manejar el presupuesto público con un precio del barril por encima de los 100 dólares (última década), que con los niveles actuales de 60/70 dólares.

La depreciación del petróleo obedece, ante todo, a una contracción acumulativa de la demanda en las economías desarrolladas. Esta retracción deriva de una crisis irresuelta desde el 2008, que se acentuó en el último año con la desaceleración de China y los países intermedios.

También el cambio de la política monetaria estadounidense ha incidido en la caída del precio. La primera potencia decidió restringir los estímulos monetarios utilizados para socorrer a los bancos induciendo un esperado incremento de las tasas de interés. Este giro precipita la salida de los capitales especulativos de todos los mercados de materias primas.

En el desplome del precio del petróleo influye, además, el incremento del volumen de crudo extraído con formas no convencionales (*shale oil*). Esta innovación le permite a Estados Unidos aumentar la producción y reducir las importaciones.

El petróleo barato se ha convertido en una herramienta de ofensiva imperial. Luego de su reciente avance electoral, los neoconservadores republicanos han impuesto una agresiva agenda de política exterior a los liberales intervencionistas de Obama.

Debilitar a Venezuela no es el único objetivo de esta acción. La arremetida apunta a reforzar las sanciones impuestas a Rusia frente a la crisis de Ucrania. También se presiona a Irán para que abandone su programa atómico.

La ofensiva yanqui cuenta hasta ahora con el sostén de Arabia Saudita que convalida el abaratamiento del petróleo para afianzar su poder en Medio Oriente. El operativo busca asegurar la

continuada primacía del dólar en el comercio petrolero, frente al uso de otras monedas que ensayan varios exportadores.

Pero Venezuela es una presa especialmente apetecida por Estados Unidos. No solo concentra una de las mayores reservas de crudo del mundo, sino que aportaba hasta el 2008 el 14% del consumo de la economía del norte. Recuperar el manejo de esos recursos para Exxon y Chevron es tan prioritario como acelerar la privatización de la empresa petrolera mexicana (Pemex) y reforzar la fidelidad de los gasoductos canadienses.

Con esos tres proveedores el imperio se asegura el abastecimiento, más allá de la incierta evolución del *shale oil*. Este tipo de extracción podría tornarse inviable por su devastador impacto ambiental o por los altos costos de inversión, en un marco de precios declinantes.

Estados Unidos ha retomado un acoso sobre Venezuela que puede alcanzar niveles de guerra económica, si la depreciación del petróleo es complementada con el encarecimiento del crédito. Las calificadoras de riesgo ya bajaron el pulgar a los bonos del país, tornando más gravoso el acceso a los préstamos internacionales. Estos créditos son necesarios para compensar la pérdida de los ingresos petroleros. El Senado yanqui completa el cerco con la introducción de sanciones a los viajeros e inversores en Venezuela.

La respuesta del chavismo ha sido inmediata. Maduro denunció con gran coraje las nuevas conspiraciones de la Embajada estadounidense, se burló de las restricciones a las visas y convocó a la unidad latinoamericana para enfrentar la guerra del petróleo.⁶

Conviene recordar que cada intento desestabilizador de la última década desató contragolpes populares que terminaron reforzando el proceso bolivariano. Esta misma posibilidad reaparece en la actualidad, si el chavismo encuentra respuestas a las adversidades de la economía.

6 La declaración aprobada por el Encuentro de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad realizada en Caracas sintoniza con esa reacción e incluye un detalle de esas denuncias, ver www.alainet.org.

Reformas y rentismo

El modelo económico de la última década permitió motorizar el consumo en un marco de alto gasto social y creciente regulación estatal. Esta orientación facilitó la financiación de las mejoras populares con los cuantiosos recursos petroleros.

Este sostén es frecuentemente subrayado por la derecha para desmerecer (o relativizar) los avances sociales. Olvidan que la misma riqueza petrolera fue acaparada durante mucho tiempo por una minoría de privilegiados. La extensión del usufructo de ese excedente al conjunto de la población no ha sido un efecto espontáneo de las fuerzas del mercado. Requirió afectar los intereses de los capitalistas con medidas de redistribución del ingreso.

Luego de la expulsión de la elite tecnocrático-burguesa que manejaba la empresa petrolera del estado (Pdvs) se pudo reducir la pobreza del 40% al 22%. También la indigencia bajó del 20% (1999) al 8,5% (2011) y la diferencia entre el 20% más rico y pobre de la población disminuyó de 14 a 8 veces. Se concretaron, además, importantes avances en el acceso popular al agua potable, la salud y la educación, a través de la activa intervención de las misiones.⁷

Pero esas mejoras fueron combinadas con el otorgamiento de subsidios a los capitalistas, que acrecentaron las riquezas de la nueva "boliburguesía"⁸. Estos sectores recibieron cuantiosos montos de financiamiento público que alimentaron la fuga de capital. Ese mismo destino externo tuvo una parte de los fondos aportados por el

7 Víctor Álvarez, *Venezuela: hacia dónde va el modelo productivo*, Caracas, CIM, 2009; Víctor Álvarez, "Radiografía", recuperado el 7 de octubre de 2012, de www.pagina12.com.ar; Juan Carlos Monedero y Haiman El Troudi, *Empresas de producción social*, Caracas, CIM, 2007; Andrés Asiaín, "Venezuela La economía en números", recuperado de www.pagina12.com.ar; Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, recuperado de www.centrodesarrollohumano.org.

8 En Venezuela se denomina "boliburguesía" a los sectores capitalistas que se lucran con negocios surgidos de la asociación (o participación) en el Gobierno.

Gobierno para pagar las expropiaciones de empresas de electricidad, telefonía, siderurgia, cemento y distribución de alimentos.

También los banqueros locales absorbieron una significativa porción de esos beneficios. Los financistas incrementaron su patrimonio, utilizando depósitos de las entidades públicas para especular con bonos del Estado y operaciones en el exterior.⁹

La combinación de este drenaje de fondos con un modelo de pura expansión del consumo ha recreado la estructura rentista de una economía poco productiva. Por esta razón los desequilibrios tradicionales recobraron fuerza, a través de la inflación, del déficit fiscal, del endeudamiento de Pdvsa, de la importación de alimentos y de las fallas en las iniciativas de industrialización.¹⁰

Estas falencias son frecuentemente atribuidas a un mal manejo de la política económica y ciertamente hubo desaciertos en muchas áreas. Pero el trasfondo del problema son los límites que enfrentan todas las reformas ensayadas al interior de una economía capitalista periférica y dependiente. Esa estructura neutraliza el impacto de muchas transformaciones progresistas.

El modelo aplicado hasta ahora facilitó desahogos, pero no permite lidiar con la inflación, el estancamiento y el desabastecimiento de los últimos años. Para confrontar con estos flagelos se requieren medidas radicales de control de precios y punición de la especulación financiera, el desabastecimiento y el contrabando.

Disputa de programas

Durante el 2014 la inflación trepó al 60%, la brecha entre el dólar oficial (seis bolívares) y el paralelo (cien bolívares) alcanzó una

9 Un ejemplo es el caso del financista Víctor Vargas Irausquín, presidente del Banco Occidental de Descuento de Maracaibo, ver *El Clarín*, “Una nueva elite”, recuperado el 18 de agosto de 2014, de www.clarin.com.

10 Simón Andrés Zuñiga, “Devaluar o no devaluar ¿este es el problema?”, recuperado el 8 de febrero de 2015, de www.rebelión.org; *Idem.*, “Más caramelos de cianuro”, recuperado el 28 de agosto de 2015, de www.aporrea.org; *Idem.*, “Las medidas económicas y lo que nos dejó Chávez”, recuperado el 19 de enero de 2015, de www.aporrea.org.

inédita dimensión y el desabastecimiento se incrementó en forma significativa. Además, la caída del nivel de actividad se aproximó al 2%, la retracción de la inversión supera el 6% y las exportaciones se contrajeron en un 4,5%.

En ese contexto se han acortado los tiempos para optar entre el congelamiento y la radicalización del proceso actual. Esta contraposición se verifica en las intensas discusiones que se libran en el movimiento bolivariano, entre los partidarios de implementar medidas procapitalistas y los defensores de una transición socialista.¹¹

El eje de estos debates es el destino de las cuantiosas divisas que obtiene Venezuela. Un país tan dependiente del ingreso de petrodólares necesita una gestión estricta de esos recursos por parte del estado. En los hechos gran parte de esos fondos se pierde en el circuito de los bancos o la intermediación importadora y termina en los bolsillos de los grandes capitalistas.

Ese desemboque es motorizado por capas superiores del funcionariado y del sector privado, que en los últimos dos años transfirieron entre 22.000 y 29.000 millones de dólares a las entidades privadas. Lo mismo ocurrió con los fondos que los administradores del ente regulador del dólar (Cadivi) derivaron hacia una veintena de empresas locales.

Para romper con ese entramado se requieren medidas contundentes en el plano bancario y comercial. Se ha tornado imprescindible nacionalizar la actividad financiera para centralizar el manejo de los activos en moneda extranjera, transfiriendo a la banca pública las principales responsabilidades de intermediación.

También resulta necesario establecer un monopolio estatal efectivo de las transacciones con el exterior, para poner fin a las maniobras cambiarias de los importadores. No es necesario entregar dólares físicos a estos sectores para que realicen su labor

11 Un ejemplo de estas controversias en: Felipe Pérez Martí, "¿Qué hacer? Diagnósticos y propuestas sobre la situación económica", recuperado el 25 de abril de 2015, de www.aporrea.org; Simón Andrés Zuñiga, "Venezuela: lo económico como campo de batalla", recuperado el 8 de abril de 2015, de www.aporrea.org.

comercial. Con otro tipo de controles se podría racionalizar la adquisición de bienes, siguiendo principios de reducción del derroche y promoción de la productividad.

Estas iniciativas son promovidas por muchos sectores de la izquierda del chavismo. Proponen introducir una reorganización impositiva que permita autofinanciar el gasto corriente con la recaudación para canalizar la renta petrolera hacia la inversión. El saneamiento exige la repatriación de las fortunas resguardadas por los capitalistas en el exterior. Esas medidas aportarían la legitimidad requerida para racionalizar el gasto público en múltiples áreas, adecuando ante todo el precio interno de los combustibles.

Confrontaciones cambiarias

Venezuela necesita cortar el círculo vicioso de presiones cambiarias e inflación. Una economía con enormes excedentes comerciales padece la injustificada enfermedad de la devaluación por ese descontrol en la asignación estatal de las divisas.

Esa fragilidad no es un problema técnico. Define quiénes son los favorecidos y penalizados con la distribución de los réditos del petróleo. Por esta razón la principal batalla económica de la última década ha girado en torno al perfil del régimen cambiario.

Durante ese periodo se instrumentaron 26 modalidades de ese sistema (Cadivi, dólar permuta, Sicad II, Sitme). El esquema del 2003-2004 sintonizó con la recuperación de Pdvsa, los mecanismos prevalecientes en el 2004-2010 buscaron una fallida integración de los capitalistas al proceso bolivariano y en el 2010-2012 se intentó nuevamente atraer a esos sectores. La burguesía ha respondido siempre con fraudes y maniobras cambiarias que obligan a revisar una y otra vez el régimen cambiario.¹²

12 Carlos Carcione, Stalin Pérez, Gonzalo Gómez, Juan García, Zuleika Matamoros y Alexander Marín, "Las medidas de emergencia de Nicolás Maduro en el rumbo correcto", recuperado el 18 de noviembre de 2014, de www.rebelion.org.

Es importante registrar el trasfondo social de esta batalla, evitando las miradas tecnocráticas, que solo evalúan los éxitos o las adversidades instrumentales de cada modalidad cambiaria. Olvidan que estos resultados forman parte de desenlaces políticos más o menos afines a la estabilización capitalista. En Venezuela no faltan dólares. Lo que está en juego es el destino de la renta petrolera.¹³

Un viraje en el manejo de ese excedente es insoslayable para comenzar el “sembrado del petróleo” que necesita el país. No alcanza con apuntalar el poder de compra de la población. Hay que transformar la estructura productiva mediante una revolución agraria que reduzca la importación de alimentos. Se han invertido sumas considerables en ese proyecto, pero persiste el éxodo hacia las ciudades y la dificultad para recolonizar el agro.¹⁴

Lo mismo vale para las iniciativas de industrialización que se han estancado, frente a una difusión de talleres de ensamblaje que no atenúan la oleada de importaciones. Para revertir esta tendencia ya existe una hoja de ruta (plan Guayana Socialista). Pero todas las decisiones económicas están condicionadas por un curso político que exige revisar lo ocurrido en el pasado.

Antecedentes y comparaciones

La experiencia vivida con la UP chilena de los años setenta ocupa un lugar central de los debates actuales en Venezuela. Las comparaciones con ese proceso han sido actualizadas por muchos intelectuales que participaron intensamente en ambos procesos.¹⁵

13 Modesto Guerrero, “Otro sacudón de Maduro”, recuperado el 14 de septiembre de 2014, de www.infonews.com; *Idem.*, “El chavismo después del congreso del PSUV”, recuperado el 11 de agosto de 2014, de www.aporearea.org.

14 Aray Yasmin Chauran, “Sidor es solo una parte, el todo es más complejo”, recuperado el 14 de agosto de 2014, de www.iberamerica.net.

15 Theotonio dos Santos, *Bendita crisis, socialismo y democracia en el Chile de Allende*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2009.

A diferencia de la victoria precedente de Cuba, en Chile no se registró una captura revolucionaria del poder. Se conquistó un gobierno popular a partir de las urnas. Ese escenario era poco corriente en una época de dictaduras, violencia represiva, persecución anticomunista y Guerra Fría.

El contexto actual es muy diferente y el proceso bolivariano se inscribe en un marco regional de comicios periódicos y menor capacidad de intervención estadounidense directa. Pero las analogías con lo ocurrido en Chile hace cuarenta años son significativas en dos terrenos: las confrontaciones con la derecha y las dificultades para traspasar la barrera que separa al gobierno del poder.

La presidencia de Salvador Allende coronó en 1970 varias décadas de gran influencia política y sindical de la izquierda, pero su gestión solo duró tres años. También el chavismo tuvo origen en la izquierda, aunque en variantes más próximas al nacionalismo anti-imperialista. Como en Panamá (Torrijos) o en Perú (Velasco Alvarado) se forjó en la radicalización de la oficialidad militar.

Estas diferencias de gestación no reducen el parentesco. Ambos procesos declararon propósitos socialistas a partir de victorias electorales, fueron hostilizados por el imperialismo y contaron con el apoyo de la movilización popular.

Las semejanzas entre los conspiradores derechistas de Chile y Venezuela saltan a la vista. En los dos casos se conformaron grupos fascistas, impulsados por un gran odio social contra los oprimidos y un enfermizo anticomunismo. Pero la gran diferencia radica en la inexistencia de un Pinochet en la patria de Bolívar. En este marco el golpismo clásico ha sido reemplazado por variantes más institucionales e indirectas.

La vieja asonada militar es poco viable a principios del siglo XXI, pero su preparación y sus objetivos no han cambiado. Venezuela soporta el mismo tipo de sabotajes, caceroleos, boicots financieros y conspiraciones mediáticas que padeció Allende entre 1970 y 1972. Lo ocurrido con Zelaya en Honduras ilustra mayores parecidos con ese antecedente y la propia captura de Chávez en el 2002 confirma esas

semejanzas. En la actualidad los golpistas no asumen su intención dictatorial, sino que priorizan alguna legitimación cívico-electoral.¹⁶

Como la derecha necesita consumir el desgaste de los gobiernos populares en periodos más prolongados y carece del auxilio directo del ejército, invierten más recursos en el boicot económico. Por eso Venezuela ha soportado una escalada tan persistente de fugas de capital, desabastecimientos, remarcaciones de precios y especulaciones cambiarias. Las espaldas petroleras que tiene el Estado le han permitido aguantar ese aluvión con más fuerza que las débiles barreras construidas por la UP chilena.

A diferencia de Allende, el chavismo cuenta con una gran experiencia e influencia dentro de las fuerzas armadas. Surgió en ese ámbito y se consolidó mediante una sistemática limpieza de agentes de la CIA. En ningún momento Chávez cometió la ingenuidad del expresidente trasandino, que desplazó a un general aliado (Prats) para designar a su enterrador (Pinochet).

El líder bolivariano tampoco repitió el sometimiento de Allende a la presión de los fascistas que impusieron el desarme de la resistencia popular luego del primer ensayo golpista (*Tacnazo* de junio del 73). Frente al mismo peligro, Chávez comenzó un reclutamiento de milicias y forzó la renuncia de generales opositores (Baduel). Maduro reafirmó esta actitud encarcelando a los oficiales involucrados en la guarimba.

El triunfo electoral de Allende incentivó un gran ascenso popular que incluyó ocupaciones campesinas de tierras y acciones directas de los obreros. Estos mismos trabajadores protagonizaron un pico de lucha revolucionaria al crear los cordones industriales que precedieron al golpe. Venezuela ha vivido manifestaciones del mismo alcance desde El Caracazo y algunos analistas estiman que la intensidad de esas movilizaciones superan el nivel alcanzado en Chile.¹⁷

16 Sergio Nicanoff, "Reflexiones sobre la Revolución Bolivariana", recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.

17 Modesto Emilio Guerrero, *Una revuelta de ricos*, Buenos Aires, Herramienta, 2014.

Balances y propuestas

Existieron dos miradas contrapuestas a la hora de trazar un balance de la tragedia padecida por la UP. Un enfoque postuló que ese proceso sufrió una exagerada aceleración y soportó presiones de radicalización que precipitaron un conflicto evitable con los militares. Esta visión proponía contrarrestar la amenaza golpista con un freno de las reformas y un cogobierno con la Democracia Cristiana.¹⁸

La tesis opuesta estimaba que se cometió el error inverso. En lugar de apuntalar la gran disposición de lucha popular, Allende aceptó el chantaje de la derecha. Limitó todas sus acciones a un cuadro constitucional que la burguesía había desechado. De esta forma desorientó a los jóvenes que buscaban resistir y confundió a los trabajadores que aspiraban al socialismo.¹⁹

En condiciones políticas muy distintas a los años setenta ha reaparecido un debate semejante al registrado en Chile. Quienes estiman que la UP avanzó más de la cuenta, ahora consideran que el chavismo debe moderar su acción. Este enfoque es afín a la perspectiva socialdemócrata que promueve el PT brasileño.²⁰

La misma mirada adoptan los economistas que proponen evitar medidas adversas a los capitalistas. Promueven adoptar parte del paquete cambiario y financiero exigido por las cámaras patronales, con la esperanza de atenuar la inestabilidad que padece el gobierno.

En la vereda opuesta se ubican todas las corrientes de la izquierda bolivariana que auspician drásticas iniciativas para frenar el desangre de divisas, capitales y productos. Estas medidas apuntan a evitar la repetición de lo ocurrido en Chile, cortando el sustento económico-financiero de la conspiración derechista.

18 Agustín Cueva, "Dialéctica del proceso chileno", en: *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, Línea Crítica, México, Edicol, 1979, pp. 97-140.

19 Ruy Mauro Marini, "Dos estrategias en el proceso chileno", *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*, México, Ediciones Era, 1976.

20 Valter Pomar, *Notas sobre a política internacional do PT, Secretaria de Relações Internacionais do PT*, São Paulo, Textos para debate 7, 2013, pp. 44-45.

Pero ese objetivo no se alcanzará solamente con un acertado paquete de medidas comerciales o bancarias. Se requiere el sustento de movilización social que la UP disuadió cuando Pinochet ultimaba sus preparativos. Ese protagonismo de las masas no se improvisa. Necesita ser construido, forjando el poder popular en los lugares de trabajo y en las comunas para intimidar a los golpistas. Con esa estrategia se pueden corregir las ingenuidades de la vía institucional al socialismo que postulaba Allende.

El líder de la UP apostaba a una paulatina extensión de los espacios legales conquistados por su coalición para concretar una superación gradual del capitalismo. Promovía este avance sin rupturas radicales ni construcciones populares paralelas al constitucionalismo burgués.

El chavismo enfrenta un dilema semejante luego de haber obtenido más victorias electorales que la UP con márgenes muy superiores de sufragios. También introdujo reformas constitucionales y mecanismos de democracia participativa que nunca se implementaron en Chile.

Estrechez y dogmatismo

El proceso bolivariano cuenta con un margen de tiempo significativamente superior al antecedente chileno, para ensayar un pasaje de la administración del gobierno al manejo del poder. Las viejas controversias entre marxistas sobre la forma de concretar este salto vuelven al centro de la escena. Pero no existe una receta predeterminada que asegure el éxito de la izquierda. Las estrategias socialistas solo pueden desenvolverse con prácticas políticas, contrastando proyectos con resultados y teorías con experiencias.

Este ejercicio exige superar las creencias dogmáticas que imaginan el futuro como una simple reiteración de las revoluciones del siglo xx. Esas visiones suelen mistificar un modelo exitoso (sóviets, guerra popular prolongada, foco), desconociendo los cambios de escenario que dificultan esa reiteración. Tampoco perciben la preeminencia actual de caminos intermedios y temporalidades más prolongadas para alcanzar esa meta.

Las miradas dogmáticas caracterizan al chavismo como una corriente procapitalista y estiman que sus líderes corporizan versiones contemporáneas de un Bonaparte. No reconocen la existencia de golpes reaccionarios y la consiguiente prioridad de derrotar al enemigo fascista. Consideran que Maduro y Capriles son dos opciones de la burguesía y que la represión gubernamental ha sido tan perniciosa como la violencia derechista.²¹

Este enfoque impide registrar la evidente existencia de una provocación destituyente. Si los asesinatos de militantes, los asaltos a locales partidarios, los atentados contra funcionarios, los sabotajes económicos y las campañas mediáticas internacionales no forman parte de un intento golpista: ¿cuál es el parámetro de una asonada? ¿Habrà que descubrir su existencia luego del desangre?

Lo mismo ocurre con la equiparación del chavismo con sus oponentes. Se supone que la categoría burguesa es autosuficiente y ya no requiere distinguir a las vertientes radicales y conservadoras del nacionalismo. Se olvida que las corrientes antiimperialistas han sido protagonistas de grandes procesos revolucionarios que abrieron compuertas al socialismo cuando la izquierda supo comprender la naturaleza de esos procesos.²²

Los dogmáticos suelen presentar las convocatorias al socialismo que retomó Chávez como un simple ejercicio retórico para embaucar a las masas. Pero si hubiera perseguido ese propósito de engaño, no se entiende por qué razón recurrió a una causa internacionalmente disminuida, con reducido impacto entre los trabajadores y controvertida significación entre la juventud.

Las visiones sectarias no registran el giro que introdujo la reivindicación del socialismo en la vida política de Venezuela. Este horizonte surgió al calor del choque que opuso al proceso bolivariano con las clases dominantes.

21 Prensa Obrera, Caracas, recuperado de www.po.org.ar.

22 Jorge Orovitz Sanmartino, "Algunos debates en la izquierda radical. Estado, poder y socialismo en Venezuela", recuperado el 1 de abril de 2015, de www.rebellion.org.

Cualquiera que visite el país notará la difusión alcanzada por el planteo socialista. Es una meta enfáticamente postulada en las misiones, los hospitales, las empresas o las comunas que adoptaron esa denominación. El cuestionamiento del capitalismo y la crítica a la burguesía han quedado incorporados al lenguaje corriente del chavismo e impactan fuertemente sobre la conciencia de la población.

Las ideas socialistas formaron parte de la maduración política de Chávez que evolucionó a través de giros a la izquierda. Estos cambios incluyeron el rechazo del nacionalismo burgués tradicional y la rehabilitación del proyecto comunista. Cuando nadie pronunciaba la palabra socialismo, el líder bolivariano reinstaló el término en la agenda política de los movimientos latinoamericanos.²³

Este legado ha sido ratificado por Maduro en las tesis que orientan la estrategia de su gobierno. Esas definiciones subrayan que el socialismo es indispensable para reafirmar la soberanía, forjar una economía productiva y lograr la plenitud democrática.²⁴

La mirada dogmática no percibe el efecto de estos pronunciamientos. Supone que el tratamiento contemporáneo del socialismo se equipara a cualquier momento del siglo **xxi**, como si el colapso de la URSS constituyera un acontecimiento irrelevante. Los ideales de la izquierda solo pueden ser actualizados con otra postura y otra sensibilidad.

Socialismo del siglo **xxi**

Venezuela cuenta con ciertas ventajas para embarcarse en una transición al socialismo. No es la típica nación pobre que tradicionalmente afrontó ese desafío. Es un país exportador de petróleo que funciona con elevados patrones de consumo, pero necesita superar la larga tradición rentista de ineficiencia económica que le impide utilizar esos ingresos para su desarrollo industrial.

23 Claudio Katz, "Nuestro Chávez", *Cubainformación*, n.º 25, La Habana, Primavera, 2013.

24 PSUV, III Congreso del Partido Socialista Unido de Venezuela, recuperado en octubre de 2014, de www.psuv.org.ve.

El proyecto socialista implica saltar el escalón inicial de reformas que introdujo el chavismo para diversificar la economía, modificar la gestión del estado y reducir la atadura a la factura petrolera. El logro de esas metas exige erradicar los privilegios de la burguesía.

Muchos dirigentes bolivarianos comparten este diagnóstico, reflexionan en términos marxistas y promueven una transición socialista. En este plano se distancian por completo de los procesos centro-izquierdistas de Sudamérica. Quiénes desconocen esta diferencia, no logran asimilar las nuevas pistas que aporta la experiencia venezolana para una estrategia anticapitalista.

En la tradición revolucionaria del siglo xx la formación de un gobierno de trabajadores, la captura del Estado y la transformación de la sociedad eran concebidas como procesos simultáneos o con reducidas diferencias temporales. Ahora se puede vislumbrar ese curso como una sucesión de momentos más diferenciados. Es evidente que Venezuela cuenta desde hace más de una década con un gobierno popular, un Estado en disputa y grandes fracturas en la sociedad.

El manejo del Estado no opone solo a funcionarios genéricamente afines y opuestos al chavismo. Hay organismos que aseguran la defensa del régimen contra las guarimbas y otros que contribuyen a una acumulación de riquezas convergente con la derecha. También la sociedad está erosionada por el conflicto entre clases capitalistas –que mantienen los cimientos tradicionales de su poder económico– y un poder popular que se ha extendido significativamente.

El nuevo entramado comunal podría aportar los pilares de la configuración igualitaria del futuro que algunos teóricos denominan “sociedad civil socialista”. A diferencia de los soviets o los organismos de base surgidos al calor de victorias militares, el poder popular emerge en Venezuela con más diversidad política y con gran construcción “desde abajo”. Es un proceso en pleno desarrollo que enfrenta obstrucciones burocráticas con asombrosa capacidad de movilización y renovación.²⁵

25 Reinaldo Iturriza, “Entrevista”, recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.

Las nuevas batallas en torno al gobierno, al Estado y a la sociedad distinguen a la experiencia chavista de la revolución socialista clásica consumada en Cuba. En el país se verifica un proceso revolucionario caracterizado por varios momentos de avance cualitativo (recuperación de Pdvsa, nueva Constitución), que se han concretado madurando la conciencia socialista, en la confrontación con la burguesía. Un nutriente clave de esta transformación es la percepción subjetiva que tienen los involucrados de este proceso como una revolución. Todos utilizan ese término para nominar la experiencia que protagonizan.

Para consumir la transición socialista, el proceso revolucionario requiere saltos de mayor envergadura en el plano económico-social. La nacionalización de los bancos y del comercio exterior podrían constituir los dos peldaños centrales de esta etapa. Aportarían el cimiento necesario para dinamizar la economía, a partir de un modelo industrial de expansión del empleo genuino y superación del asistencialismo. La ayuda social que acompañó al surgimiento y afianzamiento del chavismo necesita transformarse en trabajo productivo, para evitar los efectos nocivos del clientelismo.²⁶

Una transición poscapitalista exige sustituir los modelos de renta, consumo y baja productividad por esquemas de plan, mercado y desarrollo socialista.

Venezuela persiste como el principal laboratorio de proyectos y prácticas de los marxistas latinoamericanos. La respuesta a los nuevos desafíos emergerá del propio desenvolvimiento de la lucha. Con mentes abiertas y mayor compromiso militante resulta posible develar todos los enigmas del socialismo del siglo XXI.

Referencias

- Almeyra, Guillermo. (2014). Venezuela: avanzar o retroceder hacia el abismo. Recuperado el 6 de abril de 2015, de www.jornada.com.mx.
- Álvarez, Víctor. (2009). *Venezuela: hacia dónde va el modelo productivo*. Caracas: Centro Internacional Miranda.

26 Guillermo Cieza, "Capacidad y necesidad en el proceso bolivariano", recuperado el 15 de agosto de 2014 de www.lahaine.org.

- Álvarez, Víctor. (2012). Radiografía. Recuperado el 7 de octubre de 2014, de www.pagina12.com.ar.
- Asiaín, Andrés. (2012). Venezuela. La economía en números. Recuperado de www.pagina12.com.ar.
- Boron, Atilio. (2014). Venezuela, una batalla decisiva. Recuperado el 24 de abril de 2015, de www.albatv.org.
- Carcione, Carlos. (2014). Las contrarreformas en el proceso bolivariano. Recuperado el 19 de marzo de 2015, de www.rebellion.org.
- Carcione, Carlos; Pérez, Stalin; Gómez, Gonzalo; García, Juan; Matamoros, Zuleika y Marín, Alexander. (2013). "Las medidas de emergencia de Nicolás Maduro en el rumbo correcto". Recuperado el 18 de noviembre de 2014, de www.rebellion.org.
- Chauran, Aray Yasmin. (2014). Sidor es solo una parte, el todo es más complejo. Recuperado el 14 de agosto de 2015, de www.iberamerica.net.
- Cieza, Guillermo. (2014). Capacidad y necesidad en el proceso bolivariano. Recuperado el 15 de agosto de 2014, de www.lahaine.org.
- El Clarín*. (2014). Una nueva elite. Recuperado el 18 de agosto de 2014, de www.clarin.com.
- El Clarín*. (2014). Lula pide un gobierno de coalición. Recuperado el 9 de abril de 2015, de www.clarin.com.
- Cueva, Agustín. (1979). Dialéctica del proceso chileno. En: *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Línea Crítica. México: Edicol.
- Dos Santos, Theotonio. (2009). *Bendita crisis, socialismo y democracia en el Chile de Allende*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana.
- Gómez, Gonzalo. (2014). Todavía estamos a tiempo. Recuperado el 1 de mayo de 2015, de www.aporrea.org.
- Guerrero, Modesto Emilio. (2014). Otro sacudón de Maduro. Recuperado el 14 de septiembre de 2014, de www.infonews.com.
- Guerrero, Modesto Emilio. (2014). *Una revuelta de ricos*. Buenos Aires: Herramienta.
- Guerrero, Modesto. (2014). El chavismo después del congreso del PSUV. Recuperado el 11 de agosto de 2015, de www.aporrea.org.
- Iturriza, Reinaldo. (2014). Entrevista. Recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.

- Katz, Claudio. (2013). Nuestro Chávez. *Cubainformación*, 25, La Habana: Primavera.
- Katz, Claudio. (2014). ¿Brotará socialismo del chavismo? En: *Hugo Chávez y la Revolución bolivariana*. Buenos Aires: Editorial Trópoli.
- Marini, Ruy Mauro. (1976). Dos estrategias en el proceso chileno. *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. México: Ediciones Era.
- Monedero, Juan Carlos y El Troudi, Haiman. (2007). *Empresas de producción social*. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Nicanoff, Sergio. (2014). Reflexiones sobre la revolución bolivariana. Recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.
- Orovitz Sanmartino, Jorge. (2014). Algunos debates en la izquierda radical. Estado, poder y socialismo en Venezuela. Recuperado el 1 de abril de 2015, de www.rebellion.org.
- Pérez Martí, Felipe. (2013). ¿Qué hacer? Diagnósticos y propuestas sobre la situación económica. Recuperado el 25 de abril de 2015, de www.aporrea.org.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2013). Recuperado de www.centrodesarrollohumano.org.
- Pomar, Valter. (2013). *Notas sobre a política internacional do PT. Secretaria de Relações Internacionais do PT*. São Paulo: Textos para debate 7.
- Prensa Obrera. (2014). Recuperado de www.po.org.ar.
- PSUV. (2014). III Congreso del Partido Socialista Unido de Venezuela. Recuperado en octubre de 2014, de www.psuv.org.ve.
- Serrano Mancilla, Alfredo. (2014). Estados Unidos contra Venezuela. Recuperado el 16 de marzo de 2015, de www.pagina12.com.ar.
- Zuñiga, Simón Andrés. (2013). Devaluar o no devaluar... ¿Este es el problema?. Recuperado el 8 de febrero de 2015, de www.rebellion.org.
- Zuñiga, Simón Andrés. (2013). Más caramelos de cianuro. Recuperado el 28 de agosto de 2014, de www.aporrea.org.
- Zuñiga, Simón Andrés. (2013). Venezuela: lo económico como campo de batalla. Recuperado el 8 de abril de 2015, de www.aporrea.org.
- Zuñiga, Simón Andrés. (2014). Las medidas económicas y lo que nos dejó Chávez. Recuperado el 19 de enero de 2015, de www.aporrea.org.

HUGO CHÁVEZ, EL ODIOS DEL IMPERIALISMO Y DE LAS BURGUESÍAS, EL AMOR DE LOS PUEBLOS REBELDES

NÉSTOR KOHAN

Tristeza y dolor. De allí partimos. ¿Por qué disimular los sentimientos y disfrazarlos con refinamientos artificiales que se cocinan en su propia tinta y, en última instancia, no dicen absolutamente nada? Sí, tristeza y dolor ante la muerte de un compañero y un luchador que se jugó la vida más de una vez por los humildes, por los de abajo y que se animó a enfrentar a la potencia más agresiva y feroz de todo el planeta. Pero también todo nuestro reconocimiento, nuestro respeto, nuestro emocionado homenaje.

Al leer diversas notas y artículos escritos sobre la muerte reciente de Hugo Chávez, percibo en la intelectualidad de izquierda, crítica o progresista, cierta actitud vergonzante. Le rinden respeto, pero con cuidado y sin salirse, claro, de los buenos modales.

Como si al rendir el homenaje que se merece este enorme luchador fallecido tuvieran que hacer reverencias y justificarse ante los críticos de Chávez, la socialdemocracia (abiertoamente proimperialista), el autonomismo (sí, pero no, quizás, tal vez, aunque un poquito, no obstante, sin embargo) o diversas variantes de la izquierda eurocéntrica (que añorando un esquema simplificado de la revolución bolchevique desconoce cualquier novedad en la historia –sobre todo si sucede en el Tercer Mundo– y en la

práctica cotidiana termina siendo más tímida y suave que la Madre Teresa de Calcuta).

Ninguna vergüenza, compañeros, no hay que pedir perdón, compañeras. No tengan miedo, no se cuiden tanto. Hugo Chávez se merece el homenaje y el reconocimiento sincero y abierto de los pueblos en lucha de todo el continente. Sin medias tintas. Sin calculitos mediocres, pusilánimes y timoratos. Chávez se la jugó, arriesgó el pellejo, estuvo a punto de morir en un golpe de Estado y no se arrodilló ni tuvo miedo ante el enemigo.

Su valentía no solo fue física y personal. También fue teórica y política. Cuando nadie daba dos pesos por la bandera roja, se animó a patear el tablero de la agenda progresista y volvió a poner en discusión nada menos que el socialismo. Los compañeros zapatistas que jugaron un gran papel en los noventa cuestionando el neoliberalismo y por eso ganaron merecido reconocimiento y admiración en todo el mundo progresista, nunca llegaron a plantear el socialismo. Ni el del siglo XXI ni ningún otro. El socialismo estaba directamente fuera de agenda. Tampoco se hablaba de imperialismo. Ni siquiera de revolución. De nada de eso se podía hablar. Ni siquiera se mencionaban esos conceptos o esas categorías anticapitalistas. Eran palabras prohibidas. La inquisición del pensamiento elegante y políticamente correcto las había enterrado.

Hugo Chávez dio un paso más. Retomó las justas rebeldías que gritaban: "Otro mundo es posible" y cuestionaban el neoliberalismo pero les dio varias vueltas de tuerca. Ese otro mundo posible no puede ser otro que el socialismo. Lo gritó en las narices del imperio, en la frente de la derecha y en la nuca del mundo progresista. Si te gusta, bien, y si no, también. Dio vuelta a una página de la historia. Ya nada fue como hasta entonces.

"¿Cómo? ¿El socialismo?" Sí, el socialismo. Ese mismo que todas las derechas del mundo y muchas izquierdas creían enterrado bajo los ladrillos apolillados de esa pared que, carcomida por dentro, se cayó en 1989, allá lejos, en algunos barrios de Alemania donde se bebe tanta cerveza.

“¿De dónde salió este loco trasnochado? ¿Qué texto clásico habrá leído Chávez en alguna librería de usados o en alguna biblioteca de viejitos para comenzar a reclamarle a todo el mundo que no se olviden del socialismo?”. El clásico que había leído Hugo Chávez para reinstalar al socialismo en la agenda de los movimientos sociales y los pueblos rebeldes del nuevo siglo era Simón Bolívar. Otro “loco al frente de un ejército de negros” como llamaban despectivamente al Libertador los diplomáticos norteamericanos y sus agentes de inteligencia a inicios del siglo XIX.

Sí, el mismo Simón Bolívar que los Documentos de Santa Fe (núcleo de acero de la estrategia del Pentágono y el neomacartismo multicultural norteamericano) ubicaban como enemigo subversivo al lado de Hugo Chávez en Venezuela y de las FARC-EP en Colombia. Esa era su fuente de inspiración. Simón Bolívar, el Quijote del siglo XIX.

A despecho de tantos “inspectores de revoluciones ajenas” (como solía ironizar Rodolfo Puiggrós frente a quienes nunca organizaron ni encabezaron ninguna lucha histórica importante pero viven levantando el dedo para insultar a los demás), Hugo Chávez no solo reinstaló el debate por el socialismo como horizonte político y cultural para los pueblos de Nuestra América. No solo dialogó durante años con su pueblo sobre historia, enseñando en cada programa de *Aló Presidente* sobre las guerras de independencia del siglo XIX, defendiendo la identidad cultural de Nuestra América. Por si esa tarea pedagógica de masas no alcanzara, también comenzó a reivindicar públicamente a autores malditos y endemoniados como Ernesto Che Guevara, Vladimir I. Lenin, León Trotsky o Rosa Luxemburgo. Tuve la oportunidad y el honor de escucharlo en persona, más de una vez, referirse a estos herejes de la revolución mundial diciendo, con esa sonrisa tan irónica y tierna al mismo tiempo: “Queridos hermanos ¡este es el camino! La creación de hombres y mujeres nuevas, como proponía el Che Guevara. La única salida es internacional. No puede haber soluciones en países aislados ni socialismo en un solo país. La solución es el socialismo y es a nivel internacional”. No me lo contó nadie. No lo leí. Lo ví y

lo escuché directamente, enarbolando y defendiendo las ideas de esos herejes.

Siempre sus discursos incluían frases como esta: “Estuve leyendo este libro...”; y ahí comenzaba una auténtica pedagogía popular, crítica y masiva porque Hugo Chávez supo emplear la TV y otros medios masivos para concientizar, para incentivar el estudio, para abrir grandes debates en los cuales nunca se cansaba de recomendar libros de historia, libros marxistas, libros de la Teoría de la Dependencia. Era un lector voraz, a pesar de tantas actividades (Miguel Rep, compañero y amigo, le dio en persona un libro que hicimos juntos sobre Antonio Gramsci, yo también se lo regalé, Chávez se sacó varias fotos ante la prensa con ese libro sobre la mesa. Un honor).

Este gran pedagogo popular, con un gesto diplomático que también tenía mucho de ironía, se animó a regalarle al presidente de Estados Unidos *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano. Era una manera muy sutil de tratarlo de bruto y al mismo tiempo de mostrarle que los pueblos de Nuestra América debemos superar de una buena vez ese complejo (típicamente colonial) de inferioridad que nos han inoculado las burguesías lúmpenes, socias menores y cómplices del imperialismo.

Siguiendo las enseñanzas del Congreso Anfictiónico de Panamá de 1826, Chávez promovió de manera obsesiva una serie interminable de iniciativas institucionales integradoras a nivel regional (desde el ALBA hasta Telesur; desde Petrocaribe hasta el Banco del Sur; desde la Unasur hasta la Celac, etc.), pero al mismo tiempo apoyó a la insurgencia y a la guerrilla comunista, principalmente de las FARC-EP de Colombia. Esa es la verdad. A veces lo dijo en público, otras veces no. Incluso cuando tomó decisiones equivocadas (como en el caso de Joaquín Pérez Becerra, que en su oportunidad criticamos públicamente), nunca rompió sus relaciones con la insurgencia. Esa misma insurgencia comunista que gran parte del progresismo y de la intelectualidad crítica no se anima ni siquiera a mencionar. Mientras tanto le brindó su mano generosa y fraterna a la Revolución cubana y a su gran amigo Fidel Castro, a quien quería como a un padre. En un movimiento sumamente complejo trató de

unificar o al menos de aglutinar a nivel continental las iniciativas institucionales con las insurgentes y comunistas, las de arriba con las de abajo, las estatales con las sociales en el abanico multicolor de un gran frente continental antiimperialista por el socialismo.

Faltándole el respeto a los esquemas, pero no a la revolución, Hugo Chávez, sumamente iconoclasta, no tuvo miedo de conjugar a Marx con Bolívar ni al Che Guevara con Jesús. Como Simón Bolívar en el siglo XIX, quien sintetizaba a Tupac Amaru con Rousseau, su mejor discípulo en nuestra época se animó a desempolvar el pensamiento político más radical para volverlo actual y políticamente operante. No en la comodidad de una cátedra, sino en la vida. Y lo hizo enfrentando a los peores y más prepotentes genocidas del planeta, de quienes se rio en su cara más de una vez (todos recordamos cuando en una tribuna diplomática internacional dijo, con una sonrisa irónica inconfundible en los labios: "Esta tribuna huele a azufre, acá estuvo el diablo, acá estuvo el presidente de los Estados Unidos"). ¡Se reía en la cara del presidente más poderoso del planeta! Lo disfrutaba como un niño desobediente. Tanto como cuando expulsó sin contemplaciones al embajador yanqui de Venezuela o cuando desafió al insolente rey franquista de España. ¿Cuántos se animaron a hacer algo aunque sea similar en nuestra época?

No exageramos. Fue tan original y tan antiimperialista como su principal maestro e inspirador, Simón Bolívar. Pero entre ambos existe una gran diferencia histórica y política que marca cuánto hemos avanzado en esta búsqueda de la tierra prometida y de la liberación de Nuestra América. Mientras Bolívar murió solo y aislado, triste y desolado, incomprendido e incluso repudiado, Chávez muere rodeado, amado y llorado por todos los pueblos de Nuestra América. Bolívar no aró en el mar. Hugo Chávez supo retomar su estrella de fuego.

¿Después de su muerte? ¿El abismo y el desierto? De ninguna manera. La continuidad de una extensa lucha por el socialismo y la segunda y definitiva independencia de Nuestra América. Muerto Chávez, habrá otros Chávez como hubo nuevos Che Guevara. Las

nuevas generaciones se inspirarán en su rebeldía para seguir combatiendo contra los molinos de viento del capital.

El odio del imperialismo y de las burguesías, el amor de los pueblos rebeldes. Eso ha sido, eso es y eso será Chávez.

¡Hasta la victoria siempre, Comandante!

BARRIO DE ONCE, MARZO DE 2013.

PODER POPULAR Y ALTERNATIVA SOCIALISTA EN LA VENEZUELA BOLIVARIANA

HERNÁN OUVIÑA

Aquí en Venezuela no lo olvidemos, desde hace varios años estamos en una verdadera crisis orgánica, una verdadera crisis gramsciana, una crisis histórica. Lo que está muriendo se niega a morir y todavía no termina de morir y lo que está naciendo tampoco ha terminado de nacer (...) Estamos en el epicentro de la crisis, buena parte de los años por venir formarán parte de esa crisis histórica hasta que no muera definitivamente la IV República y nazca plenamente la V, la República Socialista y Bolivariana de Venezuela.

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

Dos febreros para corregir a Descartes (o en el principio fue la lucha)

En marzo de 2007 el entonces presidente Hugo Chávez Frías visitó Argentina. Por esas casualidades de la vida, se encontraban en Buenos Aires unos compañeros y amigos de la Unión de Trabajadores Desocupados (UTD) de General Mosconi, quienes me invitaron a acompañarlos al acto en el que hablaría el Comandante para, además de escuchar sus palabras, entregarle una carpeta con un proyecto de

recuperación de pozos petrolíferos marginales en el norte de Salta, provincia donde supo ser parida la emblemática organización piquetera de la que formaban parte. Frente a una multitud que lo aclamaba en el Estadio de Ferrocarril Oeste, escuchamos junto a “Pepino” Fernández –piquetero criminalizado si los hay en Argentina, con decenas de causas judiciales producto de su ineludible lucha en defensa de la vida digna– a un Chávez profundamente pedagógico explicar los orígenes del proyecto bolivariano por él liderado: “Somos hijos del mismo parto histórico de los pueblos que se cansaron de aguantar la dominación de las élites que traicionaron a nuestros pueblos y los entregaron al imperio”, exclamó el Comandante aquella inolvidable tarde, cuando también aseveró que la tarea de estos pueblos era “terminar la revolución que habían comenzado Bolívar y San Martín”.

Sus palabras quedaron resonando en mi cabeza, a partir de ese invisible hilo rojo que de acuerdo a aquella reconstrucción conectaba, en términos históricos, El Caracazo con el ascenso y consolidación de Chávez en el gobierno. Y me hicieron recordar aquel planteo formulado ochenta años atrás por José Carlos Mariátegui, quien había sugerido corregir al filósofo Descartes y pasar del “Pienso, luego existo” al “Se lucha, luego se existe”. Nos interesa, pues, comenzar este escrito resaltando un “secreto compromiso de encuentro”, como lo llamaba Walter Benjamin, entre dos acontecimientos que constituyen el punto de origen del proyecto que está en juego en estos días en Venezuela, y sin los cuales resulta imposible entender tanto el resurgimiento del ideario bolivariano a finales de los años noventa, como la compleja coyuntura que se vive desde ese entonces. A nuestro entender, el grado cero de este proyecto no puede situarse en el triunfo electoral de Hugo Chávez Frías en 1998, sino en aquellos dos eventos fundantes de un poder constituyente inédito en la historia del país.

En efecto, en febrero de 1989 Venezuela vivió una inusitada rebelión civil, signada por saqueos masivos y por la presencia del pueblo en las calles. En el denominado Caracazo primó ante todo la espontaneidad, aunque como nos recuerda Gramsci, ella nunca existe en “estado puro”. Durante esos convulsionados días y noches

de descontento y hartazgo frente al paquete de medidas neoliberales que se pretendía implementar, serán muchos los jóvenes militares que, indignados por la represión que sufren los pobres bajados de los cerros, decidan rechazar su histórico rol como criminales al servicio de los poderosos de siempre. Entre ellos, se destacará Hugo Chávez Frías, para quien esa intensa y trágica experiencia resultará una inmensa escuela a cielo abierto, de la que aprenderá una lección inolvidable: la IV República debe ser sepultada de raíz. El Caracazo será, por tanto, el réquiem de esa decadente institucionalidad burguesa. Nuevamente un mes de febrero, pero de 1992, una rebelión militar encabezada por el Movimiento Bolivariano Revolucionario (MBR-200) intentó darle continuidad a ese descontento iniciado exactamente tres años atrás. Si bien la intentona insurgente no prospera, Hugo Chávez, en medio del reconocimiento de la derrota, alcanza a deslizar su inolvidable “por ahora” frente a las cámaras de televisión, que quedará en la historia como una frase anticipatoria de la revancha de las y los de abajo por boca de este oficial moreno y de boina roja. Y como supo afirmar Diana Raby:

Ciertamente, el descontento y la disposición rebelde del pueblo de los cerros crearon las condiciones para tal proceso. El levantamiento popular de El Caracazo (y su brutal represión) fue el presagio que vaticinó el fin del corrupto Pacto de Punto Fijo y a la vez evidenció que las condiciones estaban dadas para un cambio drástico. El pueblo estaba buscando un liderazgo, pero ningún partido estaba en capacidad de ofrecerlo; fueron Chávez y el MBR-200 quienes tomaron la iniciativa, aunque con tres años de retraso, durante el levantamiento de febrero de 1992.¹

Hay, por tanto, una dialoguicidad exquisita y un aprendizaje mutuo entre ambos momentos de insubordinación: el pueblo con El Caracazo le enseña a Chávez y a la joven oficialidad del ejército

1 Diana Raby, *Democracia y revolución: América Latina y el socialismo hoy*, Caracas, Editorial Monte Ávila, 2008.

dónde pararse en la intrincada lucha de clases que cifra los albores del neoliberalismo en Venezuela. Luego, el revolucionario Chávez oficiará de educador y pedagogo del pueblo en el arduo camino de la emancipación, a partir de la posibilidad de confluir en un mismo proyecto en común, que dote de mayor organicidad y cohesión a esa masa que, de manera espontánea, tomó las calles durante aquellas agitadas jornadas de 1989. Un encuentro senti-pensante entre el pueblo-maestro y el maestro-pueblo que, hasta el día de hoy y más allá de los numerosos vaivenes y cimbronazos, no se ha desmembrado a pesar de la triste partida o siembra de nuestro Comandante.

La politización de la sociedad civil, la “excepcionalidad” venezolana y la ruptura de modelos

Si los loros fueran marxistas, serían marxistas ortodoxos.

LUDOVICO SILVA

“Aquí lo más importante no es que hoy gane Chávez, sino que la gente se ha metido en la política, y la ha asumido como algo que es parte de su vida, cosa que antes, con el puntofijismo, no ocurría”². La frase, lanzada el día 7 de octubre de 2012 en que el Comandante disputó su reelección, la escuchamos de la boca de un referente barrial con muchos años de militancia y comprometido a rajatabla con la llamada Revolución Bolivariana. Tras la trágica y abrupta siembra de Chávez, este proceso de subjetivación política colectiva se ha tornado el mayor reaseguro para garantizar la continuidad del proyecto de cambio vivido en Venezuela. En efecto, luego de la debacle de los partidos tradicionales de la IV República (Acción Democrática y Copei, responsables del Pacto de Punto Fijo, acuerdo espurio que les permitió, desde 1958 y hasta que llegó Chávez al gobierno, alternarse en el poder como garantes del orden) estamos en presencia de una de las sociedades más politizadas de América Latina, y ello se percibe no solo caminando por las calles y dialogando con la pobla-

2 Militante de base venezolano, 7 de octubre de 2012.

ción en parroquias y comunidades, sino también por el incremento de la participación ciudadana en las elecciones no obligatorias, que en varias ocasiones ha superado el 80% del total del padrón, uno de los más altos de toda la historia. Pero sobre todo, por la irrupción de las clases populares en el escenario público, que han osado cuestionar el monopolio de la reflexión y acción colectiva a aquellas élites burocráticas y empresariales que se presumían únicas portadoras de ese derecho, a través del ejercicio de una praxis política que articula intereses hegemónicos e impugna –no sin contradicciones– los formatos convencionales de la democracia representativa y liberal.

Sería burdo simplismo afirmar que esta activación ha sido producto exclusivo del liderazgo de Hugo Chávez, aunque tampoco cabe pensar en este proceso sin su descollante protagonismo y carisma. Podría decirse que la relación entre ambos ha sido, en algún punto, similar a la que supo entablar con el pueblo cubano Fidel Castro en pleno proceso revolucionario, y que fuera tan magistralmente sintetizada por el Che Guevara en un bello escrito de 1961 que no ha perdido en absoluto vigencia:

Tiene las características de gran conductor, que sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita, su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del pueblo, su amor infinito por él, su fe en el futuro y su capacidad de preverlo.³

3 Ernesto Guevara, "Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?", *El marxismo en América Latina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972, p. 84.

Por si hiciera falta, aclaramos que con esta analogía no pretendemos caer en el clásico culto a la personalidad, tan trágico para la vieja izquierda, sino más bien reconocer la capacidad de conducción y síntesis de un proyecto colectivo por parte de Chávez, sin desmerecer en él el papel fundamental cumplido por el pueblo venezolano en la ruptura con el orden neoliberal y en la paciente edificación de nuevas prácticas emancipatorias en todos estos años de lucha. Aquella fuerza telúrica que supo encarnar Fidel y que, hasta su partida, también condensó Chávez, resultó ser tal, en la medida en que constituyó –al decir de James Scott– “un lazo social de auténtica reciprocidad”. De acuerdo a la sugestiva reinterpretación que realiza este autor en torno al carisma y al discurso oculto de las clases populares, lo que desde una lectura superficial se percibe como un mero proceso de manipulación, en realidad da cuenta de una dinámica relacional, a partir de la cual esa persona carismática encarna y sintetiza las expectativas culturales y sociales de los grupos subordinados, por lo que la fuerza de las arengas y actos desplegados por Chávez han dependido en buena medida del grado de resonancia que supieron encontrar en el discurso oculto de las y los ninguneados históricos de la Venezuela profunda. Claro que los peligros que ha encerrado este vínculo –signado por una figura tan excepcional e inigualable– emergieron a flor de piel tras su desaparición física, pero como ha quedado evidenciado en este último tiempo transcurrido, el pueblo ha sabido sostener y reinventar a aquel bloque popular bolivariano que configura la columna vertebral del intrincado proceso político vivido en el país.

De ahí que podamos afirmar junto a Miguel Ruiz que

... a contrapunto con algunas corrientes analíticas que sostienen que este proceso es estatalista (entendido como la colonización de la sociedad civil por parte del aparato de Estado), las evidencias muestran que lo que está experimentando Venezuela es un ensanchamiento de la sociedad civil, tal como la entendía Gramsci.⁴

4 Miguel Ruiz, *Crisis estatal y lucha de clases en la Venezuela contemporánea*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2012.

Es decir, una ampliación de aquellas instituciones y organismos que, gestados por “los diferentes grupos y clases –tanto las dominantes como las subalternas– se disputan la hegemonía”⁵. Esta creciente politización, en especial de los sectores históricamente excluidos, ha permitido que se instalen con fuerza en el acerbo cotidiano del lenguaje plebeyo palabras como burguesía, antiimperialismo, poder popular o socialismo. La empatía con algunos de estos significantes ha tenido que ser reconocida incluso por las encuestadoras más conservadoras, al punto tal que de acuerdo con una serie de estudios de opinión realizados, más del 60% de la población del país prefiere el socialismo al capitalismo.

“Sí, eso es así”, nos dice la integrante de una televisora comunitaria, aunque se encarga de aclararnos que “el nuestro es un socialismo a la venezolana, con la idiosincrasia y las tradiciones que nos caracterizan”. He aquí otra clave para entender esta revolución anómala, “pacífica pero armada”, como gustan decir con un dejo de ironía las y los militantes de base por estas tierras. Si a inicios de los años setenta Salvador Allende definió al proyecto chileno encarnado en la UP como un socialismo “con empanadas y vino tinto”, a este cabe sazonarlo con arepas y guayaba. Un socialismo que, en tanto horizonte emancipatorio a conquistar, resulta único e irrepetible, y al igual que otros procesos revolucionarios pasados (pensemos, por caso, en el cataclismo teórico y político que generó durante los años sesenta la experiencia cubana en el seno del marxismo más ortodoxo), tiende a romper moldes y esquemas preconcebidos. Una vez más, resulta certera la consigna de José Carlos Mariátegui de que el marxismo no puede oficiar de itinerario preconcebido, sino más bien constituir una brújula que oriente nuestro análisis crítico y transformador de la realidad en la que estamos inmersos (una brújula de las más importantes y subversivas, aunque desde ya no la única). De cara a la construcción del socialismo del siglo XXI, se torna prioritario por tanto generar una confluencia creativa entre el marxismo crítico y la realidad latinoamericana, como acicate que debe poder contribuir, en cada historia

5 *Ibid.*

y presente nacional, a la génesis subterránea de una alternativa civilizatoria, de manera tal que logre aportar a la configuración de una praxis despojada de aquella matriz colonial que, desde los tiempos de la conquista, ha subsumido casi sin excepciones toda reflexión y acción transformadoras a los cánones de Europa Occidental. A ello aludían tanto Gramsci cuando definió al marxismo en los términos de un “historicismo absoluto”, como Mariátegui al expresar sin tapujos que “no es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos y todas las latitudes sociales”⁶. Este ejercicio de constante traducción, recreación y nacionalización de la teoría crítica marxista requiere de la composición, a partir de la praxis misma, de originales conceptos y categorías que nos permitan aprehender y dar cuenta de una realidad compleja y situada, que se nos muestra difícil de asir y siempre escamotea la mera generalización y reproducción de esquemas preestablecidos. En última instancia, como supo manifestar Ludovico Silva, se trata de

... tomar el pensamiento de Marx como una fuente de permanente incitación intelectual para aquellos científicos y pensadores actuales que no se contentan con la comodidad teórica del dogma o la consigna ideológica, sino que están deseosos de hacer avanzar ese caudaloso río de ciencia social cuyas compuertas abrió genialmente Marx. Hay quienes pretenden eliminar la dialéctica heraclítica de ese río, y en vez de concebirlo como una fluencia o devenir continuos, prefieren entenderlo como un paisaje muerto y congelado, de frías piedras teóricas cinceladas de una vez para siempre como pensamientos eternos e invariables. Lo que es el dominio de la teoría viviente es concebido así como el dominio de una ideología petrificada. Tal es la actitud dogmática.⁷

6 José Carlos Mariátegui, *Ideología y política*, Lima, Editorial Amauta, 1975.

7 Ludovico Silva, *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*, Caracas, Editorial Monte Ávila, 2009.

Asimismo, la especificidad del proceso venezolano también nos invita a escamotear su intrincado recorrido social y político al momento de concebir vías posibles de construcción del socialismo en el resto de Nuestra América. Basta mencionar, a modo de ejemplo, dos rasgos distintivos del devenir histórico de este país, casi imposibles de encontrar en otras latitudes del continente: por un lado, el estrecho vínculo tejido, a partir de 1992 y en particular tras su inédita articulación el 13 de abril de 2002 en las calles y cuarteles para desbaratar el golpe de Estado, entre los sectores populares de izquierda y los militares bolivarianos de bajo y mediano rango en el ejército (algo impensable en realidades donde las dictaduras más sangrientas han sido una constante, como es el caso de Argentina en el pasado reciente); por el otro, la excepcionalidad de ser una sociedad rentista-petrolera que ha gestado y mantenido como cultura popular una subjetividad tan contradictoria como consumista, abonando a la dependencia monoprodutiva y al paternalismo de un “Estado-mágico”, así como a la corrupción endémica, al despilfarro de los recursos públicos y a la inoperancia gubernamental, algo que debió ser reconocido en clave autocrítica por el propio Hugo Chávez durante su última campaña electoral en octubre de 2012 y, en particular, en el discurso dado al Consejo de Ministros ese mismo mes, conocido como *Golpe de Timón*.

Estado y poder comunal: entre lo viejo que no muere y lo nuevo que no termina de nacer

La comuna debe ser el espacio sobre el cual vamos a parir el socialismo. El socialismo desde donde tiene que surgir es desde las bases, no se decreta esto; hay que crearlo. Es una creación popular, de las masas, de la nación; es una “creación heroica”, decía Mariátegui. Es un parto histórico, no es desde la Presidencia de la República.

HUGO CHÁVEZ FRÍAS

Al igual que todo proceso transicional, este no está exento de paradojas y ambigüedades. Una de ellas, como ya mencionamos,

remite al desequilibrio entre lo que constituyó, hasta su siembra, el liderazgo indiscutible de Hugo Chávez como presidente y la consolidación de instancias colectivas de toma de decisiones en materia de gestión pública, pero que involucra en un plano más general a otra tensión constante, como ha sido y es la existente entre, por un lado, el heredado Estado de la IV República y, por el otro, el poder popular emergente tras la debacle del puntofijismo. Esta batalla supo ser explicitada por el propio Chávez en su Propuesta de Programa de Gobierno para la Gestión Bolivariana del periodo 2103-2019:

Para avanzar hacia el socialismo, necesitamos de un poder popular capaz de desarticular las tramas de opresión, explotación y dominación que subsisten en la sociedad venezolana, capaz de configurar una nueva socialidad desde la vida cotidiana, donde la fraternidad y la solidaridad corran parejas con la emergencia de planificar y producir la vida material de nuestro pueblo. Esto pasa por pulverizar completamente la forma Estado-burguesa que heredamos, la que aún se reproduce a través de viejas y nefastas prácticas, y darle continuidad a la invención de nuevas formas de gestión política.⁸

Los consejos comunales, creados en el 2006, y las comunas, gestadas a partir de 2009 –instancias ambas que tienen como objetivo principal que sean las propias comunidades y organizaciones de base quienes formulen e implementen, de manera directa, las políticas públicas y los proyectos orientados a dar respuestas a las necesidades de los territorios–, si bien constituyen una iniciativa genuina de democratización de los ámbitos locales de poder, no han logrado aún cobrar la envergadura debida ni involucrar al grueso de los sectores populares en el ejercicio diario del autogobierno, por lo que aún resulta un horizonte a conquistar la mentada “explosión del poder popular” pregonada en su momento por el Comandante Chávez. Además de ciertas tendencias regresivas que se han

8 Hugo Chávez Frías, *Propuesta del candidato de la patria Comandante Hugo Chávez*, Caracas, Comando Campaña Carabobo, 2012.

constatado en algunas experiencias concretas, tales como “la pretendida cooptación de las instituciones a su autonomía, la escasez de recursos en relación con las necesidades y el poco estímulo productivo de estos espacios de organización comunal”⁹, en numerosas ocasiones su creación ha partido de las propias estructuras estatales clásicas, fortaleciendo aún más los lazos verticales y el delegacionismo con respecto a quienes ocupan cargos representativos. He aquí, sin duda, una contradicción por lo general desestimada por el marxismo en su análisis de los procesos de transición al socialismo, que resulta clave en la lucha por un nuevo bloque histórico de corte emancipatorio: a la dicotomía persistente entre capital y trabajo, se le agrega una más compleja y sutil que es la que existe entre el pueblo y los funcionarios. “Esta es la dicotomía inevitable de cualquier sociedad protosocialista. Es la más importante contradicción en el seno del pueblo”.¹⁰

En palabras de una integrante activa de los consejos comunales: “Lo que ha ocurrido es que ellos se han consolidado en aquellos lugares donde la organización popular y la tradición de lucha ha sido más fuerte”. Idéntica caracterización nos ha manifestado una diputada del Partido Socialista Unido de Venezuela: “Coño, es que tú puedes crear cientos de consejos, pero si no hay saldo organizativo y conciencia revolucionaria la cosa no sirve”, reflexiona. Y es que este despliegue de democracia popular no puede restringirse a concebir a estos organismos como simples planificadores y ejecutores de obras en pequeña escala, sino que debe ejercitarse como *modus vivendi* a nivel cotidiano y desde una perspectiva coordinada que involucre al país en su conjunto como territorio de disputa hegemónica y haga posible poner en práctica una pedagogía del poder constituyente y confederado, en donde la propia noción de poder se revoluciona, y en lugar de emparentarse con las estrategias de

9 Nicmer Evans, “Tensión legal e institucional entre el Estado y el poder popular: ¿Hacia el Estado comunal?”, *Revista Comuna* (Caracas), n.º 4 (2011).

10 Rudolf Bahro, *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*, Barcelona, Editorial Materiales, 1979.

manipulación, se convierte en un dispositivo de aprendizaje colectivo basado en la convivencialidad.

En función de estas y otras disyuntivas, la pregunta que flota en el aire es cómo combinar aquellos nuevos formatos de democracia de base que se encarnan en los consejos y las comunas, con la enorme concentración de poder que existe aún hoy en las altas esferas de los aparatos estatales y de la institucionalidad heredada de la IV República. Como ha hecho notar Javier Biardeau, existe el peligro real de que el “momento de protagonismo popular” pierda centralidad ante la exaltación de instancias personalistas del poder. Por ello, al debate urgente en torno a los senderos posibles de transición al socialismo en pleno siglo XXI, se le ha sumado desde hace unos años una transición casi tan importante como esta: la que tuvo que generarse, sin receta alguna y de manera abrupta, cuando el Comandante Chávez dejó de existir físicamente. La dinamización de los Consejos Presidenciales de Gobierno, así como el reimpulso y multiplicación de las comunas a nivel nacional, resultan dos apuestas estratégicas para contrarrestar aquella tendencia, que por su enorme importancia requieren ser dotadas de organicidad más allá de los vaivenes coyunturales.

En efecto, un dilema en juego en el proceso bolivariano estriba en cuáles son las instancias o herramientas organizativas desde donde incidir, de manera protagónica, tanto en los ámbitos locales de ejercicio del poder popular como en las estructuras estatales de orden nacional. El balance provisorio acerca de las potencialidades y límites del ejercicio de la democracia interna en el seno del PSUV –creado en 2007 por iniciativa del presidente Chávez y con más de siete millones de afiliados, la mayoría de ellos, por desgracia, no activos a nivel cotidiano– no es del todo positivo para muchos militantes de base que, con el transcurrir de los años, han visto naufragar o bloquearse innumerables proyectos de transformación radical impulsados “desde abajo”, como consecuencia de la desidia, la corrupción y el conservadurismo de algunos de los que ocupan puestos claves dentro del partido: “Es que nosotros tenemos que luchar al interior de esta organización también con lo que

llamamos la derecha endógena”, nos confiesa sin medias tintas un militante autocrítico del PSUV. Se refiere a los sectores más pragmáticos de esta organización, que en muchos casos son quienes delinean e imponen los rumbos del proceso político en curso en el país, tal como ha ocurrido para algunas elecciones históricas, en las cuales se definieron las candidaturas desde ciertos ámbitos populares y buena parte de la militancia se enteró de quiénes habían sido designados para estos cargos, a través de la televisión o por las tapas de los diarios. En este tipo de coyunturas, como han denunciado ciertos sectores del PSUV y de diversas organizaciones integrantes del Gran Polo Patriótico, “primó el dedo por sobre la democracia participativa y protagónica”.

Otra interrogante que se presenta para este y los próximos años es qué ocurrirá en las sucesivas elecciones y en qué medida el rotundo triunfo en las urnas evidenciado años atrás se replicará en la misma clave en las contiendas públicas venideras. Todo parece entrever que lo que predominará será una vocación colectiva por radicalizar el proyecto bolivariano y dinamizar un proceso de formación y relevo de cuadros y referentes de base que ocupen este tipo de cargos, algo esperable (y por cierto cada vez más urgente) atendiendo a ciertas tendencias a la burocratización en el seno del PSUV y del entramado estatal, así como al delicado contexto socioeconómico que se vive en el país. En este caso, se oxigenaría con creces la gestión pública, con candidaturas y posibles autoridades surgidas a partir de la voluntad popular que permita gestar las condiciones necesarias para eliminar el hiato que existe actualmente entre las instancias de poder político institucional y el pueblo, en aras de desburocratizar, de forma progresiva, estas estructuras del Estado. La reciente decisión de Nicolás Maduro y de los dirigentes del PSUV de convocar la realización de asambleas de las Unidades de Batalla Bolívar-Chávez para que sea el propio pueblo quien elija a los candidatos y a los diputados, augura grandes expectativas, ya que constituye un proceso inédito a partir del cual, por primera vez en la historia de Venezuela y del propio partido gobernante, regirá el principio de “50-50”, tanto en términos de géneros como de las

edades de quienes sean electos o electas, lo que redundará en que cada Unidad de Batalla postule como candidato a dos mujeres y a dos hombres, teniendo que respetar el principio de que la mitad de ellos sean menores de treinta años. Desde ya, este tipo de iniciativas de democratización deberán asumir como desafío, en paralelo, la construcción de soluciones de fondo a ciertos flagelos reales –como la violencia social, la constante inflación que desvaloriza los salarios y la corrupción endémica en ciertas esferas gubernamentales– sobre los que se monta la oposición para validar su discurso y erosionar el consenso del proceso bolivariano en marcha.

Un dato no menor en este sentido es el caudal de votos obtenido en las elecciones precedentes por parte de la oposición. Estos guarismos no deberían leerse solamente como un “corrimiento a la derecha” de cientos de miles de personas. Entre otros factores, uno no menor que incide es el natural desgaste y la parcial decepción de muchos venezolanos frente a una coalición política que ya lleva más de quince años en el poder, y que aún no ha logrado resolver de manera definitiva problemas acuciantes de la sociedad, como la mencionada violencia social, la pobreza y el desempleo. Si bien en estos últimos dos casos los guarismos han bajado notablemente desde que Chávez asumió la presidencia en 1998, reduciéndose a menos de la mitad en la actualidad, aún persisten como flagelos a desterrar. Lo mismo podría afirmarse con respecto a la corrupción y el burocratismo, que continúan contaminando sin respiro tanto a las viejas como a las nuevas estructuras estatales. Este descontento se ha evidenciado en el último periodo de intensificación del desabastecimiento y la especulación por parte de los sectores desestabilizadores de la oposición y de la burguesía. No obstante, en una sociedad donde la clase económicamente dominante constituye una ínfima minoría, no cabe pensar que quienes no concuerdan con el proceso bolivariano resultan reaccionarios e irrecuperables (menos aún, si ampliamos esta base social en función de los millones de votantes que han optado por candidatos no alineados con el Gran Polo Patriótico, o que incluso deciden no participar de las

elecciones). Como supo expresar un compañero chavista con cruda sinceridad:

Mira, pana, el problema mayor aquí no es la burguesía, que es bien pequeña, sino la inmensa cantidad de gente del pueblo que no apoya ni quiere aún el socialismo. Cómo cuadrarnos para que sean parte del proyecto bolivariano es uno de los desafíos mayores que tendremos que resolver en el corto plazo.

El hiato entre el horizonte socialista y la persistencia de la matriz del rentismo-capitalista

Teniendo en cuenta los dilemas mencionados, al momento de sopesar los avances y logros del proceso transicional vivido en Venezuela cabe destacar como rasgo adicional de este la existencia de un cierta “inflación ideológica” por parte de algunos núcleos del bolivarianismo, que se sostienen más en la retórica y el consignismo que en el análisis fidedigno y crítico de la realidad. La infinidad de carteles y marquesinas que publicitan productos “hechos en socialismo” en plazas, subterráneos y calles del país, no se condice con el porcentaje o peso real que este tipo de empresas e iniciativas de propiedad social y/o estatal tienen en el conjunto de la economía del país. De acuerdo con cifras del Banco Central de Venezuela, el Producto Bruto Interno privado representa actualmente cerca del 70% del total de la economía. El propio Chávez llegó a denunciar este hiato en su histórico discurso conocido como *Golpe de Timón*. En él, con su característica pedagogía militante, denuncia esta manía de ponerle a todo socialista:

Por allá alguien le quería poner a una avenida “socialista”, panadería socialista, Miraflores socialista. Eso es sospechoso, porque uno puede pensar que con eso, el que lo hace cree que ya, listo,

ya cumplí, ya le puse socialista, listo; le cambié el nombre, ya está listo.¹¹

Este es uno de los límites más evidentes de la ruptura cabal con respecto a la estructura capitalista tradicional, que a pesar de las para nada desdeñables expropiaciones y nacionalizaciones concretadas por el gobierno en la última década (en particular ciertos sectores estratégicos, tales como el de la electricidad, la siderurgia, la telefonía, las plantas cementeras y algunas cadenas de distribución de alimentos), no ha logrado aún revertir el predominio del capital como relación social de producción y consumo hegemónico en la sociedad venezolana. Sumado a esto, otro eje problemático que genera tensiones y desencuentros es la propuesta del control obrero de la producción. Hasta ahora, existe una única experiencia piloto de envergadura impulsada por el gobierno: el Plan Guayana Socialista. En esta región industrial se ha intentado fomentar el control obrero y la autogestión popular en la creación de un nuevo modelo productivo. El entusiasmo y la combatividad de las trabajadoras y los trabajadores ha debido enfrentarse en no pocas ocasiones con sectores políticos que, a pesar de autodenominarse bolivarianos, bloquean todo tipo de ejercicio de la democracia de base en las empresas e incluso en ámbitos laborales del Estado, a lo cual se suma la resistencia de las cúpulas sindicales que ven peligrar sus privilegios como casta burocrática frente a los incipientes consejos de trabajadores. En este plano, como supo advertir Víctor Álvarez:

... también habrá que lidiar con los viejos dirigentes sindicales que ahora, en nombre de la revolución, harán lo posible por imponer un falso control obrero orientado a desplazar a los anteriores gerentes y presidentes por los miembros de las juntas directivas de los sindicatos, poniendo de manifiesto su afán por preservar sus espacios

11 Hugo Chávez Frías, *Golpe de Timón. I consejo de ministros del nuevo ciclo de la Revolución bolivariana*, Caracas, Ediciones Correo de Orinoco, 2012.

de poder que les han permitido medrar en las empresas y entes del Estado a través del tráfico de influencias para realizar negocios e influir en las contrataciones públicas.¹²

Si bien la recuperación de la plena potestad del petróleo con posterioridad al boicot escuálido de finales de 2002 y principios de 2003, le permitió al gobierno redistribuir esta abundante renta y asignar cuantiosos fondos para proyectos y sectores sociales hasta ese entonces postergados (fundamentalmente a través de las misiones), queda pendiente responder al interrogante de cómo avanzar hacia una matriz económica que apunte a la diversificación productiva, ensanche las formas de propiedad social y garantice la soberanía alimentaria, haciendo real el tan mentado “desarrollo endógeno” que se viene pregonando desde hace años, y dotando por tanto de mayor protagonismo en este proyecto a los consejos de trabajadores y trabajadoras. Resulta clave entender que un proceso de transición al socialismo que tiene entre sus metas más prioritarias el mejorar sustancialmente las condiciones de vida simbólico-materiales de las clases subalternas, no puede depender de los vaivenes del precio internacional de los hidrocarburos para la consecución de este objetivo (recordemos que alrededor del 96% de las exportaciones de Venezuela se restringen al petróleo y sus derivados como único producto). Tampoco es un dato menor el hecho de que casi el 70% de los alimentos que se consumen en el país sean aún hoy importados. En la actual coyuntura, este lastre que arrastra el país y que, paradójicamente, se ha agudizado en los últimos quince años, requiere ser problematizado en profundidad, no solo en los términos de una endeble matriz productiva solventada en el extractivismo (que en esencia, opera a través de la monoexportación de barriles de petróleo y la multiimportación de una infinidad de mercancías), sino además en función de una hegemonía rentista que tiene como ADN el consumismo y el despilfarro. A modo de

12 Víctor Álvarez, *Del Estado burocrático al Estado comunal: la transición al socialismo de la Revolución bolivariana*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2011.

ejemplo, basta mencionar el descalabro socioeconómico, urbanístico y ambiental que ha generado el masivo subsidio del precio de la gasolina al interior de Venezuela, en especial en las grandes ciudades. En este plano, como supo afirmar Edgardo Lander, para superar el modelo depredador del capitalismo, resulta fundamental generar “transformaciones profundas en el sentido común de estas sociedades, exigiendo otra organización democrática de la vida colectiva que sea plurinacional y capaz de vivir en armonía con la Madre Tierra”¹³. No obstante, conquistar ese horizonte que concrete, no tanto un “desarrollo alternativo” basado en una ampliación de la ciudadanía a través del consumo mercantil, como alternativas viables con respecto a la propia concepción de desarrollo, no es una tarea para nada sencilla.

Para revertir esta tendencia, el gobierno ha impulsado –bajo la consigna de “sembrar petróleo”– iniciativas como la Misión Agroveenezuela, que incluye políticas públicas para la inversión en sectores estratégicos del campo, con el propósito de apuntar a la gestación de un modelo agrícola socialista que priorice a las cooperativas, a los consejos comunales, a los pequeños productores y a las llamadas empresas de propiedad social comunitaria, y resulte compatible con el cuidado del ambiente y el pleno ejercicio de la soberanía alimentaria. A modo de complemento, programas como el Todas las Manos a la Siembra buscan fomentar la producción de alimentos nutritivos y con la utilización de abonos orgánicos en las 24.000 escuelas y liceos ubicados tanto en ciudades como en comunidades rurales de todo el país. El Plan Nacional Socialista Simón Bolívar 2013-2019, difundido por el propio Chávez en el marco de las elecciones en octubre de 2012, también reconoce y refuerza esta necesidad de transformar y orientar la economía desde una óptica posrentista y anticapitalista. El reciente anuncio por parte del presidente Nicolás Maduro de la posibilidad de constituir un

13 Edgardo Lander, “El Estado en los actuales procesos de cambio en América Latina: proyectos complementarios/divergentes en sociedades heterogéneas”, en: *Grupo permanente de trabajo sobre alternativas al desarrollo: más allá del desarrollo*, Buenos Aires, Editorial América Libre y Fundación Rosa Luxemburgo, 2012.

Ministerio de Agricultura Comunal y Urbana va en el mismo sentido. Sin embargo, al igual que en otras ocasiones, el peligro latente es que este tipo de propuestas innovadoras caigan en saco roto y no se concreten en la realidad, como ha ocurrido con varios proyectos e iniciativas de ley surgidas “desde abajo” y que, lamentablemente, terminaron siendo letra muerta que dormita en los cajones de oficinas estatales.

¿Transición antes o después de la conquista del poder estatal?

Hace un tiempo, cuando en Chile estaba de moda entre la izquierda el problema de la vía armada o la vía pacífica, un cazurro político chileno afirmó que a él no le interesaban los “problemas ferroviarios”. Tenía toda la razón. El problema de fondo no es el de las “vías”, es el de la vigencia del socialismo como posibilidad histórica.

TOMÁS MOULIAN

Llegado a este punto, y una vez descritas algunas de las peculiaridades del proceso bolivariano, es preciso explicitar que, tanto lo que ciertas lecturas opacadas dentro de la larga tradición del marxismo y del pensamiento crítico nos proponen, como lo que la experiencia venezolana en curso nos impone, es una evidente reinterpretación de la concepción tradicional de la transición, tal cual fuera delineada, entre otros, por Marx y Lenin. En el caso del primero, es conocida la caracterización de este proceso que realiza en sus notas críticas al *Programa de Gotha*. En ellas, Marx traza lo que sería, a grandes rasgos, el derrotero de la sociedad capitalista hacia el comunismo. Sin embargo, poco y nada nos dice de la transición o proceso revolucionario que permita sentar las bases de este sinuoso y prolongado camino. Sus anotaciones dan cuenta, ante todo, del puente entre el momento inmediatamente posterior a la conquista del poder por parte de los trabajadores, y el horizonte comunista de una sociedad sin clases ni poder político alguno.

Al margen de estas reflexiones dispersas (recordemos: no escritas con el propósito de que fueran publicadas) algo similar ocurre con Lenin. El texto clásico donde aborda con mayor profundidad este derrotero transicional es, sin duda, *El Estado y la revolución*, escrito semanas antes de la toma del poder en octubre de 1917. Pero allí, nuevamente, lo que se desarrolla en detalle son las llamadas fases inferior y superior del comunismo, omitiendo los pasos previos para llegar a ese momento de inicio del derrotero transicional. Aunque pueda resultar un tópico recurrente, no está de más recordar que el interés inmediato del libro de Lenin no fue indagar en la naturaleza de clase del Estado *per se*, sino intervenir en el debate político coyuntural de su época –en un contexto prerevolucionario de ascenso de masas– polemizando alrededor de las posibilidades o no de la participación de la clase trabajadora en la gestión –e incluso paulatina desaparición– del aparato estatal. Su problema, por lo tanto, era teórico-práctico. De ahí que la reflexión crítica en torno al Estado resulte para Lenin indisoluble de la lucha concreta por destruirlo (en el caso del burgués) o por avanzar hacia su total extinción (en el del “semi-Estado” proletario). Dentro de este marco, la dictadura del proletariado se concebirá como la forma política que, durante la fase transicional iniciada tras el asalto al poder, despliega este complejo proceso de transformación social que permita sentar las bases de una sociedad comunista.

De acuerdo con el marxista Lelio Basso, las lecturas contemporáneas y posteriores de estos textos tuvieron como principal referencia la categoría de dictadura del proletariado (llegando incluso, en sus versiones más ortodoxas, a exacerbar el primero de los términos que compone este vocablo, como objetivo prioritario y casi excluyente de garantía del triunfo: la organización de la violencia de clase como característica unívoca del “Estado transicional”), desvalorizando lo que resultaba ser un aporte sustancial, especialmente en el caso de Marx, para pensar una estrategia de transición revolucionaria de nuevo tipo, que no ancle su propuesta en experiencias pasadas como la revolución francesa, sino que –según la feliz expresión de *El XVIII brumario*– extraiga su poesía revolucionaria del

porvenir a inventar. Pero más allá de las circunstancias específicas que condicionaron el sentido de estos escritos, Basso reconoce que:

... está claro que el periodo de transición del cual habla Marx en este párrafo se orienta a la toma del poder por parte del proletariado, porque de otra manera no se podría hablar de dictadura revolucionaria, pero caeríamos en el talmudismo si pretendiéramos que, después de que Marx la haya usado una vez en este sentido, la palabra "transición" no pueda ser más utilizada en una acepción más amplia o más restringida.

Por lo tanto, si bien existe en Marx una concepción de la transición entendida como "momento sucesivo" a la toma del poder, también puede rastrearse en él, claro está que de manera menos sistemática, otra acepción que remite a la larga y contradictoria metamorfosis que se inicia antes de aquella conquista, y que culmina mucho después de que ella se logra. Una hipótesis tentativa que proponemos es que precisamente una estrategia prefigurativa de creación "ya desde ahora" de los gérmenes de la sociedad futura, constituye el eje que estructura y dota de coherencia a este prolongado tránsito denominado proceso revolucionario. Desde esta óptica, la transición al socialismo sería entonces el mismo proceso que primero conduce a la conquista del poder, y luego a la consolidación del poder popular que permita sentar las bases para la edificación de una sociedad sin clases. Desde ya que los medios a disposición de las clases subalternas serán diversos, antes y después de la conquista del poder: este traspaso del poder de la burguesía a manos del bloque popular hegemónico debe implicar, también, "un cambio radical de los instrumentos y de las formas de ejercicio del poder, y no simplemente el pase de mano de los mismos instrumentos y del empleo de los mismos métodos"¹⁴. Subyace aquí una clara ruptura respecto de la relación entre medios

14 Lelio Basso, "El uso de la legalidad en la transición al socialismo", en: VV.AA., *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Editorial Periferia, 1974, p. 66.

y fines que establece la racionalidad instrumental burguesa, así como una vocación por amalgamar lo más estrechamente posible –y desde una perspectiva prefigurativa– los medios de construcción política de los sujetos políticos con vocación hegemónica, con los fines socialistas a los que se aspire. Por ello no resulta ocioso explicar que aquel momento particular (el de la conquista del poder) oficia de bisagra o “punto de viraje”, aunque ello no equivale a hacer de él un corte neto de separación entre dos fases que, en rigor, se encuentran estrechamente conectadas y que, en última instancia, representan un contínuum histórico en términos del proyecto político de largo aliento que le otorga sentido. A ello aludía Rosa Luxemburgo al aseverar que “la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista”.¹⁵

En sintonía con esta lectura, Isabel Rauber ha sugerido que “la propuesta de transformación social a partir de la construcción de poder propio “desde abajo” reclama pensar la transición como parte de todo el proceso de transformación del sistema del capital desde el interior mismo del sistema, y viceversa”¹⁶. Dentro de este complejo despliegue de fuerzas, concluirá que “la disputa por la hegemonía se expresa a través del conflicto entre lógicas –capitalista y anticapitalista– que operan efectivamente en el seno mismo del mundo capitalista realmente existente”¹⁷. Ellas ofician, por lo tanto, como verdaderos gérmenes de la sociedad futura y permiten ir trazando un inestable puente, como hemos planteado en el caso del Estado y el poder comunal, entre lo viejo que no termina de morir y lo nuevo que aún está naciendo. Claro está que estos núcleos embrionarios no podrán desplegarse acabadamente si no

15 Rosa Luxemburgo, “La revolución rusa”, *Rosa Luxemburgo o el precio de la libertad*, Berlín, Fundación Rosa Luxemburgo y Editorial Karl Dietz Berlín, 2007.

16 Isabel Rauber, *Sujetos políticos. Rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos*, Buenos Aires, Central de Trabajadores Argentinos, 2005.

17 *Ibid.*

se inscriben en un proyecto consciente y subjetivo de transformación global, dinamizado por las clases explotadas y sus aliados estratégicos, es decir, si ya desde ahora no se disputa y asume de manera progresiva el “poder decisonal” de la sociedad¹⁸. En este punto el Estado también deviene un territorio estratégico de disputa y confrontación que condensa las relaciones de fuerza que se tejen y se actualizan al calor de la lucha de clases.

La transición como proceso dialéctico: una delicada articulación entre reforma y revolución

¿Podría, entonces, pensarse en un contínuum que vaya desde los pequeños impactos de las luchas sociales y políticas sobre la estructura estatal hasta las transformaciones más significativas impulsadas desde gobiernos populares como el bolivariano? ¿De qué modo, en esta línea, podrían entenderse las nociones de reforma y de transición? Como ya hemos sugerido en otro texto, el concepto de transición no es idéntico al de reforma, que puede estar incluido en aquel¹⁹. Mientras la reforma alude a cualquier cambio que modifique y/o mejore en algo una situación preexistente, la noción de transición supone una secuencia de cambio radical, desde un punto a otro, en un proceso que incluye diversas acciones sucesivas y articuladas entre sí. Una transición puede darse a partir de la conquista del poder del Estado por fuerzas de izquierda que impulsan transformaciones del orden dominante, pero es más improbable que pueda configurarse y lograr avanzar en entornos menos radicales, y acotada a

18 Con este término, no nos referimos solo –ni principalmente– al poder gubernamental, sino al que en palabras de Lelio Basso brota de una estrecha interpenetración entre el poder económico y el político, entendidos ambos en un sentido amplio, y al que se integran incluso el poder burocrático, cultural, educativo, comunicacional y hasta religioso. Lelio Basso, “El uso de la legalidad en la transición al socialismo”, en: VV.AA. *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Editorial Periferia, 1974.

19 Hernán Ouviaña y Mabel Thwaites Rey, “La estatalidad latinoamericana revisitada. Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder político y las transiciones”, en: Mabel Thwaites Rey (ed.) *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*, Santiago de Chile, Editorial Arcis-Clacso, 2012.

segmentos específicos de la maquinaria estatal. Entre reforma y transición no solo hay una cuestión de grados y objetivos, sino de relación de fuerzas y nivel de irreversibilidad. Un gobierno de matriz y raigambre popular, pero asumido en un contexto desfavorable para los cambios más profundos, puede verse acotado en sus propuestas de transformación o bloqueado por intereses antagónicos poderosos. Lo que distingue al reformismo, como expresión política, es que no se propone superar las relaciones sociales burguesas ni las problematiza. El reformismo, entonces, es esa estrategia de reformas dentro del capitalismo constituidas como fin en sí mismo, y no como parte de un proyecto que se esfuerce en ser coherente y comprensivo hacia formas de emancipación social más avanzadas, que tenga en la mira el horizonte socialista, aunque sin replicar esquemas y dinámicas de transición ancladas en otro tiempo histórico.

En función de esta lectura, cabe entonces plantear que lo que distingue a una estrategia auténticamente revolucionaria de una de tipo reformista, no es necesariamente la lucha violenta por la toma del poder, sino sobre todo la capacidad de intervención subjetiva en los procesos de desarrollo contradictorio de la sociedad, sustentada en una vocación colectiva de mantener, en cada fase y momento de la lucha de clases, una estrecha conexión entre cada una de las acciones desplegadas por los grupos subalternos organizados de forma autónoma –sean estas pacíficas y/o violentas– y la perspectiva de totalidad que tiene como horizonte el trastocamiento y superación del conjunto de la sociedad, entendida como “sistema de dominación múltiple”²⁰. Al respecto, hacemos propias

20 Hablar de un “sistema de dominación múltiple” implica entender que las diferentes formas de explotación y/o opresión (de clase, de género o étnica, por mencionar solo algunas de las más relevantes) se encuentran articuladas entre sí, por lo general reforzándose mutuamente unas a otras. Por lo tanto, si bien es importante dar cuenta de las características específicas que distinguen a cada forma de dominación (de ahí su carácter múltiple), también es preciso analizar qué vínculos e interconexiones existen entre cada una de ellas, desde una perspectiva de totalidad. En palabras de Gilberto Valdés Gutiérrez: “La significación histórica y epistemológica de la noción de “sistema de dominación múltiple” radica en la superación del reduccionismo y la consecuente comprensión de que las

las palabras del brasileño Francisco Weffort²¹, quien supo plantear que aunque es imposible negar que las revoluciones tienen siempre su cuota de violencia, no es esta la que las define como tales; antes bien, ella resulta ser tan solo un aspecto del proceso de transformación integral de la sociedad y no la esencia que las dota de sentido. En síntesis: lo que define a una revolución es “el surgimiento brusco y recio del pueblo en el escenario político” y no la capacidad de confrontación militar o poder de fuego que tenga alguna organización o sector social determinado.

De ahí que sea pertinente afirmar que, si en los años sesenta y setenta en América Latina (e incluso durante los ochenta, en el caso de Centroamérica) se impuso, como modelo unívoco y prerequisite para iniciar la transición al socialismo, la revolución entendida como asalto armado al poder, hoy en día no cabe pensar en una matriz común ni, menos aún, en la dinámica insurreccional clásica como condición *sine qua non* para dar comienzo a la transición. No obstante, el proceso político que se vive en países como Venezuela dista de poder ser definido como pacífico en términos absolutos. Antes bien, se constata en él, en diferentes grados e intensidades, las tensiones y violencias que fuerzan al sostenimiento firme de las conquistas populares, puestas en cuestión o amenazadas por intentos golpistas o por contraofensivas lideradas por los sectores mediáticos y empresariales en connivencia con el imperialismo yanqui.

En este sentido, uno de los mayores retos del gobierno bolivariano estriba en la fragilidad sobre la que se sostiene: la ratificación

luchas contra el poder político del capital están íntimamente vinculadas a la creación no solo de un nuevo orden político-institucional alternativo al capitalismo, sino a la superación histórica de su civilización y su cultura hegemónica”; Gilberto Valdés Gutiérrez, *Posneoliberalismo y movimientos antisistémicos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2009.

21 Francisco Weffort, “Democracia y revolución”, en: Cueva, Agustín (compilador), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, versión digital disponible en: www.cuadernospoliticos.unam.mx/2Fcuadernos%2Fcontenido%2F56%2F56.3.FranciscoWeffort.pdf&usg=AFQjCNHxfEfkccqiNY23wvEjvVL1qisayQ&sig2=ktl1hUPRnr odEoqE6fNuxQ.

o no, en cada acto electoral, del proyecto de transformación que encabeza. El haber apostado por la creación de un socialismo acorde a los desafíos y anhelos que depara el siglo xxi, que lidia con –y a la vez se sostiene a partir de– una institucionalidad estatal a la cual, paradójicamente, se pretende superar, y que tiene como horizonte la construcción de una nueva hegemonía democrática y revolucionaria dedicada no a imponer, sino a convencer a través de una intensa labor signada por la batalla de ideas²², actualiza el viejo debate en torno a las vías posibles de transición al socialismo y convierte ciertas instancias como las que remiten a las contiendas electorales (que por lo general se concebían como algo meramente táctico) en un momento de confrontación y disputa de suma relevancia. Esta inédita experiencia nos obliga, pues, a repensar el complejo y dialéctico vínculo entre reforma y revolución, teniendo como un ámbito central de la lucha de clases a las propias instituciones estatales. Y es que si en los años sesenta y setenta para realizar reformas estructurales era necesario hacer la revolución (concebida esta como asalto al poder estatal), hoy en día pareciera ocurrir un proceso inverso: para dinamizar la revolución (entendida de manera procesual, aunque no exenta de momentos de ruptura) se torna ineludible impulsar reformas de estructura que permitan ir transformando, desde ahora, las condiciones de existencia de las clases subalternas. No obstante, estas conquistas parciales (plasmadas en políticas públicas participativas asentadas en la resocialización de la renta petrolera desde una concepción desmercantilizadora, como es el caso de las misiones) deben estar orgánicamente vinculadas por el horizonte estratégico de trastocamiento y superación integral de la sociedad burguesa. De lo contrario, existe el peligro real de que ellas sean subsumidas en la lógica de domesticación plebeya propia del sistema capitalista.

La clave, entonces, reside en cómo construir las relaciones de fuerzas, los apoyos suficientes como para avanzar en

22 Hugo Chávez Frías, *Golpe de Timón. I consejo de ministros del nuevo ciclo de la Revolución Bolivariana*, Caracas, Ediciones Correo de Orinoco, 2012.

transformaciones más profundas. Y la diferencia entre los gobiernos también estará planteada en función de los recursos que movilizan para cambiar la relación de fuerzas a favor de las clases subalternas. Porque no se trata simplemente de aceptar lo dado como límite sino de empujar, a partir de lo dado, aquello que se busca como horizonte emancipatorio. Nicos Poulantzas explicitó este dilema en los siguientes términos:

Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades (que fueron también una conquista de las masas populares) con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el enjambre de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático.²³

En igual sentido, Erik Olin Wright ha expresado al respecto que

... para que un gobierno de izquierda adopte una postura generalmente no represiva respecto de los movimientos sociales e inicie incluso una erosión, por pequeña que sea, de la estructura burocrática del Estado capitalista, son necesarias dos precondiciones: primero, es esencial que la izquierda se haga con el control del gobierno sobre la base de una clase trabajadora movilizadora que cuente con fuertes capacidades organizativas autónomas; segundo, es importante que la hegemonía ideológica de la burguesía sea seriamente debilitada con anterioridad a una victoria electoral de izquierda. Estas dos condiciones están dialécticamente ligadas.²⁴

Desde esta perspectiva, una propuesta de transición al socialismo centrada en el desarrollo de una praxis política radical,

23 Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Editorial Siglo XXI, 1991, p. 313.

24 Erik Olin Wright, *Clase, crisis y Estado*, México, Editorial Siglo XXI, 1983.

requiere establecer un nexo dialéctico entre, por un lado, las múltiples luchas cotidianas que despliegan –en sus respectivos territorios en disputa– los diferentes grupos subalternos y, por el otro, el objetivo final de trastocamiento integral de la civilización capitalista, aunque sin desestimar los límites que para conseguir este propósito impone el Estado (de la IV República) con su andamiaje de instituciones enraizadas en la supervivencia sistémica. Se trata de que cada una de esas resistencias y procesos de autoafirmación territorial, como el encarnado por los consejos comunales y las comunas, devengan mecanismos de ruptura y focos de contrapoder, que aporten al fortalecimiento de una visión estratégica global y reimpulsen, al mismo tiempo, aquellas exigencias y demandas parciales, en función de un proyecto emancipatorio y contrahegemónico. Esta dinámica de combinar las luchas por reformas con el horizonte estratégico de la revolución, se constituye en el eje rector para modificar la correlación de fuerzas en favor de las clases subalternas. La articulación consciente de las luchas, su creciente hermanamiento y confluencia, apunta a que se vayan abriendo brechas que impugnen los mecanismos de integración capitalista y prefiguren espacios emancipatorios comunes, convirtiendo así, en la senda gramsciana, el futuro en presente. Porque como supo expresar André Gorz, no es necesariamente reformista “una reforma reivindicada no en función de lo que es posible en el marco de un sistema y de una gestión dados, sino de lo que debe ser hecho posible en función de las necesidades y las exigencias humanas”.²⁵

Este tipo de iniciativas, en la medida en que se asienten en la movilización, la capacidad organizativa conjunta y el estado de alerta constante de los sectores subalternos, puede oficiar de camino que, en su seno, alimente y ensanche al porvenir por el cual se lucha, acelerando su llegada. Esta es, en última instancia, la verdadera diferencia sustancial entre una perspectiva socialista y una de tipo reformista: mientras que la primera considera siempre

25 André Gorz, “Reformas no reformistas”, en: *Crítica de la razón productivista*, Madrid, Editorial Catarata, 2008.

las reivindicaciones inmediatas y las conquistas parciales en relación con el proceso histórico contemplado en toda su complejidad y apostando al fortalecimiento de un poder popular integral, en la segunda se evidencia la ausencia total de referencia al conjunto de las relaciones que constituyen la sociedad capitalista, lo que la lleva a desgastarse en la rutina de la pequeña lucha cotidiana por reformas que –al no estar conectadas con el objetivo final de quiebre y superación del orden dominante– terminan perpetuando la subordinación de las clases populares, las cuales quedan ensimismadas en prácticas corporativas y “micropolíticas”.

Se presenta, por lo tanto, un desafío no menor para los sectores subalternos. Lejos de encapsularse en las medidas y reivindicaciones levantadas como legítimas durante el proceso de conformación y fortalecimiento de un sujeto político con vocación hegemónica, como si fuesen momentos en sí (la absolutización del “qué”), estas demandas deben ser contempladas en relación con el proceso histórico considerado en toda su complejidad (la supeditación al “cómo”, aunque en estrecha vinculación con el “qué”). Así, la prefiguración de la sociedad futura estaría dada no solamente por las conquistas individuales o corporativas valoradas como buenas en sí mismas, sino de acuerdo con las repercusiones que ellas traigan aparejadas sobre la construcción e irradiación del poder de las clases subalternas que aspiran a tener una proyección universal. Pero esta conexión también debe pensarse en un sentido inverso: el fin u horizonte estratégico tiene que estar contenido en potencia en los propios medios de construcción y en las reivindicaciones cotidianas. Es preciso, pues, que exista una interdependencia entre los medios empleados y la meta por la cual se lucha. Claro que esta relación dista de ser armónica y no equivale a una completa identidad entre ambos polos, sino más bien a un contradictorio vínculo de inmanencia, en función del cual los medios, aunque no son el fin, lo prefiguran o anticipan.

Algunas palabras para un final abierto

En función de esta inédita experiencia abierta en Venezuela que depara múltiples desafíos para el pensamiento crítico y la práctica emancipatoria, consideramos que es preciso trascender la rudimentaria concepción del Estado como bloque monolítico e instrumento al servicio exclusivo de las clases dominantes, y avanzar hacia una caracterización más compleja, tanto de lo estatal como de la praxis política misma, aunque sin negar su carácter de clase. Por lo tanto, contradicción y asimetría constituyen dos elementos centrales de ciertas configuraciones estatales en América Latina como la que hemos intentado analizar, que evitan caer tanto en una definición del Estado en tanto “fortaleza enemiga a asaltar”, como en una de matriz populista que lo concibe como una instancia totalmente virgen y a colonizar.

En este sentido, la estrategia gramsciana de “guerra de posiciones” aparece como una sugestiva metáfora para denominar gran parte de las nuevas formas de intervención militante que han germinado en los últimos quince años en el subsuelo venezolano, y que han logrado distanciarse de los formatos propios del vanguardismo elitista y de la vieja estrategia de “asalto” abrupto al poder. A partir de ellas, la revolución pasa a ser entendida como un prolongado proceso de constitución de sujetos colectivos antisistémicos y con vocación hegemónica, que si bien parten de una disputa multifacética en el seno de una sociedad civil cada vez más politizada, no desestiman las posibilidades de incidencia y participación en ciertas áreas clave del Estado –sobre todo desde una orientación antagonista que busca introducir “elementos de la nueva sociedad socialista” en el ordenamiento jurídico e institucional y en la gestión e implementación de políticas públicas participativas y populares–, en pos de transformar radicalmente sus estructuras simbólico-materiales y apuntar hacia una democratización sustantiva no solamente del Estado, sino del conjunto de la vida social.

En suma, que se esté avanzando o no hacia el socialismo en Venezuela, no es algo que pueda responderse *a priori* y desde la mera relectura o aplicación lineal de ciertos conceptos o estrategias

revolucionarias formuladas por los clásicos del marxismo en otra realidad y momento histórico, sino en función de un diálogo fraterno y desprejuiciado con el complejo proyecto político bolivariano que, cual laboratorio de experimentación, se encuentra en permanente metamorfosis y cambio, con indudables avances pero también con peligros y ambigüedades asediándolo en forma constante. Partiendo de este presupuesto, coincidimos con Juan Carlos Monedero en que “la reinención del socialismo es una tarea práctica que necesita orientaciones teóricas”²⁶, por lo que sopesar las interpretaciones que, en la última década y media, se han realizado en torno a este tipo de procesos en curso, resulta una tarea ineludible tanto de la intelectualidad crítica como de los movimientos populares y las organizaciones de izquierda.

Al fin y al cabo, como supo expresar Lelio Basso, toda revolución

... se topa en su curso con contradicciones que están ligadas a las contradicciones de la propia sociedad de la cual brota: en la capacidad de resolver esos problemas, de superar estas contradicciones, allí reside la grandeza de los dirigentes, la madurez de un movimiento; por lo que podemos concluir diciendo que no existen soluciones que puedan ser consideradas válidas sobre el papel: la revolución es un movimiento, y el problema del movimiento, como el sofisma de Zenón, se resuelve caminando.²⁷

El desenlace de este intrincado proceso dependerá sin duda de la solidaridad activa de todos los pueblos del continente, pero sobre todo de que las masas cobren cada vez mayor centralidad en la profundización del poder comunal y la edificación del socialismo bolivariano a través de la creciente participación y la organización popular. Un socialismo que –tal como nos enseñó dos siglos atrás el maestro Simón Rodríguez– sí o sí deberá ser reinventado a lo largo

26 Juan Carlos Monedero, *Socialismos del siglo XXI. Utopías con los pies en el suelo*, Caracas, Centro Internacional Miranda, 2009.

27 Lelio Basso, “El uso de la legalidad en la transición al socialismo”, en: VV.AA, *Acerca de la transición al socialismo*, Buenos Aires, Editorial Periferia, 1974.

y ancho de Nuestra América para prosperar como alternativa civilizatoria frente a la barbarie capitalista que nos asola.

Referencias

- Álvarez, Víctor. (2001). *Del Estado burocrático al Estado comunal: la transición al socialismo de la Revolución Bolivariana*. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Bahro, Rudolf. (1979). *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*. Barcelona: Editorial Materiales.
- Basso, Lelio. (1972). Momento soggetivo e processi oggettivi nella transizione al socialismo. *Rivista Problemi del Socialismo*. 9.
- Basso, Lelio. (1974). El uso de la legalidad en la transición al socialismo. En: VV.AA. *Acerca de la transición al socialismo*. Buenos Aires: Editorial Periferia.
- Biardeau, Javier. (2011). Democracia socialista. Desprenderse del marxismo soviético, construir pensamientos contrahegemónicos. *Revista Comuna*. 4. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Bonilla, Luis (compilador). (2013). *El legado de Chávez. Reflexiones desde el pensamiento crítico*. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Chávez Frías, Hugo. (2009). *Comunas, propiedad y socialismo*. Colección Cuadernos para el Debate. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Chávez Frías, Hugo. (2012). *Propuesta del candidato de la patria, comandante Hugo Chávez*. Caracas: Comando Campaña Carabobo.
- Chávez Frías, Hugo. (2012). *Golpe de Timón. I consejo de ministros del nuevo ciclo de la Revolución Bolivariana*. Caracas: Ediciones Correo de Orinoco.
- Evans, Nicmer. (2011). Tensión legal e institucional entre el Estado y el poder popular: ¿hacia el Estado comunal? *Revista Comuna*. 4. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Gorz, André. (2008). Reformas no reformistas. En: *Crítica de la razón productivista*. Madrid: Editorial Catarata.

- Guevara, Ernesto. (1972). Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo? En: *El marxismo en América Latina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Lander, Edgardo. (2012). El Estado en los actuales procesos de cambio en América Latina: proyectos complementarios/divergentes en sociedades heterogéneas. En: *Grupo permanente de trabajo sobre alternativas al desarrollo: Más allá del desarrollo*. Buenos Aires: Editorial América Libre y Fundación Rosa Luxemburgo.
- Luxemburgo, Rosa. (2007). La revolución rusa. En: *Rosa Luxemburgo o el precio de la libertad*. Berlín: Fundación Rosa Luxemburgo y Editorial Karl Dietz Berlín.
- Mariátegui, José Carlos. (1975). *Ideología y política*. Lima: Editorial Amauta.
- Mazzeo, Miguel. (2014). *Introducción al poder popular. El sueño de una cosa*. Santiago: Editorial Tiempo Robado.
- Mészáros, István. (2011). *Actualidad histórica de la ofensiva socialista. Alternativa al parlamentarismo*. Madrid: Editorial El Viejo Topo.
- Monedero, Juan Carlos. (2009). *Socialismos del siglo XXI. Utopías con los pies en el suelo*. Caracas: Centro Internacional Miranda.
- Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel. (2012). La estatalidad latinoamericana revisitada. Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder político y las transiciones. En: Mabel Thwaites Rey (ed.). *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*. Santiago de Chile: Editorial Arcis-Clacso.
- Poulantzas, Nicos. (1991). *Estado, poder y socialismo*. México: Editorial Siglo XXI. Caracas: Editorial Monte Ávila.
- Rauber, Isabel. (2005). *Sujetos políticos. Rumbos estratégicos y tareas actuales de los movimientos sociales y políticos*. Buenos Aires: Central de Trabajadores Argentinos.
- Rebellato, José Luis. (2009). El aporte de la educación popular a los procesos de construcción de poder local. En: *José Luis Rebellato. Intelectual radical*. Uruguay: Editorial Nordan.
- Ruiz, Miguel. (2012). *Crisis estatal y lucha de clases en la Venezuela contemporánea*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

- Scott, James. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Editorial Era.
- Silva, Ludovico. (2009). *Anti-manual para uso de marxistas, marxólogos y marxianos*. Caracas: Editorial Monte Ávila.
- Silva, Ludovico. (2011). *Teoría del socialismo*. Caracas: Fondo Editorial Fundarte.
- Valdez Gutiérrez, Gilberto. (2009). *Posneoliberalismo y movimientos antisistémicos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Vásquez Heredia, Omar. (2015). Estado y crisis del posneoliberalismo extractivista en Venezuela (2009-2015). Ponencia presentada en el Congreso Internacional de la Flacso, Quito.
- Weffort, Francisco. (1991). Democracia y revolución. En: Cueva, Agustín (compilador). *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Versión digital disponible en: www.cuadernospoliticos.unam.mx/2Fcuadernos/2Fcontenido/2FCP.56%2FCP56.3.FranciscoWeffort.pdf&usg=AFQjCNHxfEfkccqiNY23wvEjvVL1qisayQ&sig2=ktl1hUPRnrodEoqE6fNuxQ.
- Wright, Erik Olin. (1983). *Clase, crisis y Estado*. México: Editorial Siglo XXI.

LOS LÍMITES DE LA MEDIACIÓN DEL ESTADO EN LA APROPIACIÓN DE LA RENTA PETROLERA EN VENEZUELA DURANTE EL CHAVISMO

JUAN KORNBLIHTT

La historia venezolana puede escribirse como la historia de la disputa por la apropiación de la renta de la tierra petrolera por diferentes sujetos sociales tanto dentro del país como en el extranjero. A diferencia de lo que ocurre en países con predominio de la renta agraria, en la renta de la tierra petrolera la propiedad de la tierra es estatal. Es decir, que en Venezuela el principal terrateniente es el propio Estado. Esta particularidad es clave para entender la dinámica general de la lucha política en el país y analizar qué particularidad expresa el chavismo en el desarrollo del capitalismo en Venezuela.

Chávez y sus seguidores no pueden ser unificados en una sola definición, pero si algo los caracteriza en su diversidad de planteos es atribuirle al gobierno una redefinición en el rol del Estado en la apropiación de la renta petrolera donde los sectores sociales de menores ingresos resultan los favorecidos en relación con los años previos. También aparece la coincidencia de que dentro de los perjudicados estarían los sectores más concentrados del capital local junto a los extranjeros. Lo cual explicaría el carácter de enfrentamiento con algunas potencias imperialistas, en particular Estados Unidos. Todo esto justificaría el apoyo al gobierno en sus diferentes medidas para

enfrentar a quienes buscan una redistribución más regresiva de la renta petrolera.

Las diferencias entre los chavistas surgen en torno a si esto fue resultado de una política de transición hacia otras formas de producción anticapitalistas con creciente peso del poder popular, si se trata de un regreso a la intervención estatal antineoliberal, de una combinación de ambas o incluso hasta se habla de un proyecto sui géneris correspondiente a la particularidad cultural de la población venezolana.

Con estas diferencias, la coincidencia vuelve a aparecer en torno a que la distribución de la renta vía intervención estatal aparece escindida del propio desarrollo del capital, como una potencialidad política en sí misma que depende de la correlación de fuerzas. Esta idea surge de pensar por separado la distribución y producción en el capitalismo y la lucha de clases como elemento externo que las define. Esta fragmentación de la realidad en esferas solo puede ser unida por una interpretación teórica externa que lleva a una acción política no regida por la reproducción mediante el pensamiento de la realidad sino por una ideología que surge de cómo se interprete la realidad. La crítica debe dar cuenta entonces de cómo se produce la reproducción del capital como relación social general en sus formas específicas durante los años de Chávez. De ahí debe surgir qué expresa la ideología del chavismo y las potencialidades concretas de su acción política desde el Estado y las de la clase obrera.

1. La renta de la tierra y sus cursos de apropiación¹

a) Capitalistas y terratenientes

La renta de la tierra constituye una de las formas que toma la plusvalía. Al tratarse el capitalismo de una sociedad basada en la

1 Por el estilo del libro, se limitaron las referencias en citas al pie. La mayor parte de los datos aquí presentados fueron elaborados durante una estancia en el BCV, a quienes agradezco por la colaboración brindada y deslindo de todo compromiso con el contenido del artículo. Luego fueron continuados como parte de mi trabajo como investigador del Conicet (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) en Argentina. Los datos y la metodología se pueden consultar en Juan Kornblihtt

propiedad, la existencia de condiciones de producción no reproducibles por el trabajo humano puede ser monopolizada. Dicha propiedad aparece personificada por el terrateniente cuyo ingreso aparece como el valor de la tierra. Sin embargo, al no ser producto del trabajo humano, la tierra no tiene valor.

El ingreso correspondiente al terrateniente, en principio, aparece como un pago realizado por el capitalista que use esa tierra. Para pagar ese alquiler, el capitalista tiene que obtener una tasa de ganancia por encima a la que obtendría en otra actividad. Ese extra proviene en el caso venezolano por el hecho de que gracias a condiciones naturales particulares, el petróleo se saca con menos trabajo que en otros países. En una rama donde las condiciones son reproducibles por el trabajo humano, el capital que tiene los menores costos rige el precio. La tasa de ganancia media se ajusta en torno a la que obtiene esa empresa como expresión de la tasa general de ganancia. En cambio, en el caso del petróleo, el precio lo rigen los capitales que operan en las peores tierras. Eso permite a quienes operan en tierras donde la productividad del trabajo es mayor a la normal obtener una ganancia extraordinaria por las condiciones diferenciales. A esto se suma que incluso en las peores tierras también hay que pagar un alquiler, la llamada renta absoluta (que no siempre se cobra, aparece si la composición orgánica es menor que la del promedio de la economía) y la posibilidad de que los dueños de la tierra retiren su producción por un tiempo en busca de subir los precios en lo que se llama renta simple de monopolio (esta tiene particular importancia en el sector petrolero).²

y Fernando Germán Dachevsky, "Notas metodológicas para el cálculo de la renta de la tierra petrolera", en: *Economía: teoría y práctica*, México, UAM, 2010, pp. 141-167; Juan Kornblihtt "Oil Rent Appropriation, Capital Accumulation, and Social Expenditure in Venezuela during Chavism", en: *World Review of Political Economy*, 6, 1, 2015, pp. 58-74; y en Tamara Seiffner, Juan Kornblihtt, y Romina de Luca, "El gasto social como contención de la población obrera sobrante durante el kirchnerismo y el chavismo (2003-2010)", en: *Cuadernos de Trabajo Social*, 25, 1, 2012, pp. 33-47.

2 El desarrollo de las determinaciones generales de la renta de la tierra aparece en Karl Marx, *El Capital*, Tomo III, ediciones varias.

Estas diferentes formas de ganancias extraordinarias que por simpleza llamaremos renta de la tierra petrolera escapan de las manos del capitalista por efecto de la competencia. La mayor ganancia por capital adelantado en relación a otros negocios lleva a que los capitalistas se vean atraídos a invertir ahí. Al hacerlo, compiten por entrar a esa tierra y pagan un alquiler más alto. El límite máximo del pago por el uso de esa tierra es recibir la misma ganancia que recibiría en otro negocio. La ganancia extraordinaria escapa de las manos de los capitalistas para pasar a las del dueño de la tierra. Los terratenientes, en tanto personificación de la mercancía tierra, reciben una porción de la plusvalía mundial sin haber adelantado capital. Hacen usufructo de la explotación al obrero realizada por el capitalista sin más necesidad que reproducirse a sí mismo. Lejos de quedarse de brazos cruzados, los capitalistas intentan recuperar parte de lo que pierden a través de diferentes mecanismos sobre los cuales hablaremos en el próximo acápite.

Antes de avanzar hacia dónde va la renta, surge la pregunta de dónde viene. En apariencia, la renta sale directo del capitalista que arrienda la tierra. Sin embargo, si preguntamos de dónde sale la ganancia extraordinaria recibida por ese capitalista para pagar ese alquiler, vemos que proviene de vender a un precio por encima del precio que corresponde a los costos más bajos y su proporcional tasa de ganancia individual. Entonces, son los consumidores de dichas mercancías los que pagan la renta y el capitalista del sector actúa como un intermediario. En el caso venezolano, como en el de muchos países exportadores de las llamadas materias primas, la mayor parte de dichas mercancías se exportan. El origen de la renta diferencial es en estos casos plusvalía proveniente del extranjero que se sustrae a la acumulación del conjunto del capital consumidor de dichas mercancías en forma directa o indirecta.³

3 El análisis de la renta de la tierra petrolera en el caso venezolano fue sobreestudiado por Bernard Mommer y Asdrúbal Baptista. Ver entre otros: Asdrúbal Baptista, *Teoría económica del capitalismo rentístico: economía, petróleo y renta*, Caracas, Ediciones IESA, 1997, y Bernard Mommer, *Global Oil and the Nation State*, EE.UU., Oxford University Press, 2002.

Esto da vuelta a la teoría de la dependencia. Si comparamos la rentabilidad de la rama petrolera en Venezuela en su conjunto (se suma renta y ganancia del sector) con la del capital industrial de los EE.UU., la tasa de ganancia oscila entre ser ocho y cuatro veces mayor durante los años de Chávez. El intercambio con el principal sociocomercial de Venezuela muestra una transferencia considerable a favor suyo en detrimento de la potencia imperialista a pesar de lo que afirme la “teoría del intercambio desigual”.

Volvamos a qué pasa con esa renta ingresada desde el extranjero al país. Como dijimos, el terrateniente recibe una porción de la plusvalía sin necesidad de reproducir nada (a diferencia del capital que debe reproducir su capital a costa de perecer). Esto habilita a que los capitalistas disputen por ella. Pero no lo hacen por vía de la competencia ya que ese mecanismo de lucha entre los capitalistas es lo que hace que la ganancia extraordinaria que obtenían en ese sector escape de sus manos. A su vez, la apropiación de la renta está atada a un territorio particular por condiciones no reproducibles y no trasladables. La mediación tiene que venir por fuera de la competencia y se realiza a través de la política nacional. El Estado actúa entonces como mediador en la apropiación de la renta de la tierra con los capitalistas sean nacionales o extranjeros. Cuando el terrateniente es privado, el Estado actúa frente a un sujeto con derechos de propiedad, y por lo tanto civiles, con lo que se produce una disputa en la cual se enfrenta al problema de que dicha mediación no puede avanzar en forma explícita sobre la propiedad ni puede ser discriminatorio en cuanto a las políticas sectoriales sin generar un conflicto. En Argentina, eso lleva a un conflicto que se reedita a lo largo de la historia entre el Estado y los terratenientes por la existencia de impuestos específicos. Frente a esto aparecen otros mecanismos menos directos, como el tipo de cambio o la tasa de interés negativa sobre los depósitos bancarios de los terratenientes, entre otros.

Estas dificultades para apropiar la renta de la tierra en manos de los terratenientes desaparecen para el capital cuando pasa directo a manos del Estado. La no existencia de los terratenientes

privados plantea que el Estado no tiene que apropiarse para luego distribuir. Puede darse una disputa interna entre fracciones del Estado que representen al capital y a los dueños de la tierra (como veremos ocurre en algunos momentos de la historia venezolana) pero más allá de eso el control del Estado aparece como el control directo de la renta de la tierra.

b) Capital y tierra estatal

La centralidad del Estado en la apropiación de renta en Venezuela aparece en la actualidad por dos vías. Una en tanto es el dueño de la tierra y la otra en tanto dueño de la empresa petrolera que monopoliza a nivel nacional la refinación y la comercialización. La propiedad de la tierra petrolera en manos del Estado como ocurre en la mayor parte de los países con la excepción de los EE.UU. existe desde el descubrimiento del petróleo. Pero hasta la estatización de las empresas de exploración y refinación y la creación de Pdvsa en 1976, la relación se rigió a través de concesiones y contratos. Dada la larga duración de los mismos, los capitalistas acceden bajo la forma de un alquiler en forma parcial a la propiedad de la tierra al impedir el acceso de otros capitalistas. Se apropian de esta forma no solo de ganancias normales sino de parte de la renta de tierra. Con la fuerte subida del precio del petróleo a nivel mundial en los setenta, los terratenientes estatales cobran fuerza y avanzan en la apropiación de renta. Que en el caso venezolano se realiza casi sin conflicto. Al ganar el Estado mayor capacidad de transferencia de renta petrolera hacia el resto de los capitalistas y al renegociar contratos con nuevas empresas petroleras que acceden a un negocio vedado antes de la estatización aparece un consenso incluso entre los burgueses a favor de la propiedad estatal no solo de la tierra petrolera sino del capital principal que acumula en dicha rama.

Aunque se trata de una empresa estatal, Pdvsa tiene que reproducir su capital para valorizarse. Cuando el precio del petróleo es alto, el Estado en su carácter de terrateniente puede apropiarse la renta con menor dificultad sin trabar el desarrollo. Esto se observa en el fuerte peso de los impuestos directos a la empresa. Pero con

la caída del precio del petróleo hacia mediado de los ochenta y en particular en los noventa, Pdvsa ya no tiene capacidad de sostener al resto de la economía porque su rentabilidad se reduce y con ella la renta a ser apropiada por otros. De la mano de la crisis en el sector petrolero se produce un proceso de concentración y centralización a escala internacional, por lo cual las empresas petroleras para mantenerse competitivas en el mercado integran la refinación y la comercialización a escala internacional. Ante esta necesidad, Pdvsa avanza con la compra de empresas de estos rubros en diferentes países incluidos los EE.UU. A la vez, hacia fines de los noventa con la renta en su menor nivel, realiza apertura hacia las inversiones extranjeras.

Cuando el ciclo de la caída de renta se revierte y comienza su suba, ya durante el gobierno de Chávez, se produce una disputa. Como ocurrió en el boom anterior, la suba de la renta hace que las ganancias de Pdvsa vuelvan a superar las necesarias para su reproducción. Esto lleva a una disputa con la fracción del capital estatal representada en los gerentes que se resisten a perder el control por parte de la renta en manos del resto del Estado. Sin embargo, el dueño de la tierra recupera la fuerza perdida en los noventa y avanza en el control de Pdvsa, mediado el golpe de Estado y el *lock out* petrolero. Triunfante de ese conflicto, el gobierno de Chávez avanza en el control de Pdvsa y retoma la intervención en la OPEP en un contexto en el cual el precio del petróleo no pararía de crecer hasta el año 2008. En ese proceso se produjeron renegociaciones con el capital privado internacional, pero sin su desaparición, sino con su reemplazo por empresas mixtas con peso mayoritario del Estado. Aunque dada la magnitud de la renta esto estaba lejos de implicar un perjuicio para el capital extranjero del sector. Por la permanencia en particular en la Franja del Orinoco del mismo, pese a las crecientes dificultades para conseguir divisas de seguro, obtiene una rentabilidad normal o incluso uno puede suponer, pese a no contar con datos oficiales, por encima.

En este avance del Estado en el control de la renta petrolera pareciera estar uno de los puntos fuertes del chavismo para

defender la idea de que bajo los gobiernos de Chávez se avanzó en un cambio de modelo. La pregunta entonces que surge es a favor de quién el Estado media en la apropiación de renta.

c) ¿La renta para quién?

Para respondernos quién se apropia la renta debemos analizar las condiciones específicas de la acumulación de capital en el país. Venezuela se trata de una sociedad mercantil donde predominan los productores privados e independientes que se relacionan a través de mercancías. Las clases emergen como la personificación de la mercancía que se establece como la portadora de la relación social. La clase obrera, la burguesía (en sus diferentes tamaños) y los terratenientes aparecen en su plenitud en el país. En tanto representante del capital social, el Estado no es expresión de un agente externo que media en la lucha de clases ni está en manos directa de una u otra clase. Es el representante general de los intereses del capital en su conjunto en un determinado ámbito social, es decir, de la propiedad y de las condiciones específicas de valorización del mismo. Cuando media en la apropiación de la renta, si no concentra en sus manos el conjunto del capital, su distribución contribuye a la valorización del capital en determinadas condiciones, ya sea que se trate de transferencias directas ya sea que afecte el valor de la fuerza de trabajo y a través de ella afecta la tasa de ganancia de los capitalistas individuales.

El capital que acumula en Venezuela se caracteriza por su baja productividad del trabajo, lo cual redundaría en una baja competitividad. Sin embargo, cuando se calcula la tasa de ganancia de los capitales no petroleros en general y el capital industrial en particular se observa que este se valoriza por encima de la media de los capitales de países como EE.UU. o incluso que Argentina. En particular esto ocurre durante los sesenta y setenta, lo cual explica la fuerte inversión de capital que lleva a Venezuela a tener una de las tasas de acumulación más altas del mundo durante ese periodo. Al igual que ocurre en Argentina con la renta de la tierra agraria, esto atrae a capitales extranjeros que en sus casas matrices operan con

la competitividad normal, pero que gracias a la renta pueden valorizar tecnología obsoleta⁴. En Venezuela, el caso paradigmático es el automotriz. Por ejemplo, según datos de su página web global, en el año 2014 Toyota tiene en Venezuela una escala de producción de 3.000 unidades por año, mientras que una planta en Argentina produce 96.000 y una en los EE.UU. 466.000.

La renta de la tierra petrolera apropiada a través de diferentes mecanismos actúa de esta forma como una herramienta de compensación a la ineficiencia del capital radicado en el país. Para el capital extranjero, esto implica recuperar parte de la renta que se perdió en la importación de petróleo. Para el nacional, valorizarse como si fuese un capital normal aunque se trata de pequeños capitales destinados a desaparecer. El carácter sobrante de estos capitales se pone en evidencia durante la segunda mitad de los ochenta en lo que se conoce como el “colapso venezolano”. Con la contracción de la renta, la inversión realizada se encuentra sin compensaciones. Aunque se busca compensarla con una fuerte baja salarial de casi un 30% entre 1979 y 1985 y a un creciente endeudamiento, la caída se hace inevitable. El stock de capital no solo dejó de crecer sino que se destruyó un porcentaje importante.

El resultado es un fuerte crecimiento de la población que le sobra al capital. En Venezuela, la expansión de la renta petrolera desde la década de los veinte implicó un aumento de la capacidad importadora que favoreció una sobrevaluación a partir de los treinta del bolívar (o visto al revés la venta de dólares a bajo

4 Uno de los primeros autores en señalar lo particular de la acumulación de capital extranjero en Argentina y en gran parte de América del Sur como un mecanismo de valorizarse sin desarrollar las fuerzas productivas como forma de recuperar la renta de la tierra perdida en la compra de materias primas es Juan Iñigo Carrera. También desarrolló en forma original gran parte de la metodología utilizada en los cálculos que sustentan este estudio, en sintonía parcial con los trabajos de Mommer y Baptista. Ver Juan Iñigo Carrera, *La formación económica de la sociedad argentina*, 1, Imago Mundi, 2007. Para un desarrollo específico de los problemas aquí tratados a nivel continental en base a los planteos de Iñigo Carrera ver también: Nicolás Grinberg, “Where Is Latin America Going? FTAA or ‘Twenty-first-Century Socialism?’”, en: *Latin American Perspectives*, 37, 1, 2010, pp. 185-202.

precio) permitida por la intervención estatal. Esto llevó sobre todo a un aumento de la importación de alimentos en reemplazo de los producidos en campos donde la productividad del trabajo era baja. El resultado fue las migraciones internas de trabajadores rurales que aunque una parte fue empleada en la industria, ya desde un comienzo requirió de la intervención estatal para paliar el desempleo y el gasto social para garantizar su reproducción. Incluso la importación de alimentos implementado por gobiernos llamados populistas aparecía, a diferencia de Argentina, como una forma de sostener el consumo de estas porciones de la clase obrera. Aquellos que evitaban la migración a la ciudad operaban en el agro en una escala muy chica con muy baja productividad del trabajo. Sobrevivían en el mercado gracias a que en lugar de apropiarse la tasa media de ganancia sacrificaban parte de su ingreso e incluso se reproducían por debajo del salario medio. El cambio en la agricultura no solo multiplicaba la población sobrante para el capital en la ciudad sino también en el campo mismo, bajo el nombre de campesinos.

Aunque sin haber sido del todo absorbida en las décadas previas, la expansión de la población sobrante se hace más abierta con la contracción de la economía en los ochenta. El Caracazo de 1989 pone en evidencia el fin de la ilusión de un desarrollismo basado en el petróleo. Durante los noventa se intenta sin éxito con privatizaciones y endeudamiento externo relanzar la acumulación de capital. La rentabilidad del sector no petrolero se recupera en parte pero el aumento de la competencia a nivel mundial hace que no se vuelva a desarrollar un proceso de industrialización sino que continúa el estancamiento en la acumulación de capital. Tendencia que no se revertirá con el nuevo boom petrolero del 2000 bajo los gobiernos de Chávez. La tasa de acumulación de capital hasta 2008 se encuentra muy por debajo de la que existió en los sesenta y setenta. La acumulación de capital tiene forma nacional pero es mundial por su contenido. Las transformaciones en el proceso de trabajo a partir de la década de la crisis de los setenta permitió la entrada de países con mano de obra barata y disciplinada como los del sudeste asiático y China. Esto llevó a una fragmentación creciente de la producción

que hizo cada vez más difícil a pequeños capitales (sean así en su totalidad o como fragmentos de capitales normales) reproducirse aun cuando contasen con renta y la correspondiente expansión de la población sobrante. Durante el chavismo, al no revertirse el carácter sobrante del capital, el peso de la población sobrante para el capital en forma abierta se mantuvo estable.

El aumento de la renta de la tierra petrolera lo que sí permitió es mejorar las condiciones de vida de esta fracción de la clase obrera aunque no la sacase de su condición de sobrante. Esto se observa en que el gasto social crece en términos absolutos aunque no tanto en su peso total en el gasto estatal. Los mecanismos se diversifican con una sumatoria de gasto centralizado tradicional, misiones específicas y el gasto directo de Pdvsa de parte de sus ingresos en programa sociales. En todos estos planes se comprueba la misma dinámica donde lo que más crece es la asistencia social. A esto, se suma un fuerte gasto en educación, en particular la universitaria. Aunque cuando se observa las carreras donde se dirige el nuevo estudiantado, se encuentra que el 50% son a carreras humanísticas en detrimento de las ligadas a la producción y estas, a su vez, en su mayor parte son carreras cortas terciarias. A la par del crecimiento del gasto en asistencia social, crece el peso del empleo público, lo cual ayuda a reducir el desempleo. La dinámica centrada en la reproducción de la sobrepoblación relativa se expresa también en que el salario real, aunque se recupera en relación a los noventa, se ubica por debajo de los niveles alcanzados previo al colapso de los ochenta.

La población sobrante aparece entonces como una de las beneficiarias inmediatas del crecimiento de la renta petrolera. Para algunos esto es una muestra de que por no ser obreros industriales o estar en relación de dependencia no son parte de la clase obrera, por lo que no corresponde plantear un programa socialista. Pero la razón por la cual aparecen como no necesarios en forma directa por el capital normal es el hecho de que se trata de poseedores de la fuerza de trabajo como mercancía para vender. Algunos logran bajo la forma del cuentapropismo vender en forma directa otras mercancías. En muchos casos, se trata de trabajo a destajo ya que

el capital no es propio. Por lo que se trata de un empleo encubierto. En otros casos, obtienen su propio capital pero en su carácter de pequeños burgueses que apenas alcanzan un ingreso equivalente al salario mínimo, se trata también de población sobrante.

La reproducción de la población sobrante en mejores condiciones pero sin perder su condición de tal se presenta en una forma que aparenta portar la superación inmediata del capitalismo. Las fábricas que quiebran y que pasan a estar bajo control obrero; la generación de cooperativas o empresas de producción social; la forma administrativa donde se desplaza al empresario, con supuesta mayor democracia interna y el control del proceso productivo por los obreros se les presenta a algunos como medidas anticapitalistas e incluso con potencialidad socialista. Sin embargo, cuando se analiza los balances de empresas públicas en la Memoria y Cuenta del Ministerio del Poder Popular para Industrias, se observa que se trata de capitales que operan en forma sistemática a pérdida. Porque pese al cambio en la forma de administración, son empresas que producen para el mercado y compiten en él sin haber realizado un cambio tecnológico ni de escala que permitiese avanzar en una mayor competitividad. Las transferencias estatales aparecen para tapar dichas pérdidas y sostener el empleo, no sin crecientes conflictos tanto dentro de la fábrica como con en el Estado mismo, como se evidencia con mayor claridad en el caso Sidor.

A la par de las estatizaciones (en general empresas quebradas o vaciadas por los capitalistas), aparecen intentos de desarrollar cooperativas o empresas de producción social en su mayor parte agrarias pero también en sectores agroindustriales o pequeños capitales industriales. El número de creación de cooperativas se multiplica hasta 2008 y Venezuela se convierte en uno de los países con más cooperativas pero, como revela un estudio del sector para esa fecha, el 70% de las mismas no funcionaba. Esto confirma estudios de caso que muestran a las mismas como pequeños capitales que operan en el mercado con precios de producción por encima de los que rigen el mercado. Esto lleva a que quiebren o que para sobrevivir necesiten de transferencias de renta de la tierra petrolera a

través de precios sostén, subsidios directos o préstamos a tasa de interés negativa o siquiera pagados de vuelta y con ingresos de los trabajadores que no los sacan de la condición de pobreza.⁵

Las diferentes formas de transferencia dirigidas a la población sobrante pueden aparecer, a pesar de todas las dificultades que no las sacan de esta condición, como un avance en un reparto más equitativo de la renta petrolera en detrimento de la burguesía. Pero el peso del capital estatal no crece y se mantiene en un 30% del total del PBI en términos históricos. Por el crecimiento de la renta, hay un Estado más grande pero dicha expansión se refleja también en una expansión similar del sector privado. Las transferencias de renta que expanden el consumo de la clase obrera en relación a las décadas de los ochenta y noventa implican un aumento de la demanda para los capitales privados. Cuando analizamos las características de estos capitales, como ya señalamos, no observamos un aumento sustancial en la acumulación de capital. Las bajas inversiones explican que la productividad del trabajo no crezca. Sin embargo, los capitales que operan en el país obtienen una rentabilidad similar a la que existe en el resto de los países. Al igual que ocurría antes de los gobiernos de Chávez, la renta de la tierra petrolera les permite compensar su ineficiencia.

A la expansión de la demanda obrera como uno de los mecanismos de apropiación de esa renta por la generación de un mercado interno, se suman otras formas. Entre ellas, se destaca un creciente peso de las transferencias a través del tipo de cambio sobrevaluado. El abaratamiento del dólar no se produce en forma automática, sino como resultado de fijar un tipo de cambio oficial muy bajo a la par que se expande la emisión monetaria (cuya velocidad crece sobre todo a partir de la crisis de 2008). En términos reales, se produce un abaratamiento del dólar en el mercado interno. Esto implica que Pdvsa como casi el único exportador del país es obligado a

5 Ver Thomas Purcell, "The Political Economy of Social Production Companies in Venezuela", en: *Latin American Perspectives*, 40, 3, 2013, pp. 146-168; y Thomas Purcell, "The Political Economy of Venezuela's Bolivarian Cooperative Movement: A Critique", en: *Science & Society*, 75, 4, 2011, pp. 567-578.

liquidar divisas y que se le otorguen menos bolívares que si el tipo de cambio del dólar estuviese en el mercado interno en paridad de compra en relación a la que tiene en el exterior. La sobrevaluación no es un mecanismo novedoso de los gobiernos de Chávez. Aparece en forma temprana en la historia venezolana como forma de apropiar renta a las empresas privadas que exportaban en la década de los treinta. Lo particular durante los gobiernos de Chávez y Maduro es que el nivel de sobrevaluación alcanzado en Venezuela supera todos los récords históricos con niveles del 900% en el último año y oscila entre un 400% y un 500% entre el 2001 y el 2008. El tipo de cambio sobrevaluado se convierte en el principal mecanismo de transferencia de renta por parte del Estado, por encima de su gasto directo. Lo otro novedoso es que el perjudicado por la fuerte sobrevaluación ya no es el capital privado como lo era en los treinta y cuarenta que en el comercio exterior recibía menos bolívares por dólar exportado. Ahora es una empresa estatal la perjudicada. Esto no implica la pérdida de control del Estado de las divisas obtenidas, porque la sobrevaluación es acompañada de un control de cambios donde la asignación de dólares es discrecional y la expansión de un mercado negro, para luego avanzar en la aparición de numerosos tipos de cambios en función de su utilización.

La venta de dólares por menos bolívares que los correspondientes a la paridad favorece, por supuesto, a todos aquellos que compran dólares. Según información publicada por el Cencoex, entre las cincuenta empresas más beneficiadas por el reparto de dólares, treinta de ellas son extranjeras y se quedan con el 20% del total de dólares entregados entre 2004 y 2012. Se destacan entre ellas, las empresas estadounidenses. Entre las ramas, aparecen las automotrices, las de comunicación y las alimenticias. Todas ellas empresas de baja productividad con un alto peso de partes importadas o venta directa de productos terminados que importan de sus casas matrices. Las importaciones crecen en el peso del consumo interno, por lo que a la demanda expandida se la satisface con mercancías importadas que permiten al capital industrial y comercial apropiar una parte de la renta gracias a la sobrevaluación. Una parte del

abaratamiento de las importaciones se traslada al consumo obrero (lo cual mantiene el mismo salario real a un menor costo para el capital estatal o privado) pero en forma creciente los precios de las mercancías importadas, o con alto peso de los componentes importados, se rigen por el dólar del mercado negro, con lo cual se trata de un mecanismo de apropiación directa por parte del capitalista. El Estado intenta frenar la apropiación de renta por este mecanismo a través del control de precios. Pero en muchos casos solo genera desabastecimiento y cuando es exitoso, lo que hace es trasladar la renta al abaratamiento del salario. Como señalamos, el salario real no crece en forma sustancial, por lo tanto implica una forma de abaratamiento del valor de la fuerza de trabajo para el capital.

Los dólares obtenidos no se usan solo para importar mercancías, también son para remitir utilidades y ganancias, viajar al extranjero y pagar la deuda externa entre otros usos. Si tomamos en cuenta la fuga de capital, observamos que entre el año 2003 y el año 2014 salieron del país en manos privadas 128.941 millones de dólares. Pero el Estado no se queda atrás en esta búsqueda de negocios en el extranjero con 100.524 millones de dólares sacados del país.

Otro efecto que tiene la sobrevaluación de la moneda es la circulación en el mercado interno en forma muy abaratada de las mercancías exportadas. Con la combinación de que a su vez el precio en bolívares es casi regalado, la compra de combustible barato se convierte en otro mecanismo de apropiación de renta directo. O a través del efecto general en el abaratamiento de la fuerza de trabajo sin afectar su poder de compra.

2. La particularidad del chavismo y su crisis actual

En pocas palabras, la fuerte expansión de los precios del petróleo lleva a los niveles de renta de la tierra petrolera más altos de la historia. Pero el cambio no es solo en términos absolutos sino en relación al resto del capital. Mientras en los *boom* anteriores, el peso de la renta no superaba el 20% del PBI en los setenta, durante el gobierno de Chávez crece en forma lineal desde un 10% en 1998, un

30% en 2000, a un 70% en 2008⁶. El mayor peso de la renta es el resultado de una expansión luego de una fuerte destrucción de capital durante los ochenta y los noventa que, dados los cambios en la división internacional del trabajo, no permite reeditar procesos de desarrollo industrial en base a pequeños capitales donde la renta compensa su ineficiencia. Las transferencias por lo tanto sostienen la misma estructura y exacerban el peso de las importaciones para satisfacer la creciente demanda interna de una clase obrera que en su mayor parte mantiene su condición de sobrante para el capital pero durante estos años mejora en forma notable su capacidad de consumo. Dado el peso de las importaciones y del capital extranjero entre dichos capitales, la mayor cantidad de dólares vendidos va a sus manos. A su lado, encontramos la multiplicación de pequeños capitales comerciales que también aprovechan la renta transferida a través de dólares baratos. El Estado a su vez intenta avanzar en un proceso de producción social pero el contenido de la misma es la reproducción de la misma particularidad de pequeños capitales ineficientes que sobreviven gracias a la renta aunque con propiedad estatal o cooperativa.

a) De miseria, virtud

La ideología chavista en sus diferentes variantes toma aspectos parciales de esta realidad e invierte su contenido y cuando dichas medidas muestran su verdadero carácter se las atribuye a factores externos. Al crecimiento del Estado en términos absolutos por el aumento de la renta, lo presenta como un cambio de fondo sin tomar en cuenta que dicho crecimiento es acompañado por un crecimiento similar del sector privado. Cuando la renta se contrae y esos mismos capitales favorecidos por la apropiación de renta luchan por mantener sus niveles de apropiación lo presenta como una guerra económica que causa la crisis sin preguntarse por qué financió a su enemigo durante tanto tiempo.

6 Estos cálculos difieren de otras estimaciones que dan más bajo porque incluimos las transferencias por tipo de cambio que otros dejan fuera y, como señalamos, constituye el principal mecanismo de los años bajo estudio.

Al manejo de la política monetaria, lo presenta como una recuperación de soberanía cuando es el mecanismo por el cual se sobrevalúa la moneda y se asigna la mayor parte de la renta al capital extranjero como principal beneficiario. Cuando la ausencia de dólares pone en riesgo ese sistema y obliga a devaluar, lo presenta como un ataque especulativo contra el bolívar y una lucha contra el imperialismo. Luego con la devaluación realizada y el establecimiento de un nuevo mecanismo de control de cambio (en este caso el Simadi) se lo presenta como una nueva herramienta de estímulo del desarrollo industrial, cuando la devaluación es la forma de expresar la contracción de la economía y la búsqueda de bajar salarios.

Al creciente peso de las importaciones financiadas con renta petrolera, se le considera una expresión del boom de consumo provocada por políticas expansivas antineoliberales. Cuando la ausencia de dólares por la caída de la renta impide seguir con esos niveles de importación y de consumo se lo atribuye a la especulación y al acaparamiento.

A las diferentes transferencias al capital privado ineficiente en manos de socios o incluso propiedad de los propios funcionarios, se las presenta como el avance de una política industrial favorable a la burguesía nacional progresiva. Cuando dicha burguesía muestra su incapacidad para utilizar esa renta en un avance de la productividad y quiebra, se presenta dichas transferencias como resultado de prácticas corruptas por falta de ética.

A la estatización de empresas quebradas sin financiar nuevas inversiones o la creación de cooperativas que dependen del Estado, se las presenta como el avance hacia el socialismo por la aparición de formas horizontales de decisión y el supuesto crecimiento del poder popular. Pero cuando la renta cae y se hace difícil sostener dichas empresas se acusa a los obreros por la baja productividad como resultado de su falta de moral socialista y disciplina revolucionaria.

El resultado es que las soluciones propuestas son reproducir más de lo mismo. Si la ideología del socialismo soviético del siglo xx aparecía como una apología del capital estatal concentrado en

su máximo expresión pero limitado a la escala nacional, la ideología del socialismo del siglo XXI se presenta como la apología del pequeño capital estatal ineficiente sostenido por la renta petrolera que ni siquiera alcanza una escala nacional. El carácter de estas ideas se pone de manifiesto con mayor crudeza cuando por la crisis mundial la renta de la tierra cae y hace visible la inviabilidad de la reproducción del capital público y privado sobre estas bases.

b) De la expansión chavista a la contracción madurista

Con la crisis del año 2008, se producen las primeras alertas con la fuerte caída del gasto social y la contracción de la economía en su conjunto, lo cual lleva a un alza de los conflictos laborales y sociales. La breve recuperación del precio del petróleo apacigua la puesta en evidencia de los límites. A la vez, esa breve recuperación del precio del petróleo permite tomar créditos externos en particular de China sobre la base de ventas futuras. Sin embargo, hacia el año 2013 ese efecto expansivo se frena. El precio del petróleo no solo deja de crecer sino que se contrae. Los créditos dejan de fluir e incluso se produce una salida neta en términos de pagos de deuda. La ausencia de dólares hace inevitable una devaluación. La clase obrera ve bajar sus ingresos directos e indirectos y el fuerte peso importador de la burguesía la lleva a ver reducir sus ganancias. La inflación y la baja salarial aparecen en forma inmediata acelerada pero sin ir de la mano de un estímulo de la acumulación de capital.

La inutilidad de las medidas cambiarias se agudiza hacia fines del año 2014 y a principios del año 2015 porque ya no se está frente a un estancamiento en el precio del petróleo sino a una caída del mismo. Sin aumento de la nueva deuda externa, la devaluación se agudiza aunque esta vez no tanto en el cambio oficial sino en la creación de múltiples tipos de cambio y la disparada del dólar paralelo como resultado del aumento de los controles de cambio. El capital comercial (sea a la vez o no industrial) comienza a perder la posibilidad de reproducir su ciclo de valorización con las ventas en el mercado por lo que o no puede importar o prefiere no vender los productos que tiene. El desabastecimiento junto con la devaluación

ponen en evidencia la fuerte contracción del consumo interno como resultado de menos renta para repartir. Frente a esa contracción, el Estado aumenta su participación en el comercio exterior (llega a casi el 30%) y en la asignación de divisas donde se prioriza el consumo de primera necesidad. En el año 2014, según datos de Cencoex, las automotrices, de ser las principales beneficiarias de dólares entre el 2004-2012, casi no reciben divisas. Lo cual provoca una crisis en el sector, con suspensiones y despidos. Las empresas estatales no se quedan atrás de esta crisis como se observa en que Sidor también deja de recibir divisas y que sus pérdidas se mantienen durante 2014.

La contracción de la renta pone en evidencia que los problemas no eran causados por impulsos externos entre sí sino que cada uno parte de la totalidad de la acumulación capitalista mundial que toma forma particular en Venezuela. La apropiación de renta para reproducir capitales sobrantes y su correspondiente clase obrera sobrante muestra su límite con toda su crudeza en el momento de la crisis. La burguesía más concentrada acelera sus movimientos para centralizar en sus manos la menor renta disponible, lo cual implica desprenderse de parte de la burguesía más chica y a la vez reducir el gasto estatal. Las devaluaciones y la asignación de divisas muestran que el Estado actúa en este proceso de concentración y centralización de capital y ataque a las condiciones de vida de la clase obrera. Sin embargo, la mayor parte de la clase obrera no se manifiesta en contra del gobierno y quienes lo hacen se trata de los trabajadores más calificados y los empleados en los capitales más pequeños junto a la misma pequeña burguesía afectada por el mayor control en la asignación de divisas.

Se trata de una movilización que no logra expresar una alternativa política ya que aunque repudia el peso estatal, vive de las transferencias que ese mismo Estado le realiza. La defensa de su propio capital o del capital de sus empleadores la muestra impotente para representar una alternativa. Mediante represión logran ser en parte aislado y la oposición se ordena hacia carriles electorales de la mano de los capitales que expresan a los capitales más

concentrados nacionales y extranjeros. El Estado, a la vez, logra en parte el ajuste por la contracción de la renta aunque se avizora que con una fuerte pérdida del apoyo electoral y una necesidad de recostarse cada vez más en el aparato militar.

3. Las potencialidades revolucionarias de la clase obrera en Venezuela

Frente a la contracción de la renta, lo primero que aparece es que lo único que puede hacer la clase obrera y sus partidos es resignarse a intentar ralentizar la caída en sus condiciones de vida lo más posible. Las alternativas que se le presentan son defender al gobierno u optar por un cambio en manos de los políticos de pasado y presente que expresan los intereses de estos capitales ineficientes y que solo tienen potencia para expresar un mayor ajuste. En esta situación, aparecen alternativas que plantean radicalizar la situación, pero cuando se observa su contenido dejan al desnudo su inviabilidad. Algunos apelan a recuperar las perspectivas del chavismo original frente a la desviación madurista causante de los problemas. Apuestan al avance de las cooperativas y las empresas de producción social sin ver que por la caída de la renta son hace tiempo inviables. Además de que lejos están de expresar nuevas relaciones sociales sino que, como vimos, son otro de los mecanismos de transferencia de ingresos a la población sobrante. Se las puede defender en ese sentido hasta lograr una situación superadora, pero son parte del problema y no de la situación.

Otros apuestan a un avance frente al capital que apropia renta y enfrenta la supuesta guerra económica de especuladores y acaparadores con la estatización del comercio exterior como principal propuesta. Detengámonos en esta última propuesta. El problema es que este tipo de medidas aisladas expresan una contracción de la renta pero no ponen en cuestión a quién va dirigida. Si se estatizara el comercio exterior pero no se avanzase en el control de hacia quién van dirigidas las mercancías compradas y la renta de la tierra que se apropie a través de ellas el problema volvería a expresarse.

Aunque ahora como una guerra dentro del propio Estado. Si la renta continúa su contracción, el propio Estado se volverá incapaz de sostener al comercio como mecanismo de transferencia de renta por lo que o deberá subir los precios o dejará de importarlos. Reproducirá así los efectos de la especulación y el desabastecimiento pero ahora en manos del propio Estado.

Esta propuesta tiene la virtud de poner en evidencia el límite de las medidas aisladas de avance estatal. El problema de la acción política de la clase obrera no es apoyar medidas estatistas o cooperativistas. Tampoco lograr una combinación de ambas. Eso no hace más que reproducir la especificidad de la acumulación de capital en Venezuela. El problema que tiene que plantearse es la organización de la producción en forma más potente. Pero eso no le surge de una cultura o una ética si no de su lugar en tanto atributo del capital, ya que esa es su relación social general. En forma creciente, el capital avanza en desplazar a la burguesía y colocar a la clase obrera en el control directo del proceso productivo. Pero lo hace sobre la base de reproducir el carácter fragmentado de la propiedad en capitales individuales que deben valorizarse a sí mismos. En el caso venezolano, la reproducción de dichos capitales en su forma estatal o privada está supeditada a la transferencia de renta. Cuando esta cae, la concentración y centralización de capital aparece como una necesidad propia del capital para sobrevivir. Pero guiados por los representantes de los capitales individuales eso se convierte en la lucha de los más grandes por desplazar a los más chicos.

En Venezuela, se presenta la particularidad de que los más grandes son chicos en términos internacionales y necesitan de la renta de la tierra para sobrevivir. El control de la renta de la tierra se vuelve entonces el objeto de la lucha. El apoyo a medidas económicas parciales que no pongan en cuestión la existencia de esos capitales individuales hará de la acción política de la clase obrera un vehículo de esa disputa, aun cuando una parte de la renta de la tierra le toque en gracia en tanto empleada por los mismos.

El hecho de que sea el propio Estado el terrateniente puede implicar una ventaja para el avance de la centralización del capital

en manos de la clase obrera. Por ejemplo en comparación a países como Argentina donde la disputa por este objetivo se da primero contra los dueños de la tierra. Pero dicha ventaja desaparece si se concibe que el problema es solo cómo se distribuye la renta en el resto de la sociedad. Así el Estado, en lugar de expresar la potencia de centralizar el capital y llevarlo a su máxima expresión a nivel nacional como plataforma para un desarrollo internacional, se convierte en la negación de lo mismo mediante el despilfarro de la renta no solo en capitales privados sino en capitales estatales chicos que se relacionan en forma externa entre sí a través del mercado o los subsidios. Toda planificación y apelación a la cultura socialista en ese contexto se muestra como la reproducción ideológica de esa impotencia.

En cambio, la clase obrera en tanto no propietaria de ningún capital en particular pero que tiene en sus manos en forma creciente el control del proceso de trabajo, puede avanzar desde la base que le da la propiedad estatal de la tierra y en forma creciente del comercio exterior. Ya no solo en un cambio de propiedad para efectuar el reparto de la menor renta en menos manos, sino en potenciar el desarrollo del capital sobre la base de centralizarlo en sus manos en busca de aumentar la productividad. El resultado será un desarrollo del capital en su carácter progresivo y regresivo como dos caras de la misma moneda, pero en forma potenciada. El primer paso es identificar en qué ramas y con qué tecnologías se puede avanzar en no despilfarrar la renta. Pero dada la escala acotada del mercado interno y la creciente fragmentación del proceso productivo a nivel mundial, si se limita al mercado interno, aun cuando expropie a toda la burguesía se verá imposibilitada de hacer eso. Con lo cual, bajo una nueva forma reproducirá el despilfarro de la renta de la tierra. Deberá avanzar en la potenciación del capital en su conjunto mediante una expansión internacional que dado el carácter geográfico tendrá al resto de América del Sur como principal aliado. Deberá potenciar el desarrollo de perspectivas similares en el resto del continente. Esto contrasta con la política de apoyar a los gobiernos considerados progresistas de los países donde la

renta de la tierra juega un rol similar que en Venezuela, pero también con las transferencias directas de renta petrolera sin avanzar en el control de los destinos de la misma para sostener a capitales privados en dichos países. Se trata de una estrategia que solo puede tener éxito en una perspectiva de unidad internacional de la clase obrera contra sus respectivas burguesías y los proyectos estatales que reproducen a los pequeños capitales nacionales y extranjeros sobre la base de compensar su ineficiencia con renta de la tierra.

Dicha perspectiva puede parecer lejana e imposible si se la piensa como un cambio cultural que deba ocurrir de un día para el otro. Pero ante la crisis y la propia tendencia del capital a concentrarse y centralizarse, si en lugar de plantearse una abstracta negación del capital como si la clase obrera estuviese fuera de la sociedad, se reconoce las potencias que su mismo desarrollo le da, puede aparecer como una salida no solo más acorde a sus necesidades sino más realista ante el ciclo actual de agudización de conflictos que se vive. Una orientación en este sentido haría que las necesarias luchas por defender las condiciones de vida de la clase obrera obtenidas en el periodo de suba de la renta bajo los gobiernos de Chávez tengan una perspectiva superadora real y no solo su apariencia.

Referencias

- Baptista, Asdrúbal. (1997). *Teoría económica del capitalismo rentístico: economía, petróleo y renta*. Caracas, Ediciones IESA.
- Carrera, Juan Iñigo. (2007). *La formación económica de la sociedad argentina*. 1. Imago Mundi.
- Grinberg, Nicolás. (2010). Where Is Latin America Going? FTAA or Twenty-first-Century Socialism? En: *Latin American Perspectives*. 37. 1.
- Kornblihtt, Juan y Dachevsky, Fernando Germán. (2010). Notas metodológicas para el cálculo de la renta de la tierra petrolera. En: *Economía: teoría y práctica*, 33. México: UAM.
- Kornblihtt, Juan. (2015). Oil Rent Appropriation, Capital Accumulation, and Social Expenditure in Venezuela during Chavism. En: *World Review of Political Economy*. 6. 1. Pluto Journals.

- Mommer, Bernard. (2002). *Global Oil and the Nation State*. EE.UU.: Oxford University Press.
- Purcell, Thomas. (2011). The Political Economy of Venezuela's Bolivarian Cooperative Movement: A Critique. En: *Science & Society*. 75. 4.
- Purcell, Thomas. (2013). The Political Economy of Social Production Companies in Venezuela. En: *Latin American Perspectives*. 40. 3.
- Seiffer, Tamara; Kornblihtt, Juan; De Luca, Romina. (2012). El gasto social como contención de la población obrera sobrante durante el kirchnerismo y el chavismo (2003-2010). En: *Cuadernos de Trabajo Social*. 25. 1. Madrid: UNC.

ESTADO, PODER Y SOCIALISMO EN VENEZUELA. ALGUNOS DEBATES EN LA IZQUIERDA RADICAL

JORGE OROVITZ SANMARTINO

I

El 12 de febrero de 2014 comenzó en Venezuela una nueva oleada de desestabilización política protagonizada por los sectores de la derecha fascista, quizá la más importante desde el golpe fallido de 2002 y el paro-boicot petrolero de 2003. Fue un test ácido sobre la resistencia de las fuerzas sociales al interior del país luego del desgaste de más de quince años de gobierno y de la crisis petrolera; pero también sobre el posicionamiento geopolítico a nivel internacional, sobre todo en el continente. A pesar de haber movilizadado un contingente menor de activistas radicalizados, las marchas y guarimbas de la ultraderecha tuvieron una repercusión inédita en el mundo entero, fogoneadas por la derecha continental y la inmensa mayoría de las corporaciones de medios. Esta nueva oleada desestabilizadora de 2014 no fue una continuidad lineal de aquellas otras que desembocaron en el golpe del 2002 y el paro petrolero del 2003, el boicot electoral del 2004 y 2005 o la infiltración paramilitar de años anteriores. Sin embargo, persiguió los mismos objetivos de desgastar, desacreditar y preparar las condiciones a corto o mediano plazo, para el derrocamiento del gobierno

popular inaugurado por Chávez en 1998. Que la derecha más rancia se haya lanzado con tal virulencia a las calles y que los medios respetables del continente, aquellos que se llenan la boca sobre la democracia y el respeto a la ley, le hayan dado una cobertura tan excepcional, fogueando el movimiento y alentando a extender las barricadas por todo el país, fue un indicio del propósito y las dimensiones potencialmente peligrosas que se ciernen sobre el proceso venezolano. Por eso, la tarea militante más importante del movimiento obrero y popular en todo el continente, de los sectores antiimperialistas, socialistas y democráticos es rechazar el intento de la derecha más reaccionaria que quiere desalojar a Maduro del poder y movilizar a la opinión pública en defensa del gobierno y el proceso venezolanos. ¿Por qué? Porque están en juego no solo un gobierno popular y antiimperialista, sino un conjunto de conquistas populares, de relaciones de fuerza que el movimiento de masas conquistó en los últimos quince años y que caracterizan de manera distintiva la situación latinoamericana. Pero son justamente estas tareas, que considero imprescindibles, las que han dividido a la izquierda en Argentina. Porque algunos sectores de la izquierda radical la han retaceado e incluso boicoteado. Algunos de los partidos que integran el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT), por ejemplo, que se alzó con un importante caudal electoral en las pasadas elecciones y que aumentó su caudal militante, desapareció de las calles en aquellos días. Brilló, literalmente, por su ausencia. ¿A qué se debe? A que, a mi entender, se mueven sobre la base de una hipótesis estratégica errónea y en base a fundamentos teóricos equivocados. La consecuencia fue una deriva política que la alejó, en realidad se autoexcluyó del proceso más importante de la lucha de clases de las últimas décadas. Los dogmas teóricos, la verbosidad vacua, los pifios políticos desembocan, en no pocas ocasiones, en consecuencias antirrevolucionarias.

II

Por ejemplo, Jorge Altamira aseguraba que de ninguna manera se trataba de un intento de golpe militar, lo que utilizó como pretexto para eludir el clásico apoyo que los socialistas han dado a todo gobierno democrático frente a un intento de golpe reaccionario (Altamira, 2014 y diversos artículos en la web del PO). Además, se ha convertido en un apologista de la crisis del régimen, de su decadencia y de su inevitable colapso, todo como fruto de la crisis capitalista mundial, en el mismo momento en que un gobierno elegido por voto popular y apoyado por la inmensa mayoría de la clase trabajadora y los explotados es desafiado por las fuerzas contrarrevolucionarias internas y exteriores. Claro que no estamos ante un golpismo clásico. El que espera una asonada militar a lo Pinochet o Videla, quizá no la vea por largo tiempo. Pero un golpe militar no nace de un día para otro, se fecunda mediante la intriga, el desgaste y la manipulación, como se ha visto ya en Honduras o Paraguay. Que Capriles y el grueso de la MUD no hayan sido de la partida o que Fedecamaras participe en el llamado al diálogo en vez de salir a las calles no quita un gramo de la peligrosidad de la movida desestabilizadora. Capriles juega la carta electoral y Fedecamaras se sentó en la mesa de diálogo porque está fracasando la línea insurreccionalista de López, Machado y Voluntad Popular. Si mañana prende en sectores importantes de la población o en una fracción estimable de las fuerzas armadas, estarán todos juntos en las barricadas. ¿Cuál podría ser el punto de ebullición que un socialista en Argentina y en cualquier parte del mundo estime pertinente para salir a las calles en defensa de Maduro y del proceso popular bolivariano? ¿Esperará a que, como en el 2002, sectores del ejército lo secuestren de su casa? En ese caso, la izquierda veloz, hiperactivista y por momentos voluntarista, que se las sabe todas, habría llegado demasiado tarde.

III

La derecha mundial actuó de manera más perspicaz, pues se lanzó a denunciar a la dictadura chavista y a movilizar a la opinión pública mundial, mientras el 80% o más de las muertes y la enorme cantidad de destrozos, incluyendo universidades y bibliotecas como la de San Cristóbal, han sido provocados por la derecha reaccionaria. Que en ese contexto partidos trotskistas denuncien el paramilitarismo estatal y hablen de un estado de excepción parece como mínimo un despiste de magnitudes olímpicas. Se suponía que la izquierda debía reclamar del gobierno el llamado a la movilización popular, la defensa armada y cosas por el estilo, por ejemplo el reclamo de justicia y cárcel a los responsables. Pero parece que el peligro en realidad es del paramilitarismo, es decir, de los colectivos, comunas y movimientos militantes y revolucionarios que salen a defender a su legítimo gobierno. Los planteos republicanos de la izquierda (sin despreciar en absoluto el hecho de que un proyecto socialista debe contemplar sin restricciones un régimen de libertad de prensa y opinión y división de poderes, es decir, sin despreciar el hecho de que el socialismo no es la supresión del liberalismo sino la superación del mismo) que acentúan la defensa del derecho de opinión y libertad de expresión basados en que son instrumentos populares frente a un estado burgués (y en consecuencia a un régimen político y un gobierno burgués) refleja la magnitud y el carácter de la crisis teórica que atraviesa la izquierda política argentina, donde esta visión ortodoxa es mayoritaria, y subraya la importancia decisiva que tiene una adecuada caracterización sobre el Estado y el gobierno, no solo en Venezuela, sino a nivel de todo el proceso continental.

IV

La consecuencia de un hipotético desalojo del gobierno chavista en Venezuela sería una ofensiva continental contra todas las fuerzas progresistas y de izquierda, una ofensiva antiobrera de la misma

magnitud o incluso superior que la de los años noventa y pondría a la defensiva a todos los movimientos populares del continente.

A Chávez y al chavismo la clase capitalista y los gobiernos imperialistas no le perdonan la dignidad recuperada del pueblo pobre, los gestos plebeyos, la soberanía nacional, “el olor a azufre”, la formación del ALBA, el relanzamiento de la OPEP, el impulso a la Unasur, el rol protagónico que tuvo en la derrota del ALCA, etc. Venezuela sacó a Cuba del aislamiento, relanzó el debate por el socialismo cuando había sido sepultado tras la caída del Muro de Berlín y emplazó al gobierno de Estados Unidos cuando a su alrededor imperaban aún gobiernos como los de Menem, Cardozo o Salinas de Gortari. Pocos gobiernos han tenido el coraje de plantarse en la política internacional como lo ha hecho y lo sigue haciendo Venezuela. Es un acervo precioso, un legado invaluable de todo el pueblo latinoamericano y de la izquierda a nivel mundial que recupera una posición de disputa cuando ya se la había relegado al museo de las experiencias fracasadas. Con todas las contradicciones, idas y venidas, avances y retrocesos, se trata de una experiencia viva, que reactualiza los debates sobre el Estado y el poder desde una perspectiva emancipatoria, revitaliza el campo de las ciencias sociales críticas y permite nuevamente el debate de modelos, procesos y transiciones. Este solo hecho lo vuelve un acervo valioso de las fuerzas populares y socialistas.

V

La clase privilegiada venezolana no le perdona a Chávez el haber transformado por completo el papel en la vida pública de las masas desposeídas. El hombre humilde tiene hoy una potente voz en la sociedad venezolana. Chávez, y su movimiento bolivariano, fueron capaces de visibilizar, de dar parte a los que no la tenían. Creó nuevos ciudadanos que ganaron el espacio público, ocuparon los teatros, bajaron al centro de la ciudad, estudiaron en universidades, se curaron y se dieron el tupé insolente de participar en orquestas sinfónicas, reservadas para las clases superiores. Por

eso, los teóricos de la derecha continental asumen con tanta devoción la lucha contra el monstruo populista, esa demagogia basada en la soberanía popular, un estado de ánimo pasajero provocado por retóricos y mesiánicos que acarician el poder invocando mitos religiosos y auspiciando estados febriles de demencia colectiva. Lo que denuncian, sobre todo, no es simplemente la utilización de los pobres, sino el haber interrumpido el orden natural de la dominación por una institución política que los comprende, les da voz y parte, mediante las comunas, los consejos comunales, las cooperativas y organizaciones campesinas, los círculos electorales, entre tantas manifestaciones de la movilización y organización popular. Los Krauze y los Vargas Llosa no se confunden cuando pintan a Caracas como una Macondo con gobernantes alienados y surrealistas que les hablan a los pajaritos, con obreros que se arman en las fábricas y campesinos expropiadores que azotan al campo. ¿Es este gobierno asediado el gobierno de la clase capitalista? ¿Es un gobierno nacionalista burgués? Esa categoría, utilizada con tanta facilidad para reemplazar con formulitas usadas de memoria el carácter complejo y contradictorio de procesos populares, no tiene el alcance ni la capacidad teórica de dar cuenta de la realidad venezolana. Esa categoría ya era errónea para caracterizar a los movimientos populistas y nacionalistas de izquierda del siglo xx, tanto de la oleada de los años cuarenta y cincuenta como los más de izquierda de los años setenta. ¿Cómo podría abarcar esa categoría la intensa polarización política que provoca su emergencia? ¿Cómo podría alumbrar las profundas corrientes subterráneas de las clases desposeídas que despliegan las masas populares bajo estos movimientos nacionales que vehiculizan, de manera contradictoria, equívoca, nuevos pisos de conciencia colectiva? La categoría de nacionalismo burgués, oculta, también, las profundas transformaciones culturales, democráticas que los movimientos populares traen consigo y desemboca, inevitablemente, en la pseudoteoría sobre las direcciones traidoras que fuerza a la historia para que ella responda al paradigma, no demostrado empíricamente, de que Perón, Vargas o Cárdenas, para tomar solo los casos de la primera

oleada, desviaron un movimiento revolucionario ya existente. Es no comprender la forma en que, de manera más o menos directa, el movimiento popular y en particular la clase trabajadora influían en el Estado y la política nacional, incluso si el programa y los objetivos de aquellos líderes era simplemente la modernización desarrollista del capitalismo nacional, algo que, por otra parte, requería una intervención estatal en la producción y la inversión que chocaba con el boicot de los capitalistas y que reclamaba a cada paso la movilización popular para romperla. Más forzado aún es este paradigma respecto a la emergencia de Chávez como caudillo popular a las puertas del siglo XXI, que surge convocando a un gran movimiento nacional antes que subirse a caballo de uno todavía inexistente. Pero sobre todo porque, hoy en día, no puede dar cuenta de las contradicciones reales del Estado y del Gobierno bolivariano, de la lucha sorda que se da al interior del mismo, de las fuerzas desatadas, de las disputas abiertas y también del instinto de la clase capitalista, tanto nativa como extranjera, para comprender la pérdida de poder político y su persistente intento, durante más de quince años, por derrocarlo.

Por lo menos desde el fallido golpe de 2002 y el paro sabotaje petrolero de 2003, el bloque en el poder se fue desplazando y conformando por los sectores populares y el funcionariado estatal, en el que participan los sectores obreros y campesinos. Es un gobierno en el que no participa la burguesía, que lo denuncia con todas sus fuerzas, incluso si se enriquece y saca provecho de las debilidades pasmosas de una economía capitalista sostenida en la renta petrolera. La burguesía sigue teniendo fuertes resortes de poder, sobre todo en sectores claves de la economía, como los bancos, pero no gobierna. El problema de interpretar al gobierno venezolano como un nacionalismo burgués, es que no puede apartarse de las teorías instrumentalistas del Estado que buscan inefablemente darle un carácter de clase *a priori* al gobierno y al Estado sin analizar su dinámica política, sus contradicciones y sus transformaciones. El instrumentalismo consiste en analizar al Estado como una cosa o instrumento al servicio de una clase, solapando los desplazamientos

y las condensaciones de la política, debiendo remitir cada gobierno a una clase definida. Así, un Estado aun capitalista, con un gobierno nacionalista burgués no puede adoptar más que un carácter reaccionario y de restablecimiento institucional. Como mencionamos en otro trabajo, bajo esta perspectiva el Movimiento 26 de Julio no hubiera podido expropiar a la burguesía cubana ni el movimiento comunista agrario de Mao derrotar y expropiar a la burguesía compradora china alistada bajo las banderas del Kuomintang. Mientras la caracterización sociológica cosifica por anticipado un carácter de clase que no ha sido aun determinado, el estudio de las dinámicas políticas permite comprender la composición del bloque en el poder por su dinámica política cambiante¹. Así, mientras el liderazgo cubano avanzó hacia la expropiación de la burguesía, el argentino no lo hizo, aunque probablemente *a priori*, sociológicamente, se hubiera esperado lo contrario. ¿Bajo qué categoría puede explicarse el hecho de que los planificadores estatales intenten sostener un capitalismo de estado mediante subsidios y un mercado protegido para fomentar determinadas ramas de la producción, mientras el capital beneficiado siempre ha boicoteado esa orientación y se haya dirigido hacia las ramas más lucrativas de manera deliberada contra la estrategia estatal? ¿Cómo explicar esa contradicción de clase entre el funcionariado estatal sostenido en el poder político otorgado por el masivo apoyo popular y esa clase capitalista boicoteadora del desarrollo nacional? Solo una teoría que contemple esa autonomía estatal y las fricciones que se abren con las clases a su interior, puede alumbrar una adecuada estrategia política.

Me parece más pertinente definir al chavismo como un movimiento popular, plebeyo, que sostiene con esfuerzo un capitalismo de Estado redistribuidor que no ha roto aún con la burguesía. Todas las trabas del proceso provienen de estas limitaciones que pueden condenarla al fracaso. Desde el punto de vista institucional, me parece más adecuado definir al Estado bolivariano como un Estado

1 Jorge Sanmartino, *Gracias, ¿por hoy paso? Venezuela: La izquierda socialista y el PSUV*, 2007, recuperado de <http://old.kaosenlared.net/noticia/gracias-hoy-paso-venezuela-izquierda-socialista-psuv>.

capitalista que ha desplazado a la burguesía de su interior o por lo menos a gran parte de ella y donde se desenvuelve una intensa lucha de clases al interior de su aparato estatal, de sus ministerios, de sus fuerzas armadas, de sus alcaldías y Estados federales, de sus instituciones de prensa o educativas. Un Estado en transición que ha tenido avances y retrocesos y que se ve mejor expresado en una teoría relacionista del poder y del Estado antes que en la visión estrecha e instrumental según el manual marxista-leninista que hoy solo se encuentra en la tienda de saldos. Bajo la luz de este manual, la lucha entre la burguesía y el chavismo es una lucha entre facciones del capital, el Estado es capitalista *sans phrases* y por lo tanto sus cuerpos militares parten del aparato represivo del estado burgués, su cuerpo de funcionarios un aparato monolítico al servicio del capital. La misma técnica literaria se utilizó para caracterizar al gobierno de Salvador Allende.

VI

Corrientes de la izquierda radical, tanto trotskistas como autonomistas, han adoptado una estrategia equivocada a lo largo de todo el proceso. Su caracterización los llevó a una hipótesis basada en la espera de una ruptura por izquierda de las masas venezolanas con el chavismo y al intento de llevar una lucha frontal contra el Estado, en vez de darla fuera y dentro del mismo. El corporativismo sindicalista ocupó el lugar de la estrategia socialista. Todo elemento de desestabilización política, de descontento social, de crisis económica alimentó su esperanza, siempre defraudada, de un giro a la derecha del chavismo (se pronosticaron miles de estos giros a lo largo de los años), de que se profundice la brecha entre la conciencia actual y la potencial, entre gobierno y clase trabajadora, para que las masas rompan y construyan su verdadero partido revolucionario. Ha sido un escenario de espejismos e ilusiones. Lo mismo ha sucedido con el concepto de socialismo del siglo XXI. En esa perspectiva, no tiene otro objeto que embaucar a las masas, pues el capitalismo sigue vivo y coleando. Se trata, nada más, que de una

operación retórica. Claro que la retórica, como la ideología, tiene su fuerza material y hoy millones de personas discuten y exigen el cumplimiento de ese socialismo, del gobierno comunal y reclaman implementar el *Golpe de Timón*, conceptos que han salido de la retórica vacía del nacionalismo burgués chavista.

Por eso hay que exaltar la crisis del régimen, su descomposición final y donde la derecha reaccionaria no es más que uno de los dos sectores burgueses en disputa. La consecuencia organizativa fue la creación de sectas marginales completamente al margen del movimiento real de las masas. Una de las bases teóricas que conducen a este callejón sin salida es la equivalencia deletérea entre populismo y nacionalismo burgués. Si establecemos una frontera móvil entre el populismo como nominación de un pueblo en el que conviven intereses contradictorios y el socialismo como el Estado de nuevo tipo, la relación del segundo sobre el primero no es de antagonismo sino de hegemonía. No son exteriores el uno del otro sino que comparten una amplia zona de intersección ocupada por los caracteres democráticos populares de los movimientos antiimperialistas y la elevación de las clases explotadas a sujetos políticos.²

VII

El fenómeno chavista, como dijimos antes, ha sido interpretado en ocasiones como un movimiento que vino a contener y encauzar un movimiento emergente “desde abajo”, para regimentarlo. Pero El Caracazo fue el producto de la falta de organización y estrategia. Le siguieron la impotencia y el desconcierto. Los únicos movimientos organizados fueron aquellos partidos de izquierda como el MAS, Causa R o el MIR que formaban parte del régimen político vigente. Chávez supo canalizar y organizar el descontento espontáneo. El liderazgo de Chávez vino a darle identidad y un centro de gravedad a ese sentimiento. Forjó una nueva conciencia política y

2 Jorge Sanmartino, “Populismo y estrategia socialista en América latina”, en: Hugo Calello y Susana Neuhaus (autores y compiladores), *El fantasma socialista*, 2010.

alumbró nuevos sujetos populares a los que interpeló y a los que convocó a organizarse. Puede parecer un poco extraño que un militar nacionalista, “desde arriba” forje nuevas instituciones y movimientos emancipatorios. No encaja con aquella visión policial de la historia, como decía Daniel Bensaid, según la cual unas masas siempre revolucionarias están a la izquierda de direcciones contrarrevolucionarias. En la dialéctica entre Estado-partido y movimiento social, el primero ha cumplido un papel de primer orden, incluso si su intención fue capitalizar, organizar y controlar al movimiento “desde abajo”. No es muy extraño que así sea en la patria de Bolívar, donde el papel del caudillismo, desde la época de los llaneros, ha cumplido un rol importante en la organización popular. La dialéctica Estado-movimientos sociales sigue siendo una dialéctica abierta donde cooptación, autonomía e interacción se reciclan y redefinen en la propia dinámica del conflicto.

VIII

Lo que vive Venezuela hace dieciséis años no es una revolución, por lo menos en los términos clásicos en que se concebía. Es, más bien, un proceso revolucionario de larga duración, un proceso transicional muy diferente al clásico proceso insurreccional que se dio contra dictaduras o monarquías en el siglo xx. Igual que otros procesos latinoamericanos, se asume el gobierno por vía electoral y se lucha por el aparato de Estado, es decir, por el poder en el seno mismo de la institucionalidad burguesa. El viejo Estado y el nuevo se traban en una lucha que es interior a las instituciones, ya sea del poder Ejecutivo como en el poder Judicial o el ejército. Además, como había pronosticado el viejo Engels en 1895 a propósito del progreso electoral de los socialistas alemanes, es ahora la derecha la que se lanza a las barricadas contra la legalidad instituida. Pero este proceso no parece nada pacífico, como se vio en el 2002 y 2003 o como lo sufrió Bolivia en 2008 en Pando y en toda la medialuna del oriente. Los golpes revolucionarios y contrarrevolucionarios se suceden anudados a los mismos procesos electorales, que son también capítulos de esa lucha de clases trabada fuera y dentro de

las instituciones. Se necesita teorizar esta nueva situación, el papel de la democracia electoral, la morfología de las nuevas instituciones que nacen del poder popular como las comunas, su inserción y relación con la democracia representativa, en fin, se requiere de una nueva teoría política adaptada a una transición que rompe los viejos moldes teóricos conocidos. Las experiencias boliviana y venezolana alumbran nuevas dinámicas transicionales, donde los procesos se alargan en el tiempo, donde no se conquista el poder en un solo acto, donde no se expropia a la clase capitalista muchos de los resortes claves del poder económico, pero donde los avances de las clases populares son fundamentales, los espacios de democratización se expanden, se asumen nuevos derechos, se transforman las instituciones y surgen nuevas formas de democracia participativa. No existe una transición socialista equivalente en las experiencias pasadas, donde la batalla cultural, los esfuerzos por el mantenimiento activo del pueblo en la vida política del país o la batalla por la productividad, la cooperativización y socialización de los recursos económicos, así como la expansión de las instituciones culturales y educativas del socialismo se desarrollaron solo después de un proceso insurreccional victorioso. Mientras Lenin solo pudo abordar después de la toma del poder el hecho de la existencia de un Estado burgués sin burguesía o el problema de la burocracia del Estado, el movimiento bolivariano debió asumirlo como una batalla de largo plazo, con la exigencia de responder al problema de la legitimidad democrática de manera permanente en las rondas electorales cada dos años, lo que tiene una influencia decisiva sobre los problemas del consumo, los ingresos y el fondo de inversión estatal. Proceso más emparentado, desde este punto de vista con el nicaragüense. Por su parte, la extensión en el tiempo del proceso bolivariano lo aleja de la experiencia chilena, que tuvo un rápido desenlace.

IX

En la izquierda existe un peligro de tipo inverso, el de evitar toda crítica al gobierno y al Estado venezolanos, bajo el pretexto de debilitar la lucha principal contra los enemigos del pueblo.

Pero el peor favor que se puede hacer con un proceso revolucionario es silenciar las críticas y esconder sus errores. Después de quince años del gobierno, y ocho de haber proclamado el objetivo de alcanzar el socialismo, la situación política, incluso antes de la muerte de Chávez, entró en un *impasse*. Existen problemas fundamentales en el proceso bolivariano que no se pueden soslayar. Ellos nacen, básicamente, de la sobrevivencia del sistema bancario y financiero privado, del mantenimiento de la burguesía importadora y de la estructura rentística de la economía venezolana. Ello hace también al conjunto de aparato estatal, con su burocratismo y corruptelas, tributario de una estructura económico-social rentística que no se ha modificado sustancialmente. La crisis actual, surcada por el desabastecimiento, la falta de divisas y la devaluación, incluso cuando el precio del petróleo sigue aumentando, es un síntoma tanto del redistribucionismo socializante que tanto enerva a las clases privilegiadas como de una estructura productiva incapaz de sostenerlo en el tiempo.

X

La enorme inversión social realizada en estos años implica un aumento del capital fijo y del consumo que ha llevado a una crisis de divisas, pues Venezuela carece de producción propia para abastecer el mercado con productos locales. Todo se importa. A pesar de que Chávez estimuló la creación de un aparato económico paralelo al privado, la creación de fábricas recuperadas, la red de alimentos, la nacionalización de algunas industrias estratégicas y cooperativas, no se ha logrado revertir una situación donde los alimentos y los insumos básicos son importados y requieren divisas que solo ingresan por la venta de petróleo. Pero la demanda de divisas se multiplica porque, al mismo tiempo Venezuela sufre los mismos problemas de aquellos países monoprodutores y exportadores primarios, bajo los síntomas del mal holandés, caracterizados por una tendencia secular a la sobrevaluación de la moneda local y a la pérdida de competitividad. El tipo de cambio real cayó, desde 2005,

en más de un 44% según datos del BCV, a pesar de las dos rondas de devaluación del bolívar fuerte. No es verdad que Venezuela se haya desindustrializado, pero las exportaciones industriales sí disminuyeron y el tipo de cambio real desincentiva la inversión productiva local. La formación bruta de capital fijo es de las más elevadas del continente, pero volcada en una gran proporción a la construcción de viviendas gracias al programa estatal, lo que es un dato social muy positivo pero que no aumenta la capacidad productiva del trabajo en la economía nacional. En cambio, el petróleo y la manufactura registraron un leve aumento. Las exportaciones siguen siendo, en una proporción abrumadora, solo petroleras. Como el valor total de la exportación petrolera aumentó considerablemente en el total, la manufactura disminuyó relativamente, aunque no es un índice de “desindustrialización” como sostienen algunos análisis³, pues se mantuvo casi en los mismos niveles.

Aunque las conspiraciones y maniobras del poder económico siempre existen, la verdad es que el capital se mueve bajo la lógica de su propia conveniencia. El negocio importador no hace al carácter conspirativo o abstractamente antinacional de la burguesía, sino a la tasa de rentabilidad. El carácter rentístico de la economía promueve el negocio importador y la especulación financiera. El gobierno impuso un control de cambios para retener los dólares, pero el mercado negro se disparó creando una brecha insostenible. Incluso si el Sicad II logra tener éxito en hacer retroceder el dólar paralelo que llegó a estar en 90 bolívares fuertes, esa brecha facilita todos los negociados de sobre y subfacturación y el turismo artificial, que desangran las divisas del país. A esto hay que sumar la fuga de capitales mayor a 150 mil millones de dólares.

Mientras el salario real aumentó y la renta petrolera se distribuyó, la única base para sostenerla fueron las divisas petroleras y el endeudamiento externo. Aunque se rechace la devaluación

3 Ver Juan Villegas y Manuel Sutherland, *Venezuela - Devaluación, inflación y crisis. Alternativa: Central Estatal Única de Importaciones (CEUI)*, 2013, recuperado de <http://testimonio-cronica.blogspot.com.ar/2013/02/venezuela-devaluacion-inflacion-y.html>.

como un ajuste antipopular, la realidad es que un tipo de cambio real como el actual atenta contra la industria y el empleo. La importación de alimentos baratos disminuye el costo laboral y aumenta artificialmente el salario real, pero como contrapartida la industria pierde competitividad y empleos. La devaluación actúa en sentido inverso, depreciando la moneda y permitiendo una mayor recaudación fiscal. No se trata de discutir el valor real que debe tener la moneda local sino la relación con la capacidad productiva de la economía. El problema de fondo sigue siendo cómo utilizar el excedente. Algunos sectores critican que la pobreza y la indigencia no han disminuido lo suficiente pero al mismo tiempo reclaman una rápida industrialización. El chavismo estuvo siempre entrampado entre la exigencia de inversión social no productiva que provee legitimidad política y la exigencia de invertir excedentes en las ramas dinámicas y productivas de la economía. En los hechos el empleo público se multiplicó por tres pero no su productividad, evidenciando que en parte actúa como un mecanismo compensador de empleos ante la falta de los mismos en la economía privada. A la larga el país se hace más dependiente, más sometido a los vaivenes del precio internacional del petróleo y con una economía menos integrada que pierde capacidad productiva. Esto es lo que está en el fondo de los problemas de divisas e inflación que atraviesa el país. Y la caída sistemática del precio del petróleo en los últimos años lo está evidenciando.

Se combinan, entonces, dos problemas fundamentales. Por un lado, sigue siendo el sistema financiero privado el gran intermediario en la compraventa de divisas y en la operatoria del comercio exterior. Por el otro, la falta de producción nacional, agobiada por las mercancías baratas que el petróleo favorece. El mercado no puede por sí mismo resolver el problema. Bajo el imperio del capital, Venezuela no se industrializará ni resolverá la crisis de divisas, que reclama un plan nacional de producción. Pero no hay plan sin absorber por completo el sistema financiero y bancario que constituye el sistema nervioso de la economía nacional. En definitiva, se ha redistribuido la renta, se han impulsado nacionalizaciones

en algunos sectores claves de la economía y se ha promovido de manera aleatoria el desarrollo de la economía social y el control obrero, pero sin plan nacional, sin metas de inversión y sustitución de importaciones, sin el control completo del sistema financiero y del comercio exterior. En definitiva, sin contrarrestar de manera radical la tendencia espontánea del mercado, la sobrevaluación, el endeudamiento y el rentismo petrolero persistirán de manera estructural.

XI

Algunos análisis de la izquierda que se reclama marxista, insisten en que, como la participación del capital sobre el trabajo creció, entonces hay mayor explotación. Pero es equivocado sacar esa conclusión. En primer lugar, en las estadísticas, la producción estatal es parte del capital, y gran parte de sus ingresos son redistribuidos mediante el salario indirecto en la inversión social, beneficios monetarios que no figuran en los ingresos del trabajo en las estadísticas sobre el excedente bruto de explotación. Esto por la sencilla razón de que el excedente bruto de explotación no mide la redistribución fiscal, que es captada por el Gini. El coeficiente Gini da una imagen relativa de la distribución del ingreso entre deciles de población. Y como muestra de esta redistribución está el hecho de que el mismo haya descendido desde los 0,4874 de 1997 a los 0,39024 de 2011. Por supuesto, la crisis de 2009 y la de 2013 modifican hacia arriba el valor anual, pero a largo plazo se revirtió una regresividad de más de dos décadas. Otro mito es el del porcentaje de la actividad privada sobre la estatal. Se dice que el PBI privado está en el promedio del 71% luego de las nacionalizaciones y que antes era del 68%, es decir habría aumentado la economía privada. En conclusión, el país sería más capitalista, lo que desmentiría el verso del socialismo del siglo XXI. Pero el 71% del PBI privado incluye toda la economía informal, la familiar, la pequeña y mediana, la cuentapropista, etc. Además, el estatismo no es un índice de socialismo. Un socialismo realizado difícilmente pueda y deba nacionalizar kioscos, puestos de pancho

y miles de otras actividades que seguirán en manos de actores privados. Lo fundamental son las ramas dinámicas y estratégicas de la economía. Ahí sí, como dijimos, el punto ciego del proceso venezolano sigue siendo el sistema financiero y bancario, el comercio interior y exterior y el sistema de distribución, puntos neurálgicos de la actividad del país. Por último, aunque no menos importante, es el tratamiento que se le da al problema de la burocracia y la corrupción del aparato de estado en los debates de la izquierda. El problema de la burocracia es sobre todo el problema de la estructura rentística de su economía. Y los puestos fundamentales del Estado están directamente relacionados con esa renta. La falta de un sistema impositivo medianamente coherente, la cultura paternalista, la exigencia al Estado para que provea absolutamente todo sin contrapartida productiva, la informalidad y el amiguismo son síntomas de esa estructura. El Estado es visto por amplios sectores de la población como ámbito de promoción social y progreso económico para estratos medios y altos y como subsidio al desempleo por los más bajos. La contraloría, la eficiencia, la disciplina y la productividad, en ese contexto fallan inevitablemente. La corruptela y los negociados deben ser tratados no como una carencia moral o un programa deliberado del nacionalismo burgués sino como el subproducto ético-cultural arraigado en las más profundas tradiciones que son consecuencia de una estructura rentística. Se trata de una batalla cultural e ideológica de largo aliento, pero también, como lo venimos sosteniendo, de un cambio estructural hacia una economía no rentística, independiente y productiva. Esto no quita la exigencia moral, la lucha ideológica e incluso la emulación socialista en sectores del Estado que son conscientes y combaten contra estos males. Pero requiere un cambio de paradigma productivo. También de organización estatal. La participación popular, la inscripción del poder comunal al interior del sistema de gobierno nacional y no solo municipal, la contraloría sindical y social, son elementos de democracia directa constituyentes de cualquier propuesta socialista. El único sustituto del mercado es, como decía Trotsky, la democracia de los productores y consumidores. Casos como el de la baja de producción en Sidor y otras empresas

nacionalizadas reclaman una urgente revisión de los mecanismos de democracia industrial y de gestión obrera.

Por supuesto, estos desafíos son imposibles de llevar a cabo desde el sindicalismo corporativista o desde la apuesta a la crisis del régimen, sino desde una perspectiva de radicalización socialista y democrática del proceso más excitante y vigoroso que América Latina vive desde los tiempos de la revolución sandinista y el gobierno de Allende en Chile. Un proceso lleno de claroscuros y abierto a enormes oportunidades. La denuncia complaciente de su fracaso no revela más que impotencia pedante. Los socialistas participan de las mejores gestas populares, las critican, las empujan, las viven y hasta se funden con ellas, nunca para complacer el sentido común o ser el coro repetidor de la vocería oficial, sino como el punto de partida fundamental de la batalla por la emancipación.

Referencias

- Altamira, Jorge. (2013). *A dónde va Venezuela*. Recuperado de <http://prensa.po.org.ar/blog/2014/02/27/adonde-va-venezuela-2/>.
- Cepal. (2012). Estudio económico de América Latina y el Caribe. Recuperado de http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/2/48062/estudio_economico2012.pdf.
- Villegas, Juan y Sutherland, Manuel. (2013). *Venezuela-Devaluación, inflación y crisis. Alternativa: Central Estatal Única de Importaciones (CEUI)*. Recuperado de <http://testimonio-cronica.blogspot.com.ar/2013/02/venezuela-devaluacion-inflacion-y.html>.
- Sanmartino, Jorge. (2007). *Gracias, ¿por hoy paso? Venezuela: La izquierda socialista y el PSUV*. Recuperado de <http://old.kaosenlared.net/noticia/gracias-hoy-paso-venezuela-izquierda-socialista-psuv>.
- Sanmartino, Jorge. (2010). Populismo y estrategia socialista en América Latina. En: Calello, Hugo y Neuhaus, Susana (autores y compiladores). *El fantasma socialista*.

CHAVISMO ES EL NOMBRE DE UNA INSPIRACIÓN LATINOAMERICANA

MARIANO PACHECO

Introducción

Chavismo es el nombre de una inspiración latinoamericana. El chavismo, como nombre propio de una experiencia colectiva (el movimiento bolivariano) que no es tanto un modelo (nacional) sino una incitación para todos los movimientos populares del continente (¿y del mundo?).

La irrupción del chavismo logró poner sobre el escenario político latinoamericano una serie de cuestiones que colocaron a la Revolución Bolivariana a la vanguardia de las experiencias de lucha y organización popular del continente y del mundo.

Si bien los orígenes de esta experiencia pueden rastrearse en el inicio de la década de los ochenta del siglo pasado (en 1983, para el bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar, se conforma el Movimiento Bolivariano Revolucionario, el MBR-200), tal vez el hecho de que su visibilidad primera se deba a un frustrado intento de golpe de Estado, casi una década después (con la sublevación del 4-F de 1992) pueda ayudarnos a entender por qué este movimiento no tuvo eco en el ámbito de las izquierdas latinoamericanas hasta 2002, o incluso después, más allá de que la revuelta popular de 1989, conocida como

El Caracazo, suele ser contada entre las batallas (de hecho, una de las pioneras) libradas en el continente contra el Nuevo Orden Mundial. Seguramente la sombra del Plan Cóndor y las huellas de los procesos de terrorismo de Estado todavía estaban muy frescas en el Cono Sur, como para mirar con buenos ojos el accionar de algún grupo de militares nacionalistas. El hecho es que –la bibliografía al respecto es abundante– el caso venezolano fue un poco a contramarcha de ese proceso de dictaduras que partió en dos la historia reciente de nuestros países, dejando a sus espaldas una verdadera fosa de sangre, huesos maltrechos y cadáveres aún sin enterrar.

Con una composición social proveniente mayoritariamente de los sectores populares, muchos de ellos empobrecidos (en la década de los noventa los hogares pobres del país llegaron a abarcar el 40% de la población), sin intervenir como en otros sitios en la represión interna y con una formación atravesada por el profesionalismo y el tránsito por los claustros universitarios (donde los cuadros militares se familiarizaron con los estudios económicos y políticos, pero también sociológicos y culturales), lejos –muy lejos– de la de sus pares latinoamericanos (cuya formación estuvo centrada en la doctrina promovida por la Escuela de las Américas), la oficialidad joven venezolana creció con un ideal ligado al orgullo nacional de sus ancestros patriotas, en clara contradicción con su realidad más inmediata, signada por un contexto de profundas asimetrías económicas y sociales y una intensa degradación política.

Esta “rareza” puede explicar entonces, en algún punto, por qué recién con el golpe de Estado de abril de 2002 contra el presidente constitucional Hugo Chávez Frías, la experiencia bolivariana aparece como interesante ante la mirada de las izquierdas –sobre todo las nuevas–, hasta entonces referenciadas casi exclusivamente con el desarrollo alcanzado en Brasil por el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) y los indígenas alzados en armas el 1 de enero de 1994 en las montañas del sureste mexicano, cuyos pasamontañas, junto con su nombre –Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN)–, se transformaron en un emblema, en una marca identitaria de las rebeldías y ansias de transformación

política y social de las nuevas camadas de jóvenes militantes de todo el continente.

Por supuesto, con la declaración de diciembre de 2004 junto a Fidel Castro, donde se lanza la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), el rol del chavismo en las batallas contra el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y la posterior asunción de la Revolución Bolivariana como socialista (además de nacionalista-antiimperialista), este proceso se acentúa, al punto de colocarse –Venezuela– a la cabeza de las referencias continentales (incluso por encima del proceso de cambio boliviano, que más allá de contar con un mayor dinamismo –y radicalización– de los movimientos sociales, adoptó en sus primeros pasos la triste definición, de boca del vicepresidente Álvaro García Linera, de un capitalismo andino-amazónico para desarrollar por etapas el país).

En este marco, los posicionamientos geopolíticos tomados por los denominados gobiernos progresistas de la región tuvieron a la figura de Chávez como uno de sus promotores centrales. La Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur), que a siete años de su primera cumbre hoy está integrada por trece países (Venezuela, Bolivia, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Paraguay, Perú, Chile, Ecuador, Guyana, Surinam); la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), esa comunidad política de treinta y tres países en el continente americano que, sin la intervención de EE.UU. ni la presencia de Canadá, en enero pasado realizó en Costa Rica su tercera cumbre, a la que asistieron casi todos los países de la región, menos Paraguay, México y Perú, socios de Washington.

Del ALBA a la Celac, de la Unasur al ALBA, de los movimientos sociales, entonces, como contracara de la Alianza para el Pacífico y la subordinación continental a los planteos del imperialismo norteamericano, tuvieron en Chávez no solo un promotor sino una figura central de ejecución de esas políticas.

Así y todo, algunos sectores de las izquierdas nustramericanas, sobre todo la que hemos calificado como tradicional (por sus apegos a las tendencias e ismos del siglo xx) suelen criticarle al chavismo el hecho de que no haya logrado avanzar en la práctica en aquello

que sostiene retóricamente. Y el hecho de que la Revolución Bolivariana no haya sido un parteaguas de la historia reciente –como sí lo fueron las revoluciones del siglo xx–, tal vez debería ser asumido como parcialmente cierto. La cuestión democrática es un elemento central en su desarrollo, instalando de este modo una amplia gama de complejidades para pensar el proceso, entre ellas, precisamente, que la revolución no es un acto único centrado en la toma del poder del Estado sino más bien un proceso, en el cual la transición –o una serie de transiciones– se presenta como uno de los elementos a tener en cuenta para pensar la ruptura revolucionaria.

La cuestión democrática no es un elemento solo presente en el proceso venezolano sino también en el boliviano (La Revolución Democrática y Cultural encabezada por Evo Morales), y una bandera que parece estar ahí, para ser problematizada por gran parte de las organizaciones más contestatarias de la región, desde el zapatismo mexicano (a su manera, con los Caracoles y las Juntas de Buen Gobierno encontraron otra salida, por fuera del Estado) hasta los Sin Tierra de Brasil (que combinaron durante años autogobierno en sus asentamientos, con un apoyo –a veces más crítico, a veces más entusiasta– al gobierno del Partido de los Trabajadores), pasando por casi todos los movimientos sociales que, con mayor o menor desarrollo según los países, no dejan de interrogarse en cuanto a los nuevos modos de pensar-imaginar-intervenir para concretar cambios sustanciales en las desiguales sociedades que seguimos habitando en este nuevo siglo. De allí que el socialismo del siglo xxi no sea una simple retórica sino, de nuevo, una inspiración para pensar en la emancipación del trabajo frente al capital en estas circunstancias históricas. Emancipación que, de todos modos, no puede dejar de contemplar la necesidad, a su vez, de emancipar al ser humano del propio trabajo, en tanto apuesta por redefinir no solo el vínculo entre las personas, sino entre estas y la naturaleza.

Pero vayamos por puntos, y antes de meternos con la cuestión democrática y el socialismo del siglo xxi repasemos algunas conquistas fundamentales del proceso bolivariano en esta década y media.

Avances en el proceso. Perspectivas

En estos quince años la Revolución Bolivariana ha logrado incrementar un 15% el acceso de los venezolanos al agua potable, siendo en la actualidad más del 95% de la población la que puede acceder a este servicio fundamental. En una década –entre 1999 y 2010– la pobreza, la miseria, la desocupación y la desigualdad económica se redujeron notablemente. En este periodo la pobreza pasó del 50 al 23%; la miseria, del 20 al 7%; la desocupación, del 16,6% al 7,9%. La desigualdad económica se redujo en un 18%.

Por otra parte, las denominadas misiones no solo fueron significativas en el plano social y educativo, sino también en el pedagógico-político, en tanto que se constituyeron en verdaderos espacios de autoorganización popular. Siete importantes misiones implementadas entre 2003 y 2008 dan cuenta de este proceso. La Misión Sucre (para llevar las universidades a las comunidades); la Robinson (para implementar la alfabetización y la terminalidad educativa); la Operación Milagro y Barrio Adentro (para salud ocular la primera, y consolidación de atención médica general en la segunda, con una auténtica tropa de más de 10.000 médicos cubanos que se hicieron presentes en 23 de los 26 estados del país), además de la José Gregorio Hernández (para atención primaria de la salud a personas con discapacidad); la Mercal (para vender a bajo costo alimentos en las barriadas) y la Negra Hipólita (priorizando los derechos de las personas en situación de calle). También algunas de las grandes misiones desarrolladas durante 2011: Saber y Trabajo para promover el empleo; Hijas e Hijos de Venezuela; En Amor Mayor y Vivienda Venezuela para combatir la pobreza extrema, la pobreza de adultos mayores y la crisis habitacional, junto con la Misión Agro Venezuela (que buscó aportar a los pequeños productores del agro, desde el Estado, financiamiento necesario para fortalecer la producción de alimentos), dan cuenta del camino de conquistas sociales recorrido.

La muerte del Comandante Chávez llega en un momento emblemático del proceso, cuando líder y movimientos populares se planteaban precisamente atravesar algunos tramos realmente

problemáticos, pero centrales para el desarrollo estratégico de la revolución. Tanto el Segundo Plan Socialista de la Nación como las cinco propuestas de los movimientos populares de cara al periodo 2013-2019 dieron cuenta de un estado del debate muy interesante, tanto en el seno de los movimientos populares como en las caras más lúcidas del Estado. La propuesta de Chávez buscaba hacer irreversible el socialismo en Venezuela y contaba con la participación popular en las decisiones del país como un eje transversal, sea para defender, expandir y consolidar la soberanía nacional como para superar el estado rentista-petrolero (de allí que el objetivo de garantizar la soberanía alimentaria se tornara fundamental). El aporte “desde abajo” a la propuesta de Chávez no fue menor. Recordemos los cinco puntos: superación de la estructura del Estado burgués (con miras a avanzar en formas de autogobierno que garantizaran el Estado comunal); un marcado antiburocratismo (graficado en la propuesta de avanzar en el combate contra el reformismo y la corrupción); el desafío de trastocar el modelo productivo dominante (diversificar la economía y hacer hegemónica la propiedad social de los medios de producción); fortalecer la dirección colectiva del proceso (democratizando y ampliando los liderazgos, planteo realizado aun con Chávez en vida) y, por último, el siempre mentado problema de cómo garantizar, en última instancia, la sobrevivencia del proceso ante ataques externos o golpes internos: la conformación de una autodefensa revolucionaria.

Tras el fallecimiento de Chávez, la derecha interna, con el apoyo externo del imperialismo, buscó tumbar el proceso, sea con las guarimbas como con las incesantes desestabilizaciones. Dos años después, la Revolución Bolivariana sigue en pie, con un liderazgo que supo sortear los peores momentos y un pueblo que se encuentra ante el desafío de suplantar la figura de Chávez con el chavismo, es decir, con un proceso colectivo cuyo vértice no es una jefatura empírica sino una figura ideológica, sentimental y política que incita a tomar el cielo por asalto, y dejar de delegar en otros el destino común.

Genealogías (I)

El chavismo (el propio Chávez) fue un verdadero hacedor en el trazado de genealogías. Basta recordar la historia, relatada por el propio Chávez, en la que cuenta cómo su bisabuelo pasa de ser un bandido que huía de la autoridad, a prácticamente un héroe de la independencia, todo mediante una investigación que él mismo realiza para desmentir las versiones que circulaban en su familia. El chavismo como movimiento, buscó tender puentes entre la experiencia que comenzaban a transitar, con figuras de la talla de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y Ezequiel Zamora.

“Que los pueblos se gobernasen por sí mismos” (Bolívar), que “Aprendan a gobernarse por sí mismos” (Rodríguez) y “Tierras y hombres libres; elección popular; horror a la oligarquía” (Zamora), son lemas que el chavismo supo encontrar en la historia nacional, y ponerlos a jugar en nuevas coyunturas, en esa operación típicamente benjaminiana, tan frecuentemente repetida, que sostiene que un secreto compromiso de encuentro se teje entre las generaciones del pasado y las actuales. “¿Acaso no nos roza, a nosotros también, una ráfaga del aire que envolvía a los de antes? ¿Acaso en las voces a las que prestamos oído no resuena el eco de otras voces que dejaron de sonar?”¹, se preguntaba Walter Benjamin en sus *Tesis sobre el concepto de historia* (Tesis II). Siguiendo al autor de *La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica*, podemos decir entonces que la valentía, el humor y la confianza en sí mismo están presentes en la lucha de clases de modo tal que ponen en cuestión “los triunfos que alguna vez favorecieron a los dominadores” (Tesis IV)², porque “quienes dominan en cada caso son los herederos de todos los que vencieron alguna vez” (Tesis VII)³. Valentía, humor y confianza en sí mismo que Chávez supo cultivar en vida, y que hoy se presenta como legado en el chavismo, es decir, en el pueblo

1 Walter Benjamin, *Tesis sobre el concepto de historia* (Tesis II, IV, VII), Buenos Aires, Piedras de Papel, 2007.

2 *Ibid.*

3 *Ibid.*

venezolano encolumnado para sostener, defender y profundizar la Revolución Bolivariana.

Por supuesto, no es por afán historicista que Chávez apeló, y hoy el chavismo sigue apelando a esas figuras y momentos clave del pasado nacional. Se sabe: rescatar una historia tiene sentido si sirve para poder interrumpir el andar y mirar hacia atrás, para tomar aliento y continuar con la marcha, como alguna vez escribió Friedrich Nietzsche en sus “intempestivas” sobre la historia. Entonces, si sirve, tomar del autor de *Genealogía de la moral* su “consideración monumental de la historia” para poner el foco en que lo grande que alguna vez ha existido puede existir otra vez, sea los momentos de la independencia o los mejores tramos del chavismo, con Chávez aún con vida. La nostalgia chavista, la idolatría chavista, puede asimismo ser el peor enemigo del chavismo, en tanto apuesta por un revolucionar de manera permanente el proceso bolivariano. Entonces, junto con una consideración monumental de la historia, una consideración crítica de la historia, esa que de tanto en tanto toma el martillo para despedazar el pasado, porque todo lo que fue, también, en algún punto, merece ser sentenciado: disolución del ayer por la fuerza, dejando espacio para la invención en el presente. Porque –tal como señaló Miguel Mazzeo en su texto titulado “La izquierda iterativa. Breves reflexiones sobre la estrategia expresiva de la vieja izquierda”– debemos tener siempre presente la orientación fanoniana (ofrendada en *Los condenados de la tierra*): esa que establece que “el verdadero salto dialéctico consiste en introducir la invención en la existencia”.⁴

Comunidades

“Comunas o Nada”. Con este mandato chavista podríamos introducirnos en el debate sobre la cuestión democrática y el socialismo del siglo XXI. Respecto del socialismo del siglo XXI, solo dos o tres cuestiones breves. En primer lugar, destacar la importancia

4 Miguel Mazzeo, “La izquierda iterativa. Breves reflexiones sobre la estrategia expresiva de la vieja izquierda”, recuperado de <http://contrahegemoniaweb.com.ar/la-izquierda-iterativa/>.

de este aditivo de siglo XXI, no tanto por una exacerbación de cronologías, sino porque logra dar cuenta de una característica de la época: las apuestas de transformación revolucionaria de las sociedades capitalistas actuales transitan por un suelo de enormes incertidumbres, sin garantías, y se distancian tanto del utopismo como del cientificismo (de los siglos XIX y XX). Por eso, en el contexto de derrota mundial de las políticas emancipatorias, tanto el abajo y a la izquierda zapatista como el socialismo del siglo XXI propugnado por Chávez colocan las experiencias populares gestadas en los últimos años ante un doble desafío: asumir el ideario libertario, la búsqueda por construir una sociedad no capitalista, a la vez que seguir entendiendo la política como un proceso creativo, de invención de los pueblos y no como resultado de una doctrina científica o un ideal a implantar.

En ese marco, la experiencia del chavismo logró combinar aquello que el marxista peruano José Carlos Mariátegui denominó como elementos de socialismo práctico con avances en un Estado que, a su vez, busca dejar de ser Estado (en términos clásicos) para convertirse en otra cosa (que aún no se ha evidenciado qué puede llegar a ser). Elementos de socialismo práctico, entonces, desplegados en la cotidianidad por un sinnúmero de organizaciones de base, del campo y la ciudad, pero que aspiran a no quedarse en una pequeña escala, sino que buscan extenderse. Y para ello ha sido y resulta aún fundamental encontrar formas propicias de intervención en las coyunturas, abonar a los cambios en las relaciones de fuerzas (no solo a nivel nacional sino también continental e internacional, que es algo que a veces olvidan quienes criticaron históricamente el intento de construir el socialismo en un solo país, pero ahora le exigen al chavismo –en un contexto internacional completamente adverso– que demuestre cómo es que ha avanzado en la construcción socialista en Venezuela).

Un poco en la línea de aquello que Mabel Thwaites Rey señaló en su libro *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, siguiendo los rastros de lectura del marxista italiano Antonio Gramsci, podemos afirmar que “las formas no capitalistas nunca podrán ser

completas ni suficientes hasta que no se alcance un horizonte general de superación del capitalismo como sistema económico y social global”⁵. El problema es cuando se cree que el socialismo es una cuestión que atañe a especialistas y no se comprende que no se llega al socialismo de un plumazo y, por lo tanto, que no se trata tanto de convencer como de predicar con el ejemplo. Contagiar con el ejemplo. Algo que Ernesto Che Guevara nunca dejó de tener en cuenta:

Siempre quedan rezagados, y nuestra función no es la de liquidar a los rezagados, no es la de aplastarlos y obligarlos a que acaten a una vanguardia armada, sino la de educarlos, la de llevarlos adelante, la de hacer que nos sigan por nuestro ejemplo (...) el ejemplo de sus mejores compañeros, que lo están haciendo con entusiasmo, con fervor, con alegría día a día. El ejemplo, el buen ejemplo, como el mal ejemplo, es muy contagioso, y nosotros tenemos que contagiar con buenos ejemplos (...) demostrar de lo que somos capaces; demostrar de lo que es capaz una revolución cuando está en el poder, y cuando tiene fe.⁶

Ejemplo que hará falta no solo extender en mayores franjas de la población venezolana, sino en los pueblos de Nuestra América, condición indispensable para que, en este siglo **xxi**, podamos seguir hablando de socialismo, y no solo del eterno retorno del capitalismo, no importa bajo que rótulos.

Un proceso difícil y “raro”

La “rareza” del proceso venezolano mostró también dos grandes certezas que pueden parecer antagónicas pero no lo son; una: que en este momento histórico es posible avanzar en procesos de cambio transitando conflictivamente la institucionalidad democrática y perdurar en el tiempo (conflictivamente en tanto que, sin generar una

5 Mabel Thwaites Rey, *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2004.

6 Ernesto Che Guevara, “Sobre la construcción del partido”, *Obras completas*, Buenos Aires, Macla, 1997.

ruptura revolucionaria, sí se busca trastocar la democracia representativa); dos: que, en última instancia, sigue siendo la fuerza siempre la que define y pone el último acento en una oración. El caso bolivariano así lo atestigua. Es decir, se pudo ganar elecciones, reformar la constitución y emprender cambios sin romper la lógica democrática. Eso llevó necesariamente a intentos de desestabilización e incluso de desalojo (temporario) del gobierno por la fuerza. Y si bien la movilización popular fue clave a la hora de restituir a Chávez a la Presidencia y retomar las sendas de la Revolución Bolivariana –tras el golpe de abril de 2002–, no menos cierto es que esa conquista pudo obtenerse –en última instancia– porque el chavismo contaba con “fieles” entre sus Fuerzas Armadas.

Aunque, como hemos dicho ya, si bien esa situación de los militares venezolanos es una excepción difícil de verse replicada en otros puntos del continente, el hecho de que un proceso cuente con la fuerza capaz de defenderlo no es un dato menor. Allí están los zapatistas con su poesía y sus armas. Y allí está instalado el debate en numerosas organizaciones populares del continente que, sin aventurerismos pero sin ingenuidad tampoco, no dejan de preguntarse una y otra vez por este desafío.

Desde que Chávez ganó las elecciones presidenciales con el 57% de los votos, en diciembre de 1998, a hoy, febrero de 2015, la Revolución Bolivariana se ha legitimado y relegitimado en innumerables procesos electorarios (más de veinte). Esta fue una de sus características centrales. Por eso no se entiende –más que por la mala fe de sus detractores– cómo puede hablarse de un antidemocratismo chavista. La democracia, en un sentido que excede al postulado “representativo” del sistema de partidos, es una marca distintiva de la Revolución Bolivariana que deja una profunda lección al resto de los países latinoamericanos. En primer lugar, que los cambios se dieron de la mano de un protagonismo popular, con nuevas fuerzas políticas y no a partir de un reacomodo dentro de los partidos existentes. En segundo lugar, que se han revalidado electoralmente las propuestas y se han realizado cambios en la institucionalidad vigente hasta entonces (incluso cambiando la

Constitución). En el caso venezolano, esos primeros años en el gobierno fueron por demás intensos, y en algún punto esa aceleración del proceso político explica la violencia del año 2002, cuando el chavismo logró sortear un golpe de Estado (abril) y un golpe petrolero (diciembre) que, por instantes, pusieron en jaque al proceso de cambio. Y aun cuando el resultado electoral fuera adverso para el chavismo, cabe destacar que el proyecto se fortaleció, porque demostró que era capaz de mandar obedeciendo y porque, como el mismo Chávez remarcó –con astucia– al aceptar la derrota, era un triunfo en tanto que toda la oposición festejaba legitimando la Constitución que hasta entonces había desconocido.

Podríamos decir que es con la sanción de la *Ley de Consejos Comunales*, en el año 2006, cuando comienzan a gestarse las condiciones jurídico-políticas para que el pueblo venezolano se empodere y apueste por un auténtico proceso de desmonte del Estado representativo. En ese camino, la conformación en el año 2012 de la Alianza Popular Revolucionaria es fundamental, ya que coloca en el horizonte político las posibilidades organizativas de movilizar al movimiento popular tras un programa unificado, que priorice una orientación socialista y una búsqueda por cambiar el Estado (fortalecer la perspectiva comunal) y no reformarlo. En ese mismo año, en el marco del décimo aniversario de Anmcla, dicho organismo emite un documento en el que remarca que “para cambiar la comunicación hay que cambiar el sistema”. Son síntomas de un estado de ánimo que comienza a tomar mayor relevancia. Son diez años en donde el Estado registra 280 medios comunitarios (244 radios y 36 señales de televisión, en 19 de los 26 estados venezolanos). Es la década en la que la *Ley Orgánica de Telecomunicaciones* (2010-2011) vino a coronar un marco legal regulatorio para garantizar que la comunicación no fuese una simple mercancía sino un derecho humano que es necesario garantizar para toda la población, en un país en donde –antes del chavismo– cinco redes privadas manejaban el 90% del mercado y en donde nueve de diez periódicos eran opositores al incipiente proceso de cambio. En términos

continentales (e incluso de lo que alguna vez se llamó el tercer mundo), el rol de Telesur en esta disputa de sentidos también fue fundamental.

Destacar la importancia de la democratización de la comunicación dentro del proceso de la Revolución Bolivariana, en el marco de una ampliación de derechos democráticos más generales, no tiene que ver con que este cronista desempeñe el oficio de periodista, sino con una comprensión del lugar que la comunicación viene ocupando en el mundo en las últimas décadas. El entramado empresarial del periodismo, que lo excede, convierte los denominados medios de comunicación no solo en formadores de opinión, sino en empresas con un poder económico que excede el rubro, ya que suelen formar parte de conglomerados económicos mucho mayor. Además, en el caso venezolano, la importancia de la democratización de la comunicación no puede soslayar el rol que jugaron las empresas periodísticas en el golpe de abril de 2002. Respecto de ese componente dentro de un proceso cultural mayor, hay que destacar que –a diferencia de cierta pulsión a la censura y un marcado dogmatismo en las políticas culturales de los estados socialistas realmente existente durante el siglo xx– la Revolución Bolivariana tiene una profunda generosidad, de la que tal vez aún no se haya tomado dimensiones en otras parte del continente. Sin el prestigio de una Casa de las Américas, la labor cultural venezolana ha generado importantes avances para hacer de la cultura un tema de todos (y todas) y no solo de especialistas (aunque se digan de izquierda). El carácter polimorfo del chavismo hace, además, que se coloque lejos de los comisariados ideológicos que, en nombre de la revolución, recortan el horizonte cultural, en vez de ampliarlo.

Lo que un cuerpo puede

Retomando de Claude Lefort el concepto de democracia salvaje como continua irrupción de derechos, podríamos pensar el actual momento latinoamericano en esa clave: la que pone el acento en el protagonismo que las experiencias colectivas realizan en pos de avanzar en una serie de conquistas que, a la vez que mejoran las

condiciones de vida, promueven otro vínculo entre las personas. Una política que, teniendo en cuenta las necesidades, se nutre del deseo de quienes participan; que no parte de una división tajante entre bases y militantes (la vieja distancia entre vanguardias y masas), sino que busca romper la lógica política que toma la forma de un hacer que coloca a los otros en el lugar de objetos. Cerca de la concepción dialógica propuesta hace décadas por la educación popular de Paulo Freire, o más recientemente por la idea de justicia del pensador francés Alain Badiou (“pasar del estado de víctima al estado de alguien que está de pie, eso es la justicia”⁷), una política democrática no será tanto la que siga las normas de la democracia burguesa (representativa) sino aquella que promueva que los sujetos se construyan sobre la base de una composición. “En la filosofía de Spinoza no se trata de víctimas, sino de seres humanos capaces, cualquiera sea la condición en la que se encuentren”, subraya Diego Tatián, haciendo suya la máxima del filósofo que sostiene que “no sabemos nunca lo que puede y de lo que es capaz un cuerpo”⁸. Y mucho menos un cuerpo colectivo. De allí que en este ensayo intentemos pensar la experiencia chavista un poco en esa clave que Tatián sugiere en sus libros sobre este pensador irreverente; es decir, pensar el chavismo no tanto por lo que no es, sino por lo que fue, lo que es, y lo que puede llegar a ser. Esa alegría integral de la que es capaz un cuerpo que, pensado en clave colectiva –como sugiere Tatián– se encuentre en plena posesión de su potencia de afectar y de ser afectado, en el ejercicio pleno y extenso de los derechos, que no es otra cosa que la capacidad imprevista de conquistar derechos siempre nuevos⁹. Un deseo de comunidad presente en una concepción que no entienda la política como un hacer por otros (el cuerpo víctima que sufre), sino hacer con otros. Porque una política auténticamente democrática será aquella que nos pro-

7 Alain Badiou, “La idea de justicia” (conferencia pronunciada el 2 de junio de 2004 en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario), *Revista Acontecimiento* (Buenos Aires), n.º 28, 2004.

8 Diego Tatián, *Spinoza, el don de la filosofía*, Buenos Aires, Colihue, 2012.

9 Diego Tatián, *Spinoza. Filosofía terrena*, Buenos Aires, Colihue, 2014.

ponga salirnos de la despolitizadora compasión, para adentrarnos en un tránsito común con otros. O no será nada.

Porque en última instancia –lo sabemos– así como la soberanía popular legitima las formas del poder parlamentario, también puede derribarlo. Es decir, toda soberanía popular se encuentra en los fundamentos del Estado democrático, pero hay algo de ella que accede, desborda a cualquier forma instituida. Es la energía anarquista o el principio de revolución permanente en el interior de cualquier orden democrático del que hablaba Judith Butler en su “Nosotros el pueblo. Apuntes sobre la libertad de reunión”, en el que sostiene que “las condiciones de un Estado democrático dependen finalmente de un ejercicio de la soberanía popular que ningún orden democrático logra contener del todo”.¹⁰

Y tal vez haya llegado la hora de pensar el chavismo en su capacidad de desborde. Y la potencia de los movimientos populares como una fuerza creadora que, a la vez que apuesta por gestar instancias de democracia protagónica real, combate tenazmente a quienes –también en nombre del chavismo– no hacen más que conducir a la experiencia a un callejón sin salida. La propia constitución venezolana legitima que el gobierno sea democrático, participativo, electivo, descentralizado, alternativo, responsable, pluralista y de mandatos revocables. Una democracia participativa y protagónica cuyo eje vertebrador ya no sea el liderazgo unipersonal (aunque en este contexto Nicolás Maduro sea mucho más que un presidente) sino la construcción del estado comunal, es el desafío del ahora.

Genealogías (II)

“¿Qué es la comuna, esa esfinge que tanto exaspera a las mentes burguesas?”. Con esa pregunta, Karl Marx abre en *La guerra civil en Francia* una serie de preguntas en torno a la importancia histórica de la Comuna de París (marzo-junio de 1871). Una de las conclusiones a las que arriba es que “la clase obrera no puede limitarse a

10 Judith Butler, “Nosotros el pueblo. Apuntes sobre la libertad de reunión”, en: AA.VV, *¿Qué es un pueblo?*, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2014.

hacerse cargo de la maquinaria del Estado ya existente y utilizarla para sus propios fines". En ese sentido, destaca la importancia que tuvo el hecho de que los consejeros municipales fueran elegidos por sufragio universal en los distintos barrios y que sus mandatos fueran revocables. También que percibieran un salario igual al de un obrero.

Muchas veces se critica este tipo de idearios en nombre de lo imposible que resulta organizar así un país y no un pequeño poblado. Sin embargo, Marx pone de relieve que "en manos de la Comuna se pusieron no solamente la administración municipal, sino toda la iniciativa ejercida hasta entonces por el Estado". Por otra parte, al autor de *El Capital* señala que "en el esbozo preliminar de organización nacional, que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar, se establece claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revisitase hasta el más pequeño caserío del país".

La lección no es menor, por más que –como se sabe– la Comuna de París fue aplastada a sangre y fuego por el poder de los capitalistas. "La Comuna dotó a la República de una base de instituciones realmente democráticas"¹¹, comenta Marx. E insiste: la Comuna fue "la forma política al fin descubierta bajo la cual ensayar la emancipación económica del trabajo"¹²: es decir, la Comuna estableció un horizonte en el que era posible pensar "abolir la propiedad privada" ("expropiación de los expropiadores") y establecer una dinámica de "trabajo libre y asociado". Más allá de las distancias geográficas y temporales, hay una lección de París insurrecta de 1871 que sigue instando a reinstalar la hipótesis comunista. Y es la siguiente: la Comuna "tomó en sus propias manos la dirección de la revolución; cuando por primera vez, simples trabajadores se atrevieron a transgredir el privilegio gubernamental de sus superiores naturales".¹³

El atrevimiento de simples trabajadores para ensayar la emancipación sigue siendo una dinámica que, por aquí o por allá, parece inquietar a las almas bellas que administran los intereses del capital.

11 Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, Buenos Aires, Libros de Anarres, 2009.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*

Por eso la experiencia de democracia participativa y protagónica que viene ensayando el pueblo venezolano en estos años –a través de las comunas, los consejos comunales, los círculos bolivarianos, las salas de batalla social, las milicias bolivarianas– es tan importante, no solo para quienes habitan ese suelo, sino para otros pueblos. Es ese rasgo el que transforma a la Revolución Bolivariana en una auténtica vanguardia de Nuestra América y el mundo.

“La grandeza de la Comuna –sostiene Miguel Abensour en su libro *La democracia contra el Estado*– es haber alcanzado la existencia contra todas las formas de Estado que le negaban el derecho a existir”¹⁴. La grandeza del legado de Chávez, podríamos agregar, es haber sostenido, en última instancia, un enunciado tan subversivo como “comuna o Nada”. Y aferrarse, contra todo burocratismo, al ideal libertario que parte del presupuesto de que la comuna es el alma del proyecto bolivariano. Como reconoce el militante chavista Richard Claros en su artículo publicado recientemente por el portal de pensamiento crítico Contrahegemonía “Venezuela: construyendo socialismo desde abajo”, la territorialización comunal “ha generado una interesante oleada organizativa que ha permitido la actualización de las vocerías de los consejos comunales y la activación de los movimientos sociales con el franco anhelo de ir avanzando hacia la comuna”¹⁵. La chispa ya está encendida. Dependerá del protagonismo del pueblo venezolano expandirla por todo el territorio nacional. Y de todos nosotros, acompañar ese proceso, sin pretender erigirlo en modelo a implantar en otras latitudes.

Modelo(s) para (des)armar

Resulta difícil, pero quizás sea hora de que asumamos que tendremos que acostumbrarnos tanto a transitar la incertidumbre como a evitar buscar modelos que sustituyan los que ya no están, los que –definitivamente– quedaron en el pasado. “No necesito modelos

14 Miguel Abensour, *La democracia contra el Estado*, Buenos Aires, Coliuhé, 1998.

15 Richard Claros, “Venezuela: construyendo socialismo desde abajo”, recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.

para hacer lo que yo quiero hacer”, cantaba Ricky Espinoza, líder de Flema, la emblemática banda de punk-rock argentina. Algo similar plantea el dramaturgo (también argentino) Jorge Villegas, y el grupo que dirige, Zéppelin Teatro, cuando en su obra KyS (iniciales de Kosteki y Santillán, los apellidos de Maximiliano y Darío, los jóvenes militantes asesinados el 26 de junio de 2002 en la denominada Masacre de Avellaneda) abordaron el modelo como inscripto en las lógicas del poder, como modelo económico, modelo de vida burguesa, modelo que debe ser derribado sin modelos.

Modelo. La palabra modelo me distrae. La palabra modelo me atrae. La palabra modelo me contrae. Modelo. Contractura. Modelo es igual a contractura. Soltura no. Contractura. Yo no soy un modelo. ¿Quién es un modelo? Modelo publicitario. Modelo económico. Modelo es raro. Modelo es feo. Yo no soy un modelo () La bloquera es un lugar. Un lugar donde se hacen bloques. Bloques para la construcción. Allí trabaja este modelo. Un modelo explotado. Un modelo desclazado. Tengo frío. Tengo ganas de ser un modelo. Distinto. Distinto No. Diferente. Un modelo social. Eso me gusta. Hablar. Pensar. Vivir. Modelar. Modelemos. Todos a modelar otro modelo. Voy a devolver este modelo. Vacío. Sentido. Llenar de sentido. Un modelo. En mi voy a crear uno nuevo. Uno mejor. Uno personal. Uno distinto. Distinto No. Diferente. Eso. Diferente. Un buen modelo. Modelo sin modelos.¹⁶

Retorno al principio (del texto, aunque no de la historia)

El chavismo como experiencia venezolana y como inspiración latinoamericana. Sin modelos entonces. Porque sí, tal como sostuvo Alain Badiou (en su conferencia titulada “La figura del soldado”), necesitamos encontrar “un nuevo sol”, un “nuevo paisaje mental” que nos ayude a “crear nuevas formas simbólicas para nuestra acción colectiva”¹⁷, no podemos más que partir de las referencias gestadas en

16 Jorge Villegas, *Incompleto. Obra teatral (2007-2013)*, Córdoba, Ediciones Recovecos, 2013.

17 Alain Badiou, *Filosofía y política: una relación enigmática*, Buenos Aires, Amorrortu, 2014.

este nuevo tramo de las luchas de los pueblos por su emancipación. La experiencia colectiva de la Revolución Bolivariana –cuyo líder emblemático fue sin lugar a dudas Hugo Chávez Frías– corre el riesgo de reducirse –leída desde afuera de Venezuela– en caricatura de revolución. La reducción de bolivarianismo a chavismo y de este a la figura personal de Chávez no hace más que encajonar las nuevas experiencias en los parámetros conceptuales que han quedado ya a nuestras espaldas. Y lo que es peor, coloca a la Revolución Bolivariana un paso más atrás de lo que la propia experiencia pudo empíricamente ya realizar: continuar como proceso colectivo más allá de la vida de su líder. El actual liderazgo del presidente-compañero Nicolás Maduro ratifica una doble enseñanza que ha brindado en estos meses el pueblo venezolano. En primer lugar, que en términos afectivos y simbólicos, el carisma de la figura de un líder no es sustituible, pero que esa experiencia única e irrepetible puede ser tramitada en términos políticos como construcción de un mito que incite a la acción colectiva. Por otro lado, que la vocación de persistencia de un proceso de cambio necesita ir gestando transiciones. En ese marco, los consejos comunales no son solo una experiencia formidable de autoorganización popular (parcial) en el aquí y ahora, sino que además prefiguran las batallas en el Estado contra ese mismo Estado. Y la jefatura de Maduro podría ser pensada, en esa línea argumental, como la transición desde una política colectiva con fuertes liderazgos unipersonales, a una política sin nombres propios. Ya que la política de nombres propios parece ser más un lastre del siglo xx que una invención política del nuevo siglo. El socialismo del siglo xxi se las ingeniará seguramente para ir gestando una camada de liderazgos colectivos que manden obedeciendo. Como en Bolivia, Venezuela deberá asumir en los próximos años tamaña tarea. Ese parece ser el desafío que la hora reclama no solo para Venezuela, sino para América Latina y el mundo entero.

Referencias

Abensour, Miguel. (1998). *La democracia contra el Estado*. Buenos Aires: Coliuhé.

- Benjamin, Walter. (2007). *Tesis sobre el concepto de historia*. Buenos Aires: Piedra de Papel.
- Badiou, Alain. (2004). La idea de justicia (conferencia pronunciada el 2 de junio de 2004 en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario). *Revista Acontecimiento*. 28. Buenos Aires.
- Badiou, Alain. (2014). *Filosofía y política: una relación enigmática*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Butler, Judith. (2014). Nosotros el pueblo. Apuntes sobre la libertad de reunión. En: AA.VV. *¿Qué es un pueblo?* Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Claros, Richard. Venezuela: construyendo socialismo desde abajo. Recuperado de www.contrahegemoniaweb.com.ar.
- Guevara, Ernesto Che. (1997). Sobre la construcción del partido. *Obras completas*. Buenos Aires: Macla.
- Marx, Karl. (2009). *La guerra civil en Francia*. Buenos Aires: Libros de Anarres.
- Mazzeo, Miguel. La izquierda iterativa. Breves reflexiones sobre la estrategia expresiva de la vieja izquierda. Recuperado de <http://contrahegemoniaweb.com.ar/la-izquierda-iterativa/>.
- Tatián, Diego. (2012). *Spinoza, el don de la filosofía*. Buenos Aires: Colihue.
- Tatián, Diego. (2014). *Spinoza. Filosofía terrena*. Buenos Aires: Colihue.
- Thwaites Rey, Mabel. (2004). *La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Villegas, Jorge. (2013). *Incompleto. Obra teatral (2007-2013)*. Córdoba: Ediciones Recovecos.

NOSOTROS LA REVOLUCIÓN

MARCO TERUGGI

Hugo Chávez está de pie ante el estadio donde los miles se cierran el cuello del abrigo, aguantan la lluvia que cae fina y lo escuchan atentos. Mientras habla ve las banderas con rostros de Ernesto Che Guevara, Martín Fierro, Eva Perón, y sonrío al escuchar los cantos contra el ALCA, cuando confirma que el paso que cinco años antes parecía imposible ha sido dado. Está sereno en su discurso en el cual nombra a los movimientos sociales, a los pueblos originarios y a los desaparecidos la posibilidad de derrotar al imperialismo.

Se detiene, explica que es necesario ahondar en la historia del continente, el proyecto inconcluso por el cual pelearon y fueron derrotados Simón Bolívar, San Martín, José Artigas, Manuela Sáenz. Trae a un desconocido para los miles que llevan más de una hora escuchándolo sin moverse: Francisco de Miranda. Él debe imaginar que nadie allí conoce sobre la vida de quien llama el ideólogo de la unión del sur, y por eso lo nombra, y explica quién fue, cómo luchó, cuáles fueron sus pensamientos y acciones. Chávez practicaba lo que siempre hace: contar, enseñar, recuperar el hilo largo de la historia, aquel que la recorre invisible muchas veces, que da unidad a una búsqueda popular de siglos. Es necesario que todos sepan acerca de las raíces comunes, y parte de

una verdad que lleva siempre consigo, la del poeta Aquiles Nazoa: creer en los poderes creadores del pueblo, y él cree, y ese pueblo americano debe estar formado para poder protagonizar el proceso de liberación integral.

Hace bajo el cielo de Mar del Plata lo que construye en Venezuela en cada discurso, en los programas de televisión de cada domingo una y otra vez: traer a la memoria el pasado, debatirlo, hacerlo familiar. Para que surja el entramado histórico fundacional, regrese el proyecto originario de la mano de lo colectivo, de quienes hacen las resistencias y los cambios.

De esa manera también enraíza allí la etapa reciente, el camino sin pausa protagonizado por quienes pusieron en pie la Revolución Bolivariana, que tiene un hilo que comienza por ejemplo en la década de los setenta en un barrio como El Guarataro, en Caracas, allí donde, en el tiempo de fin de las guerrillas, un grupo de compañeros inicia un trabajo de organización cultural apoyándose en las enseñanzas de Paulo Freire. Que sigue cuando sucede el Viernes Negro de 1983, el impacto del neoliberalismo sobre los sectores populares que da inicio a un ciclo de protestas reivindicativas, donde en El Guarataro logran movilizar entre seiscientas y novecientas personas, mientras cada noche el barrio se torna más violento.

Es el hilo que continúa cuando todos despiertan el 27 de febrero de 1989 con las barriadas de los cerros y bajan al centro de la ciudad a protestar, a saquear, a exigir, a resistir, a quemar y a morir. Y todos ven cómo de a muchos, de a miles, los cuerpos son trasladados como sacos sobre camiones para rellenar fosas comunes –de tres a cinco mil muertos es el número estimado–. Es entonces cuando el país evidencia la división que siempre ha existido, y lo hace con nombre y apellido: de un lado los militares, el presidente, los partidos políticos que sellaron la alternancia en el poder desde 1958, el Estado y los ricos; y del otro lado el pueblo pobre, los millones, la inmensa e incontestable mayoría.

Y tiene otro nudo central cuando el 4-F de 1992 los compañeros de El Guarataro, reclutados y entrenados militarmente, se

encuentran cubriendo la retaguardia de El Cuartel de la Montaña, lugar que debe ser tomado por los sectores militares encabezados por Hugo Chávez. En esas fechas el colectivo ha llegado a la conclusión de que en la continuidad del ciclo de protestas se ve en los sectores populares la necesidad del cambio político. Y no son los únicos: también el grupo militar Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 –MBR-200– ha percibido que existe una demanda de transformación, que alguien encabece esa masividad poderosa y sin riendas del 27 de febrero. Por eso se unen para ese intento encabezado por diez mil militares y grupos civiles.

Esa búsqueda de despertar lo que yace la ha aprendido Hugo Chávez de su maestro Jacinto Pérez Arcay, quien le ha explicado que en el inconsciente de la nación venezolana se encuentra el legado de Simón Bolívar. Por eso desde su salida de la cárcel insiste en el mismo proyecto, el del árbol de las tres raíces: Simón Rodríguez –filósofo y maestro primero–, Simón Bolívar y Ezequiel Zamora –este último, líder de las revueltas campesinas de mediados del siglo xix–. Y escucha, busca comprender lo que sucede en los anhelos, imaginarios populares, y para eso recorre el país, el MBR-200 se abre a la participación de los civiles, y en abril de 1997, en una asamblea extraordinaria se decide participar en las elecciones de 1998. La consigna y promesa central: la Asamblea Nacional Constituyente, refundar Venezuela para continuar con el proyecto histórico inconcluso, el que ideó, entre tantos, Miranda.

Por eso ante los miles que lo escuchan bajo la lluvia de ese noviembre de 2005 busca lo mismo: traer el sueño americano originario traicionado una y otra vez por la oligarquía y la burguesía, pero que sabe está ahí, en el inconsciente de la nación despedazada. Está seguro, si en Venezuela el hilo ya ha regresado a la palabra de todos, lo mismo puede y debe suceder en Argentina y en toda América Latina. Por eso explica, como lo vuelve a hacer en cada visita, porque la apuesta es el pueblo, el hacedor principal de las propuestas que viene a ofrecer: una alianza continental llamada ALBA y el socialismo del siglo xxi.

Sol de noche

Es 14 de marzo de 2013 a las dos de la mañana, y en las afueras de la Academia Militar hubo un cola de varios kilómetros para ver por última vez a Hugo Chávez. Hace nueve días que en la tarde fue dado el anuncio, y hasta Caracas se han movilizado millones de personas venidas de todos los puntos del país. Algunos han esperado hasta setenta y dos horas, y la cola sigue teniendo varios kilómetros de largo.

Durante la espera hablan de la historia, de los avances de la revolución, de cómo transitar hacia el socialismo, el rol de las comunas, el poder popular, el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), la integración latinoamericana, la Constitución, las leyes y también del Estado burgués y su necesaria destrucción, del mal que es el capitalismo, la oposición y el imperialismo. Cada una de esas palabras, de esas ideas es debatida de a miles, como parte esencial de una identidad política y humana: el chavismo, que pertenece a millones. Esa conciencia la llevan y defienden indígenas, habitantes de las barriadas de los cerros, campesinos, obreros, pescadores, poetas, músicos, jóvenes, travestis, artesanos, oficinistas, milicianos, militares, la inmensa mayoría de una sociedad que en 1998 estaba bajo línea de pobreza, viendo y sabiendo de su riqueza petrolera robada día a día.

Ellos fueron convocados por Hugo Chávez a refundar la patria, que significó desde el primer momento hacerlo sobre su participación activa, directa y protagónica. La Constitución así lo indicó –comenzar por desmoronar la idea única y excluyente de la democracia representativa– y los demás pasos estuvieron dados en esa dirección.

Luego, con el mismo transcurso del proceso popular, las formas de llevar adelante ese protagonismo fueron cambiando, madurando: desde los círculos bolivarianos, las misiones sociales, los comités de tierra urbana, las mesas técnicas de agua, los fundos zamoranos, los movimientos sociales, colectivos, hasta los consejos comunales, las comunas, los consejos presidenciales de gobierno

popular y el horizonte del Estado comunal. Un proceso permanente de búsqueda que fue avanzando a medida que el proyecto político se fue haciendo más nítido: desde un planteamiento ligado a una idea de tercera vía, a una revolución socialista en el año 2005.

Y ese avance político, ese pasar de la resolución de las deudas sociales urgentes –educación, salud, alimentación etc.– al proyecto socialista estuvo unido por el punto de inicio: la búsqueda de que la planificación y la ejecución de las políticas públicas, de la política, sea hecha por los sectores populares. Que el pueblo tenga poder, real, de hacer, decidir, resolver y construirse de manera directa en cada territorio de la mano con un proyecto nacional.

Esa fue la estrategia permanente, la invariante, más allá de avances o retrocesos tácticos: nunca el horizonte estuvo puesto en recomponer y mantener un orden perdido a través de medidas sociales relativamente progresistas, sino de transformarlo de raíz, y eso solamente fue entendido como posible a través del protagonismo popular, su empoderamiento, desde el principio hasta el final.

Por eso, a las dos de la mañana, ante la noche que ha dejado de ser noche desde el 5 de marzo, los miles que esperan hablan de ideas, de proyectos, de ellos mismos junto al Gobierno, empujando una transformación de la realidad que han defendido con sus cuerpos, como en abril del año 2002, rescatando a su presidente. Saben que la apuesta de Hugo Chávez fue por ellos, que tienen una responsabilidad histórica, son la revolución, y buscan ser lo que Chávez les dijo: que ellos son él, ese lázaro colectivo que se levantó y que ya sabe a dónde se dirige.

El tiempo que mandó

Hugo Chávez parece por momentos angustiado. Las cámaras lo enfocan, está sentado en el consejo de ministros, hablando ante el gabinete en cadena nacional de radio y televisión. Han pasado trece días de su triunfo del 7 de octubre, de lo que imagina serán seguramente sus últimas elecciones. La victoria fue inmensa –diez puntos de diferencia– pero sabe que la revolución no son los comicios, estos son

la posibilidad de mantener el gobierno para continuar desarrollando la construcción del proyecto que dejó plasmado con detalle en el texto que lleva por nombre Plan de la Patria, el plan para el 2013-2019.

Enmarca lo que va a decir citando desde el inicio a István Mészáros: “El patrón de medición de los logros socialistas es: hasta qué grado las medidas y políticas adoptadas contribuyen activamente a la constitución y consolidación bien arraigada de un modo sustancialmente democrático, de control social y autogestión general”.¹

Avanza en sus palabras, y repite una y otra vez una pregunta con un tiempo urgente y desesperado: “¿Me comprenden?”. Sabe que el proceso está en un punto de fortaleza pero con grandes debilidades, deudas estratégicas: las comunas no han sido tomadas como un punto nodal, la reversión del modelo rentista petrolero no está dando los frutos esperados, rige en muchos estamentos del gobierno una concepción estatista del proceso, una visión de un poder popular subordinado y reducido en su accionar, una concepción electoralista que no permite el debate, la crítica y la autocrítica en la comunicación. Y sabe que eso es vital: se trata de terminar con el Estado burgués y construir una economía socialista, y en eso hay avances, líneas de acción desarrolladas, pero también, y sobre todo, fuertes dificultades, frenos y resistencias en el mismo Gobierno, en el PSUV, entre algunos de sus hombres y mujeres de confianza.

Nada de eso es nuevo, pero el tiempo para él se está terminando y la revolución está ante grandes desafíos, las claras señales de lo que hoy está viviendo. Por eso el 5 de noviembre, cuando nuevamente se reúne con sus ministros –la última reunión de gabinete– insiste en las fallas, en los errores, en la necesidad de terminar con la ineficiencia, en una fábrica inaugurada la semana anterior que no se encuentra funcionando. ¿Por qué, qué sucede, quién es responsable-culpable? Y no elude su papel, él es el presidente, el conductor indiscutible de un proceso que se ha puesto metas muy claras.

1 István Mészáros, *Más allá del capital: Hacia una teoría de la transición*, Caracas, Vadell Hermanos Editores, 1999, p. 851.

De esas alocuciones queda una consigna central: “Comuna o nada”. Su palabra es clara, ese es el camino para transitar al socialismo bolivariano del siglo XXI. Ahí están sintetizados los trece años de la apuesta invariable de la revolución, del poder para el pueblo. Y no de manera parcial, limitada. Ni subordinada al PSUV ni a los ministerios ni a las intendencias ni a las gobernaciones, a nadie, las comunas deben ser la nueva institucionalidad, el nuevo poder que vaya creciendo, donde resida la nueva sociedad, en lo político, económico y cultural. Allí tiene que transferir competencias y recursos el Estado existente para comenzar a dejar de hacer en los primeros niveles –intendencias– y dejar paso a las comunas, que sean ellas –ese pueblo organizado en un territorio– quienes decidan y hagan sobre los planos cotidianos y estratégicos de su vida.

Y hay soledad, la debe sentir Hugo Chávez, porque existen apenas algunas comunas registradas, las instituciones le apuestan poco o nada, y hasta el momento solo algunos movimientos populares –como la Corriente Revolucionaria Bolívar y Zamora– y experiencias locales –como la comuna Ataroa, en Barquisimeto– trabajan en su desarrollo.

Es el último Chávez, su palabra final, su síntesis política del camino que puede llevar hacia la desembocadura. Allí está la respuesta contra la burocracia, la corrupción, la ineficiencia de un Estado que se resiste, que Chávez intenta tensar al máximo para que permita el avance popular, ese mismo que lo deconstruirá, le quitará el poder. Las comunas, en el horizonte de construir un Estado comunal, son las formas en qué ir desarmando el orden burgués y establecer otro –diametralmente opuesto–, profundizar la transición, una obra que no puede ser decretada y debe ser apropiada por millones.

Resistir la siembra

En los supermercados muchas estanterías están vacías, en las farmacias la mayoría de las respuestas a los pedidos son negativas, y en muchas esquinas de las ciudades hay colas, pequeñas, medianas y

grandes, algunas comenzando desde la madrugada. El desabastecimiento es rotativo, siempre con productos sentidos, como detergente, champú, desodorante, papel higiénico, harina de maíz, leche, toallas sanitarias, jabón. Ya van casi dos años, y sobre casi todos los productos ha existido un incremento, de hasta tres veces su precio en los de uso cotidiano, y en algunos –como teléfonos, motos, heladeras, televisores etc.– el aumento ha corrido casi paralelo al dólar negro, que pasó de 30 a 200.

El pueblo está siendo puesto a prueba, la estrategia golpista no es nueva: al igual que contra el proceso revolucionario chileno, el plan es desgastar a los sectores populares, desmoralizarlos, despertar los peores valores de competencia, aprovechamiento, egoísmo. Para eso las colas son estimuladas, los productos escondidos, redes de revendedores son organizadas y financiadas, al igual que profesionales de las colas, y la sangría fronteriza con el contrabando. Se puede ganar dinero rápidamente a través de aprovecharse de quienes no pueden esperar, necesitan urgentemente los productos, que son generalmente los propios vecinos, los trabajadores. Así la derecha mantiene una guerra de arriba para abajo, que busca que también se desarrolle entre iguales, la exacta antítesis del chavismo.

Porque el proceso bolivariano ha buscado recomponer el tejido social golpeado con tanta hambre, tanta crisis, tanto viernes negro, Caracazo y violencia; y para eso ha estimulado los mejores valores: la solidaridad, la igualdad entre iguales, la construcción de respuestas colectivas, la integración, la unidad y el amor. Sobre esos pilares se ha desarrollado, y con esa mirada que se fue arraigando en la gente es que se pudo hacer frente a etapas como el paro petrolero de 2002, cuando el país fue paralizado por el golpismo. Una resistencia a la cual se sumó la certeza de que quien conducía el proyecto estaba hecho de esas mismas palabras y acciones, algo que se había venido gestando desde la primera aparición de Hugo Chávez en 1992, cuando afirmó “por ahora”, y se hizo responsable mirando a los ojos a un pueblo, y fue honesto, transparente, como ningún otro político de esta historia nacional.

Ahora es otra etapa: Chávez no está físicamente, la guerra económica lleva dos años sin tregua, y el golpe cotidiano a la moral está articulado con las olas de violencia que se suceden. Desde el 15 de abril de 2013 hasta inicios de 2015 la derecha mató a sesenta y tres hombres y mujeres, chavistas, además de incendiar locales del PSUV, centros de salud, de tomar terminales de autobús con paramilitares en zonas de frontera como Táchira, utilizar francotiradores en las protestas, etc. Atacar al pueblo una y otra vez, llevarlo a que confronte con la derecha en las calles desatando la violencia contenida, los odios de clase, y que también proteste contra el gobierno por el descontento de las colas, esos son los objetivos, empujar hacia una situación de ingobernabilidad. Y cuanto mayor violencia, mayor escasez, mejor.

Nadie responde a las provocaciones que duelen hondo, ni siquiera cuando asesinan en su casa al diputado chavista Robert Serra y a su compañera. De a poco las protestas situadas únicamente en las zonas altas de algunas ciudades se apagan, nadie protagoniza ningún señalado saqueo por la derecha, gran parte del pueblo, aunque golpeado, sabe lo que está sucediendo, aguanta las colas, las faltas, las presiones, no logra ser quebrado.

Pero algo más aparece como problema, como fuerza sobre la cual se apoya la guerra económica: las formas de consumo. La revolución permitió democratizarlo, abriéndolo a los sectores populares que comenzaron a acceder a productos que antes les eran lejanos –comidas, electrodomésticos etc.–, pero en ese mismo movimiento, y por el impacto de tantos años de neocolonialismo norteamericano, de impacto de los medios de comunicación extranjerizantes, se hizo fuerte el consumismo. Y un proceso socialista y consumista resulta contradictorio, cuando no imposible por definición. Entonces los ataques económicos encuentran allí una de sus fortalezas, porque trabajan sobre deseos fuertes, generando descontentos que podrían no existir, evidenciando la tensión entre lo justo de la democratización al acceso, y el problema de la potencia capitalista en la vida de cada día, una tensión eminentemente cultural.

Los niveles de conciencia del pueblo chavista están entonces en permanencia puestos a prueba, en una pulseada en la cual la oposición y sus medios de comunicación plantean dos mensajes centrales: el modelo ha fracasado y el presidente debe renunciar. Pero ya Nicolás Maduro no es un casi-desconocido como en diciembre de 2013, y contra las campañas nacionales y mundiales destinadas a ridiculizarlo, ha buscado y logrado acercarse a las bases, escuchar, ver de qué manera continuar con la línea que Chávez encomendó a todos en el Gobierno pero en particular a él. Y el pueblo resiste, sabe del modelo y está dispuesto, quiere más.

Contra el viento

Es mayo de 2014 y Nicolás Maduro está de pie en el Poliedro de Caracas ante miles de comuneros venidos de todo el país que trajeron debates, experiencias productivas, una demostración de crecimiento. Es la segunda vez que tantos están reunidos, y ante ellos el presidente anuncia la necesidad de poner en pie una nueva instancia: el consejo presidencial del gobierno popular con las comunas. Se trata de establecer un puente directo entre el pueblo organizado y él mismo –poder popular constituyente/poder público instituido–, con un objetivo claro: que el sector más avanzado en términos de organización popular dicte políticas públicas, propuestas de acción, se dé un paso en la construcción del cogobierno. Y a los pocos meses le pone a ese paso un nombre claro: el “pueblo-presidente”.

Para esa fecha el movimiento comunero ha venido sosteniendo un proceso de acumulación sostenido de casi un año, sus debates, niveles organizativos, de autogobierno territorial, entrelazamientos intercomunales, han madurado. Ya no son comunas sueltas en diferentes territorios del país, ahora comienzan a pensarse como un sujeto político con un horizonte estratégico común, sobre el cual descansa una tarea histórica: crear la nueva institucionalidad, el nuevo Estado. Y entre las dificultades propias de inexperiencias, de aprender a ser gobiernos territoriales, el proceso avanza.

Entonces el presidente ensaya con ese sector en avanzada –“inventamos o erramos”, como afirmaba Simón Rodríguez, una y otra vez– y propone formar esa nueva instancia que debe tener el camino claro: de lo local a lo regional hasta lo nacional, y de lo nacional a lo regional hasta lo local, desde donde deben partir los lineamientos, profundizando los niveles organizativos, a la vez que construyendo pasos de cogobierno.

La apuesta comienza a funcionar: de a poco la estructura de consejo presidencial se va creando en cada estado, los debates alcanzan niveles de síntesis, se llevan adelante reuniones con Nicolás Maduro, poniendo sobre la mesa la creciente capacidad del movimiento comunero. Entonces el presidente anuncia e impulsa la creación de nuevos consejos presidenciales: el de los pueblos indígenas, la clase trabajadora, la cultura, los campesinos y pescadores, la juventud, las mujeres y las personas con capacidades diferentes. Apuesta, como Chávez, a los poderes creadores del pueblo.

Pero esto no es visto de la misma manera por todos en el Gobierno, y Maduro también parece sentir cierto viento de soledad. Sobre todo cuando en el congreso del PSUV en julio de 2014 –una semana después de la instalación del consejo presidencial de gobierno popular con las comunas– gran parte del salón, ocupado centralmente por funcionarios –alcaldes, gobernadores, diputados–, hace visible una oposición al crecimiento comunal. Esa mayoría muestra su negación a un ascenso que puede –y así debería hacerlo– poner en peligro su poder, asentado en la estructura del Estado burgués. Porque las comunas piden, con la legitimidad del legado de Chávez, avanzar en la transferencia de recursos para construir empresas de propiedad social, adquirir camiones, centros de acopio, manejar circuitos completos de producción y también avanzar en la transferencia de ciertas competencias, es decir, llevar adelante algunas de las funciones que siempre han hecho las alcaldías: recolección de residuos, manejo de la infraestructura de salud, educación, construcción de obras públicas, etc.

Y aunque muchos de esos puntos por el momento son debates y propuestas, la respuesta de quienes encabezan esas primeras

líneas institucionales es contundente, evidenciando las diferentes tendencias del chavismo, el peso de un sector burocrático, estatista, opuesto a ceder el poder que está previsto que ceda según el proyecto estratégico.

Es la tensión inevitable de la transición, la complejidad de la apuesta estratégica junto con el equilibrio gubernamental que siempre mantuvo Hugo Chávez. Porque el chavismo no puede romperse bajo ninguna circunstancia. Unidad, unidad y más unidad, es la consigna que se repite y se busca llevar adelante desde la partida del líder.

Entonces la reacción del PSUV es a la vez una buena y una mala señal. Buena porque indica que efectivamente el proceso comunal está creciendo, y su consolidación inquieta a quienes conciben que el poder popular debe estar reducido a tareas menores –es decir, no ser poder popular–. Y mala porque muestra cómo una gran parte del principal partido de la revolución es en gran parte un freno al proyecto señalado con angustia por Chávez antes de partir, cómo de a poco parece confundirse con el Estado, pensarse como alcaldías, gobernaciones y defender ese orden que es el que debe ser derrumbado.

Esa mirada es también la predominante en la concepción de cómo hacer frente a la guerra económica: si apostando al protagonismo popular o concibiendo una respuesta exclusiva, o casi del Estado. Y hasta el momento, en gran parte, ha predominado la segunda. Entonces, por ejemplo, la demanda de la fiscalización popular real –es decir, no ocasional, subordinada a una institución, sino constante y con poder de acción/sanción– no es contemplada como posible ni se abren las puertas de par en par para financiar las experiencias productivas comunales. Y ante los golpes cotidianos la gran mayoría del pueblo debe esperar las respuestas del Gobierno en vez de hacerse de herramientas para combatirlos. Ser parte protagónica de la resolución sería avanzar en los niveles organizativos, en mayor empoderamiento, en capacidad de ser Gobierno. Pero existe un sector que no cree en los poderes creadores del pueblo, que les teme y subestima, y frena las iniciativas que apuntan a proseguir la línea estratégica de la transición, a hacer del pueblo el presidente.

Empujar desde lejos

“Antes no éramos nada” dicen tantos dentro de los sectores populares. Es cierto, el país en gran parte era nada, el orgullo era nada, ¿quién quería ser venezolano? ¿Quién quería su propia música, comida, bandera, lugar en el mundo? Pocos, y esos pocos como Alí Primera, Cecilia Todd, lo cantaron, y otros como Víctor Valera Mora y Gustavo Pereira lo escribieron en sus poemas. Pero eran eso, unos pocos desconocidos para la inmensa mayoría, resistencia en una soledad norteamericanizada, un gran feudo para latifundistas con avionetas privadas, sicarios baratos, champaña en el puerto, petróleo, *miss* venezuela rubias, presidentes blancos, oligarcas, arrastrados.

Al llegar Hugo Chávez a la Presidencia vino la revancha histórica, de clase, la de los pobres contra los ricos, y fue sin violencia, planteando la nueva democracia, radicalizándola, tejiendo una hegemonía popular, la unificación de lo roto. Entonces todos los antes excluidos se encontraron bajo la misma identidad: los indígenas se hicieron chavistas, y también los campesinos, obreros, mujeres de barrio, cantantes de joropo, deportistas, etc. Para cada uno, Chávez tuvo propuestas, política, una dialéctica de retomar las demandas históricas para reformularlas dentro de un proyecto estratégico, y volver a preguntar para obligar a más, a que las riendas sean tomadas por las bases.

En ese camino, ya cerca del final, dio otro paso, una suerte de espejo estratégico que repitió y quedó en boca de todos: “Tú también eres Chávez”, frase que se transformó en la consigna “Yo soy Chávez”. Ancló más aún ese poder ser, esa necesidad de hacer en el pueblo, como responsabilidad, obligación, buscando profundizar la construcción de ese sujeto colectivo, al cual, como al Gobierno, le dejó tareas concretas, un plan de acción popular para avanzar en horizonte histórico. Millones siendo protagonistas, más allá del mismo Chávez, del líder máximo, siendo ese líder en el día a día.

Pero ese plan a desarrollar se encontró con otro obstáculo, la burocracia, cotidiana, invisible, en los puestos intermedios, también reproductora de la lógica del Estado heredado. Ya Chávez lo había

dicho en 1997, a poco de ganar las elecciones: se estaba ante un Estado putrefacto y solo se podía avanzar construyendo otro. Por eso desde los primeros años construyó las medidas para impulsar una institucionalidad paralela, como en el caso de las misiones sociales. Por una mirada estratégica –que desembocaría en las comunas– y porque desde las instituciones existentes, ineficientes, burocráticas y excluyentes, resultaba imposible impulsar esas políticas.

Y si bien con el paso de los años se logró avanzar en intentar llevar al Estado burgués al máximo de su contradicción –ser su propio sepulturero–, lo cierto es que esa burocracia continuó sedimentándose, operando como un freno invisible y sin cabeza para ejecutar proyectos aprobados, un techo cotidiano, un drama de ineficiencia en cada institución, resistente al llamado reiterado de Nicolás Maduro: “Eficiencia o nada”. Y esa burocracia, asentada en las capas intermedias del Estado, ha venido llevando adelante su tarea contrarrevolucionaria –de manera consciente o no– de forma muy cómoda: casi nunca castigada desde las mismas instituciones, y recibiendo en pocas oportunidades presiones por parte de los sectores organizados.

Una posible respuesta para comprender por qué esto último ha pasado –por qué en gran medida no se ha ejercido sobre esa burocracia una presión popular–, puede estar en los orígenes de la revolución, sui géneris desde El Caracazo. El proceso que llevó a Hugo Chávez a la Presidencia no estuvo asentado como en el caso de Evo Morales sobre movimientos sociales nacionales, con años de acumulación sectorial y capacidad de movilización propia de miles. En Venezuela se desarrollaron muchas experiencias pero locales como la de El Guarataro, en otros barrios de Caracas como el 23 de Enero, La Vega, en zonas campesinas como en Yaracuy y Apure.

Existía al iniciarse el proceso grandes niveles de inexperiencia organizativa, que con el tiempo se fueron en parte saldando –hay existen miles de colectivos, movimientos barriales, agrupaciones etc.–, pero teniendo en pocos casos expresiones nacionales, multi-sectoriales; el proceso comunal y de consejos presidenciales parece dar pasos en la reversión de eso. Y, además, el proyecto planteado

por Chávez y continuado por Maduro, exigió más que ser organizaciones y movimientos, sino serlo con perspectiva de auto y cogobernar, algo para lo cual ningún pueblo ha sido preparado.

La iniciativa del mismo Chávez en impulsar líneas estratégicas, en redoblar las apuestas, siempre fue central. Y salvo algunas excepciones –los trabajadores de Industrias Diana, o la Corriente Revolucionaria Bolívar y Zamora por ejemplo–, no ha formado parte de la cultura política mayoritaria chavista, de su sentido común, la práctica de movilizarse a las mismas instituciones, no desde una lógica de confrontación, sino desde la necesidad de presionar para destrabar proyectos, incomodar a la burocracia y obligarla a dar respuestas. O incluso más, como en el caso del proceso de Bolivia, de mostrar diferencia sobre alguna iniciativa política o económica del mismo Gobierno.

Entonces cuando se ha dado –demasiadas veces– la ecuación ineficiencia burocrática/inmovilidad popular, se ha asistido a proyectos caídos, frenados por tiempos indeterminados, trayendo las consecuencias de desmoralización, apatía, desacumulación en el proceso de organización, así como el fortalecimiento de la espesura, el pantano burocrático.

Y la existencia de esa franja permanente y extendida también ha evidenciado otro drama: la falta de cuadros intermedios ocupando lugares en el Estado desde la mirada estratégica señalada por Chávez y Mészáros, la de gobernar para aportar al proceso de control social y autogestión general. Cuando la ausencia de esta mirada, de la formación política necesaria, se ha dado, ha primado la lógica de papeles extraviados, falta de respuestas, la fuerza de la gestión ineficiente sobre la voluntad política. Esto ha dado lugar a que muchas decisiones políticas tomadas en las direcciones del Estado no logren ser ejecutadas. Y ante esto, si bien han existido presiones populares vitales, la dinámica de organización y movilización para exigir, hacer sentir el peso de lo justo, ha sido insuficiente, no ha logrado, hasta el momento, instalarse en el imaginario chavista mayoritario como un mecanismo sano y necesario de la revolución.

Somos nosotros

Nicolás Maduro habla en cadena nacional, está preocupado pero muestra y transmite seguridad, como aprendió a hacer a lo largo de estos dos años. Él, que no daba discursos, no se había presentado a ningún cargo electoral, ahora habla cada día en televisión. Continúa con el ejercicio de Chávez, el de formar, explicar, como una necesaria pedagogía política. Y hoy es más necesario que nunca: el presidente de los Estados Unidos anunció ante el mundo su decisión de ir en contra de la Revolución Bolivariana. Ya sin intermediaciones, tomando las riendas ante la constatación de que la derecha que han venido financiando con millones de dólares ha sido incapaz de hacer peligrar de manera irreversible el proceso político. Porque ante tanto golpe el pueblo continúa entero, el presidente ha logrado asentar su liderazgo y el proyecto no ha modificado su curso.

Como todos estoy ante la televisión y lo escucho, observo con atención. Está sorprendido y así lo dice, no esperaba que Barack Obama en persona anunciara el decreto ley. La respuesta será la de siempre: resistir con la verdad, la movilización, la unidad cívico-militar, la justeza incuestionable de una causa histórica. Continúa con las líneas estratégicas bolivarianas, de Chávez, aquel que vi diez años atrás en Mar de Plata, a quien escuché, con asombro, hablar de Francisco de Miranda y sus batallas en Estados Unidos, Rusia, Francia, hasta traer en barco la primera bandera tricolor a Venezuela.

Esa vez, bajo la lluvia fina, recién estaba comenzando a militar. Las siguientes oportunidades en que lo vi fueron en La Plata y en Caracas, ambas en el 2011. En ese momento ya estaba organizado en un movimiento popular y la Revolución Bolivariana se había instalado entre nosotros como debates, respuestas necesarias. Para unas generaciones fundadas en la resistencia al neoliberalismo y buscando más, mucho más que el proyecto neodesarrollista instalado en Argentina a partir de 2003, el desarrollo del proceso venezolano resultó clave. Mostró que se podía poner en pie un proyecto que replanteara el rol del Estado, no como lugar de llegada del bien

en sí, sino como espacio desde el cual dar la disputa para aportar al plan estratégico: el desarrollo del poder del pueblo. Y poner sobre la mesa el horizonte del socialismo, del control obrero, la economía comunal, la destrucción de ese mismo Estado y la conformación de una nueva institucionalidad, el cogobierno. Y todo desde lo más plebeyo, lo más hundido, en resistencia, trabajador, haciéndose protagonista de la historia.

La Revolución Bolivariana se transformó para muchos militantes del continente en un lugar de referencia ineludible, de resolución, en la práctica, de debates no saldados, de nudos de los tiempos particulares de cada proceso nacional. Mostró la inmensidad de la apuesta, no ya de un movimiento o una articulación, sino de cómo lograr el tránsito de una sociedad –de sus millones de seres humanos– a otra. Enseñó a no temerle a las contradicciones, las tensiones, andarlas como partes inherentes del camino, y resolverlas dentro de la perspectiva estratégica, siempre para el empoderamiento popular, la emancipación de un pueblo por sus propias manos, acompañado por un Estado habitado de esas contradicciones, en un intento de empujarlo hacia sus límites, reconociendo su necesidad y sus imposibilidades estructurales.

En eso se transformó Venezuela para tantos, en una tierra donde muchos vinimos a buscar y a intentar aportar, un país que se abrió ante nosotros como lo que es, una inmensa escuela de movilización y formación política, donde hombres y mujeres debaten, se reúnen, hacen, aprenden a ser libres. Y el chavismo es el nombre de ese movimiento, de esa búsqueda tan antigua como nueva. La misma de los libertadores, de los hombres y mujeres que lucharon en los llanos, selvas, montañas y ciudades de América. Porque esa es esencialmente la historia, ese hilo que la recorre de punta a punta uniendo conquistas y derrotas, la voluntad de los millones por ser otra cosa distinta a la que nos han querido condenar y convencer que debíamos ser.

Y desde que Simón Bolívar dio los pasos hacia conformar la Gran Colombia, planificó el envío de expediciones para liberar a Cuba y Puerto Rico, desde ese entonces y cada vez, en frente estuvo

el imperialismo norteamericano. El mismo que anuncia ahora que sigue siendo el mismo, que la unidad continental es intolerable, que esto es suyo desde los subsuelos hasta el cielo. Porque Venezuela le es una amenaza, la integración del continente un peligro, no tener el petróleo que siempre había tenido le resulta demasiado costoso. Entonces anuncia el crimen ante el mundo. Y en el pueblo de Venezuela crece el profundo sentir antiimperialista, y también en muchas partes del continente, en el ‘nosotros’ los latinoamericanos” que toma más fuerza, necesidad urgente.

Las calles de Caracas y del país son ahora el escenario de mayores movilizaciones, entrenamientos cívico-militares, desfiles de las milicias bolivarianas, aquellas que Chávez llamó a formar porque sabía que sin pueblo no había ni revolución ni defensa posible. El movimiento era predecible: ante la amenaza abierta las filas chavistas se hicieron más sólidas, la dialéctica del nosotros/ellos que estuvo presente desde el 2002 se reforzó y se generó nuevamente una radicalización popular.

Nadie sabe qué sucederá, pero sí que la etapa ha cambiado y que el pueblo venezolano no se rendirá y defenderá con todo lo que tenga si llegara a tener que hacerlo. Porque la revolución no es Chávez ni Maduro, la revolución es ellos y mucho más, es la historia de millones que decidieron retomar la búsqueda originaria, que los ha hecho más grandes, felices, enteros, ser quienes pueden ser y más, mirar hacia el socialismo y hacerlo a su manera, único y latinoamericano. Y en ese camino ancho nos abrieron las puertas para aprender, ser con ellos, luchar, debatir, hacer, sentir al enemigo próximo y sobre todo más cerca esa libertad que corre como el viento sobre esta tierra.

Referencia

Mészáros, István. (1999). *Más allá del capital: Hacia una teoría de la transición*. Caracas: Vadell Hermanos Editores.

CHÁVEZ EN CLAVE DE REVOLUCIÓN

CLAUDIA KOROL

Cuando pienso en Chávez, pienso en clave de compañero. De un tipo que se creó a sí mismo respondiendo a las necesidades y anhelos del pueblo latinoamericano, de nosotras y nosotros.

Pienso en Chávez en distintos momentos de la historia reciente, rehaciéndose una y otra vez, aprendiendo y enseñando en el diálogo con las trabajadoras y los trabajadores, con nadie, con las mujeres pobres, con las comunidades indígenas, campesinas, negras, con líderes mundiales, revisando críticamente sus propias convicciones y reflexiones.

Recuerdo a Chávez de los muchos modos que me gustaba verlo. Discurseando. Caminando entre la gente. Riendo con una sonrisa contagiosa. Alzando a un niño en brazos. Emprendiendo batallas milenarias contra molinos de viento. Debatiendo con intelectuales y artistas de todo el planeta sobre la necesidad de defender a la humanidad, de sí misma, de las políticas de autodestrucción. Convocando a los movimientos campesinos para crear universidades populares. Animando a periodistas a crear Telesur, un satélite propio, una radio de los de abajo. Soñando en voz alta sueños que parecían absurdos, hasta que se empeñaba en realizarlos, y lo absurdo o extraordinario se volvía cotidiano. Lo recuerdo cantando solo o acompañado. Recitando poemas o la mismísima Constitución.

Hablando hasta por los codos en el Aló Presidente para todo el país y de pronto para Fidel. Acostumbrándonos a escuchar: “Fidel, te mando un abrazo. Te digo que...”. Instalando así en el imaginario continental la continuidad de las experiencias revolucionarias, y relaciones en las que los líderes pueden ser compañeros, amigos, confidentes, consejeros, y no solo entrar en las categorías de aliados o enemigos. Relaciones de amistad que se extienden como abrazos entre pueblos y procesos revolucionarios, cuando médicas y médicos de uno y otro país se internan en Barrio Adentro, o cuando comparten programas de alfabetización.

Recuerdo a Chávez en las buenas y en las malas. Lo recuerdo cuando tomaba decisiones que nos enojaban, como la detención y deportación de algunos revolucionarios latinoamericanos, hechos que nos decían que ningún ser humano es infalible y que la revolución necesariamente requiere del motor, de la participación, del control de todas y todos.

Chávez no fue infalible pero supo consultar, dialogar, escuchar, cambiar rumbos. Fue un militar que no jugó a la guerra. Fue un guerrero que le apostó a la paz. Fue un presidente que supo contar con las organizaciones sociales y políticas y crear las que faltaban para sostener un poder popular. Las misiones, las comunas, el PSUV, fueron algunos de sus legados centrales, en una batalla que no solo requería fuerzas para enfrentar a la derecha conservadora, sino que también necesitaba –y necesita– sobrepasar una y otra vez la burocracia estatal y sus posibles corrupciones. Más de una vez lo hemos visto criticar a un ministro, a un gobernador, a un funcionario que ejercía despóticamente su tarea, o que era indiferente ante las interpelaciones que el pueblo ejercía hacia la misma.

Era maravilloso ver cómo volvía el discurso pedagogía, enseñando y compartiendo lo que leía con el pueblo pobre, que no había tenido acceso a la lectura hasta que la Revolución Bolivariana los acercó a su propia revolución interna. Porque aprender a leer y a escribir, volverse protagonistas de la historia, constituye una revolución personal, que por ser personal es política, y que se vuelve parte de una posible revolución colectiva. Una experiencia que solo

quienes sintieron en su vida esa transformación, pueden contarla con comas y puntos y aparte.

Pienso en Chávez así, de modo caótico, en clave de revolución. De la revolución que significó desafiar las políticas neoliberales de los años noventa con propuestas que reinstalaron en el imaginario político el horizonte socialista. De la revolución que significó que un presidente, militar para más, dijera que el modo de ser latinoamericano y bolivariano era construir el socialismo en el siglo XXI. De la revolución que significó en el contexto mundial de la derrota de la experiencia histórica del socialismo real, el abrazo de Venezuela a la Revolución cubana. De la revolución que significó el modo en que Chávez posibilitó el reencuentro, en la perspectiva histórica, del legado de Salvador Allende y del Che Guevara. De la revolución que significó que un líder de izquierda se nombrase feminista, y que dijera a los movimientos populares del continente y a los presidentes del ALBA que no se puede ser auténticamente revolucionario sin ser feminista. De la revolución que significó que un militar presentara como documento de identidad del proceso político que encabezaba la Constitución del país.

Cuando pienso en Chávez siento una nostalgia mezclada con gritos de alerta y el compromiso de defender la obra revolucionaria con conciencia continental. Nostalgia porque el tipo se hizo querer, aun por nosotras, a quienes viviendo en Argentina, con las llagas de la dictadura todavía en la piel –heridas que no cicatrizan–, el uniforme militar nos causa urticaria. Aun por nosotras, que feministas como somos, dudamos bastante en depositar confianza y cariño en líderes carismáticos dizque comandantes... salvo que sean fidelísimos en su chavismo y se atrevan a *guevariar* al mundo codo a codo con su pueblo. Aun por nosotras, que por ser internacionalistas, nos inquieta el discurso que apela al nacionalismo, hasta que entendemos que la perspectiva de Chávez era una convocatoria a ponerse de pie y en dignidad con la patria grande para, desde ahí, abrazarnos con todos los pueblos del mundo.

Gritos de alerta porque la Revolución Bolivariana vivió y vive amenazada por la derecha fascista del país petrolero, por la

burguesía colonial, racista, patriarcal, que conspira junto con la derecha del continente y la Embajada gringa. Gritos de alerta porque hay acciones desestabilizadoras que están esperando cada error del proceso político para atacar, desgastar, desanimar y crear las condiciones para revertir las conquistas y derrotar la revolución, dejando lugar al revanchismo y a la violenta restauración de los privilegios. Grito de alerta que no es más que la primera reacción frente a estas amenazas, que requieren también de compromiso de los pueblos y militantes del continente para blindar el proyecto bolivariano, como revolución de todas y todos, con sentido continental.

El antimperialismo de Chávez

Chávez hizo de la soberanía sobre el territorio venezolano, sobre sus bienes, principios no negociables. Y en nuestro continente, soberanía nacional deviene en antimperialismo. Porque todo: territorios, personas, bienes comunes, son considerados en la geopolítica de EE.UU. parte de sus propios recursos económicos.

Venezuela tiene muchas riquezas que apetece el proyecto imperialista, pero una de ellas, las reservas de petróleo, es estratégica en las disputas por el control del planeta. Por eso Venezuela vive amenazada. No por los posibles errores del proceso revolucionario, sino por el interés que el imperialismo tiene en sus pozos petroleros, en su agua, en su biodiversidad y en su diversidad política y cultural. Y además del factor económico, la amenaza a Venezuela busca golpear el mal ejemplo que significa un gobierno en este continente que se nombra socialista y que encara la construcción de un poder popular.

Es una amenaza también a la perspectiva de unidad e integración latinoamericana relanzada por Chávez como parte de la estrategia de la creación o revitalización de instancias de articulación de los Estados para fortalecer la disputa antimperialista. Fue en esa dirección que fortaleció instancias como la OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo), el ALBA (Alianza Bolivariana de

los pueblos de Nuestra América), la Celac (Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños), Unasur (Unión de Naciones Suramericanas), Mercosur, Banco del Sur, entre otros.

Pero Chávez no entendió la soberanía solamente como un tema económico, sino fundamentalmente como un tema político e ideológico. Como la creación de condiciones subjetivas y de relaciones de fuerza que permitieran enfrentar la respuesta que el imperialismo diese a esas políticas soberanas. Condiciones subjetivas que significan no solo conciencia antimperialista, sino disposición combativa en el pueblo y en los otros pueblos del continente y del mundo para que se vuelva inimaginable un ataque contra esa revolución. Relaciones de fuerza basadas en el poder popular y en las alianzas del mismo con otros pueblos y estados.

La gigantesca obra chavista de hablar y hablar, explicar, convencer, denunciar, permitió sostener la dignidad de un pueblo como discurso y como práctica, la acción antimperialista vuelta solidaridad con cada pueblo agredido. Esa diplomacia de pueblo hartado de agresiones que replicaba sin pelos en la lengua: “¡Váyanse al carajo, yanquis de mierda!”, o se burlaba sin piedad del rey de España recordando los crímenes cometidos en nuestro continente desde esa corona.

El socialismo del Comandante

Cuando Chávez comenzó a hablar de socialismo produjo un revuelo incluso entre los viejos socialistas que estaban en retirada después de la estrepitosa caída de la experiencia del Este europeo. Muchos andaban buscando cómo nombrarse, y renunciaban a términos que al parecer habían pasado de moda. Socialismo, comunismo, antimperialismo, revolución, poder popular, iban a la papelera de reciclaje.

Chávez no siguió modas sino que inauguró proyectos. Con su intuición política advirtió que el problema es que las palabras secuestradas del lenguaje político nombran sueños, modos de vida, relaciones sociales diferentes, que iban siendo desaparecidos junto

a ellas del imaginario social. Comprendió que una revolución en este continente, para ser realmente popular, tendrá que enfrentarse con el poder de la burguesía y oligarquía locales y del imperialismo, y quitarle fuerza material de sostén. Supo que ellos no juegan a perder. Aceptó el desafío. Chávez dio su vida a la revolución, no solo en actos heroicos, como el modo en que se plantó frente al golpe de Estado que lo hizo prisionero, sino todos los días, todo el día hasta el último aliento. Chávez vivió y murió por la Revolución Bolivariana, por el socialismo del siglo XXI. Chávez vivió y murió por su pueblo y ese pueblo lo entendió, lo supo, lo sintió y lo amó. Es el pueblo pobre que lo sigue extrañando, llorando, y que por él y con él sigue defendiendo un proyecto revolucionario.

En un discurso después del golpe de Estado, Chávez reflexionó largamente sobre la experiencia de Salvador Allende, y de la vía chilena al socialismo. Comprendió que si se quería terminar con las injusticias, era necesario romper con las posmodernidades del lenguaje y de las prácticas, porque el resultado de esas sucesivas desapariciones de palabras y proyectos era el fortalecimiento del capitalismo como ideología y como sistema político, económico, social y cultural dominando por completo la escena mundial.

La Revolución Bolivariana frente a cada agresión reaccionó profundizando el proyecto político popular. Revolucionándose. Siguiendo, de algún modo, el consejo de Danton recuperado por Lenin y luego por la Revolución cubana: "Audacia, audacia y más audacia". Pero en esta posibilidad de profundizar el rumbo, ha tenido un papel decisivo la presencia y el impulso del tipo en el que la gente confía. Porque es así, queremos que los procesos revolucionarios sean cada vez más colectivos, basados en el protagonismo del pueblo, que se recreen permanentemente "desde abajo" y a la izquierda. Pero hay que ayudar a que el deseo se materialice, se concrete. Y liderazgos como los de Chávez caminan en esa dirección, al ayudar a que voluntades dispersas puedan constituir en tiempos cortos una identidad común. El chavismo fue el modo en que se llamó en el siglo XXI el bolivarianismo, y mereció ese nombre porque además de ser un estratega valiente, un revolucionario de

tiempo completo, un hombre sensible, Hugo Chávez fue el gran pedagogo de la revolución. Interpeló al sentido común y al pensamiento de los más oprimidos, marcado y modelado por la naturalización de las dominaciones. Interpeló también las cargas de pragmatismo de izquierdistas arrepentidos y de gobernantes que se presentan como progresistas aunque promuevan pálidos maqui-lajes asistencialistas al capitalismo real.

El bolivarianismo de Chávez no fue mera propaganda y agitación. Fue de jugarse a la patria grande. Fue continuidad del legado martiano, en la dimensión fidelista y guevarista de la Revolución cubana. La Revolución Bolivariana amplificó en el continente el ejemplo de la Revolución cubana, pensándose y actuando con dimensión continental, poniendo los bienes comunes y los saberes al servicio de los pueblos que los necesitaran. Así como las misiones llegaron con educación, salud, planes de vivienda, alimentos a las regiones olvidadas del país, también llegó el apoyo solidario de Venezuela a los pueblos olvidados del mundo. Muchos debates internos e incluso altos costos políticos le significó esta actitud. Las derechas conservadoras y algunas pseudoizquierdas conservadoras criticaron a Chávez por malgastar los recursos económicos provenientes de la renta petrolera, en el apoyo a Cuba, a Bolivia, a Haití, a los países que lo necesitaban. Pero Chávez, discípulo de Bolívar, de Fidel y del Che, sabía que no hay revolución que pueda sostenerse de manera aislada y autista, en un continente que viene siendo colocado en el reparto del mundo como patio trasero de los EE.UU.

El socialismo del siglo XXI nació con la solidaridad continental y el internacionalismo en su ADN. Nació también con la convicción, aprendida de las duras lecciones de Chile, de que una revolución puede nacer pacíficamente, pero tiene que aprender a defenderse.

Otra marca de su ADN es la huella de lo popular y de lo plebeyo. Es decir, del pueblo organizado en movimientos sociales, políticos, fuerzas revolucionarias y de la rebeldía de lxs de abajo que trasciende incluso a las organizaciones existentes. No es una revolución de buenos modales (ninguna revolución lo es). Está sostenida por lxs excluidxs, por su pertenencia de clase y por los distintos sistemas de

opresión colonial, racista, patriarcal. Y es por esa marea de pueblo incontenible que la sostiene, que es un proceso que no puede tragar y menos digerir no solo a la derecha política, sino también a sectores de una pequeña y mediana burguesía que se acostumbraron a vivir como élites, sin mirar o mirando para otro lado de esa multitud de gente pobre que privada de todo recuperó sus sueños mirándose en el espejo de Chávez. Ahora ese mar se volvió pilar del proceso venezolano, es su garantía, y la pérdida de privilegios amenaza la calma de la burguesía, y de la burocracia criolla enquistada en el aparato estatal.

El hecho de que el socialismo de Chávez se haya establecido “desde arriba” hacia abajo, pero sostenido en el más abajo del abajo, el hecho de que se organice desde el Estado en una tensa relación con los movimientos populares y partidos de izquierda, debido a la difícil ecuación entre apoyo al proceso revolucionario y ser protagonistas del mismo, sin perder autonomía, son datos que cuestionan o inquietan las teorizaciones y búsquedas que se venían realizando desde las fuerzas revolucionarias del continente, que basadas en la experiencia del llamado socialismo real, buscaron desestatizar y desburocratizar los proyectos y programas socialistas. Ahí hay seguramente un nudo de conflictos que vuelven a replantearnos las posibilidades y límites de las revoluciones “desde arriba”. Pero también hay un conflicto nada teórico que se vuelve práctica cotidiana y que obliga a pensar y a discutir los modos de creación de los hombres nuevos y mujeres nuevas, capaces de sostener esa tensión en sus propios cuerpos e intentar resolverla desde los intereses y perspectivas de lxs de abajo. Hombres nuevos, mujeres nuevas que no salgan a justificar cada acto realizado “desde arriba”, sino que hagan del pensamiento crítico y del compromiso, la manera de sostener un proyecto revolucionario y popular. En ese sentido, fuimos comprendiendo que el modo en que Chávez animó a desatar la energía plebeya, ha sido una garantía para sostener el proyecto ante las amenazas sistemáticas del imperio y sus socios locales, pero no resulta todavía eficaz para combatir la propia burocracia interna. Este es parte de los dilemas que enfrenta actualmente la Revolución Bolivariana.

El socialismo del Comandante tiene semillas sembradas en el corazón de su pueblo. Pero como toda obra incompleta, tiene que ser recreada en muchos sentidos, y especialmente en uno que se ha vuelto un dilema de hierro para las izquierdas. El socialismo chavista se ha sostenido básicamente en un modelo económico extractivista. Si bien ha sido diferente en los modos de distribución de la riqueza, no ha modificado de manera sustancial los modos de producción. La destrucción de la naturaleza es una de las consecuencias más negativas de las políticas extractivistas. No alcanza entonces con resolver la dimensión de la soberanía nacional sobre los bienes comunes. Queda como desafío encontrar los modos de cuidar y preservar la tierra, el agua, los bosques, los modos de vida de los pueblos.

El feminismo de Chávez

Fue en sus últimos años de vida, en los que Chávez habló abiertamente de la necesidad de que la Revolución Bolivariana fuera también feminista. Lo habló frente a los movimientos populares latinoamericanos, en diálogo con otros presidentes del ALBA, y en encuentros con mujeres venezolanas y latinoamericanas.

¿Cómo llegó Chávez al feminismo? Tal vez sea por la conciencia creciente del papel estratégico de las mujeres en la revolución o tal vez por esa capacidad que tuvo de revolucionarse al ritmo de las revoluciones. Quizá porque supo leer la historia de un modo desprejuiciado y curioso, y comprendió el papel de mujeres como Manuela Sáenz, y como tantas otras que fueron fundamentales a la hora de luchar por la independencia y por la libertad de su pueblo.

Podemos preguntarnos todavía ¿qué tipo de feminismo fue el feminismo chavista? Hemos compartido muchos diálogos con compañeras de Venezuela que están en la hermosa tarea de proponer y realizar iniciativas concretas para que la Revolución Bolivariana no declame feminismo sino que lo realice. Sabemos de los fuertes obstáculos con los que se encuentran, en una sociedad en la que el machismo y el patriarcado están instalados como pilares de

cemento y plomo. Sabemos también de los enormes esfuerzos que realizan las agrupaciones de la disidencia sexual, para combatir la homofobia, la lesbofobia, la transfobia, entre los sectores revolucionarios y populares que creen firmemente que la revolución es cosa de machos.

Ahí aparece con mayor nitidez el aporte del Chávez feminista, que abrió un caminito por el cual las feministas y los colectivos sexo-género-diversos buscan ampliar el sentido emancipador de la revolución.

Un aspecto esencial del feminismo chavista tiene que ver con lograr el protagonismo de amplios sectores sociales en la revolución. Con claridad Chávez identificó el papel que tienen las mujeres venezolanas en la construcción del poder popular, sosteniendo las distintas misiones sociales, participando de formas comunitarias populares con conciencia de género. Para ampliar este protagonismo y garantizar los derechos de las mujeres, durante su gobierno se aprobaron leyes importantes como la *Ley Orgánica del Derecho de la Mujer a una Vida Libre de Violencia*; la *Ley Orgánica del Trabajo*. También se creó el Ministerio del Poder Popular para la Mujer y la Igualdad de Género. En la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela se sentaron las bases de un modelo de democracia participativa, multiétnica, pluricultural, en la que las mujeres son visibles integrantes del poder constituyente del pueblo. Es la primera Constitución que utilizó lenguaje no sexista, y que da una amplia garantía de derechos, reconoce el trabajo invisible de las mujeres en los hogares, reconoce los derechos sexuales y reproductivos.

Son primeros pasos que cambiaron la vida de muchas mujeres. Y queda pendiente en Venezuela la realización de otros derechos que aseguren, por ejemplo, la legalización del aborto, la libre elección sexual, la no discriminación, el derecho de las mujeres y de las diversidades sexuales a decidir sobre sus cuerpos y sus vidas.

Lo cierto es que la puerta quedó abierta. Y la abrió el comandante afirmando: "Soy feminista. La revolución socialista debe ser

feminista, defender a las mujeres que han sido explotadas, ellas y sus hijas e hijos”.

Creo que el feminismo chavista está asociado a las ideas de igualdad y participación. Es un feminismo que dio sus primeros pasos y que todavía cuesta ser nombrado por quienes son parte del gobierno que continúa a Chávez. Pero es una herencia que nos deja para las mujeres, no solo de Venezuela, sino de todo el continente, para las lesbianas, los *gais*, los transexuales y los travestis que han permitido la identificación con ese proceso revolucionario, no solo desde la condición de clase explotada, sino como sujetos en lucha frente al patriarcado. Por esa puerta se abre un ancho camino para pensar una revolución más profunda, que promueva emancipaciones ante todos los sistemas de opresión.

La pedagogía del Comandante

Hugo Chávez, el compañero de su pueblo, tras el que las chiquillas y los chiquillos corrían para treparse en sus brazos, el militar de camisa roja rojita, el internético, el hablador, el estratega, fue por sobre todas las cosas, un pedagogo. El compañero presidente fue un pedagogo de la revolución. Y fue un pedagogo del ejemplo. El tipo estaba siempre inquieto, buscando cambiar la vida.

Paulo Freire distinguió entre los pedagogos revolucionarios y los pedagogos de la revolución. Pienso que entre estos últimos se encontraba el Comandante, que como buen maestro ahora tiene miles, ¡qué digo!, millones de compañeras y compañeros que buscan multiplicar las semillas.

Cuando pienso en Chávez, cuando lo extraño, cuando lo siento tan presente en su obra, es porque Venezuela sigue resistiendo. El legado de Chávez no es otro que esa obra de maravilloso coraje popular que nos invita a ponernos de pie en nuestra dignidad, a afirmarnos en nuestras raíces, a profundizar nuestras posiciones socialistas, feministas, a descolonizar nuestros cuerpos, nuestros territorios, nuestra cultura. A seguir defendiendo las acciones plebeyas, rebeldes, que desordenan el sentido común, incluso el de las

izquierdas. El legado de Chávez es extender la Revolución Bolivariana por nuestra América, hacerla continental y mundial. El legado de Chávez es entregar nuestras vidas a la revolución ¡todos los días! Hacerlo con la enorme creatividad de quienes estamos dispuestas y dispuestos a cambiar al mundo, a defender la vida, a escribir y dibujar la historia con nuestros sueños haciéndose realidades, sin fronteras, sin cansarnos de luchar y sin perder la ternura ni la alegría, jamás.

BUENOS AIRES, ABRIL 2015.

EL COMANDANTE DEL PUEBLO SOBERANO

HORACIO A. LÓPEZ

Que en los albores del siglo **xxi** haya surgido una figura como Hugo Chávez Frías nada menos que al frente de la llamada Revolución Bolivariana, en su carácter de presidente de la República Bolivariana de Venezuela, fue un signo fuerte de esperanza para las masas sufridas venezolanas y de toda Nuestra América. Que hoy, debido a su desaparición física, se haya convertido en un mito –sentado junto al Che Guevara– es una señal, también fuerte, que nos alienta a no bajar los brazos y a redoblar nuestras esperanzas en pos de la libertad y la igualdad por las que venimos bregando hace más de doscientos años.

La segunda batalla de Santa Inés

Qué mayor impulso que el que da ver a un comandante como él ganando batallas, como la segunda de Santa Inés –así denominó al combate por el referendo confirmatorio–, en esta nueva Guerra Larga. La primera batalla de Santa Inés la había ganado esa figura casi legendaria, el general del pueblo soberano Ezequiel Zamora, en aquella Guerra Federal contra la oligarquía a mediados del siglo **xix**. Hugo Chávez, desde la cárcel de Yare en agosto de 1992, escribía un prólogo a la obra *Ezequiel Zamora y La batalla de Santa Inés* de Román Martínez Galindo, en el que apuntaba:

Cuando a la vuelta de los años, empujados por el huracán implacable de la historia, decidimos construir un movimiento cívico militar para luchar por el rescate de la patria, violada y mancillada, la figura del general que apareció un día por el Paso Baronero, sus sueños y sus pensamientos, de inmediato surgieron como poderosas herramientas para ir abriendo la senda hacia el horizonte azul. Y sus consignas pasaron a ser nuestras consignas: *Tierras y hombres libres / elección popular / horror a la oligarquía*.¹

La segunda guerra de Santa Inés se ganó como tantas otras anteriores o que vinieron después, y con ese y otros triunfos, nosotros, los americanos, nos fuimos convenciendo que otro mundo era posible, que otras revoluciones eran posibles, que el socialismo era posible y que existían enemigos que no eran invencibles.

En el plano electoral

Este nuevo comandante del pueblo soberano fue así ganando muchas batallas: en el terreno electoral, todas las que se le presentaron. La tremenda polarización que terminó dividiendo drásticamente a la sociedad venezolana en relación a la continuidad o no del presidente, en realidad representa palmariamente el nivel alcanzado en la lucha de clases que tomará un nivel inusitado a partir de la implantación de la llamada Revolución Bolivariana. Una sociedad castigada en una mayoría y beneficiada en una pequeña parte por la implantación, durante décadas, del modelo neoliberal ejercido alternativamente por las dos fuerzas del bipartidismo tradicional –Acción Democrática y Copei–, necesariamente tiende a que la opción en el voto aparezca más o menos clara: aquellos que se lucraron y enriquecieron con las bonanzas de las regalías petroleras y todo lo que desde allí se derramaba, con los negociados que les permitiera la libertad de mercados y sus amistades con los gringos, se constituyeron en los más acérrimos enemigos del presidente

1 Galindo Román Martínez, *Ezequiel Zamora y la batalla de Santa Inés*, Valencia, Editorial Vadell Hermanos, 1992.

Chávez quien, entre otras cosas, vino justamente a terminar con semejantes inequidades. Esos son los líderes de la mal llamada Coordinadora Democrática, que demostró que de democrática no tiene nada, como lo evidenciara su participación en el frustrado golpe de Estado, en el posterior sabotaje a la petrolera Pdvsa, en las provocaciones y asesinatos que promoviera, así como en las guarimbas desestabilizadoras que promueve.

Como contrapartida, aquellos que se vieron defendidos y beneficiados con las políticas de la revolución, encontraron en el voto a Chávez el instrumento para defender la revolución y avanzar en ella.

Otras batallas ganadas

En el plano institucional: la de haber podido inspirar esa nueva Constitución, pequeñita en su envase –que hace que ni se le note en sus enormes manos abarcadoras– y enorme en sus contenidos, de color azul como su horizonte soñado. Un presidente que fue el artífice principal de la nueva Constitución bolivariana, una de las constituciones más avanzadas en cuanto a los derechos de los ciudadanos, incluidos los derechos de los pueblos originarios, en lo que hace al respeto a sus lenguas, a sus culturas, a sus formas de administrar la justicia y atender la salud. Que inspirada en el ideario del propio Bolívar, incorporó a su texto el Poder Electoral y el Poder Moral, como forma de fortalecer una democracia participativa, superadora de la democracia representativa que hemos conocido hasta ahora.

En el plano social: el avance de la inversión pública, el seguir garantizando recursos para todos, disminuyendo la desigualdad y avanzando en la reducción de la pobreza y la generación de trabajo, la reforma agraria, mediante la cual decenas de miles de campesinos pobres sin tierra se han beneficiado con millones de hectáreas; en el plano urbano, un tercio de los habitantes de los barrios pobres pudieron recibir los títulos de sus propiedades, y desde el 30 de abril de 2011 hasta el 2014 la Gran Misión Vivienda Venezuela (GMVV)

que ha cambiado la vida de más de 600.000 familias, quienes ahora cuentan con un techo digno y una mejor calidad de vida. Había que haber visto en 2011, después de los grandes deslaves e inundaciones, a las miles de familias alojadas en edificios públicos, atendidas con comida, medicamentos, hasta tanto se las pudiera ubicar en viviendas dignas, como ahora disfrutan. Ese colectivo ejemplo solidario dignifica a la revolución.

Las misiones: entre las misiones lanzadas por el gobierno bolivariano vale constatar la Robinson –bautizada así en honor a Simón Robinson Rodríguez, quien fue el maestro de Simón Bolívar–, por medio de la cual ya en el año 2005, en un acto con presencia de funcionarios de la Unesco se declaró a Venezuela territorio libre de analfabetismo.

O la Misión Sucre, que logró que más de dos millones de personas, anteriormente marginadas y excluidas estén incorporadas a programas de educación superior, se haya aumentado considerablemente el número de matrículas y creado cinco nuevas universidades.

La Misión Barrio Adentro, de sanidad comunitaria, que comenzara con la ayuda solidaria de cientos y cientos de médicos cubanos en los barrios pobres de Caracas y que hoy se extiende a todos los Estados del país, que permite que aquellos que nunca tuvieron un médico cerca hoy lo tengan en esas pequeñas clínicas barriales.

Entre el Banco de la Mujer y el Banco del Pueblo se otorgaron decenas de miles de microcréditos. Se han triplicado los créditos a los pobres. Entre los más importantes beneficiarios del programa de microcréditos están las cooperativas, que representan la segunda columna en el proyecto de economía social del gobierno. Venezuela tenía solo cerca de 800 cooperativas cuando Chávez llegó al poder; se estima ahora la existencia de más de 50.000.

Están las empresas de desarrollo endógeno; está la Misión Mercal, que dota de almacenes y supermercados con alimentos a bajos precios; están los consejos comunales, génesis de poder popular, garantía tal vez de poder marcar con su desarrollo y consolidación, el punto de no retorno.

Realismo mágico: si quisiéramos ver un símbolo de ese realismo mágico que tiene esta revolución, y que es patrimonio de esta América deslumbrante, basta ver los cablecarriles volando desde la boca de los subterráneos hacia lo más alto de esas barriadas serranas. En otros países capitalistas los cablecarriles transportan a los acomodados que suben las montañas para esquiar. En Venezuela transportan a esos habitantes de las barriadas populares colgadas de los cerros que rodean Caracas, muchos de los cuales, por problemas de edad o enfermedad, hacía años que no bajaban al centro de Caracas. ¡Esto es realismo mágico!

Pero también es parte del realismo mágico la propia figura presidencial de la Revolución Bolivariana, que inventa batallas, misiones, para direccionar sus medidas de desarrollo social, que en plena campaña electoral les cambia a sus militantes el día de San Valentín –el día de los enamorados–, en que hay tareas por cumplir, por una semana entera después; que tiene actitudes como las siguientes: saliendo del despacho de Chávez en Miraflores la delegación argentina del Congreso Bolivariano de los Pueblos –reunión que comento más adelante– lo esperaban, al presidente, seis o siete jóvenes militares colaboradores de Presidencia, con varias carpetas en mano cada uno, que presumiblemente Chávez debería leer y/o firmar. Allí aprovechó para presentarnos a sus colaboradores (imaginen la importancia que esos jóvenes le darían al hecho). Así, en fila india, nos fue presentando a cada uno de esos suboficiales u oficialillos que él mismo, nos confesó, reclutaba de sus clases en el Colegio Militar. Nos decía el nombre y el grado de cada uno al que estrechábamos la mano. Con uno se equivocó y le asignó el grado de cabo, el muchacho reaccionó de inmediato y le dijo: “¡Cabo primero, mi Comandante!”; Chávez rápidamente se rectificó: “¡Disculpa, muchacho! Se me pasó que te habían ascendido por...!”, (se le olvidó el por qué del ascenso). Pero lo que quiero hacer notar es la actitud del presidente hacia sus subordinados, el tenerlos en cuenta, el hecho de presentarles a sus amigos y también la memoria de acordarse de sus nombres y grados. La anécdota me lleva a comparar a este comandante del pueblo con tantos politiqueros que hemos conocido en nuestras vidas.

En esa misma situación, en que Chávez nos acompañaba en nuestra salida, nos mostró el balcón desde donde solía dirigirse a su pueblo. Y nos comentó lo siguiente:

Fidel mira mis discursos por la televisión. El otro día me llamó y me dijo: “¡Chico! Ese balcón es una porquería. Te voy a mandar a un arquitecto nuestro para que te haga uno como la gente”.

Nos reímos juntos con él y yo me pregunté: ¿En qué otra región del mundo pueden darse estas situaciones entre dos personalidades de gran vuelo? Esa opinión y ofrecimiento de Fidel Castro muestran el grado de amistad y confianza entre ambos.

Otra postal de ese realismo mágico, que por suerte brota en este continente de la esperanza: en su segunda visita a nuestro Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini en Buenos Aires, en diciembre de 2007, le habíamos organizado un encuentro con doscientos intelectuales argentinos denominado Encuentro de la Cultura por la Integración de Nuestra América, en el que le haríamos entrega del llamado Manifiesto de Buenos Aires, firmado por miles de intelectuales de América Latina y el Caribe. La cuestión fue que la sala Solidaridad y salas contiguas, con pantallas para poder verlo y oírlo, estaban abarrotadas desde tempranas horas de la tarde con cientos de personas atraídas por la convocatoria y sobre todo, obviamente, por la anunciada presencia del personaje. Hugo Chávez Frías llegó más de tres horas después de lo anunciado (sus compromisos de reuniones con otros estadistas concentrados en Buenos Aires en una reunión, creo, de presidentes, lo habían retrasado). La ansiedad por verlo era grande y entonces la gente se aguantaba la espera. Cuando al fin llegó, y los organizadores anunciamos al público que estaba entrando al edificio, no nos imaginamos que realizar el trayecto desde la calle hasta la sala le insumiría más de media hora, dada la atención que puso en corresponder los saludos, las fotos, los pedidos que los que se habían apiñado afuera le reclamaban. Cuando hizo su aparición en el escenario, estaban terminando de actuar los músicos venezolanos y argentinos integrantes del grupo Ensamble Tierra

Sur, quienes automáticamente dejaron de hacerlo ante la ovación que recibía al ilustre visitante. El Comandante, en lugar de ubicarse en el estrado junto a los intelectuales asignados para acompañarlo, se acercó al grupo musical y les pidió un fondo para autopresentarse. Nosotros mirábamos la hora y sufríamos pensando en que el público se iría a molestar. Y Chávez, con toda su bonhomía y carisma, dijo:

Yo vine a cantar. Bueno, a continuación: el *show* de Chávez. Buenas noches, ¿cómo están ustedes? ¡Vamos, maestro! Esta es una poesía que quiero dedicarle a la Argentina toda, a todo el pueblo argentino, y a nuestra compañera presidenta Cristina Kirchner, y a todos ustedes, a ver, un poema, y a ustedes del presidium, señores, y a todos y a todas. Pero, por favor, siéntense, por favor. Aquí voy a cantar tres horas (nos mirábamos. El tiempo pasaba). Hay un poema que escribió un poeta de mi pueblo, del llano de Venezuela, Alberto Arvelo Torrealba se llamaba ese poeta, y él escribe “Por aquí pasó”, dedicado a Simón Bolívar, el padre Libertador.

El fondo de un cuatro lo hacía Fidel Barbarito (agregado cultural en la Embajada venezolana en ese entonces; en la administración de Maduro, fue ministro de Cultura). Chávez se le acerca y le pregunta: “¿Cómo te llamas tú?”. Ante la respuesta del músico, Chávez exclama: “¡Fidel!, oye, Fidel, Fidel Castro, vamos a dedicarle también esto a Fidel Castro. ¡Fidel! ¡Fidel! (nueva ovación del público)”.

Y por fin recitó el largo poema de Alberto Arvelo Torrealba. Luego se sentó en el presidium.

Este era el presidente poeta, el comandante impredecible, el conductor de una revolución mágica llena de realismo en este continente sorprendente.

El hacedor de la patria grande

Este hijo de Nuestra América tuvo que nacer en Venezuela; es el símbolo que nos brinda la historia: nació donde nació Miranda; donde nació Bolívar. Pero viene a nosotros nacido en la patria

grande, la de San Martín, Sucre, Mariño, Espejo, Del Valle, Morazán, Artigas, Moreno, O'Higgins, Monteagudo. También la de Martí, Sandino, Mariátegui, Che, Fidel.

Su sustento ideológico fue el frondoso árbol de las tres raíces: Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Ezequiel Zamora. Mas ese frondoso árbol regado generosamente por el amor popular, creció desplegando sus ramas entre las que están las del marxismo, el nacionalismo popular, la teología de la liberación y todas aquellas ramas de las que brotan hojas de dos colores: del color de la sangre de todas y todos los indios, negros, mestizos, mulatos, criollos, que regó la tierra americana durante más de quinientos años; y hojas de color verde esperanza, que es el color de un futuro socialista para un mundo de bienestar y felicidad para todos.

Su objetivo más audaz fue la unidad e integración de Nuestra América. Nos dejó para que culminemos nosotros esa obra que él impulsara, con el afán de terminar con casi dos siglos de neocolonialismo y más de uno de panamericanismo. Nos dejó esa obra inconclusa, pero con bastante camino andado: No al ALCA en Mar del Plata, junto con Néstor y Evo; el ALBA; impulsor –junto a otros inmensos presidentes– de Unasur, Celac. Pese a los avances, las transnacionales y agencias de la potencia del norte, fijaron sus rojizos ojos sobre nuestra biodiversidad, nuestras reservas de agua potable, de petróleo y demás bienes naturales, por lo que el peligro del neocolonialismo y del panamericanismo sigue latente.

Ese objetivo audaz de la unidad, para preservarnos y ser libres, ya lo habían soñado aquellos patriotas mencionados y tantos otros. Bolívar, en su *Carta de Jamaica*, escrita en 1815, señalaba:

Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse.²

2 Simón Bolívar, "Carta de Jamaica", en: Jacinto Perez Arcay, *El fuego sagrado*, Caracas, Gráficas Reus, 2000, p. 281.

Mucha agua corrió bajo los puentes colgantes y de piedra de América, o mejor dicho, mucha sangre regó –antes, durante y después de Ayacucho– los campos de batalla donde se peleaba por la independencia y por aquella idea audaz. La idea invariablemente retornaba, con nuevos ímpetus, luego de las derrotas. Decía el Che, allá por 1967, en su *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*:

En este continente se habla prácticamente una lengua (...) Lenguas, costumbres, religión, amo común, los unen. El grado y formas de explotación son similares en sus efectos para explotadores y explotados de una buena parte de países de Nuestra América. Y la rebelión está madurando aceleradamente en ella.

Podemos preguntarnos –sigue el Che–: esta rebelión, ¿cómo fructificará?, ¿de qué tipo será? Hemos sostenido desde hace tiempo que dadas sus características similares, la lucha en América adquirirá, en su momento, dimensiones continentales.³

Era el Che hablando con la voz de Bolívar, como en este siglo fue Chávez hablando con la de ellos. Y la gesta chavista y bolivariana aportó, aporta y seguirá aportando –aun sin Chávez– a la lucha en América para que cada vez más adquiriera esa dimensión continental, en este cambio de época que definiera con claridad ese otro hermano de Chávez, Rafael Correa. En esta Guerra Larga estamos todos nosotros, los americanos, en la misma trinchera.

En esos quehaceres anduvo también Hugo Chávez Frías.

La cuestión estriba en eliminar nuestras fronteras artificiales y echar a andar el viejo sueño de la patria grande. Como decía ese otro gran americano que se llamó Oswaldo Guayasamín: “Somos una misma identidad cultural pero estamos cortados (...) Así que, para mí, el primer paso es el de tratar de mimetizar la frontera y ojalá algún día pueda desaparecer”.

3 Ernesto Che Guevara, “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, en: Horacio A. López, *Anfictionía en América. La lucha por la patria grande en las primeras décadas del siglo XIX*, Buenos Aires, Desde la Gente y Ediciones del IMFC, 2012, p. 65.

La visión de Chávez en el año 2000

La primera vez, de tantas, que estuve con Hugo Chávez Frías fue en marzo de 2000, integrando yo una delegación del Congreso Anfictiónico Bolivariano de Argentina, de visita en Venezuela, y fui invitado al palacio de Miraflores a almorzar con él. El almuerzo transcurrió en su despacho, en su larga mesa de trabajo llena de carpetas, libros y mapas. Chávez nos desarrolló allí la visión estratégica que pensaba aplicar desde su cargo presidencial. Allí desgranó objetivos que hoy tienen nombres concretos, como Petrocaribe, Oleoducto del sur, Banco del Sur, ALBA, Unasur, etc. Sus finales palabras sobre este tema quedaron grabadas en mi memoria: “Pero todas estas ideas –nos dijo– no tienen futuro, están destinadas a morir, si no trascienden las fronteras de Venezuela”. ¡Marzo de 2000! Premonitorias ideas bolivarianas para la patria grande elaboradas por un líder presidencial en soledad (todavía no habían llegado al poder ni Correa ni Evo ni Kirchner ni Lula ni Funes ni Ortega ni Mujica). Pero la misma categórica definición que nos brindaba, llevaba en sí la convicción de que esas fronteras serían rebasadas.

Este comandante del pueblo soberano no está ya con nosotros. Le bastaron estos pocos años de lo que va del siglo, y poquito más anterior, para transformarse en el mito del siglo **xxi**. El Che lo fue del **xx** y Chávez del **xxi**. Chávez nos enseñó a soñar lo imposible y hacerlo posible. Nos enseñó que se puede y cuál es el camino para lograrlo. Nos enseñó que unidos los hermanos americanos, nos convertimos en invencibles. Y alertamos sobre eso para augurar nuestro triunfo definitivo: al alerta sobre la espada de Bolívar caminando por América Latina, le agregamos ahora el siguiente canto hecho ya rugido popular: “¡Alerta, alerta, que camina / el ejemplo de Hugo Chávez / por América Latina!”.

Referencias

- Bolívar, Simón. (2000). Carta de Jamaica. En: Jacinto Pérez Arcay. *El fuego sagrado*. Caracas: Gráficas Reus.
- Guevara, Ernesto Che. (2012). Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental. En: Horacio A. López. *Anfictionía en América. La lucha por la patria grande en las primeras décadas del siglo XXI*. Buenos Aires: Desde la Gente y Ediciones del IMFC.
- Martínez Román, Galindo. (1992). *Ezequiel Zamora y la batalla de Santa Inés*. Valencia: Editorial Vadell Hermanos.

¡DE RODILLAS, NUNCA MÁS! DOCE IDEAS PARA UNA INTERPRETACIÓN DEL CHAVISMO

H. GUILLERMO CIEZA

I

Si alguna vez se escribiera un Credo del chavismo, no podría faltar la afirmación: "Creo en mis propias fuerzas, en el poder resistente y creador del pueblo y en el destino soberano de mi país".

Es importante lo que se dice, pero quizás es más importante quiénes lo dicen. Quienes hacen esta afirmación están rebelándose de una maldición de siglos que los convertía en objetos, en cuerpos sin espíritu, en números que figuraban en contabilidades ajenas, en blancos permanentes del escarnio y el ninguneo, en desheredados en su propia tierra, en avergonzados de su identidad nacional.

La dimensión de esa rebelión es compleja. Es histórica, de clase, racial, religiosa, nacional y nustramericana, de género, comunitaria, plebeya, rebelde, contradictoria y mucho más que eso. Quien quiera catalogarla, encasillarla, corre el riesgo de que lo más valioso se le quede afuera.

Buscando una consigna que pudiera sintetizar esa rebelión, no he encontrado nada mejor que: "¡De rodillas, nunca más!".

Esa consigna no puede pronunciarse gratuitamente. Presupone el reconocimiento de haber vivenciado la humillación. Es

patrimonio de los acusados de habitar un país de flojos, de los “pata en el suelo”, de los plebeyos, de los impuros de sangre, de los descalificados, de los de sexo débil o impreciso.

Mucho se ha insistido en cómo la figura de Chávez permitió catalizar esa rebelión, pero si se trata de discutir los sentidos del chavismo, me parece más atinado enfocar cómo ese pueblo rebelde fue moldeando a Chávez.

Ha llamado la atención, por ejemplo, que Chávez se hubiera hecho cargo de la responsabilidad del alzamiento del 4-F de 1992. ¿Podría haber hecho otra cosa? ¿O acaso los “pata en el suelo” pueden sacarle el cuerpo a las responsabilidades? ¿O acaso él provenía de una clase social que puede evadir la ley? ¿O acaso él había sido educado en valores que legitimaran la impunidad?

No actuó diferente a los políticos del sistema. Era diferente. Provenía de otra arcilla. Y desde reconocer ese punto de contacto y reconocimiento con el pueblo, propongo prestar más atención al alfarero que a la obra modelada.

II

Quienes se han preocupado por precisar nombre y fecha del encuentro de Chávez con la figura de Simón Bolívar, coinciden en precisar que fue en sus primeros años de soldado y responsabilizan al general Pérez Arcay de haber llamado su atención sobre la gesta de los libertadores. Cabe preguntarse: ¿hay alguna condición especial de la arquitectura cuartelera que permite atesorar en sus rincones los recuerdos de las gestas liberadoras? Me parece que no, al menos en mi país no ha sucedido algo parecido.

¿La responsable de esa sobrevivencia no habrá sido la particular composición del ejército venezolano que permitía que, pobres, negros, zambos y mulatos llegaran a ser profesores o altos oficiales con mando de tropa? ¿La responsabilidad de esa memoria viva no habrá sido el descuido gringo de permitir que vientos populares se filtren en las rendijas cuarteleras?

Chávez fue un milico pobre. Uno más de esos “pata en el suelo” que buscó en la milicia un lugar de ascenso social. Y soñando los sueños de un milico pobre se encontró a Bolívar, de la misma forma que hoy muchos milicos pobres que ingresaron al Ejército o a la Guardia Nacional tratando de escapar a la pobreza, se encontraron a Chávez.

Dicen que así empezó ese encuentro. Años después esa fabulosa máquina de olvidar, que es la memoria, fue seleccionando recuerdos preciosos de su infancia y apareció el relato sobre el tata-rabuelo Maisanta, para acercar a Zamora y enlazar más fuerte a Bolívar. No fue decisión de Chávez encarnar a Bolívar, fue decisión del pueblo subirlo a su cabalgadura.

Como no podía ser de otra forma, el chavismo se construyó como continuidad inexorable de las epopeyas de los que acompañaron a Bolívar y a Zamora. Fueron ellos los que conservaron la memoria. Fue un “pata en el suelo” quien volvió a enhebrar los hilos de la memoria, para romper el anatema del país de flojos y recuperar Venezuela como un país de libertadores. Y la arrechera acumulada durante siglos contra el gringo avasallador y prepotente empezó a tomar cauce.

III

Muy joven, sabemos, Chávez leyó el *Manifiesto Comunista*. Pero lo que entendió Chávez del *Manifiesto Comunista* vino mucho después. Fue su propio pueblo quien iluminó esas lecturas de adolescente.

Se puede leer una y cien veces que la lógica del capital es la ganancia y de que acumula sobre la miseria ajena, pero hay que vivir la pobreza y la marginación, hay que escuchar a las más dolientes víctimas del capitalismo y hay que conocer los relatos del accionar de los más perversos capitalistas para encarnar esas ideas. La indignación siempre precede a la conciencia y la rebelión de los “pata en el suelo” venezolanos que estalló en El Caracazo, era pura indignación.

Después vinieron los viajes recorriendo el país. Y la comprobación de que Venezuela no era otra cosa que un gran rancherío que rodeaba

a un puñado de barrios ricos. Pero no solo era una deuda interna en carne viva. Era también una voluntad de cobrarla. Era América y África vueltas a saquear, pero con ánimo de revancha histórica.

Insisto, no fue Chávez, era un temporal que bajaba de los cerros, que venía de la selva y la sabana. Era la lucha de clases en versión tropical y sudamericana. Esa bronca acumulada durante siglos le prestó el lenguaje a Chávez y al chavismo: “Esos oligarcas, esos sifrinós, esos pitiyanquis, esos majunches”. Los apodos y la pronunciación que denuncia, señala, insulta, la puso el pueblo.

IV

La descalificación de Chávez como zambo, tuvo las mismas consecuencias políticas que descalificar a Evo Morales como indio. La burguesía se atribuye el derecho de imponer proyectos, sueños y valores, de apoderarse de la ética y la estética. Pero en los territorios populares tiene menos influencia que en sus barrios selectos y suele suceder que el descalificativo se torne valoración identitaria.

En aquel país del rancherío interminable ser zambo, mezcla de indio y de negro, era lo más común, lo genuino. Los raros, los extranjeros, eran los otros, los catires. Pero además los catires eran los que gobernaban.

En el nivel más elemental de identificación política, el chavismo es el partido de los negros, de los indios y de los mezclados de sangre. Si los catires gobernaron quinientos años y solo distribuyeron miseria, era sensato apostar a los de la propia sangre. Y desde que gobernó un zambo y la vida fue mejor, va a costar mucho que negros, indios y los mezclados de sangre cambien de partido.

Cuando arreció el paro petrolero y hubo que recurrir a la leña para cocinar, cuando la guerra económica destruye los salarios y vacía las bodegas, cuando el gobierno parece desbordado, impotente, cuando la confusión y la desesperanza se van apoderando del alma de los pueblos hay un impulso vital que viene desde atrás y desde adentro para seguir confiando en la raza, en los iguales de piel, en la identidad de la sangre.

V

Dicen que Chávez era santero. Puede ser cierto. Lo que es seguro es que el chavismo practica una religión con pocos intermediarios, donde los dioses están vivos y andan muy cerca de la gente. Esa convivencia, esa familiaridad casi promiscua, ha terrenalizado a los seres divinos al punto de que se dejan influenciar por los humanos. Esta reapropiación de los dioses por parte del pueblo crea un imaginable disgusto en la burocracia eclesiástica, albacea de los dioses muertos y administradora de culpas y dispensas. No es para menos. Cualquier “pata en el suelo” opina sobre Jesucristo, se hace pastor, hace arreglos con dioses o comenta que el santo viene a visitarlo a la casa.

El chavismo es un movimiento con un fuerte componente religioso que incluye a evangélicos, católicos, santeros, budistas, originarios y otros grupos que comparten este sentimiento de reapropiación.

La religiosidad chavista es más comunitaria que institucionalizada, más solidaria que ritual y, por la influencia afrodescendiente, bastante fiestera. Los cumpleaños de los santos siempre son una buena excusa para la parranda. La insistencia en que los valores religiosos son anticapitalistas provoca no pocos desasosiegos en las jerarquías y en algunos izquierdistas momificados que, por distintas razones, ven mermar sus clientelas frente a una nueva espiritualidad que derrama humanismo, pero que además es muy divertida.

VI

Ser chavista es una forma muy particular de ser venezolano. Una venezolanidad que incluye a los colombianos, a los haitianos, a los cubanos, a los bolivianos, a los ecuatorianos, a los brasileños y a los argentinos. Pero no es tan amplia como para admitir a los portugueses que, insertados como patrones de comercios y distribuidoras de alimentos, son mayoritariamente escuálidos.

Las cifras de colombianos que viven en Venezuela son discutibles. Unos dicen que son un millón y medio, otros que superan los

cinco millones. Lo que es seguro es que no hay ningún venezolano chavista que no tenga un pariente o amigo colombiano. El colombiano es un desterrado de su propia tierra, la identidad chavista se forjó entre los abandonados de Venezuela. Hay un cruce de pesares que los hermana.

Como suele sucederles a los inmigrantes, hubo un primer tiempo donde la supervivencia fue el único interés y esa particular situación promovió el individualismo y el no involucramiento en las causas populares del país que los recibió. En los primeros años, muchos votos de colombianos nacionalizados engrosaron los números electorales de la derecha. Pero ese peso reaccionario que acompaña a todo fenómeno migratorio fue diluyéndose en el tiempo cuando la superación de las urgencias permitió levantar la cabeza y empezar a socializarse. Los colombianos trajeron en la mochila algo más que dolores y necesidades. Trajeron cultura de trabajo campesina, experiencia organizativa y esos aportes se han ido valorando, incorporados a la identidad chavista.

La afirmación de la nacionalidad a expensas de despreciar al que nació del otro lado de la frontera es un invento de las oligarquías venezolanas y colombianas. El chavismo, como venezolanidad inclusiva, recoge las mejores tradiciones de los ejércitos libertadores de la gran Colombia.

Si la inclusión de los haitianos tiene un fuerte componente simbólico, porque desde Leonardo Chirino hasta acá, Haití fue la patria negra de la libertad, con los cubanos ocurrió un proceso inverso. Desde lo simbólico, la nacionalidad cubana había sido demonizada durante cuatro décadas por los gobiernos de la IV República. Fue una ocurrencia de Chávez traerse a los cubanos y ellos se ganaron un lugar demoliendo prejuicios y prevenciones.

Quizás la catarata de odio desplegada por la oligarquía cuando el primer contingente enviado por Fidel pisó Venezuela contribuyó a mejorar su imagen. Si los oligarcas los odiaban tanto, no podían ser tan malos. Después, el trabajo abnegado y la humanidad de los cubanos, hizo el resto.

La identidad chavista incorporó a Fidel como a un patriarca y al Che Guevara como un ícono. Y por esa vía también fuimos incluidos los argentinos.

El chavismo expresa un nacionalismo inclusivo que cobija a todos los latinoamericanos que resisten contra el imperio. Y un poco más todavía, porque también cobija a vascos y palestinos.

VII

El chavismo, como identidad de los humillados, tiene el rostro de quienes, desde hace siglos, fueron doblemente humillados: las mujeres. El chavismo es mujer, negra, pobre y madre soltera. Expresa como nadie su rebelión orgullosa. El tejido social del chavismo en los barrios populares es esencialmente una trama de mujeres, de madres, muchas de ellas jefas de hogar.

Fueron ellas las que primero se sintieron capaces de organizarse. Las que arrastraron a sus novios, maridos, amantes o hijos varones a los actos para ir a escuchar a Chávez, las que promovieron las primeras reuniones políticas, las que llenaron los espacios de las convocatorias del nuevo gobierno, las que alentaron para bajar de los cerros para derrotar el golpe de Estado, las que dieron vida a las misiones, las que alojaron y defendieron a los médicos cubanos. En resumen: las que protagonizaron La revolución de las doñas.

Son ellas las que cotidianamente hacen la comunidad, llevan y traen las buenas nuevas, alivian las penas y los desconciertos, promueven las solidaridades, acercan a los confundidos, condenan socialmente a los enemigos de la revolución. Nadie encarna mejor al chavismo que esas mujeres que se pararon sobre sus hombros y sus vergüenzas para convertirse en protagonistas de la democracia y de la historia. Nadie como ellas tiene cuentas pendientes con el capitalismo y el sistema patriarcal y expresan en su rebelión relaciones diferentes donde la subjetividad no pide permiso, la horizontalidad es regla de convivencia y donde la inclusión es una vocación que se ejerce sin discursos.

Fueron esas mujeres, con algunas organizaciones de mujeres, quienes ampararon las primeras expresiones de los movimientos de sexo-diversidad. Y seguramente ellas tienen mucha responsabilidad en que los términos “marico” o “marica” habituales en el lenguaje cotidiano hayan ido perdiendo su carga ofensiva y discriminatoria.

A nadie temen más los burócratas que a las mujeres de los barrios populares. Por eso suelen empezar sus actos proponiendo: “Una bulla para las mujeres”. No vaya a suceder que las mujeres empiecen a hacer bulla.

VIII

Cuando a los pueblos originarios que viven en la selva o a la vera de los ríos les vienen a hablar de las comunas, ellos contestan que siempre vivieron en comunas. Los negros que habitan en las costas del mar dicen que ellos vivieron en las cumbes. Los gochos andinos afirman que la revolución de los comuneros data de 1781 y que ha sido su costumbre vivir en comunidad.

Este comentario viene a cuenta de reconocer una larga tradición comunitaria en distintos lugares de Venezuela. Pero a partir de mediados del siglo pasado, la tradición comunitaria va a nutrirse de las experiencias urbanas de los rancheríos que circundan a las ciudades modernas como Caracas, Maracaibo y Valencia, o a los enclaves petroleros en Oriente.

La necesidad alentó la construcción de esas comunidades urbanas y la síntesis de distintas tradiciones. Los desplazados de lugares donde la tierra proveía de recursos elementales como el abrigo, el agua, la leña, las hierbas medicinales y las frutas tropicales terminaron habitando en montes pelados o espacios cuyos recursos se agotaron rápidamente. La extrema dureza de las condiciones de vida de esas nuevas poblaciones obligó a agruparse colectivamente y a tejer redes solidarias. Podría decirse que allí la construcción de la comunidad fue una praxis de sobrevivencia.

Es difícil comprender la génesis del chavismo, su rápida identificación y propagación, si no estuviera precedido por la existencia

de un pueblo que, a lo largo de todo el territorio nacional, compartía la condición de abandonado por el sistema y la condición de resistente a partir de formas comunitarias de sobrevivencia. Y también por la existencia de una institución como el ejército que estaba desplegada en todo el territorio nacional, donde milicos pobres estaban fuertemente enraizados con sus comunidades. No por casualidad buena parte de los primeros círculos bolivarianos se construyeron sobre la base de los círculos de veteranos. En el relato de esos primeros años, las redes de militantes de izquierda provenientes de distintos orígenes ocupan el lugar relevante, pero no debe obviarse que los militantes de izquierda somos más propensos a la escritura y a la publicación de nuestras acciones.

La apoyatura social del proyecto inicial bolivariano es de base comunitaria y es la vinculación y el diálogo permanente con el pueblo lo que va delineando en la cabeza de Chávez la idea de la comuna como célula estratégica de un proyecto socialista no estatal.

Como bien dice Aldo Casas: “No hay un marxismo, hay marxismos”. Y la producción de los marxismos es inconmensurable. Entre toda esa producción Chávez prestó especial atención a quienes desarrollaron las ideas de la comuna. Insisto, más que a la obra, hay que prestar atención al alfarero.

IX

La academia se ha ocupado de los pueblos originarios de América y de África, la mayoría de las veces como curiosidad antropológica. Como disección de un cuerpo que, por considerarlo muerto, ya no molesta. En la Academia esas culturas pueden tener otros lugares. Un lugar de exotismo, de curiosidad tropical, de lengua muerta, de condimento de la identidad nacional.

La cultura llanera no despierta ni siquiera esa curiosidad. Porque ¿qué es un llanero? Es una expresión cultural mestiza, ni negro ni indio. Un “pata en el suelo” subido a un caballo para andar detrás de vacas ajenas. Ocupación del folclore, más que de la academia. Un llanero es, sobre todo, un plebeyo.

Un pueblo abandonado y humillado solo podía generar un líder plebeyo, y para eso nadie mejor que un llanero. Milico pobre, respondón, fiestero, solidario, cantor, rebelde, humano, cada uno de los rasgos de Chávez eran plebeyos y quizás por eso se produjo una rápida identificación popular. Fue uno de los nuestros.

El chavismo inscripto en la tradición zamorana es un movimiento plebeyo, que sintetiza las diversas plebeyidades venezolanas.

El chavismo no acredita saberes. Estudia y crea. La tercera parte de los venezolanos son estudiantes, el país tiene la matrícula universitaria porcentual más alta de Sudamérica, es líder en el continente en la edición de libros y en lectores. Su Sistema de Orquestas de Cámara, incorpora a 632.000 personas y deslumbra por su calidad en las mejores salas de concierto en el mundo. Sus escuelas de teatro infantil en los barrios son investigadas y puestas como ejemplo por estudiosos de prestigiosas universidades europeas.

Sin embargo, el chavismo no presume de ser un movimiento ilustrado. Se hace cargo de lo que tiene, una muy variada y despareja producción cultural; no pone distancias de saberes y se propone avanzar con todos.

X

La identidad chavista es una identidad rebelde. Se construye en la lejanía de todos aquellos que se atribuyen saberes superiores.

Es polémico afirmar esto cuando la casi totalidad de las convocatorias masivas provienen del gobierno, y a los movimientos populares y a las comunas les ha costado construir una agenda alternativa. Pero una mirada larga del proceso bolivariano demuestra que el chavismo, por acción u omisión, ha mantenido un grado de autonomía de sus conducciones partidarias. Quizás la expresión más fuerte de esa autonomía la expresó en las jornadas del 12 y 13 de abril de 2002, cuando decidió movilizarse para rescatar a Chávez por su propia cuenta y riesgo. Esa identidad sintonizaba con Chávez cuando el mismo se rebelaba contra las limitaciones de su gobierno y de su partido. Cuando el mismo reconocía haberse equivocado. El

PSUV es una estructura valorada como maquinaria electoral, pero con escasa capacidad de conducción política.

El presidente Nicolás Maduro no fue abandonado por el apoyo popular cuando fue asediado por las guarimbas y la guerra económica, pero ha tenido apoyo entusiasta y movilización contundente cuando se puso los pantalones y se decidió a polarizar el enfrentamiento con la derecha y con los Estados Unidos. Maduro, que recibió el pesado mandato de calzar los zapatos de Chávez, también va siendo modelado por el pueblo.

El chavismo se ha ido conformando como una identidad de resistencia, de defensa de sus logros en el plano de la inclusión social, el ejercicio de la democracia participativa y la dignificación nacional. Avanza a los saltos, más por reacción ante los golpes recibidos que por impulsar un plan determinado. Existe y se defiende, luego avanza. Y cuando avanza se entusiasma y se dispone a defender el nuevo terreno conquistado. Esta perspectiva plebeya de la intervención política desquicia a la derecha, pero también a muchos militantes e intelectuales de izquierda que se frustran como conductores de masas.

XI

El chavismo está implicado en la azarosa tarea de transitar hacia el socialismo.

Para hacer este trabajo ha utilizado las herramientas disponibles, mientras va construyendo otras mejores. Lo disponible era el viejo Estado capitalista. Además de viejo: corrupto, ineficaz, maltratador y dispuesto a reproducirse hasta el último aliento de vida.

Construir el socialismo con el Estado capitalista, aun reformado o emparchado, es como hacer un pozo con un rastrillo. Gestionar esa herramienta mientras se construye una nueva institucionalidad es misión de aquellos capaces de fruncir la nariz y ponerse a trabajar soportando la hediondez capitalista. La construcción de lo nuevo, de la pala que ayudará a hacer brotar el manantial del socialismo, es tarea grata y cercana que se asume en los perfumados territorios

de la patria. Los espíritus delicados, acostumbrados a elegir en la abundancia, no pueden comprender que las dos tareas son necesarias. Los pobres y plebeyos, veteranos de sobrevivir en la escasez, saben que en la vida hacemos lo que nos gusta y lo que hace falta. Los trabajadores saben que el trabajo insalubre impone no enclausrarse, salir periódicamente a disfrutar del aire puro y hacer una rotación necesaria. Si no se toman estas precauciones puede suceder que nos enamoremos del olor a mierda.

XII

Como identidad de resistencia el chavismo privilegia su unidad política, pero también alberga una disputa permanente sobre sus sentidos. Si acercamos la lupa no hay un solo chavismo, hay por lo menos dos. Por un lado, chavismo popular que, asediado por el imperio, agudiza sus rasgos identitarios y se orienta hacia la construcción de un socialismo de base comunal. Por otro, un chavismo aluvional que rumbea para desapoderar al pueblo y pasteurizar la epopeya. Ese chavismo aluvional se subió al tren de la historia con intereses propios, con vocación de privilegiar lo particular sobre lo colectivo, lo institucional, lo comunitario y la obsecuencia sobre la rebeldía. En el *Golpe de Timón*, Chávez identificó con mucha precisión ese chavismo que se disfraza con franela socialista pero mantiene su cochinada capitalista. Sin mucha sutileza, plebeyamente, Chávez recordó que la lucha de clases también pasa por la identidad chavista.

El terreno de la disputa no es la academia ni los debates vía Internet ni las diatribas que pretenden conmovir ni las roscas de ministerio ni las maniobras de palacio. Todo eso es apenas un juego que nos permite entretenernos, descalificarnos, ensalzarnos, buscar trabajo o desahogar la arrechera porque no fuimos tomados en cuenta. Los territorios son el lugar de disputa de los sentidos del chavismo. Allí donde está el pueblo, donde fue decidido que: "¡De rodillas, nunca más!" Donde vive el alfarero, el que está pariendo la historia y decidirá, en definitiva, adonde iremos a parar.

RECUPERANDO UNA UTOPIA

BRIGADA DE SOLIDARIDAD CON VENEZUELA DEL
FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN - CORRIENTE NACIONAL

I

“Trabajo, dignidad y cambio social” fue la consigna que durante muchos años nos acompañó como organización. El cambio social era meta y destino hacia donde caminábamos, era el horizonte que construíamos desde las asambleas en nuestros barrios, en las facultades, en nuestros lugares de trabajo. Un horizonte digno, justo, de igualdad, de nuevas relaciones sociales sin explotación y sin dominación.

Eso que llamábamos cambio social también podía llamarse socialismo. Realmente hablábamos de lo mismo, pero no era conveniente usar aquella palabra. Desde la caída del Muro se había decretado el fin de la historia y el socialismo había sido condenado al fracaso por quienes se consideraban vencedores: el capitalismo, el pensamiento único, el imperio. El socialismo quedaba como un imposible, una utopía irrealizable.

Hablar de socialismo en los primeros años del siglo XXI, en Argentina, no era la mejor estrategia para sumar a las vecinas y los vecinos a las construcciones sociales que sosteníamos en los barrios, para organizar a las y los estudiantes en las universidades o

a las trabajadoras y los trabajadores en los sindicatos. El socialismo se había tornado una mala palabra. Era asociado al pasado, a un mal pasado, incluso no transmitía la idea de la construcción de una sociedad mejor.

Habíamos perdido el socialismo. Hasta que, un buen día, desde un país del Caribe, se lo volvió a nombrar con firmeza, con decisión, con la convicción de que no estaba derrotado. La historia no estaba muerta ni dormida, estaba a la espera de que alguien volviera a tomar las riendas y empezase a escribirla para el futuro, no como relato muerto y pasado, sino como recuerdo vivo y potenciador. Así, desde el país que había sido visto por décadas como aquel que menos potencial ofrecía para el desarrollo revolucionario en América Latina, el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías pateaba el tablero, ponía en tela de juicio las reglas injustas de este juego, y abría la cancha para que entrásemos todos.

El socialismo volvió como debía hacerlo. No como reciclado de recetas, no como calco o copia. Volvió con un nuevo rostro. Uno mestizo, zambo, negro, campesino, un rostro de mujer. Volvió nuestroamericano. El socialismo del siglo XXI nació como una revancha, como un grito que viene desde muy adentro recuperando espacios y voces acalladas. Como la venganza de los buenos.

Chávez nos devolvió la palabra y con ella nos puso, nuevamente, en el lugar que siempre nos correspondió como pueblo frente a la historia. Ya no más como sumisos receptores, sino como hacedores de nuestro destino.

Desde entonces la Revolución Bolivariana se transformó en guía y horizonte, en escuela, pero sobre todo en un sueño que debemos proteger celosamente de toda pesadilla. Hemos venido relacionándonos con organizaciones bolivarianas, generando intercambios que se han sostenido en el tiempo, y que nos permitieron instalar, hace ya dos años, una Brigada de forma permanente en la República Bolivariana de Venezuela.

Desde allí, desde esa experiencia, escribimos estas palabras, desde las entrañas mismas de esta revolución. Palabras que, vale

remarcar, no podríamos pronunciar si no fuese por Chávez y esta creación heroica.

II

Entre las huellas que como pueblo nos dejó la experiencia histórica se encuentran dos que, a la hora de mirar a Venezuela, presentaron una gran complejidad: la desconfianza hacia los líderes y el rechazo a los militares. En el primer caso, por el temor siempre latente a un proceso de burocratización y de traición. En el segundo, porque su nombre ha sido sinónimo de terror y muerte, tanto en nuestro país como en los países hermanos de Nuestra América.

Al comienzo, Chávez se nos presentó como un sujeto difícil de descifrar. Militar y líder popular. Se nos dispararon las alarmas recordando las traiciones que sufrió nuestro pueblo trabajador y los retrocesos que estas significaron. Chávez se convirtió en un personaje a analizar en detalle, a quien admirábamos pero medíamos. Nos alentaban sus palabras que, claramente, no buscaban solo atraer más votos en las elecciones. Palabras que un líder popular solo utiliza si realmente está al servicio del pueblo, que un militar no podría nombrar si no fuese un verdadero revolucionario.

La primera ya la nombramos, la que nos devolvió la utopía: socialismo. A esta se fueron sumando otras. Y con ellas se nos fue develando el Chávez pueblo, el Chávez revolucionario, el Chávez que se escribe con Che. Y de su boca salió el feminismo, el ecosocialismo y la comuna.

En estos últimos dos años conocimos mucho más del comandante. Lo conocimos a partir del contacto directo con el ámbito que lo hizo surgir, lo descubrimos a través de quienes le dieron vida y lo moldearon. Decir que Chávez vive en el pueblo no es una frase armada que sirve para levantar la moral, es una realidad tangible. Vive en el pueblo porque fue este el que nos dio a Chávez, el que lo construyó como el líder que fue. Sin duda, Chávez fue una creación heroica de su pueblo.

Por nuestro trabajo como Brigada hemos recorrido gran parte del territorio venezolano, así tuvimos la posibilidad de conocer desde adentro a su pueblo y al conocer a este lo conocimos mejor a él.

En cada encuentro, en cada relato contado por cualquier compañera o compañero que conocimos, fueron apareciendo las distintas características. El Chávez comandante, el Chávez fuerte, el Chávez chalequeador, el Chávez amoroso, el Chávez pelotero, el Chávez maestro, el Chávez cultor, el Chávez militante. Se iba rearmando en palabras de todas y todos, y se nos presentaba más real que nunca. No hablaban de Chávez como aquel que fue, lo hacían como hablando de sí mismos.

Eso fue y es. Eso será. Un pueblo decidido a avanzar hacia el socialismo como única alternativa a la muerte a la que el capitalismo los acostumbró. Un pueblo que puede combinar con total naturalidad una proclama antiimperialista con una canción de desamor llanero.

III

La historia venezolana está plagada de apellidos inmortales: Guaicaipuro, Miranda, Bolívar, Sáenz, Sucre, Zamora, Primera. Pero más aún, es una historia llena de luchas desde el anonimato. El pueblo bolivariano es un pueblo arrecho y es que en su sangre corren las historias de los caribe que defendieron su territorio de los españoles a punta de flecha, de los negros esclavos que lucharon por su libertad, de los campesinos del llano que lucharon por sus tierras, de los pobres de los cerros que bajaron para recuperar su dignidad.

En estos años hemos podido conocer esas luchas y a sus protagonistas. Y sobre todo fuimos conociendo a esos seres anónimos que hoy llevan adelante la magnífica lucha cotidiana de construir el socialismo del siglo XXI. Estas son las personas con las que venimos trabajando como Brigada; comuneras y comuneros, militantes de movimientos sociales y servidores públicos comprometidos con la edificación y consolidación del Estado comunal.

Nuestro trabajo consiste en facilitar talleres de formación político-ideológica, brindar herramientas para profundizar el análisis de

la realidad en la que vivimos, de la historia de la que venimos y del futuro que estamos construyendo. Como bien reza la frase: “El que lucha ya sabe, pero el que reflexiona sobre su lucha, lucha mejor”.

Con estos talleres hemos querido aportar y acompañar el proceso de organización de este pueblo. Intentamos ayudar a rescatar sus “poderes creadores” –como decía el escritor venezolano Aquiles Nazoa– partiendo del estudio de la historia, tratando de detectar sus continuidades y de desnaturalizar lo que se nos ha impuesto después de tantos años de capitalismo y falsas historias. Asimismo, buscamos identificar las estrategias y las herramientas a las que recurre nuestro enemigo para imponer su verdad.

Nuestra certeza es que solo desnudando al sistema capitalista en todos sus aspectos y develando su maquinaria destructiva, podremos emprender la construcción de una nueva sociedad, sin ningún vestigio de opresión. Creemos que es necesario sostener este proceso en el tiempo, problematizando cada paso que damos para avanzar con conciencia y con decisión en la construcción de la nueva sociedad.

IV

La recuperación de nuestra historia como pueblo no solo ilumina el pasado, sino que nos da la fuerza necesaria para seguir avanzando, recordándonos que formamos parte de una larga tradición de lucha.

Hemos visto fortalecerse desde las bases una identidad chavista-militante. Una identidad que encuentra muchas de sus prácticas en Chávez mismo. Ese que no solo conducía el proceso, que no solo era el que trazaba la línea política de la revolución, sino que además era el que recorría los barrios, hablaba con la gente de a pie, sumaba voluntades y cuerpos a la fuerza revolucionaria. Ese Chávez que no se contentaba con cumplir con sus responsabilidades como jefe de Estado y seguía viéndose como aquel soldado rebelde que tenía la misión de transmitir la verdad que había descubierto,

“que este es un pueblo de libertadores y libertadoras, que este es un pueblo digno y que ya nunca más volvería a ponerse de rodillas”.

En el transcurso de los meses y con el correr de los talleres, fuimos viendo cómo ese Chávez se multiplicaba día a día en distintas compañeras y distintos compañeros. Pudimos observar la construcción de lazos solidarios que se empezaban a construir entre aquellos que participaban de los mismos.

Ya no éramos solo las y los militantes que estábamos en la Brigada, las y los que viajábamos de estado a estado del país. Se fueron sumando a nosotras y nosotros una gran cantidad de compañeras y compañeros de Venezuela que decidieron destinar una parte de su tiempo a contribuir con la formación de otras y otros. Empezaban a romperse las barreras de lo local. Ya no era solo su comuna la que tenía que contar con el beneficio por los talleres. Comenzó así un proceso que superó la planificación inicial, que desbordó las posibilidades originales y que nos demostró en cada acción cuál es la decisión irrenunciable de este pueblo: la construcción de una Venezuela socialista.

Gracias a estas prácticas solidarias y militantes empezamos a descubrir otras experiencias similares. Organizaciones populares que desde su universo local se decidieron a romper esas fronteras. Otras que, también, optaron por romper las fronteras identitarias. Organizaciones que entendieron con absoluta claridad las palabras del Comandante: “Comuna o nada”, desde sus espacios y sus identidades particulares se lanzaron a esa maravillosa construcción. Estudiantes construyendo comunas, jóvenes militantes culturales construyendo comunas, mujeres, compañeras y compañeros de la sexo-género-diversidad construyendo comunas. Toda una militancia chavista decidida a avanzar en la construcción comunal, de construir nuevas lógicas de organización, “desde abajo”, desde el poder popular.

Ese chavismo, el chavismo militante es la gran potencialidad de este proceso. Es la pata fuerte, en donde debemos apoyarnos para seguir caminando.

V

Esta revolución es una revolución muy joven, en diversos sentidos. Por un lado, el más obvio, el de que apenas lleva quince años en el poder. Por otro lado, es una revolución que, en gran medida, se apoya en las generaciones más jóvenes. Jóvenes que dentro de este proceso empezaron a dar sus primeros pasos en la militancia política. Pero también es joven en el sentido de que en Venezuela no se venían desarrollando grandes procesos de lucha, al menos no previos a El Caracazo. Es decir, antes de febrero de 1989 no se veía en el país un acumulado de poder popular lo suficientemente grande como para pensar que las condiciones para hacer una revolución estaban dadas. Es por estas características que esta es definitivamente una creación heroica. Fiel a las enseñanzas del gran maestro venezolano Simón Rodríguez, quien dijo: "Inventamos o erramos".

Así ha venido avanzando esta fuerza bolivariana, esta ola chavista, inventando cada paso, descubriendo en el mismo andar todo su potencial. Claro que no es fácil. No debe haber desafío más complejo que el de construir algo sin saber con certeza que es lo que se está construyendo. Peor aún, conociendo solo aquello que no se quiere construir, el capitalismo.

De esta manera va este pueblo, al decir de Fidel, cambiando todo lo que deba ser cambiado, y descubriendo, a veces, que lo que se cambió hay que cambiarlo otra vez, volver a probar, corregir, volver a cambiar. Este pueblo que quince años atrás estaba sumido en la peor de las pobrezas. Pobreza material, pobreza educativa, pobreza sanitaria. Este pueblo que volvió a nacer con la Revolución Bolivariana y que escribe su historia con una mano, mientras con la otra aprende a leer las primeras letras.

En el corto tiempo de esta joven revolución se conjugan dos características que la hacen imparabile: el saber en carne propia lo que significa el capitalismo más salvaje. Es decir, el conocimiento básico de lo que no se quiere y la voluntad incansable de seguir aprendiendo. Es que después de tantos años de ser negado,

silenciado y sumergido en la ignorancia, este pueblo despertó para no volver a dormirse jamás, despertó y echó a andar en una carrera que parece no cansarlo.

VI

Sobre Chávez y el chavismo se han escrito inmensidad de obras. Chávez es uno de los personajes políticos contemporáneos que más palabras suscitó. Entonces, ¿para qué escribir algunas más?, ¿qué pueden aportar?, ¿qué rasgos las tornarían diferentes y originales? Posiblemente lo único que les puede asignar un carácter particular, lo único que puede otorgarles algún valor a nuestras palabras es el hecho de que están escritas desde la vivencia directa de la Revolución Bolivariana, además, son palabras sentidas y combinadas colectivamente. Creemos que nuestras palabras pueden reflejar las sensaciones que nos embargan al estar viviendo esta posibilidad militante.

Entonces, construimos este texto siendo fieles al modo que caracteriza nuestra práctica como organización: “desde abajo”, desde el día a día, con nuestras alegrías y tristezas, con nuestros entusiasmos y frustraciones, con nuestros cuerpos.

De alguna manera este texto fue parido en asambleas, en viajes de metro, en discusiones en la plaza Bolívar con café o chocolate frío. Un texto construido mientras descubríamos el ritmo de la salsa y a Alí Primera. Un texto escrito en movilizaciones, en actividades en comunas y barrios. Es un texto sobre esta revolución construido en esta revolución, desde esta revolución, para esta revolución.

SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS

Brigada de Solidaridad con Venezuela del FPDS - CN

La Brigada es una iniciativa que se viene sosteniendo desde enero de 2013, aunque los antecedentes se remontan años atrás, cuando el FPDS empezó a generar distintas experiencias de intercambio con organizaciones populares de Venezuela y el gobierno bolivariano. La iniciativa nació a partir de entender la Revolución Bolivariana como un proceso propio, de todos los pueblos de Nuestra América que luchan por la liberación y el socialismo. Así un grupo de compañeras y compañeros fue designado para empezar un trabajo de solidaridad en tierras bolivarianas. En estos años la Brigada desarrolló talleres de formación política-ideológica articulados con comuneras y comuneros, con distintas organizaciones feministas para construir un feminismo popular que nos haga a todas y a todos protagonistas de esta revolución, y también con colectivos, comunidades organizadas y activistas, la cultura popular, la cultura comunal, la cultura revolucionaria necesaria para cambiar todo lo que debe ser cambiado.

Claudia Korol

Educadora popular feminista. Integra el Equipo de Educación Popular Pañuelos en Rebeldía y la Escuela de Derechos de los Pueblos del Abya Yala. Columnista en el programa Sonidos Agitadóricos de Radio Nacional, productora y conductora de los programas Espejos Todavía de FM La Tribu, y Aprendiendo a Volar de La Tecno FM. Escribe en las revistas: *Punto Final* (Chile), *Adital* (Brasil), *Las 12* (suplemento de *Página12*, Argentina). Autora de los libros: *Rebelión. Reportaje a la juventud chilena*; *El Che y los argentinos*; *Feminismo y marxismo*; *Diálogo con Fanny Edelman*; *Diálogo con Gladys Marín y Caleidoscopio de rebeldías*. Fue secretaria de redacción de la revista *América Libre* (director: Frei Betto).

Claudio Katz

Licenciado en Economía y doctor en el área de Geografía. Dirige proyectos de la Universidad de Buenos Aires y es investigador del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. Coordinó el grupo de trabajo de Clacso y es miembro del Instituto de Investigaciones Económicas de Argentina. Es docente de seminarios de doctorado y posgrado y ha sido profesor invitado en varias universidades de América Latina. Participa activamente en los foros sociales internacionales de impugnación del libre-comercio, el endeudamiento externo y la militarización. Recibió tres menciones honoríficas del Premio Libertador al Pensamiento Crítico por sus libros: *Bajo el imperio del capital*; *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina* y *El porvenir del socialismo*. Es miembro del consejo editorial de varias revistas académicas y tiene una vasta producción de artículos, textos y conferencias en distintos idiomas. Se pueden consultar estos trabajos en su página web <http://katz.lahaine.org>. En ese mismo sitio figuran, además, todos sus análisis sobre la coyuntura política y social de Argentina, que elabora como parte de la Red de Economistas de Izquierda.

Facundo Nahuel Martín

Es licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y militante del FPDS. Actualmente, cursa estudios de posgrado en la UBA, es becario doctoral en el Conicet y docente universitario. Es autor del libro *Marx de vuelta. Hacia una teoría crítica de la modernidad*. Participa en el área de formación del FPDS y de Pueblo en Marcha, herramienta electoral de diversos movimientos sociales en la ciudad de Buenos Aires. Sus investigaciones se centran en la teoría crítica de la sociedad, el marxismo y su relación con los nuevos movimientos sociales, buscando el diálogo entre la producción teórica marxista y la práctica-política anticapitalista.

Hernán Ouviña

Politólogo, doctor en ciencias sociales y educador popular. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (Iealc) y del Centro Cultural de la Cooperación. Ha dictado cursos de grado y de posgrado en diferentes Universidades de Argentina y América Latina, y ha coordinado talleres de formación política en el marco de numerosos movimientos sociales y sindicatos de base de la región. Es autor de los libros: *Zapatismo para principiantes*; *Gramsci y la educación. Pedagogía de la praxis y políticas culturales en América Latina*; y *Simón Rodríguez y las pedagogías emancipatorias de Nuestra América* (estos dos últimos en coautoría). Es militante de la Confluencia Política Movimiento Popular La Dignidad-Movimiento Tupaj Katari.

H. Guillermo Cieza

Militante popular, escritor, integrante del FPDS-CN. Participó entre 1971 y 1979 en las Fuerzas Armadas Peronistas-Peronismo de Base y en la resistencia contra la dictadura (1976-1983). Fue testigo de la causa Escuela de Mecánica de la Armada por

desapariciones forzadas y genocidio. Coordinador de la cátedra del Che en la Universidad de La Plata en 1997. Ha participado en distintos movimientos populares: MTD Aníbal Verón, FPDS, Compa e iniciativas electorales (Frepu, Frente del Sur, Frente Grande). Fue integrante de la Brigada de Solidaridad con Venezuela entre junio de 2013 y marzo de 2015. Es autor de las novelas: *Destiempo*; *Veteranos de guerra*; *Estado de gracia* y *Plan b*; también de los ensayos: *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*; *Borradores sobre la lucha política y la organización* y *Borradores sobre la lucha popular y la proyección política*. En Venezuela publicó *Crónicas venezolanas* (Fundación Editorial El perro y la rana, 2015).

Horacio Alberto López

Ingeniero industrial, periodista, escritor, ensayista e investigador de temas históricos. Subdirector del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini. Miembro de la Red de Historiadores de los países de la ALBA y Amigos. Miembro de la Asociación de Historiadores de América Latina y El Caribe (Adhilac). Miembro de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad y de su Secretaría Operativa. Recibió mención Honorífica en el Premio Municipal 2009 al Pensamiento Político Gustavo Machado (otorgado por la Comisión Permanente de Cultura, Patrimonio Histórico y Medios de Comunicación Alternativos Comunitarios, Caracas, Venezuela) por su libro *Secesionismo, anexionismo, independentismo en Nuestra América: herramientas de la dominación* (editado por la Fundación Editorial El perro y la rana). Ha publicado varias novelas históricas en Argentina, y ensayos en este país, también en Cuba, en Colombia y en Venezuela. Su último libro publicado es *Anfictionía en América. La lucha por la patria grande en el siglo XIX* (Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, Venezuela, 2014).

Isabel Rauber

Destacada intelectual latinoamericana. Militante social comprometida con los pueblos. Es una estudiosa sistemática de las experiencias de los movimientos sociales populares e indígenas latinoamericanos en procesos de construcción de poder popular desde abajo, descolonización e interculturalidad. Feminista consecuente articula estos procesos con los de despatriarcalización, democratización y participación colectiva de los pueblos en búsqueda, creación y construcción de una nueva civilización. Doctora en Filosofía. Profesora de la Universidad Nacional de Lanús. Directora de *Pasado y Presente XXI*. Profesora del Instituto Universitario Nacional de Derechos Humanos Madres de Plaza de Mayo. Educadora popular. Coordina el Laboratorio de Pensamiento Argentino del Centro Cultural Caras y Caretas (Buenos Aires). Ha participado en numerosas conferencias, seminarios y congresos internacionales. Ha publicado artículos, folletos y más de veinte libros.

Jorge Orovitz Sanmartino

Militante político y social. Es sociólogo vinculado a la UBA (Universidad de Buenos Aires) y al Iealc (Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe). Pertenece al cuerpo del EDI (Economistas de Izquierda). Miembro de la Junta Comunal n.º 7, CABA. Actualmente es uno de los voceros del comité de apoyo a Syriza en Argentina, conformado por seguidores y especialistas en política griega. Frecuente escritor de artículos relacionados de política internacional.

Jorgelina Matusevicius

Trabajadora social en un centro de salud y acción comunitaria del barrio de Barracas y docente en la Universidad de Buenos Aires. Tiene a su cargo la materia Trabajo Social y Movimientos Sociales en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Miembro de la

organización política La Caldera. Como militante social y política ha participado en el movimiento estudiantil en los noventa, aún continúa con la disputa política en el ámbito universitario como docente. Fue miembro de organizaciones barriales en la zona norte del conurbano bonaerense y en la ciudad de Buenos Aires, en la Comisión de Derechos Humanos de la Villa 21. Contribuyó con la creación del Bachillerato Popular 2 de Diciembre de Barracas (UGEE n.º 6). Formó parte del comité editorial de la revista *Contratiempo*, tiene diversas publicaciones vinculadas a la problemática de la vivienda en la ciudad de Buenos Aires, a la relación entre los movimientos sociales y a la política pública. Dirige el proyecto de investigación *Expresión de los procesos de descomposición urbana en el barrio Constitución*. En la actualidad es secretaria gremial en la mesa ejecutiva de la Asociación Gremial Docente de la UBA.

Juan Kornblihtt

Historiador, docente en las Facultades de Filosofía y Letras de la UBA y en el ICI de la UNGS e investigador del Conicet con lugar de trabajo en el Iealc (FSOC-UBA). Investiga sobre la acumulación de capital en Venezuela y Argentina y las disputas en torno a la apropiación de la renta petrolera como aporte a la construcción de un programa revolucionario para la acción política de la clase obrera. Su trabajo se realiza en permanente vinculación y debate con organizaciones políticas de América Latina, en particular de Argentina, Venezuela y Chile. Es autor del libro *Crítica del marxismo liberal* y de artículos en revistas especializadas. En Venezuela, además de realizar un trabajo de consultoría externa en el Banco Central de Venezuela (BCV) sobre la medición en términos de valor de las cuentas nacionales, expuso sus investigaciones en cursos y charlas con el objetivo de desarrollar una perspectiva científica de crítica a la ideología del socialismo del siglo XXI y el “bolivarianismo”.

Marco Teruggi

De padres argentinos, nació en París en 1984. Allí vivió hasta el año 2003, cuando se mudó a Argentina y comenzó su militancia en Hijos La Plata y en el FPDS, al tiempo que estudió sociología, carrera en la cual se licenció en el año 2013. Ese año estableció residencia en Caracas, ciudad en la cual vive desde entonces, y en donde ejerce los oficios de cronista y periodista. Lleva publicados hasta el momento dos poemarios: *Siempre regreso al pie del árbol* (El Colectivo, 2012), y *Días fundados* (coeditado entre Puño y Letra y la Fundación Editorial El perro y la rana, 2014), integra la antología poética *La Plata spoon river* (La Talita Dorada, 2013), y el libro *Crónicas de comunas, donde Chávez vive* (La Estrella Roja, 2015). Es colaborador de los portales *Cultura Nuestra; Resumen Latinoamericano; Notas; Contrahegemonía*; y de la revista *Sudestada*.

Mariano Pacheco

Escritor que transita las sendas del ensayo y del periodismo. Prosecretario de cultura del Círculo Sindical de la Prensa y la Comunicación de la provincia de Córdoba (Cispren). Ha publicado los libros: *De Cutral Có a Puente Pueyrredón: una genealogía de los Movimientos de Trabajadores Desocupados* (El Colectivo, 2010); *Kamchatka. Nietzsche, Freud, Arlt: ensayos sobre política y cultura* (Alción, 2013) y *Montoneros silvestres (1976-1983)* (Planeta, 2014). *Historias de resistencia a la dictadura en el sur del conurbano* (Planeta, 2014). También es coautor de *Darío Santillán, el militante que puso el cuerpo* (Planeta, 2012). Intenta intervenir a diario en las redes sociales desde su blog (<http://profanaspalabras.blogspot.com.ar>), su Facebook (mariano pacheco-crónicas menores) y su Twitter (@Pachecoenmarcha). Es redactor en el diario *El Argentino* y colaborador de los periódicos *Resumen Latinoamericano* y *Me contó el Viejo Antonio*, además de las revistas *Deodoro* y *Sudestada*. También escribe con frecuencia en los portales *Contrahegemoníaweb*, *Colombia Informa*, *Marcha Noticias*, *La Izquierda Diario*.

Martín Mosquera

Licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y militante de Democracia Socialista. Sus investigaciones se centran en los estudios marxistas contemporáneos sobre el Estado y la política. Actualmente se desempeña como editor y traductor en la editorial española Sylone.

Martín Ogando

Sociólogo, docente y militante popular. Nació y se crió en la ciudad de Trelew, en la Patagonia argentina. Obtuvo su licenciatura en Sociología en la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como docente. Realiza tareas de investigación en el Departamento de Estudios Políticos del Centro Cultural de la Cooperación (CCC) y cursa la maestría en Estudios Latinoamericanos de la Unsam. Sus investigaciones se concentran en la experiencia de las comunas en la Venezuela actual. Ingresó a la militancia de izquierda como activista estudiantil y ha desarrollado de manera interrumpida esta actividad en diversos ámbitos. Actualmente es militante de Patria Grande e impulsor del Centro de Estudios para el Cambio Social y la revista *Batalla de Ideas*.

Miguel Mazzeo

Profesor de Historia y doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), docente en esta misma institución y en la Universidad Nacional de Lanús (UNLA). Escritor, autor de varios artículos y libros publicados en Argentina, Chile, Perú y Venezuela, entre los últimos se destacan: *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios; Introducción al poder popular. El sueño de una cosa; Poder popular y nación. Notas sobre el bicentenario de la Revolución de Mayo; Conjurar a Babel, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina; José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América*. Fue uno de los fundadores, en el año 1991, de la Agrupación Universitaria

José Carlos Mariátegui. Fue militante del FPDS desde su fundación en 2004 hasta el 2013. Miembro de la Red de Intelectuales, Artistas y Movimientos Sociales en Defensa de la Humanidad.

Néstor Kohan

Militante argentino. Desde hace años se dedica a la formación política de la militancia de base a través de la cátedra Che Guevara, de la cual es coordinador. En el plano académico es investigador del Conicet, doctor en ciencias sociales (Facultad de Ciencias Sociales, UBA) y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Ha sido jurado en Casa de las Américas y en Pensar a Contracorriente (además de la UBA, Flacso, etc.). Ha obtenido mención honorífica en el Premio Libertador al Pensamiento Crítico por su obra *Nuestro Marx*. Ha publicado más de veinticinco libros de teoría social, filosofía e historia latinoamericana (sobre Simón Bolívar, Karl Marx, Che Guevara, Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui, Fidel Castro, etc.). Sus investigaciones, libros, artículos y ensayos han sido traducidos al inglés, francés, alemán, portugués, gallego, italiano, euskera, árabe y hebreo. En Venezuela ha participado en numerosos eventos políticos antimperialistas y experiencias de formación.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| NOTA EDITORIAL | 9 |
| PRESENTACIÓN | 11 |
| HUGO CHÁVEZ: RUPTURA EPISTEMOLÓGICA, POLÍTICA Y CULTURAL ISABEL RAUBER | 15 |
| EL ESPÍRITU DE LA COMUNA Y LA TRANSICIÓN AL SOCIALISMO. REFLEXIONES SOBRE LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA MIGUEL MAZZEO | 51 |
| ALGUNOS APORTES DEL PROCESO ABIERTO EN VENEZUELA PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE UNA ESTRATEGIA ANTICAPITALISTA EN AMÉRICA LATINA JORGELINA MATUSEVICIUS | 75 |
| EL PROCESO BOLIVARIANO: TRAS LAS HUELLAS DE LA ESTRATEGIA SOCIALISTA MARTÍN MOSQUERA Y FACUNDO NAHUEL MARTÍN | 99 |
| DEL ESTADO CAPITALISTA AL ESTADO COMUNAL. UNA APROXIMACIÓN AL PAPEL DE LOS CONSEJOS COMUNALES Y LAS COMUNAS EN LA REVOLUCIÓN BOLIVARIANA MARTÍN OGANDO | 121 |
| LAS BATALLAS DE VENEZUELA CLAUDIO KATZ | 145 |
| HUGO CHÁVEZ, EL ODOIO DEL IMPERIALISMO Y DE LAS BURGUESÍAS, EL AMOR DE LOS PUEBLOS REBELDES NÉSTOR KOHAN | 165 |

| | |
|---|-----|
| PODER POPULAR Y ALTERNATIVA SOCIALISTA EN LA VENEZUELA BOLIVARIANA HERNÁN OUVIÑA | 171 |
| LOS LÍMITES DE LA MEDIACIÓN DEL ESTADO EN LA APROPIACIÓN DE LA RENTA PETROLERA EN VENEZUELA DURANTE EL CHAVISMO JUAN KORNBLIHTT | 205 |
| ESTADO, PODER Y SOCIALISMO EN VENEZUELA. ALGUNOS DEBATES EN LA IZQUIERDA RADICAL JORGE OROVITZ SANMARTINO | 229 |
| CHAVISMO ES EL NOMBRE DE UNA INSPIRACIÓN LATINOAMERICANA MARIANO PACHECO | 247 |
| NOSOTROS LA REVOLUCIÓN MARCO TERUGGI | 267 |
| CHÁVEZ EN CLAVE DE REVOLUCIÓN CLAUDIA KOROL | 285 |
| EL COMANDANTE DEL PUEBLO SOBERANO HORACIO A. LÓPEZ | 297 |
| ¡DE RODILLAS, NUNCA MÁS! DOCE IDEAS PARA UNA INTERPRETACIÓN DEL CHAVISMO H. GUILLERMO CIEZA | 309 |
| RECUPERANDO UNA UTOPIA BRIGADA DE SOLIDARIDAD CON VENEZUELA DEL FRENTE POPULAR DARÍO SANTILLÁN - CORRIENTE NACIONAL | 321 |
| SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS | 329 |

Edición digital
noviembre de 2016
Caracas - Venezuela





Desde finales del siglo XX, los pueblos de América Latina y el Caribe han sido testigos protagónicos del surgimiento de una identidad, de un sentimiento, de un programa político, de un líder, y un pueblo, que se han construido y definido al calor de las luchas sociopolíticas propias de la conducción de un proceso revolucionario cuyas características geopolíticas involucran inevitablemente al continente nuestroamericano y más allá. Desde varios enfoques esta obra recoge el esfuerzo colectivo de parte de autores y autoras militantes, de nacionalidad argentina, cuyo compromiso con la integración y emancipación de nuestra región los convoca a la compleja tarea de reflexionar sobre el origen, el presente y el futuro del chavismo. El texto recoge esta intención, que se traduce en trazos de orientación estratégica, líneas de acción, críticas, recomendaciones, y reconocimientos capaces de ofrecer al lector varios códigos para ampliar el horizonte de lo sistematizado hasta ahora, en una interpretación colectiva del chavismo, vivido y pensado por argentin@s.

El Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC) de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, promueve el trabajo sobre la problemática latinoamericana, lo que supone arraigar las preocupaciones de sus investigadores en las líneas de pensamiento, las perspectivas y los procesos de la región. Además de los enfoques comparativos y multidisciplinarios, se alientan las investigaciones teóricas y/o empíricas que le otorguen un papel destacado a la cuestión latinoamericana, ya sea en el recorte temático o en el marco conceptual utilizado.

